This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HN 2SFN M

KPD 5878

Harvard College Library

FROM THE

MARY OSGOOD FUND

"To purchase such books as shall be most needed for the College Library, so as best to promote the objects of the College."

DAMAS GALANTES,

HISTORIAS DE AMOR,

ESCRITAS

POR MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

MADRID,
LIBRERÍA DE **LEOCADIO LOPEZ**, EDITOR,
CALLE DEL CÁRMEN, NÚMERO 13.

1878.

DAMAS
GALANTES.

KPD 5878

~~Span 5959.1.37~~

HARVARD COLLEGE
DEC 23 1913
LIBRARY

Mary Osgood fund

BOUND FEB 26 1914

INTRODUCCION.

Desde Clóvis, primer rey de los francos, empieza la dilatada lista de esas mujeres galantes, de esas favoritas que de reinado en reinado se trasmitieron el cetro del amor y del capricho de los monarcas.

Pero los descendientes cabelludos de Meroveo; los herederos bastardos de Carlo Magno, y los primeros sucesores de Hugo Capeto, nó tuvieron queridas, propiamente llamadas, sino muchas mujeres de rangos distintos y de distintas clases.

Á las mujeres de condicion subalterna, á las que los reyes distinguian con su aficion, los más antiguos cronistas franceses han designado con el nómbre de *concubinas*, palabra latina que pinta muy imperfectamente su situacion verdadera.

Las concubinas eran, poco más ó ménos,

La primera que hallamos es la de Fredegunda, la rubia amada de Chilperico, con la que se casó despues de dos alianzas reales; se ha acusado á esta princesa de todos los crímenes, de todas las infamias; pero la crítica moderna ha hecho justicia á su memoria.

II.

Nacida Fredegunda en una condicion oscura, esclava en su adolescencia, su deliciosa beldad y las gracias de su espíritu hicieron una impresion profunda en el corazon de Chilperico I. Este rey le sacrificó á sus dos esposas primeras, las princesas Audovera y Galsuintha, y los tres hijos que de Audovera habia tenido.

Las muertes violentas de estos desgraciados príncipes se han atribuido á los artificios y á las infamias de la favorita: decíase que ella lo hacía todo, que todo lo preparaba, que lo ejecutaba todo; cada puñalada era su blanca mano la que la asestaba; y se decia que su monomanía de asesinato habia llegado hasta estrangular al Rey, su marido y su solo protector.

Fredegunda, sin embargo, no tuvo otro imperio que el de la hermosura, el de la persuasion, y, si se quiere, el del artificio; pero la violencia era tan ajena á su carácter como á su naturaleza, y ántes bien fué generosa que simulada y cruel, como lo prueba el haberse despojado de sus joyas y de sus bienes para aliviar la miseria y los sufrimientos generales, en una cruel epidemia que diezmó el reino en el año de 580.

La que esto escribe, partidaria de la gracia y de los atractivos de la mujer, persuadida de que sus armas no son la violencia y la cólera, sino la suavidad, la persuasion y la coquetería, se ha propuesto retratar aquí á las más bellas é interesantes heroínas del amor y de la galantería. Galería encantadora que continuará, si, como espera, el público la recibe con la indulgencia á que tiene acostumbrada á la autora, con el amor y admiracion que los retratos merecen.

Ya que hemos empezado bosquejando la ya vaga figura de Fredegunda, continuarémos y dirémos que es dudoso el que esta mujer, á la que Chilperico amó toda su vida con tan exaltada pasion, le fuese fiel: los monjes que han escrito la historia de los re-

DAMAS
GALANTES.

1640/44

aceptar el brazo del Conde de Champaña, cuyo amor habia rehusado.

Triunfó la armada de la reina de Neustria, y ésta vió asegurados el reposo y la gloria durante la menor edad de su hijo. Cincuenta y cuatro años contaba cuando murió, hallándose el trono firme, el reino pacífico y tranquilo, y sin haber perdido nada de su gracia y de su belleza.

Como mujer, como Reina y como madre, Fredegunda nos parece completamente irreprochable é injustamente juzgada.

III.

Franquearémos sin ninguna transicion el espacio de algunos siglos, que envuelve una noche profunda, y nos detendrémos ante una dulce figura, que el drama y la novela han popularizado.

Felipe Augusto vió un retrato de Ines de Merania, hija del Duque Bertoldo, y quedó ciegamente enamorado de ella. Más que hermosa, era simpática y atrayente: una rubia y abundante cabellera sombreaba su frente de nácar y sus ojos azules, grandes y pensativos.

El Rey de Francia se habia casado al salir de la niñez con Isabel de Hainaut, con la que vivió en buena armonía durante algunos años. Isabel era muy hermosa y muy buena, y Felipe la amó con el abandono y las ilusiones de la primera edad, y la lloró amargamente.

Dos años despues se decidió por las instancias de los grandes á casarse de nuevo, y pidió retratos de las princesas de la cristiandad que se hallasen en edad de contraer matrimonio: halló entre éstos el de Isamberga, hija del rey de Dinamarca, Waldemar I, y la graciosa fisonomía de esta jóven princesa le agradó en extremo, enviando en seguida embajadores á pedir su mano.

Algunos dias despues llegó un retrato que se habia atrasado y en el que no se pensó, atendida la poca importancia política de la princesa que debia representar: era el de Ines, hija del soberano del pequeño ducado de Merania: se le llevó al Rey, á pesar de haber ya elegido esposa, y quedó mudo é inmóvil ante la encantadora imágen de la hija de Bertoldo.

No era tan hermosa Ines como Isabel de Hainaut, primera esposa de Felipe Augusto,

ni llegaba tampoco en belleza y atractivos á la Princesa de Dinamarca, á la que ya habian ido á ofrecer el trono de Francia; y sin embargo, el Rey, al verla, comprendió que amaba á la jóven Duquesa como no habia amado en su vida, ni volveria ya nunca á amar.

¡Singulares atracciones, casi siempre dispuestas por la fatalidad!

Waldemar I concedió al instante la mano de su hija. El matrimonio se dispuso con gran pompa en Amiens, y el Rey salió para encontrar allí á la desposada. Isamberga era más hermosa aún que su retrato: grandes ojos pardos y llenos de luz alumbraban un delicioso rostro oval, cuya tez era de nieve y rosa: largos cabellos castaños caian en trenzas por su espalda; era alta y delgada, y su edad no llegaba á 16 años.

Felipe la recibió con semblante pálido y huraño; la imágen de Ines estaba grabada en su alma, de donde nadie podia borrarla.

Al dia siguiente de las régias bodas, Felipe Augusto huyó de la alcoba nupcial, no bien empezó á lucir la aurora; y despertando el mismo á dos escuderos, tomó á toda prisa el camino de París, dejando escrito para su esposa un renglon, en el que decia:

«Jamas volveré á veros.»

¿Qué pasó aquella noche entre el Rey de Francia y su esposa? Nadie lo ha sabido jamas: en el procedimiento legal que tuvo lugar á consecuencia de la ruptura de este matrimonio, el Rey no arguyó de ninguna imperfeccion física, ni dijo que sospechaba de la castidad de Isamberga; declaró solamente sentir hácia ella una antipatía insuperable; y como era preciso un pretexto á los obispos de su reino para romper el matrimonio religioso, alegó un parentesco lejano con la princesa de Dinamarca, pero no presentó ninguna prueba de él. El clero, obedeciendo á sus deseos, pronunció la sentencia de divorcio, é Isamberga, sin entrar en París, se volvió á Dinamarca y al lado de su padre, llevando en el alma los celos, la cólera, el dolor..... el hervidero, en fin, de todas las pasiones que pueden desgarrar el corazon de una mujer.

IV.

Un mes no se habia pasado, cuando Felipe Augusto se unió con los lazos de un nuevo matrimonio á Ines de Merania, á la que amaron con pasion los dos más grandes guer-

reros de aquella época, Felipe Augusto y Cárlos el Temerario.

Pero este enlace que el amor de los dos esposos hacía tan feliz, tardó muy poco en ser terriblemente turbado. El papa Celestino, y despues su sucesor Inocencio III, uno de los más enérgicos pontífices de la Edad Media, rehusaron sancionar el divorcio pronunciado por los prelados franceses.

En vano el Rey de Francia pretendió luchar contra el poder formidable, que tenía entónces por vasallos de la tiara á todas las coronas de la tierra; el Legado del Papa reunió un concilio en Lyon, excomulgó á Felipe y puso el reino en entredicho.

El amante de Ines no se dejó abatir por este anatema, terrible entónces; hizo romper por el Parlamento la decision del concilio y quitó el poder temporal á los Prelados que lo habian condenado.

En esta lucha hubiera perdido Felipe la corona, si Ines, al ver el aislamiento hacerse al derredor del monarca, impotente para luchar con las supersticiones de su tiempo, no se hubiera decidido al más doloroso de los sacrificios; temerosa de causar la pérdida de Felipe, se retiró á un castillo aislado que su

padre poseia en la Helvecia, dejando la Francia sin decir nada á su esposo, en cuya compañía quedaron los dos hijos habidos en su desgraciado enlace. Inocencio III, estimando en todo su valor el terrible sacrificio de la desgraciada reina, reconoció al instante la legitimidad de los dos pequeños príncipes, hijos de Ines y de Felipe.

No halló la desventurada jóven en el fondo de la Helvecia la paz que iba á buscar; allí la vió Cárlos el Temerario, que desengañado de las pompas vanas del mundo, vivia cerca de su morada; y este soldado endurecido por las fatigas de la guerra, este altivo y fiero señor, concibió por la esposa de Felipe la más violenta de las pasiones.

Ines, amedrentada, perseguida por el fiero Duque de Borgoña, que la amenazaba con matarse en su presencia, volvió á Francia y se encerró en un convento: pero allí le esperaban nuevas y mayores penas.

Felipe Augusto fué á buscarla; allanó la clausura y se empeñó en sacarla de allí y sentarla de nuevo en el trono de Francia. Llorando á sus piés le juró que no podia vivir sin ella, le presentó á sus hijos, que tendian hácia la Reina sus bracitos. Ines, soste-

nida por la ley del deber, resistió á todo, y el Legado papal, avisado por las religiosas, llegó y pronunció el anatema formidable sobre el Rey y todo su pueblo. A no haber sacado desmayada á Ines, encerrándola léjos de la vista de Felipe, éste se la hubiera llevado; pero se la habia dejado arrebatar. El Legado, de pié en la puerta del monasterio, con el crucifijo extendido, arrojaba de allí á Felipe y á sus cortesanos, y todo se doblaba ante aquella terrible autoridad. El Rey hubo de darse por vencido, pero al retirarse exclamó con voz ronca y furiosa:

—Mañana vendré con mis soldados, y las puertas de este monasterio caerán al suelo, para sacar yo de él á la Reina.

Mas aquella misma tarde, todos los templos de Francia se cerraron y dejaron de administrarse los Sacramentos; desde los palaciegos hasta los más humildes pecheros se apartaban con horror del Rey, como si se hallára atacado de la peste; nadie quiso seguirle á derribar el monasterio.

Tan violentos choques quebrantaron el frágil organismo de la jóven Duquesa de Merania; era una criatura delicada, á la que la lucha mataba; áun no habia cumplido un

año que se habia refugiado en el convento, cuando Ines reposaba en el ataud; y bajo el manto sembrado de flores de lis de las reinas de Francia, muerta de tristeza, Inocencio III mandó que se la tributasen honores reales, y dijo alzando los ojos al cielo:

—¡Pobre mártir de la razon de Estado! ¡Era una santa!

Felipe Augusto pasó dos dias con sus noches, mudo y sombrío, arrodillado junto al cadáver de Ines; de vez en cuando ponia sus abrasados labios en la helada mejilla de Ines, ó en sus cárdenos labios; cuando se levantó tenía blanco el cabello; jamas volvió á amar á ninguna mujer; jamas volvió á aparecer en su boca la sonrisa; toda su dicha, toda su alegría, su corazon entero, quedó enterrado en la tumba de Ines de Merania.

V.

Tenemos que pasar, para terminar el bosquejo que sirve de Introduccion á este libro, al reinado del infeliz Cárlos VI, para hallar al lado del monarca demente otra figura angelical: la de Odetta de Champdivers, llama-

da tambien *la reinita* por el pueblo de París, que la adoraba.

A la edad de quince años esta niña, hija de un traficante en caballos, conoció á un gallardo mancebo, que tendria apénas diez y nueve; la vió en la calle, la siguió y la habló de amor, diciéndole que era escudero del Duque de Orleans, hermano del Rey.

Odetta le creyó y le amó; pero un dia, al volver el Rey y la Reina de caza, se detuvo para verlos pasar; era el anochecer, y Odetta iba con su padre, el que mirando á la brillante comitiva, exclamó:

—¡Qué hermosa es la Reina! ¡y qué gallardo es Monseñor el Duque de Orleans que va á su lado!

Odetta siguió la mirada de su padre, y vió en efecto á la luz de las antorchas que ya llevaban encendidas muchos pajes á caballo, la deslumbrante, la fascinadora belleza de Isabel de Baviera; y á su lado, inclinado hácia ella, hablándole con una inequívoca expresion de amor y de ternura, un jóven cubierto de oro y pedrería, y en cuya gorra mecia la brisa de la tarde una larga pluma blanca.

No bien Odetta fijó sus ojos en aquel hom-

bre, dió un grito y cayó desmayada; habia conocido á su amante, que no era un escudero del Duque de Orleans, sino el mismo Duque.

La Reina se volvió al oir el grito, y fijó sus negros y soberbios ojos en la jóven; por una casualidad, miró en seguida al Duque que la hablaba, y le vió confuso y ruborizado; el adolescente no sabía disimular más que la niña que se habia desmayado.

Dibujóse en los labios de Isabel una leve sonrisa, y en tanto que hacía andar más de prisa á su caballo, dijo al Príncipe á media voz:

—Luis, ya sabeis que os amo; si no olvidais á esa jóven, morirá.

—¡Vos mandais en mi corazon y en mi vida!, respondió tiernamente el Duque; esa jóven ha muerto para mí.

La cabalgata pasó á la luz de las antorchas; Odetta fué conducida á su casa en los brazos de su padre.

Al dia siguiente, la reina Isabel hizo llamar al padre y á la hija, y la pobre niña le contó con toda sinceridad lo ocurrido; que conoció á Monseñor el Duque de Orleans; que éste le habló de amor, diciendo que era

uno de los escuderos del príncipe, y que creyéndole, le amó á su vez al ver que sus condiciones eran poco diferentes. Odetta estaba casi siempre sola con su nodriza, pues su padre, ocupado con su tráfico de caballos, salia mucho de París: «hoy, que sé ya quién es, terminó Odetta llorando, el escudero Luis ha muerto para mí, y trataré de huir tambien de las miradas de Monseñor de Orleans.»

—No teneis que tomaros ese trabajo, mi querida niña, observó la Reina con su acerada sonrisa; habeis sido para el hermano del Rey un juguete, un capricho pasajero; ya no se acuerda de vos; pero yo me felicito de haberos encontrado; sois hermosa, inocente, y quiero protegeros; desde hoy tendréis habitacion en palacio; y ahora seguidme, que quiero presentaros al rey mi esposo y señor.

Cárlos VI empezaba ya á padecer accesos de locura; el desamor de su esposa, á la que amaba con pasion; la visible intriga de esta con su hermano más querido, y las dificultades de un reinado azaroso, sobraban para trastornar aquel cerebro débil; al presentarle la Reina á Odetta, la miró sin interés

alguno, la dijo algunas palabras con amabilidad, y continuó mirando un juego de naipes que entónces se acababa de inventar.

Odetta, por órden de la Reina, bajaba todas las tardes á ver al Rey, y á asegurarse de si estaba contento. Cárlos VI, siempre solo y triste, tardó poco en hallar dulce aquella visita; ya enfermo, las fiestas y las cacerías le fatigaban. Odetta jugaba con él á los naipes, le hablaba, le distraia, le cuidaba, y poco á poco se consagró por completo al Rey, solo y abandonado de todos. Cárlos VI era un mendigo en su palacio.

Cuando los accesos de locura furiosa empezaron á atormentarle, sólo Odetta le sabía calmar; sólo á su dulce voz, sólo á su ruego obedecia. Isabel habia arrojado á esta jóven en los brazos de su esposo para desembarazarse de él, y consiguió plenamente su objeto. El Rey de Francia tardó poco en amar con pasion á su linda enfermera, y pasaba los dias y las semanas sin ver á la Reina ni preguntar por ella.

Durante algunos años duró la intimidad de Cárlos VI y de esta jóven; durante largo tiempo se vió siempre á Odetta al lado del desgraciado enfermo; miéntras la esposa in-

rio un sucesor activo y enérgico. Cárlos VII, su hijo, era indolente y débil: léjos de aprovechar el ardor guerrero de sus fieles caballeros, sólo pensaba en reprimirlo, y sin cuidarse de sus deberes de monarca, se ocupaba únicamente de placeres y de fiestas, miéntras poco á poco se desplomaba el edificio, tan penosamente construido, de la nacionalidad. El Rey de los ingleses firmaba ya: «Enrique de Lancaster, rey de Francia y de Inglaterra.»

Isabel de Baviera, la esposa cruel del demente Cárlos VI, aborrecia á su hijo y quiso quitarle el el trono que de derecho le pertenecia: el motivo de este ódio era el siguiente:

Odetta de Champdivers habia muerto al dar á luz una niña, y desde que habia dejado la tierra, la demencia del Rey habia ido en aumento, lo mismo que el abandono en que se le dejaba: hubo dia en que, penetrando hasta su habitacion gentes del pueblo, vieron al Rey desnudo, hambriento y temblando de frio y de pavura.

No obstante, en alguno de los intervalos lúcidos que tenía, para sufrir más, el desventurado Cárlos VI pedia ver á sus hijos: si éstos lo sabian, corrian á su lado, pero si se podia ocultarles el que su padre les llamaba, la Reina tenía ordenado que se hiciera así.

Un dia el Delfin entró á ver su padre; éste le abrazó, le puso sobre sus rodillas y le dijo:

—Prométeme, hijo mio, que cuando yo muera reconocerás como hermana tuya á la hija de Odetta de Champdivers, y así dejaré esta vida con alegría.

El Delfin, que temia á su madre, la terrible Isabel, vaciló y guardó silencio.

—Cárlos, prosiguió el Rey, —nadie más que Odetta me ha amado en el mundo: las perfidias de tu madre me arrebataron la razon; sólo y abandonado de todos, he sufrido hambre y frio, yo, el Rey de Francia...! Separado de mis hijos, no hay martirio que, como hombre, como Rey, como padre y como esposo, no haya yo sufrido; tú, hijo mio, tú mismo, heredero de mi corona, nada puedes hacer hoy por mí, á no ser lo que te pido... no me lo niegues, ya que soy tan desgraciado...!

El Rey lloraba copiosamente, y tendia hácia el Delfin sus descarnadas manos.

El Príncipe era bueno y generoso: abrazó á su padre tiernamente y le prometió cumplir su deseo.

—¿A pesar de la cólera de tu madre? —Preguntó el Rey temerosamente.

—A pesar de todo, señor y padre mio.

—Es que tu hermana se halla al lado de una

pobre mujer, careciendo de todo, pues cuida de ella por caridad.

—Desde mañana habitará en un palacio y tendrá una renta, y desde mañana vendrá á veros siempre que querais.

Así se hizo. Cárlos, que amaba á su padre, señaló á María de Champdivers, entónces de diez años de edad, un palacio para su residencia: le puso servidumbre, la dió una renta y ordenó que fuese á ver á su padre, y que al llegar al palacio, le llamasen á él para acompañarla.

Puede suponerse la cólera de la reina Isabel: esperando la ocasion de la venganza, la ocultó cuidadosamente: pero tres años despues y teniendo el Delfin diez y siete, le declaró indigno de heredar la corona de Francia, ayudada en sus intrigas por el Duque de Borgoña, su amante, aliado y jefe del bando que protegia á la Reina.

El delfin Cárlos tuvo tambien sus partidarios, y uno de ellos, el famoso Tanneguí Duchatel, dió muerte al Duque de Borgoña con su propia mano.

Entónces fué cuando la implacable Isabel, ardiendo en deseos de venganza, concibió el proyecto de usurpar la corona á su hijo, al que odiaba profundamente: dió por esposa á Enrique V, rey de Inglaterra, á su hija la princesa Catalina, y

el 21 de Mayo de 1420 firmó el vergonzoso tratado de Troyes, en el que estipulaba que despues de la muerte de Cárlos VI, pasaria la corona de Francia á los Reyes de Inglaterra; que se la confiaria á ella el gobierno del Estado, y que emplearia todo su poder en someter á los partidarios del Delfin.

Dos años despues murió Cárlos VI, y ya ocupaban gran parte de la Francia los ingleses y los borgoñones. Pero Cárlos VII se hizo aclamar rey, y á la cabeza de un ejército poco numeroso, emprendió la guerra contra aquella nacion á la que su madre habia prometido su corona.

Siete años duró aquella campaña, perdiendo siempre terreno el Rey de Francia y ganando el Duque de Bedfort. Y acababa Cárlos VII de retirarse al Delfidado, único asilo que en todo su reino le quedaba, cuando apareció Juana de Arco, la gloriosa doncella de Orleans.

Aunque ya hemos escrito extensamente y publicado con extraordinario aplauso la historia de Juana de Arco, no podemos ménos de decir aquí algunas frases acerca de aquella jóven, hija de unos pobres pastores, y que, ciñéndose la armadura por una especie de inspiracion divina, fué arrojando á los ingleses de la Francia, hasta

conseguir la coronacion solemne de Cárlos VII en Reims.

Sin embargo, la jóven heroína fué la víctima expiatoria de aquel triunfo : hecha prisionera en una batalla, fué sentenciada á ser quemada viva, y Cárlos VII, que le debia vida y trono, la abandonó cobardemente y dejó que el horrible suplicio se consumase.

No era un malvado, á pesar de todo, el rey de Francia. Fiel á la promesa que, aún muy niño, habia hecho á su padre, habia reconocido como á hermana suya á María de Champdivers, hija de Odetta, y la habia casado con el Duque de Belleville, dándola un rico dote : era un Príncipe débil, indolente y variable : por un instante la voz inspirada de Juana de Arco habia despertado en él el sentimiento del deber ; pero apagada esta voz en la hoguera, su carácter habia vuelto á ser lo que era, y parecia agotado por los esfuerzos de energía que la jóven guerrera le habia obligado á llevar á cabo. Los ingleses habian vuelto á invadir su reino, y el esposo de su hermana Catalina se firmaba, como ya queda dicho, «Rey de Francia y de Inglaterra.»

Cinco meses despues de la muerte de Juana de Arco, la córte errante del Rey de Francia habia

ido á pasar el invierno al castillo de Chinon. Cárlos VII amaba particularmente esta residencia edificada en la cumbre de una colina, y en medio de uno de los paisajes más encantadores de la bella Turena.

II.

La historia dice, y con mucha razon, que el trono de Cárlos VII ha sido salvado por dos mujeres. La una fué Juana de Arco, la vírgen inspirada que, ondeando en los aires su estandarte victorioso, conducia ella misma los soldados á la batalla. La otra fué la amada del Rey, la que pensaba en la gloria ántes de pensar en el amor. Ines Sorel fué el ángel bueno del Rey de Francia: fué la que le hizo merecer el dictado de «Victorioso» que le concedieron sus contemporáneos.

«La Francia debe tanto á las mujeres, dice el tierno y discreto Fontenelle, que la galantería es para los franceses un deber de gratitud.»

La obra de Juana de Arco, aquella obra llevada á cabo al precio de su vida, iba á derrumbarse, cuando, como una estrella en un cielo nebuloso apareció Ines Sorel.

Los asuntos de la Francia iban entónces peor que nunca: el crédito estaba agotado, y por todos lados se anunciaban y se preveian desastres: la pequeña córte del «Rey de Bourges», como por burla le llamaban los ingleses, estaba, pues, sumergida en una tristeza mortal.

Cárlos VII, muy amante de las diversiones, supo con una satisfaccion indecible la llegada de Isabel de Lorena á Chinon, esperando que esta visita daria alguna variedad á la monotonía que le abrumaba. La princesa que iba á visitarle era esposa de Renato de Anjou, hermano de la reina María, mujer de Cárlos VII, y por consiguiente, hermana política del Rey á quien visitaba. Renato habia sido hecho prisionero militando en el bando de los borgoñones, enemigos del Rey, y por lo mismo era muy difícil alcanzar su libertad.

Pero Isabel de Lorena adoraba á su marido y no retrocedió ante los obstáculos: confiaba en su destreza, y tambien en los atractivos de una hermosa niña de quince años que llevaba entre sus doncellas de honor, y que se llamaba Ines Sorel.

Cárlos VII se habia casado algunos años ántes con la graciosa y dulce María de Anjou: ésta habia sido su primero y solo amor, pero cansado de la vida apacible de la familia, su espíritu inquieto

sentia cierto malestar, cierta angustia, una cosa semejante á una sensacion dolorosa, al contacto de las realidades de la vida, porque el alma tiene tambien sus dolencias como las tiene el cuerpo.

Cárlos VII era débil de carácter, impresionable, y como tal, voluble é inconstante; la ternura, igual y sosegada de María le cansaba, y el mundo que no habia visto le parecia lleno de encantos y de seducciones. Isabel de Lorena, informada de las inclinaciones del Rey, llevaba en su comitiva trovadores, juglares y ocho doncellas de honor, todas de linda figura y conversacion llena de gracias.

Asomados al balcon de piedra que coronaba el frontispicio del castillo de Chinon Cárlos y María, vieron llegar la cabalgata en que iba Isabel de Lorena, más bien con aire de fiesta que con aspecto de suplicante afligida: la Princesa montaba una yegua blanca como la nieve; á su lado cabalgaba su escudero mayor, y detras el escuadron volante de sus damas: la mayor no pasaba de veinte años; la más jóven era Ines Sorel, que acababa de ver lucir su décimaquinta primavera.

Vestia Isabel de Lorena un largo brial de terciopelo violeta, bordado de lises de oro, como princesa de la Casa Real de Francia: una alta caperu-

za de brocado de plata sujetaba sus hermosos cabellos negros, y de ella caia un largo velo de gasa blanca.

Las doncellas de honor vestian rica seda de diversos colores : cada una se habia ataviado á su gusto : dos iban de blanco, y una de éstas dos era Ines : copiarémos aquí el retrato que de ella hizo uno de sus contemporáneos, es decir, de sus admiradores :

«Era una niña alta y esbelta, cuya tez era de azucena y rosa; en sus ojos la viveza estaba atemperada por todo lo que la dulzura tiene de más seductor : su boca parecia formada por las Gracias: tenía el talle elegante y suelto, y estaba dotada de un gran talento y de una conversacion alegre, fácil y afectuosa.»

El Rey, con la mano en la mejilla, vió pasar bajo la sombría arcada del puente á Isabel y á sus camaristas, y su fisonomía fatigada no se animó hasta que sus ojos se fijaron en las dos últimas camaristas que pasaron.

Cuando recibió á Isabel en el salon de honor, y así que pudo dirigirle algunas palabras en particular, le preguntó, señalando á su izquierda:

—¿Quién es aquella bella niña, señora?

—Señor, contestó la Princesa, es Ines Sorel,

hija del señor de Saint-Gerant y de Catalina de Maignelais; no tiene padres, y era tan desgraciada en casa de su tia materna, que la he traido á mi lado.

—¡Desgraciada! ¿y por qué? preguntó Cárlos VII que no podia separar los ojos de la jóven.

—No lo era ciertamente á causa de su tia, que la ama tiernamente, y á la que oí decir hace pocos dias: «No tengo pena alguna por la suerte de Ines, pues tiene talento y hermosura bastantes para hacer la fortuna de tres familias.»

La sagaz Isabel fijó al decir estas palabras una mirada en el Rey, que cada vez parecia presa de mayor agitacion, y que dijo:

—¡Ah, con que tiene talento tambien!

—Y muy grande, señor.

—Si no era desgraciada á causa de su tia, ¿quién la hacía desdichada?

—La señora de Maignelais tiene una hija llamada Antonieta, ménos linda que Ines, y muy envidiosa de ésta, y la pobre señora, que no sabe cómo defender á su sobrina de los ataques contínuos de su hija, determinó alejarla de su casa, y me la ofreció para doncella de honor.

—¡Pero su nacimiento es demasiado elevado para eso!

—Ciertamente, señor; más abandonada por sus parientes y huérfana, la pobre niña se ha resignado á aceptar la posicion que yo la he ofrecido; yo la he tomado un tierno cariño, y nada habrá que me haga ya separarme de ella.

Aquí terminó el diálogo entre el Rey y la Princesa; cada uno de los concurrentes se retiró á su cámara; Isabel muy alegre, pues llevaba en su corazon la certeza de que á costa del honor de Ines conseguiria la libertad de Renato, al que amaba con una pasion que tenía mucho de idolatría.

Desde aquel instante el pensamiento de Cárlos no se separó ya de la señorita de Fromenteau, que así llamaban á Ines, á causa de haber nacido en el pueblo de este nombre; pero no fué sólo Cárlos VII el que se declaró apasionado de Ines; los caballeros de la pequeña córte de Chinon le dedicaban todos sus homenajes, y la misma Reina se unió á ella con una simpatía irresistible, sin sospechar acaso lo que iba á suceder.

Isabel de Lorena pidió al Rey el favor de la libertad de su marido; pero aunque aquél la escucuchó con benevolencia, le dió una respuesta evasiva.

Algunos dias despues, hallándose en el jardin las damas de honor, pasó el Rey por cerca de ellas,

vió á Ines y se acercó á saludarla; la jóven dejó el banco rústico en que estaba sentada, y se puso en pié respetuosamente, esperando á que Cárlos le hablase.

—¿Estais triste, señorita?, le preguntó afectuosamente.

—Sí, señor, contestó Ines inclinándose.

—¿Por qué? ¿es algun recuerdo de amor lo que os atormenta?

—No amo á nadie, señor, más que á mi señora la Princesa, y estoy triste por su dolor.

—¿Pues qué penas le atormentan á ella, tan bella, tan amada de todos?

—¡Ansía la libertad de su esposo, y vos no se la concedeis!

—Tampoco se la he negado.

—¡Ah, señor, sed bueno por completo! ¡Acordadle la libertad de quien tanto ama!

—Yo amo tambien, repuso gravemente el Rey, y su dicha será la señal de mi desgracia!

—¿Cómo, señor?

—Así que conceda á Isabel lo que desea, marchará á Sicilia, y vos con ella.

—¿Y bien?

—¡Y bien, Ines, no tengo fuerza para separarme de vos!

Ines alzó sus grandes ojos; miró al Rey en silencio algunos instantes, y volvió á inclinarlos al suelo.

El Rey esperó, fué á hablar dos ó tres veces, pero ninguna palabra salió de sus labios, y continuó su paseo.

III.

Pasaron algunos dias; á las once de una noche tranquila, pero fria y estrellada, el castillo de Chinon estaba ya silencioso y al parecer dormido; todas las luces estaban apagadas; sólo en la de la princesa Isabel brillaba una tenue claridad, y se podia presumir que el insomnio y el dolor la privaban del descanso.

¡Renato gemia aún en la prision, y ella estaba aposentada en una estancia suntuosa, decorada de brocados, y en la que brillaban el oro, los espejos y todas las magnificencias reales!

La Princesa, sentada en un sitial de alto respaldo, apoyaba la mejilla en la palma de su blanca y delgada mano; despojada ya de sus galas, se hallaba vestida de un brial de lana blanca, en cuyo pecho, y bordado con seda y oro, campeaba el escudo de la casa Real de Francia.

De pié enfrente de ella, y en actitud respetuosa, estaba una adolescente, que hubiera podido compararse con Hebe, la diosa de la juventud; diez y y seis años apénas se leian en sus límpidos ojos y en el delicado corte de sus mejillas; dos trenzas, semejantes á dos gruesas cadenas de oro, bajaban por su espalda; miraba á Isabel, y una centella de alegría y de inteligencia pasaba á intervalos por sus grandes pupilas de un azul oscuro, como pasa una estrella en su rápido vuelo por el azul del firmamento.

—Señora mia, ¿por qué ese abatimiento?, preguntó la jóven á Isabel. ¡Monseñor el Príncipe no puede ya estar cautivo largo tiempo!

—¡Ay, Ines, que ya llevamos aquí tres semanas y nada he conseguido todavía!

—Yo tengo, sin embargo, esperanzas, señora; dijo Ines, cuyas mejillas se cubrieron de un vivo rubor.

—¿Qué dices? ¿Te ha prometido algo el Rey?, exclamó Isabel levantándose y acercándose á Ines.

—Sí, señora, contestó ésta; me ha dicho que si consiento en quedarme aquí, podeis iros vos con la libertad del Príncipe.

—¡Ah, pero yo no tengo esperanza de que tú

accedas á eso, Ines! Tú eres de una familia demasiado ilustre para aceptar ese convenio.

—Señora, repuso Ines alzando la cabeza con orgullo; amo al Rey y no le cederé por vanidad ó por cálculo, sino por amor; esa es mi excusa.

—¿Es verdad lo que dices? ¿Amas al Rey?

—No he podido ver con indiferencia su gran pasion por mí; las mujeres amamos sobre todo á quien nos ama; y si fuera el hombre más pobre y más oscuro de la Francia, hubiera correspondido lo mismo á un amor profundo y verdadero; ¡ay, señora mia! prosiguió Ines con la gracia llena de sensibilidad que la caracterizaba; he vivido tan pobre de cariño, que donde quiera que lo vea tengo que agradecerlo! sin padres, sin hermanos, amparada por caridad, sólo á vuestro lado he probado algunos dias de reposo; por gratitud y por amor, seré, pues, la amada del Rey.

—¿No temes que llegue un dia en que se canse de tí y te abandone?

—Lo temo, y áun lo espero, señora.

—¿Y entónces qué harás?

—Vivir en la soledad; llorar el bien perdido; y pedir al cielo el perdon de mis errores.

Isabel guardó silencio; no podia creer la dicha que veia cercana; no podia creer en la libertad de

su marido. ¡Ines, la inocente Ines, ceder á los halagos del Rey! Quizá algun remordimiento se mezclaba tambien á su alegría, porque en el fondo de su alma habia deseado lo que ahora no podia llegar á creer.

Un ruido ligero de pasos se oyó tras de una puerta situada á espaldas de la Princesa; la puerta se abrió girando sobre sus goznes, y el Rey apareció en la estancia, vestido aún como lo habia estado durante todo el dia.

Isabel se levantó confusa y se inclinó con respeto.

—Sentaos, señora, dijo Cárlos, y vos tambien, Ines; tenemos que hablar del asunto más importante de mi vida, y tenemos que hablar los tres.

Dicho esto, el Rey ocupó un sitial, y las dos damas le imitaron en silencio.

—Señora, continuó el Rey, dirigiéndose á Isabel de Lorena; hace ya dias os hubiera concedido la libertad de Renato, porque desde que siento mi corazon lleno de un amor grande y profundo, estoy inclinado más que nunca á la clemencia y al perdon; pero sabía que al marcharos, conseguido vuestro deseo, os llevaríais á Ines, y ella es lo que más amo sobre la tierra; hallad un medio

para que se quede, y mañana os marchais con la órden de libertad para vuestro esposo. No necesito preguntar si Ines corresponde á mi amor; esta niña desgraciada no ha sido querida de nadie; como á la flor nacida en una roca, la han azotado las olas y los vendavales; mirad su rubor y su confusion; bien claro dicen que me ama, y que esta gran pasion que siento por ella, ha encontrado un eco en su alma! ¿Me engaño, Ines?

—No os engañais, señor, contestó sencillamente la jóven.

—Si por una falsa comprension de las leyes del honor, prosiguió el Rey contento con esta respuesta, Ines huyese de mí, yo la seguiria, con escándalo de toda la Francia, por el mundo entero; abandonaria á mi mujer, á mis hijos, á mi reino, y viviria solamente á su lado; ¿qué son todos los intereses de la vida material, comparados con la vida del alma? Lo confieso con toda lealtad, señora; hasta hoy he tenido muchos amoríos vulgares, pero no habia conocido á una mujer superior; mi amor á Ines es, pues, una especie de culto, de adoracion, de pasion loca y ciega, á la vez que razonada; porque á esta criatura me arrastran todas las facultades de mi sér, todas, así las buenas como las malas; la amo con el alma, con los sentidos, con to-

dos los ardores de la pasion, con todas las inefables delicias del espíritu. Así, pues, si Ines se va de aquí, me iré tras ella hasta que pueda vivir á su lado..... ó morir.

—Pues no quiere irse, señor, respondió Isabel con voz conmovida; os ama, y se quedará; faltaba hallar un pretesto, y yo creo haberlo hallado.

—¡Decidlo, decidlo! exclamó ansiosamente el Rey.

—La señorita de Fomenteau se fingirá enferma, y yo la dejaré bajo la custodia de la Reina, que la quiere mucho; partiré á libertar á mi esposo, y dejaré el encargo de que cuando Ines pueda soportar la fatiga del viaje, me la envien.

—¡Ah, bendita seais! exclamó el Rey trasportado de alegría; así que raye la primera luz del alba, os enviaré á esta cámara la cédula de perdon para Renato.

—Y yo partiré al instante que la Reina se levante y pueda recomendarle á Ines, que va á acostarse ahora mismo.

—¿Qué decís vos? ¿Aprobais lo que la Princesa ha pensado? preguntó el Rey tomando con ternura la mano de la jóven.

—Sólo digo una cosa, señor; ¡que os amo y que no puedo separarme de vos!

—¿Me amaréis siempre?

—¡Miéntras dure mi vida!

El Rey estrechó á Inés contra su pecho, y salió de la cámara con el corazon henchido de alegría.

¡Amaba! ¡Era amado! ¡Tocaba, pues, la suprema dicha de la existencia!

IV.

A la mañana siguiente toda la córte que se aposentaba en Chinon, pequeña córte reflejo de la poderosa de los Reyes de Francia, despedia en el gran patio del castillo real á Isabel de Lorena, que partia con su comitiva de damas y caballeros.

—No empañe vuestra dicha el más leve cuidado por Ines, decia á la viajera María de Anjou, que tenía entre las suyas una mano de Isabel; yo la cuidaré, y si cuando esté buena acierto á separarme de su dulce compañía, os la enviaré bien escoltada á Italia.

—Si esa jóven os agrada, guardadla á vuestro lado, respondió Isabel; yo os hago cesion de sus servicios, que para vos serán de gran valía por lo delicados é inteligentes; nadie sabe como Ines llorar con el que llora, consolar al que sufre, cantar

con el laud, leer trovas y hasta componerlas; habla ademas el inglés y el italiano con perfeccion, y su carácter es el más dulce y atrayente.

—Veo, en efecto, que es un milagro de perfecciones esa jóven, repuso María, á cuya linda boca asomó una sonrisa algo amarga, y así que esté restablecida, es probable que haga de ella mi dama de honor, falta de valor para cedérosla.

Miéntras tenía lugar esta conversacion entre las dos princesas, los cortesanos se miraban mordiéndose los labios para no reir; era evidente que existia un convenio entre la Reina é Isabel de Lorena; que esta sagaz princesa le habia aconsejado cerrar los ojos acerca de la pasion del Rey, si queria conservarle á su lado y conservar á la vez su título de Reina, y la paz de su hogar.—En efecto, Isabel, compadecida de la dulce y bondadosa María de Anjou, que era para ella una tierna hermana, le habia dicho que pasára, sin verlo, por lo que se podia creer un capricho pasajero de su marido.

Partió al fin con su comitiva Isabel de Lorena, é Inés quedó, al parecer enferma, en la parte de las habitaciones que habian ocupado en el castillo real las damas de honor de la Princesa; la noche del dia en que ésta dejó la residencia de Cárlos VII, Ines Sorel fué la amante del Rey de Francia; el

amor del monarca por ella debia durar hasta su muerte.

Era, en efecto, la señorita de Fromenteau una criatura maravillosa y que sólo se puede describir colocándola en la categoría de las atrayentes. El primer corazon que ganó fué el de la Reina, que no podia vivir sin ella, y que llegó á persuadirse de que la fantasía del Rey habia pasado sin llegar á la posesion de aquella bella jóven. — Contribuyó á esta creencia el talento de Ines, que dulce y modesta, huia del ruido y del brillo, y queria pasar por la amiga de la Reina y no por la manceba del Rey; éste la hubiera proclamado á la faz del mundo como reina de sus pensamientos, y hubiera roto lanzas en honor suyo. — Pero Ines sólo ansiaba el misterio, y decia á su amante:

— ¿Para qué hemos de hacer ostentacion de una falta? Yo os amo, señor, con toda mi alma, y en tanto viva no dejaré de amaros; mas sin embargo, si llegase á traslucirse lo que pasa entre nosotros, iria á ocultarme, llena de confusion, en la más desierta aldea de Francia.

Estas relaciones vivieron largo tiempo en el misterio, y sólo llegaron á descubrirse por los contínuos y ricos presentes del Rey á su amada. — Pródigo como todos los príncipes arruinados, Cár-

los VII tenía la mano siempre abierta, sobre todo para su bella y dulce amiga. Cada dia alguna nneva muestra de magnificencia acusaba su inmenso amor; las joyas sucedian á los trajes, las tierras á los palacios, los feudos á los castillos, de tal suerte que los cortesanos acusaban á Ines de avaricia y de una avidez sin ejemplo ni límites.

—Esta dulce paloma me parece una urraca desvergonzada, decia un dia el bastardo Dunois, que era muy insolente.

Cuando Ines lo supo, fué á echarse á los piés del Rey, y le dijo llorando:

—Recobrad, mi querido señor, todos los presentes con que me habeis enriquecido, y permitidme dejar esta córte maldiciente y murmuradora.

Mucho trabajo costó á Cárlos VII el calmar á su amiga, y sin embargo, él estaba poseido de más violenta indignacion. Pero ¿cómo vengarla? ¿Castigando á Dunois? Esto no hubiera hecho otra cosa que acrecentar la envidia y el ódio, y ademas, nunca ha habido un rey tan absoluto, que haya podido atar las lenguas de sus cortesanos.

No pudiendo imponer silencio á sus contemporáneos, Cárlos quiso engañar á la historia; llamó á Juan Chartier y le ordenó que emplease todo su

talento en desmentir las habladurías injuriosas que empañaban el honor de la bella Ines.

Juan Chartier prometió obedecer, y en efecto, escribió lo siguiente en una crónica que se conserva auténtica desde aquel tiempo:

« He encontrado, por la narracion de los caballeros, escuderos, físicos, médicos y cirujanos, así como por los informes de otras diversas gentes de todos los estados, que han prestado juramento, y como por mi oficio al que toca desengañar al pueblo, que la dicha señorita Ines Sorel, en los cinco años que ha vivido con la Reina, no ha influido para nada en las costumbres del Rey, el que *no ha dejado de acostarse con la Reina*, de la que ha tenido muchos y hermosos hijos, y cuando el Rey iba á ver las camaristas, habia muchos servidores presentes, que nunca vieron se acercase el Rey á la señorita de Fromenteau; y así, en el caso de que ella haya tenido con el Rey alguna libertad, ha sido muy cautelosamente y sin que nadie se haya apercibido de ello, pues áun se halla al servicio de la Reina.»

El bueno y cándido Juan Chartier hubiera podido hallar argumentos más concluyentes para probar la virtud de Ines, porque la época en que ésta vivió, desmiente sus palabras: esculturas, poemas, memorias y leyendas, han dejado trazados los

amores de Cárlos y de Ines; pero si el nombre de ésta no ha llegado hasta nosotros puro de toda mancha, á lo ménos la posteridad ha absuelto, en atencion á su grande obra, á la dulce amiga del Rey de Bourges.

Francia entera era enemiga de Ines, en tanto que ésta procuraba en secreto reanimar el valor de Cárlos VII y animarle á la reconquista de su reino: nada le importaba á aquel príncipe sensual y enamorado el que los ingleses devastasen provincias y desmantelasen ciudades; él reinaba en el corazon de «La Dama de la belleza»,—así se llamaba á Ines Sorel,—y esto bastaba á su dicha. En vano la jóven le conjuraba que se pusiera á la cabeza de sus valientes compañeros de armas, de los que en otro tiempo, al lado de Juana d'Arc, vertian su sangre en los campos de batalla.

—Querida mia, ¿tan poco os importa de mi amor, que deseais alejarme?

¿Qué respuesta oponer á tan dulces palabras?

«Gloria, deber», decia Ines.

«Placer, amor», contestaba Cárlos.

Pero como ya he dicho, los cortesanos, como los pueblos, ignoraban estas tentativas inútiles, y murmuraban altamente. Acusaban á Ines de la indigna inaccion del Príncipe.—Maldecian el dia en

que Isabel de Lorena la habia traido á Francia.— La comparaban á Dalila, enervando entre sus brazos á un nuevo Sanson. Y los más malévolos llegaban hasta decir que sin duda Ines habia sido enviada por los enemigos de la Francia, para hechizar al Rey.

El ruido de esta indignacion llegó al fin á los oidos de Ines: con su gran talento comprendió que su reputacion y la de su amante quedaban perdidas si esta situacion se prolongaba, y á todo precio resolvió decidirle á que se pusiera á la cabeza de su ejército para castigar la osadía de los ingleses.

En el mismo dia en que Ines tomó esta generosa resolucion, el Rey manifestó su intencion de retirarse al Delfinado para buscar allí un poco de calma y de soledad. Esta resolucion ejecutada, era segura la ruina de la monarquía y la derrumbaba para siempre.

La indignacion y la vergüenza tiñeron de púrpura el blanco rostro de Ines.

—¡Y qué, señor! exclamó; renunciaréis tambien á ser el rey de Bourges?

—¡Ay! ¡hasta vos dudais de mi valor! murmuró tristemente Cárlos VII.

Y como Ines no respondiese, añadió:

—Se hará vuestro gusto y nos separarémos.

V.

No contaba Ines mucho con la promesa del Rey, que se la habia hecho muchas veces y otras tantas la habia olvidado: y en efecto, al dia siguiente, al ir á verla Cárlos, ni siquiera mencionó la conversacion de la víspera; pero la jóven habia tomado sus medidas, y algunos grupos de gentes del pueblo, pagados por ella, empezaron á cantar algunas de aquellas coplas irónicas que los ingleses componian acerca del rey de Bourges, y cuyo sentido era el siguiente:

¿Qué le queda, amigos mios,
A aquel Delfin tan gallardo?
Orleans y Beaugency
Y Nuestra Señora de Clery!

El Rey, que se hallaba sentado al lado de Ines, se levantó como si le hubiese mordido una víbora, y exclamó con los dientes apretados:

—¡Por Dios, que he de hacer ahorcar á los cantores!

Ines meció tristemente la cabeza, y el Rey la miró con atencion.—Los cuidados y los pesares habian alterado profundamente las facciones de la

jóven, y en su bello rostro no habia ya la expresion de alegría que ántes le animaba, y que aumentaba sus gracias.

—¿Teneis algun nuevo motivo de tristeza, amiga mia?, le preguntó el Rey con inquietud.

—¡Ah, señor! contestó la Srta. de Fromenteau; le tengo y muy grande.

—¿Cuál es? Decídmelo al instante.

—¡Quizá me hallo en vísperas de alejarme de vos para siempre!

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—La verdad, señor; es penosa y dura, y quizá os enojará el oirla.

—No importa; quiero saber la causa de vuestra pena.

—Sabed, pues, que he querido ayer consultar mi horóscopo.

—Vamos, ya adivino; ¡os habrán dicho mil mentiras!

—Al contrario, he sabido cosas muy sérias; me han dicho que tendré el honor de ser amada por el más grande rey del mundo.

Cárlos VII, tranquilo ya, se sonrió.

—¿Y qué veis en eso de espantoso, Ines mia? ¿No se ha cumplido ya, á lo ménos en parte, esa prediccion?

Ines Sorel meció de nuevo la cabeza con tristeza, y en sus hermosos ojos brillaron algunas lágrimas.

—¿Os han dicho algo más?, preguntó el Rey vivamente.

—Nada más me han dicho, señor, contestó Ines; pero para ver si el oráculo me engaña, os suplico me permitais retirarme á la córte del Rey de Inglaterra para cumplir mi destino, que no es poco brillante.

—¿Y por qué á la córte del Rey de Inglaterra ántes que á otra?, preguntó Cárlos con voz ahogada por la cólera.

—Por que de él ciertamente trata la prediccion, señor; pues que vos estais en vísperas de perder vuestro reino, y Enrique lo va á unir al suyo, él es mucho más grande monarca que vos.

«Estas palabras — dice Brantome — hirieron de tal modo al Rey, que se echó á llorar de cólera y corrió á encerrarse en sus habitaciones.»

Asustada, no de la cólera, si no del dolor de su amante, Ines quiso verle; ansiaba ó consolarle, ó llorar con él; Cárlos se obstinó en no recibir á nadie; pero al dia siguiente el castillo estaba lleno de movimiento y de ruido; el Rey hacía sus preparativos de marcha, é Ines triunfaba de la culpable inercia del monarca.

Más tarde, y acordándose de esta anécdota encantadora, Francisco I, el rey caballero y poeta, escribia unos versos bajo un retrato de *La dama de la belleza*, ó sea de Ines Sorel, donde decia que al prestigio de su hermosura y de su amor debia la Francia el existir aún.

Algunos dias despues de la decision del Rey, una multitud inmensa de pueblo se agitaba á lo largo de la rápida pendiente que llevaba desde los bordes del caudaloso rio hasta el real castillo de Chinon; desde la aurora, todos los habitantes de la ciudad y de los pueblos inmediatos se hallaban en pié impacientes por ver desfilar el cortejo de Cárlos VII, que se decidia al fin á arrojar de su reino á los ingleses. El patio del castillo era estrecho para contener las gentes de armas, los pajes, los escuderos y los caballos. La brisa agitaba los oriflamas; las armaduras brillaban á los rayos del sol.

En fin, en el peristilo, y rodeado de su familia, apareció Cárlos VII. La Reina, algunas nobles damas y las doncellas de honor le acompañaban. — A los mil gritos de alegría con que le saludaron, el Rey respondió con un grito de guerra:

—¡A los ingleses!

Acercóse despues á la Reina y se despidió de

ella; y volviéndose á Ines, que estaba muy encarnada, le dijo en voz baja:

—Mi dulce amiga, acordaos que vendré á depositar á vuestros piés mi corona reconquistada.

—Desde aquel momento, dice un testigo ocular, Ines Sorel fué á los ojos de todos, y públicamente, la querida del Rey.

En tanto que la jóven, llena de confusion, inclinaba la cabeza ante las miradas de la córte, el Rey se lanzó sobre su caballo; con un ademan saludó por última vez á la Reina, á las damas y á las doncellas de honor reunidas en el peristilo, y poniéndose á la cabeza de su comitiva, desapareció muy pronto bajo la bóveda estrecha de la puerta del castillo.

La Reina se retiró seguida de sus damas; pero una severa mirada suya despidió á Ines, ó más bien, la prohibió reunirse á la comitiva.

Aquella pública demostracion del amor del Rey á Ines habia herido cruelmente, si no el corazon, el orgullo al ménos, de María de Anjou: porque si bien el amor habia ido apagándose poco á poco en su alma al saber la pasion que su esposo sentia por otra, hallaba que su dignidad estaba á salvo por el secreto que envolvia á aquellos amores; aquel dia el insulto habia sido público. Cárlos, arrastra-

do fuera de los límites de la prudencia, por el dolor de la partida, habia dicho á Ines palabras tales, que á pesar de haber sido pronunciadas á media voz, habian resonado como un eco fúnebre en el corazon de la Reina, de la esposa, de la madre, ultrajadas en la persona de la reina de Francia.

Ines, pálida y trémula, se retiró con los ojos llenos de lágrimas; mas á la hora de la comida, la Reina le avisó para que acudiese á desempeñar su servicio, y cuando se hallaron frente á frente, le alargó la mano sin muestra alguna de enojo. Ines besó tierna y respetuosamente aquella mano, y ocupó su sitio detras del sitial de la Reina.

La amistad que unió siempre á la esposa y á la favorita de Cárlos VII ha dado lugar á muchos comentarios. Algunos cronistas han supuesto que la Reina ignoraba la intimidad de las relaciones de Ines y del Rey, mas esta suposicion es inadmisible. María de Anjou sabía perfectamente que Ines reinaba como soberana en el corazon del Rey, y quizá en secreto sentia el tormento de los celos; pero Reina ántes que mujer, comprendió que estaba en su interes, ya que no en su deber, el proteger con todas sus fuerzas á esta favorita que sólo usaba de su imperio para bien del Estado.

Léjos de Cárlos VII, Ines se hallaba sola con su

falta, y el amor no sofocó jamas en ella al remordimiento. Para esta mujer llena de abnegacion, las satisfacciones del poder y de la vanidad eran bien poca cosa; una dulce palabra, una tierna mirada del Rey eran su única ambicion.—Bajo el exagerado respeto de los cortesanos, le parecia traslucir siempre un desprecio secreto, y el nombre de *concubina real* que le daba el pueblo, le hacía verter amargas lágrimas.

La situacion de Ines estando léjos del Rey no era sin peligros: tenía enemigos poderosos, porque habia contrariado la política de algunos, y no lo ignoraba; mas sus peligros personales eran la menor de sus preocupaciones; para defenderla tenía á la Reina, que por cualquiera razon que la impulsase, fué siempre su amiga; y ademas contaba con un protector que al partir le habia dejado el Rey; era un servidor fiel hasta la muerte; un caballero llamado Estéban Chevalier; nadie como este hombre amaba y admiraba á la favorita; á una señal suya se hubiera arrojado al infierno, sin una queja, sin una observacion.—Esta gran pasion, esta abnegacion absoluta, hizo creer que Estéban participaba con el Rey del corazon de la bella Ines; pero nada prueba que fuese otra cosa que un amigo, si bien el mismo Chevalier daba pábulo á las

hablillas, llevando los colores de Ines; servidor fiel y desinteresado de una mujer bella, tenía á orgullo el que le conociese como tal el universo entero, y habia hecho pintar en su escudo esta divisa, entre dos bandas que ostentaban los colores de la favorita.

Vale más que el mundo, aquella por quien muero.

En París, y en su casa, calle de la Verrerie, Esteban Chevalier hizo grabar en el frontispicio el nombre de SOREL en grandes letras antiguas, rodeadas de guirnaldas de hojas de oro; estas dos manifestaciones sobraban para que toda la Francia le considerase como el amante, ó á lo ménos, como enamorado de Ines.

VI.

El mayor encanto del carácter de Ines era una dulzura extraordinaria; esta cualidad irresistible en el sexo débil, ha conducido á la mujer á sus más señalados triunfos, y hasta las que han nacido con un carácter áspero y altanero han comprendido la necesidad y utilidad de doblegarle para conseguir sus fines.

Ines no tenía sólo cualidades altísimas de espí-

ritu y de corazon; tenía, ante todo, cualidades amables. Su dulce rostro expresaba la afliccion; pero casi nunca la cólera ó la ira; contrastaba la inocente y casi augusta serenidad de su frente, con el dibujo sensual de su boca; y en ambas facciones estaban pintados los dos extremos de su carácter, ó más bien de su sér moral: era una de esas criaturas que atraen á la vez por el alma y por los sentidos; que son ángeles dotados de extraordinaria facultad de amar, y que se juegan por una pasion, pasado, presente y porvenir.

Lo extraordinario y lo más dichoso para la jóven, era que Cárlos VII, hombre vulgar, débil, irresoluto y de sentimientos nada levantados, comprendia lo que valia Ines, y reconocia y adoraba su mérito, como si él mismo hubiera sido un hombre superior: los cuidados de la guerra no hacian olvidar al rey á su gentil amiga: á la menor tregua, en el más pequeño espacio de reposo, corria tan pronto á Loches, tan pronto á Chinon, morada favorita de Ines. Cada dia se complacia más en enriquecer á la que amaba. Habíale dado ya el ducado de Penthievre, y le hacía construir en Loches un palacio, que áun se enseña hoy como la morada *de la reina de la belleza;* hállase ahora unido al espacioso palacio que más tarde

hizo edificar el cruel Luis XI, hijo de Cárlos VII. Al occidente se ve una torre cuadrada, donde segun dice la crónica del país, *el rey encerraba á su amiga cuando iba á caza.*

No es dudoso para nadie que conozca algun tanto la historia de aquellos tiempos, el que Ines tuviese ademas de los amores con el Rey, otros amores, pues era la mujer de su tiempo que ha inspirado más violentas pasiones, siendo la que causó más estragos y la que causó su misma muerte, la que alimentó por ella el Delfin, más tarde el terrible y simulado Luis XI.

Veinte años duró el reinado de Ines Sorel en el corazon de Cárlos VII, y el Delfin, que era un niño á la llegada de la señorita de Fromenteau, creció viéndola, y con él creció la violenta pasion que la profesaba, y que ni áun despues de muerta la favorita de su padre se apagó, puesto que amaba con adoracion su recuerdo.

En tanto que el Rey peleaba con los ingleses, y les iba ganando las plazas y castillos que otras veces habian sido suyos, Ines se hallaba confusa acerca de un asunto de familia. La enemiga de su infancia, Antonieta de la Maignelais, cuya envidia le habia obligado á aceptar la proteccion de Isabel de Lorena, aquella cruel y pérfida Anto-

nieta, envidióla su suerte más que nunca, y la escribia con frecuencia rogándole la llevase á su lado.

Un dia que Ines consultaba con la Reina acerca de lo que debia hacer en un asunto que la tenía perpleja, María de Anjou le dijo que no debia acceder á los deseos de su prima.

—¡Oh, señora! repuso la dulce Ines: recuerdo las primeras bondades de mi tia, que amparó mi desvalida infancia!

—Recordad tambien los dolores que su hija os ha causado.

—Creo, señora, de mi deber traer á mi lado á Antonieta, que se casará mejor que en su país.

—Haced lo que querais, dijo la Reina, pero tendréis que arrepentiros.

Ines vaciló aún por algun tiempo; pero la bondad de su corazon ganó al fin, y envió en busca de su prima á su fiel Estéban Chevalier, que ántes de pasar ocho dias, estaba de vuelta en Chinon con Antonieta.

La primera entrevista de las dos primas fué muy singular: sin dar siquiera gracias á Ines, sin cuidarse de las mujeres de servicio que las rodeaban, Antonieta prorumpió en reproches amargos.

—¡Y qué, prima mia!—exclamó—¿Es cierto lo que se dice? ¿Eres la favorita del Rey?

Ines confusa no respondió, y Antonieta continuó de esta suerte:

—El ruido de tus escándalos ha llegado hasta nuestro pais, y mi madre rehusaba creer lo que se nos decia; yo tambien he dudado de ello; pero despues de mi corto viaje, y desde que he llegado, he sabido cosas bien extrañas!

Ines, con las lágrimas en los ojos quiso protestar de su perfecta inocencia en sus relaciones con el Rey; pero Antonieta no conocia la piedad.

—¡Calla, eso es infame! exclamó: ¿Quién al verte tan dulce hubiera pensado que traerias el deshonor á nuestra casa? ¡Has olvidado toda honestidad y todo decoro; en cuanto á mí, no quiero permanecer aquí más tiempo, me vuelvo al lado de mi madre á quien contaré todo lo sucedido á fin de que te retire todo su afecto y amistad!

—¡Oh, no por Dios, prima mia! exclamó Ines espantada, y arrojándose con el semblante bañado en lágrimas á los piés de su prima. ¡No te vayas, y te juro que cambiaré de vida; que no faltaré al honor; que no volveré á ver al Rey!

—Sea, repuso Antonieta; esperaré á ver si cumples tus promesas, y viviré algunos meses en Chinon, ya que así lo deseas.

El plan de la jóven turenesa era muy sencillo:

se reducia á despertar los remordimientos en el corazon de Ines; á explotarlos hábilmente; á obligarla á ir á llorar sus faltas al fondo de un monasterio, y despues á ocupar su sitio en la córte y en el corazon del Rey.

Mas de todo este bello proyecto, sólo quedó una cosa; el capricho pasajero del rey por Antonieta, que aunque no tan bella como Ines, era muy bonita. Cárlos no pudo ser insensible á las ojeadas incendiarias de la prima de Ines; pero en tanto que ésta vivió, ella fué la dama soberana y la más amada del Rey.

VII.

Durante cinco años, el Rey é Ines se vieron poco, porque aquél se hallaba ocupado en arrojar de Francia á los ingleses: mas despues de cada batalla ganada, Cárlos hacía en Loches ó en Chinon una aparicion de pocos dias: ya tenian dos hijas, cuando en 1438, Cárlos VII vino con toda su córte á estableerse durante algunos meses en Bourges.

Estas dos niñas, llamadas Carlota y Margarita, se criaban léjos de sus padres, en el fondo de la Normandía, adonde el Rey iba á verlas y colmaba

de ricos presentes á la familia que las cuidaba: algunas veces Ines y su regio amante se daban cita en aquel pacífico asilo, y pasaban algunos dias al lado de sus hijas, que contaban como los más dichosos de su vida.

Los más ricos presentes atestiguaban á todos que el amor del Rey por Ines no disminuia: al palacio y á las tierras que poseia su amiga, habia añadido los señoríos de la Roche-Servière, de Roqueserien, de Issodour en Berry, y de Vernon; y en fin, el castillo de Beaute-sur-Marne.

—Así, querida mia, dijo el Rey á Ines: seréis de hecho lo que hace largo tiempo sois de nombre: señora y reina de la belleza.

En 1438, al venir á establecerse á Bourges durante algunos meses, el Rey quiso tener cerca á su dulce amiga, la cual rehusaba habitar el castillo Real: dióle, pues, á corta distancia de la ciudad, una residencia encantadora, el castillo Bois-Trousseau, que Ines fué á habitar inmediatamente.

Aquella época fué la más dichosa para Cárlos VII y su bella favorita: jamas volvieron ya á encontrar aquellas horas deliciosas, tan rápidas y ligeras, que se hubiera podido vivir así mil años sin envejecer. El castillo con sus jardines, sus dilatados bosques, abrigaba maravillosamente el mis-

terio de sus amores. Allí no habia importunos ni indiscretos: rodeábanlos sólo algunos servidores fieles, ciegos y mudos; juntos pasaban los amantes largos dias y largas veladas, tan enamorados como el dia en que por primera vez habian sentido latir sus corazones el uno por el otro. Cárlos contaba á su amiga sus empresas contra los ingleses, sus éxitos, sus esperanzas. Ines, á su vez, leia en algun manuscrito ó recitaba versos: porque era á la vez artista é instruida, y tenía grandes recursos de ingeniosa ternura para llenar todas las horas de su regio amante.

La estancia de los dos amantes en el castillo de Bois-Trousseau habia empezado como una novela caballeresca. Hallábase una noche sola en su cámara Ines y hojeaba un libro de trovas adornado de curiosas imágenes, cuando entraron á decirle que un cazador extraviado pedia auxilio á la castellana. Serian ya las nueve de la noche, lo que en aquella época equivalia á ser hoy la una de la madrugada.

—Dadle una buena cámara, —dijo Ines, —y cuidad de que nada le falte.

Algunos minutos despues volvió el paje.

—Noble señorita, —dijo, —vuelvo á vuestra presencia para haceros presente que el cazador de-

sea veros á fin de daros gracias, porque quiere partir muy de madrugada.

Levantóse Ines para ir al encuentro del extranjero, cuando éste aparecia á la puerta de la estancia alegre y sonriente.

—¡Ah, mi querido, mi amado señor! —exclamó Ines, —¡vos aquí solo y á estas horas! ¡qué imprudencia!

VIII.

Esta imprudencia debia repetirse frecuentemente. Cada noche, tanto para guiar al Rey como para recordarle que le esperaba, la bella Ines hacía encender una hoguera en la torre más alta de su castillo. A esta señal, esperada con impaciencia por el amoroso Cárlos VII, corria á toda brida seguido de un solo confidente. Asomada al balcon la dama de la belleza, inquieta, conmovida, interrogaba con los ojos el camino que seguia de ordinario su regio amante, y cuando le apercibia en la ancha avenida que conduce á Bois-Trousseau, bajaba ligera y alegre á recibirle, y le hacía con una gracia inimitable los honores de la casa y de la cena.

Sucedia algunas veces, aunque muy raramente,

que el Rey, detenido por negocios importantes, maldecia en el fondo de su corazon la precision de permanecer en Bourges. Entónces, para responder á la señal de su amiga, hacía encender una luz en la cima del castillo Real.

Sola y triste esas noches la dulce Ines, se consolaba pensando que una noble ambicion era su única rival en el corazon de Cárlos VII.

La encantadora leyenda de ese telégrafo luminoso se ha conservado á traves de los siglos, y áun se muestra al viajero en el país, y en la cima de una colina, los restos de una torre que ha conservado el nombre de *La torre de la señal.*

Completamente embriagado por esta existencia de dicha y de amor, Cárlos VII volvió á olvidar su reino y á los ingleses; pero Ines era ménos olvidadiza y de cuando en cuando decia al Rey:

—¡Ay! muy pronto, mi querido señor, tendrémos que volver á separarnos.

Y el Rey que comprendia, contestaba:

—Sí, amada mia, en breve partiré.

El interes del reino fué la constante preocupacion de Ines: la obra de la reconquista de Francia fué suya más que de Cárlos VII, y á esto debe el haber hallado gracia ante la historia, tan severa de ordinario para las mancebas reales; por esto,

su nombre bendecido ha atravesado los siglos y ha llegado hasta nosotros, puro de toda sombra que no sea la de un amor ilegítimo. Gracias á Ines, y algunos años despues de conocerla, el Rey de Francia no era ya el monarca humillado al que llamaban burlándose los ingleses «el Rey de Bourges». Habia ya merecido cambiar este nombre por el de «Victorioso»; el enemigo no estaba aún expulsado, pero habia reconquistado una gran parte de las provincias; noticias dichosas llegaban de todas partes; los soldados eran numerosos, y el crédito se restablecia.

«El cielo y la tierra, dice un antiguo historiador, parecian haberse reunido para ayudarle.»

Y en efecto: cuando su suerte parecia más desesperada, apareció Juana d'Arc, la vírgen mártir, cuya maravillosa intervencion volvió el valor á los pueblos desolados: los nombres de sus compañeros de armas son sinónimos de valor y de fidelidad: á su lado combatian Boussac, Vignolles, Xantrailles, La Hire, Guillermo de Barbosson, el bastardo Dunois y muchos otros capitanes, *sin reproche y sin miedo*, segun dice la leyenda de aquellos tiempos. Tuvo por querida una mujer bella, espiritual y llena de abnegacion, que se olvidaba de sí misma: y en fin, para restablecer su

crédito agotado, encontró un hombre de genio, rentista ilustre, en la acepcion política de esta palabra, Jacobo Cœur, que le abrió sus cofres sin contar y le proveyó de dinero, medio poderoso para hacer la guerra con ventajas.

Pero Cárlos VII era un príncipe ingrato; habia dejado perecer á Juana d'Arc y le verémos al final de su reinado despojar á Jacobo Cœur, su tesorero y su bienhechor.

Desde su instalacion en el castillo de Bois-Trousseau, Ines Sorel pasó algunos años sin ir apénas á la córte: habitaba unas veces Loches, otras Chinon, y otras veces se iba á su pequeño castillo de Fromenteau, única propiedad que ántes de ser amada del Rey poseia: el Rey iba á pasar á su lado todos los instantes de reposo de que podia disponer, y los dias y los meses se pasaban dichosos y tranquilos.

Isabel de Lorena fué con su marido á Loches para visitar á la hermana de Renato, María de Anjou, y su antigua doncella de honor, la que habia alcanzado del Rey el perdon del príncipe rebelde, la amable Ines Sorel en fin, quiso verla y saludarla.

Isabel la recibió sentada en un alto sillon y la miró fria y desdeñosamente, como si la magnifi-

cencia del traje de Ines la ofendiese: acaso era así, porque esta princesa, severa é intachable, jamas ofreció sombra alguna en su virtud, aunque no reparaba en servirse para su provecho de la virtud ajena, como lo hizo con Ines.

Ines entró en el salon y corrió presurosa hácia la Princesa, que la clavó á algunos pasos de ella con una mirada helada y dura como el acero.

—Habeis perdido hasta tal punto el pudor,—le dijo,—que os atreveis á presentaros delante de mí sin avergonzaros? ¿No sois públicamente la manceba del Rey?

Ines podia haber contestado á la severa Isabel que ella misma la habia empujado á los brazos de Cárlos; pero dulce y resignada, inclinó la cabeza, guardó silencio y salió de la cámara, despues de hacer un humilde saludo.

IX.

El problema, más bien de corazon que de socialismo, que despues ha explicado tan admirablemente el ilustre Balzac, se agitaba ya áun siendo entónces inexplicable, en la época de Ines y de Cárlos VII de Francia: la mujer que ofrecia el

raro, el admirable conjunto de la belleza del cuerpo y del espíritu, era amada con fidelidad y constancia, á no ser que hallase por amante un hombre destituido de toda imaginacion; entónces, como ahora, como siempre, para los tontos no hay lazo ni atractivo posible; pero entónces, como ahora, habia quien buscaba el *doble amor*, que es lo que constituye el amor grande, profundo, inextinguible.

Ines Sorel, bella, instruida, llena de gracia y de ingenio, fué amada constantemente de Cárlos, y segun ya se indicó más arriba, fué amada profundamente de otros caballeros, entre los cuales se contaba el mismo Delfin, ciegamente apasionado desde la adolescencia de la amante de su padre.

Inconsolable por estar separado de su bella amiga, Cárlos se quejaba de la obstinacion de ésta, que se empeñaba en vivir en el retiro, consiguiendo despues de muchas instancias que fuese á París en la comitiva de la Reina: pero desplegó tal lujo, que causó un verdadero escándalo. Ines se presentaba en todas partes al lado de la Reina, vestida de terciopelo y de pieles, deslumbradora de diamantes que aumentaban su milagrosa belleza; se murmuraba altamente de tan grande magnificencia; las muestras de desprecio y los ultrajes la asediaban

por todas partes, y al fin un dia quiso huir, y díjo al Rey derramando lágrimas amargas:

— Si hubiera sabido lo que iba á sufrir en París, jamas hubiera puesto el pié en él! Si me amais, señor, dejadme para siempre en el retiro.

El Rey dejó pronto á París, pudiendo con mil trabajos evitar el que Ines se fuese sola; los enemigos de ésta eran poderosos, y se agitaban en la sombra tratando de derribarla.

A la cabeza de estos enemigos se hallaba el delfin Luis; todas sus tentativas para alcanzar los favores de Ines habian sido vanas, y léjos de participar de su pasion, se habia reido de ella, amenazándole, cuando vió que no cedia, con quejarse al Rey de tan larga persecucion.

Desde París fué la córte á Chinon; era el mes de Diciembre de 1446; Ines se hallaba al lado de la Reina, y no sospechaba el lazo que iban á armarle sus enemigos.

Una mañana el Delfin hizo llamar á su favorito y confidente Antonio de Chabannes, conde de Dammartin, cerró las puertas y le mandó sentar á su lado.

Extraño contraste presentaban aquellos dos hombres; el Delfin de Francia era ya el odioso Luis XI que hemos conocido despues en la histo-

ria, supersticioso y cruel; pequeño de estatura, flaco, lívido, no se comprendia cómo semejante aborto habia hallado vida en el seno de una mujer tan bella, tan amable y delicada como María de Anjou; brillaban los pequeños ojos del Príncipe entre dos espesas cejas con una maligna luz, y aunque sólo contaba diez y nueve años, parecia de mucha más edad que Antonio de Chabannes, que contaba veintiocho.

Era el favorito el hombre más hermoso y mejor formado de la córte; apasionado de Ines Sorel desde hacía largo tiempo, jamas habia querido casarse; pero guardaba este amor en el fondo del alma con tanto cuidado, que sólo la mirada del Delfin lo habia descubierto.

—Conde, dijo Luis con acento duro y altanero; es preciso que te hagas amar de Ines, la amiga de mi padre.

Palideció Chabannes, é iba á hablar, pero el Príncipe le detuvo.

—Calla y obedéceme, le dijo; sé que al servirme te sirves á tí propio, porque amas á esa odiosa mujer; mira, pues, si logras ser correspondido, y me sirves á mí y te sirves tú.

—Pero decidme al ménos, señor, ¿qué idea os lleva á ordenarme eso?, exclamó el Conde.

—La idea que tengo es ésta: todo lazo entre el Rey y esa mujer quedará roto si ella tiene otro amante, y este amante llega á ser descubierto; así, pues, es preciso que Ines tenga ese amante que no tiene.

El Conde palideció y murmuró algunas palabras.

—Yo sé que la amas, repuso el Delfin con una risa cruel, y creo que me agradecerás el encargo que te hago; véte y no olvides que quiero ser obedecido.

Chabannes se retiró confuso y abatido; durante muchos dias no sabía qué partido tomar, y tanto temia lograr lo que el Delfin deseaba, como salir derrotado de la empresa que iba á acometer. Si era bien acogido por Ines, se exponia á la cólera del Rey, y el primer movimiento de Cárlos VII era terrible; desairado, no podia desconocer que tendria en el Delfin un cruel enemigo.

Eligió al fin un término medio, y resolvió engañar á la vez al Rey y al Delfin, empezando á rodear á Ines de cuidados y de homenajes.

Toda la córte se apercibió bien pronto de las manifestaciones de aquella pasion; pero nadie podia decir si Ines las agradecia ó las rehusaba.

—¿Adelanta nuestro asunto, Chabannes? preguntaba el Delfin cada dia á su confidente.

A lo que el Conde respondia infaliblemente.

—Creo, señor, que nuestro asunto marcha bien.

Pero al ver que el asunto no adelantaba nada, y que el Rey seguia apasionado de Ines, el Delfin empezó á desconfiar de su confidente, y el Rey á su vez, prevenido por algunos cortesanos, empezó á observar lo que sucedia.

X.

La pasion verdadera, profunda, que el Conde de Dammartin alimentaba por Ines, fué la salvacion de ésta. Chabannes no pudo resolverse á perder á la que amaba; pero obligado ya á hacer alguna tentativa que calmase los feroces recelos del delfin Luis, tomó su partido.

Una tarde que el Rey volvia de caza, se dirigia solo á sus habitaciones, cuando á la vuelta de un corredor sombrío se halló de frente con Ines, que llegaba corriendo y sofocada.

El Conde corria tras ella; Cárlos VII frunció las cejas y pidió una explicacion, con acento severo é iracundo, que hizo temblar á Ines.

—Señor, dijo ésta; hace ya mucho tiempo que el Conde me importuna; ahora poco, hallándose

solo conmigo, se ha arrojado á mis piés, declarándome su amor en los términos más apasionados; reconvenido por mí, ha redoblado sus instancias en términos tales, que me he visto precisada á buscar un refugio en vuestras habitaciones, llenas ahora de gente. El Conde se ha lanzado detras de mí, y me ha perseguido hasta aquí, no ya para hablarme de su amor, sino para conjurarme que guardase silencio.

El continente confuso del Conde, inmóvil á algunos pasos de distancia, probaba que Ines decia la verdad. — Cárlos VII se dejó llevar de una cólera espantosa, y ordenó al Conde que saliese del castillo para nunca más aparecer en la córte.

Chabannes, espantado con el enojo del Rey, y temblando por su vida, corrió á las habitaciones del Delfin, que no le esperaba á aquella hora.

—¡Ah, señor, salvadme! estoy perdido; exclamó uniendo las manos.

—¡Bah, bah, dijo Luis con una helada sonrisa, consuélate; te has expuesto por obedecerme y no te abandonaré. Mañana mismo hablaré por tí á mi padre.

Luis queria una cruel venganza; la humillacion de Ines, á la que aborrecia, era su más grande preocupacion; esperó, pues, á que el Rey se halla-

se en la habitacion de la favorita, y entró á pedirle la gracia de Chabannes.

—Es mi amigo, señor, le dijo con tono altanero; es mi servidor más fiel; perdonadle, que no merece la ofensa que os ha hecho tanto rigor.

—¡Cómo! ¿qué dices?, exclamó colérico el Rey; ¡con que es pequeña injuria el perseguir con su amor á la persona que yo amo!

—Pensad en sus largos y buenos servicios á vuestra persona, insistió el Delfin, que lanzaba á Ines sombrías y amenazadoras miradas.

—Luis, contestó Cárlos VII, déjame en paz; ese hombre no volverá á presentarse delante de mí si quiere conservar su cabeza, y debe darse por feliz, pues que Ines se contenta con tan pequeño castigo por tan mortal injuria.

—¡Por la Pascua de Dios! gritó el Delfin, perdiendo ya todo miramiento: ¡esa mujer sin pudor es la causa de todas nuestras querellas!

Y arrojándose á Ines, le dió una violenta bofetada que resonó en todo el aposento.

Ante este ultraje odioso, el Rey saltó sobre su hijo y le asió de los hombros con tal violencia que le hizo caer al suelo. Amenazador y terrible iba á golpearle, cuando Ines, generosa como siempre, detuvo su mano.

—Serenaos, mi querido señor, le dijo, y pensad en que es vuestro hijo.

El Rey dió un paso atras, y pasó la mano por su frente, cubierta de helado sudor.

Luis, devorando su cólera, se levantó lentamente, pálido y amenazante, y salió sin proferir una palabra. La muerte de Ines quedaba decretada en el fondo de su alma.

Algunos historiadores que hacen alusion á esta escena terrible entre el padre y el hijo, dicen sólo que «el Delfin, mal aconsejado, se dejó llevar, respecto de Ines, de la prontitud y viveza de su carácter.»

Lo que nadie puede asegurar, ó más bien, lo que nadie puede decidir, es si Ines Sorel habia participado del amor de Antonio de Chabannes, haciendo traicion por él á Cárlos VII. Mas si fué así, como algunos cronistas dejan suponerlo, debe admirarse la discrecion y destreza del Conde, que supo burlar los numerosos espías del Delfin, que vigilaban dia y noche todas sus acciones, y que prefirió el destierro á comprometer á la mujer que amaba.

Pocos dias despues del acontecimiento que acabamos de referir, Ines dejó la córte para no volver á ella. Las lágrimas y los ruegos del Rey, las sú-

plicas de la Reina y de sus más caros amigos no bastaron á vencer su resolucion.

—Me retiro á mi casa de Loches, dijo, y en ese asilo encantador quiero acabar mis dias.

Este castillo, aunque no muy grande, era verdaderamente encantador, y se dominaba desde sus balcones uno de los más hermosos sitios de Francia. Cárlos VII se habia complacido en embellecer aquella residencia con todo lo que el lujo de la época ofrecia de más precioso.

Ningun acontecimiento, en efecto, turbó los últimos años de la vida de Ines; las visitas del Rey eran lo único que rompia la monótona uniformidad de su existencia.

XI.

Hácia el fin de 1448, la señorita de Fromenteau supo que se urdia un complot contra la vida del Rey, ocupado entónces en la conquista de la Normandía: decidióse á salir de su retiro; pero ántes escribió al Rey, rogándole estuviese muy prevenido, y anunciándole que muy pronto se pondria en camino para comunicarle detalles, que no se atrevia á confiar á nadie.

Ines habia tenido otra hija, á la que se le puso

el nombre de Juana, y que con sus hermanas Carlota y Margarita, se hallaban á su lado.

En los primeros dias del año 1449, la reina de la belleza dejó su preciosa residencia, y fué á reunirse con el Rey en la abadía de Jumiegnes.

Pero algunas leguas ántes de llegar, se sintió acometida de una indisposicion súbita, y se vió obligada á detenerse en el castillo de Mesnilla-Belle, situado á poca distancia de la abadía donde la esperaba el Rey.

Avisado éste al instante, voló al lado de su amiga, cuyo estado se habia agravado en algunas horas. Los síntomas más alarmantes quitaron toda esperanza de salvarla.

Al ver al Rey, que entraba ansioso, exclamó:

—¡Ah, mi querido señor, me muero! ¡Ya no volveré á ver nunca á mi bella Turena!

Cárlos la abrazó, y cayendo despues de rodillas al lado del lecho, regó con lágrimas la blanca mano de Ines.

Halló á ésta horriblemente desfigurada: la muerte habia ya estampado en su rostro su descarnada huella. Sus ojos estaban apagados; sus labios cárdenos.

—Cuidad de mis hijas, señor, murmuró con voz débil: cuidad de ellas, como si yo viviera; ¡sólo á vos tienen en el mundo!

—¡Oh! exclamó el Rey,. ¡no me hableis así, Ines, no puedo pensar en que vais á faltarme; este pensamiento es superior á mis fuerzas!

Despues de una larga y desgarradora escena, el Rey tuvo que retirarse, porque una emocion tan violenta apresuraba los progresos del mal.

Cuando la enferma se hubo tranquilizado, hizo entrar en su cuarto á todas las jóvenes dedicadas á su servicio, y las exhortó durante largo rato á permanecer en el camino de la virtud, convenciéndolas por la narracion de sus propios sufrimientos soportados en secreto, de la escasa dicha que se halla en la vida, cuando se ha dejado de poder soportar todas las miradas con la frente serena.

—Mi vida—les dijo—ha sido un tejido de dolores; áun cuando más feliz aparecia, me devoraba el pesar de verme rebajada á mis propios ojos: es verdad que amaba al Rey, y este amor es mi sola excusa: mas debiera haberlo vencido, áun perdiendo en la lucha mi vida; á lo ménos hubiera muerto con la conciencia tranquila, y en paz conmigo misma. Creedme, amigas mias, sólo con la tranquilidad de la conciencia se vive dichosa. ¡Qué crueles luchas he tenido que soportar! ¡Sentia hácia la Reina los más terribles celos, y no obstante, procuraba complacerla por todos los me-

dios posibles, para que no me arrojase de su presencia! ¡Dejar de verla á ella, hubiera sido renunciar tambien á ver al Rey, sin el que no podia vivir! ¡Odiaba el matrimonio del hombre que adoraba, y cada año veia nacer de él un hijo nuevo, y tenía que servir y complacer á todos los príncipes! ¡Ah, si como supongo, una mano vengadora ha cortado el hilo de mis dias, yo la bendigo por el bien que me hace!

Un largo desmayo cortó aquel acento triste, que revelaba tan hondos y largos pesares, y todas las damas de Ines se miraron aterradas de los sombríos misterios que encerraba aquella vida, al parecer tan dichosa; aquel corazon bueno y sensible, desgarrado por tan acerbos dolores.

Al dia siguiente, y á eso de las seis de la tarde, la enferma, que hacia algunas horas permanecia inmóvil, exclamó con un profundo suspiro:

—¡Ah, Jesus mio!

Acercóse á ella el Rey, que todo el dia habia estado á la cabecera del lecho; aproximó la mejilla á sus labios; ya no salia el soplo de la vida. Ines Sorel habia dejado de existir.

XII.

Uno de los poetas de aquel tiempo asegura que el jefe de la conjuracion que Ines iba á descubrir al Rey, era el mismo Delfin, despues tan rebelde é ingrato para su padre, y que tan cruel rencor guardaba á Ines por haber desdeñado su amor.

Murió la favorita de Cárlos VII á los treinta y nueve años de su edad: por ejecutores testamentarios habia elegido á Roberto Poitevin, médico; á Estéban Chevalier, tesorero del Rey, y á Santiago Cæur, sus tres mejores amigos.

Sus bienes, muy considerables, se repartieron entre sus tres hijas.

Más adelante se casaron Carlota la mayor, y la más hermosa, con Santiago de Brezé, conde de Mulevrier; Margarita, con el caballero Prégent de Coêtivi, y Juana, la más pequeña, con Antonio de Beuil, conde de Sancerre.

La muerte de Ines sumergió á Cárlos VII en un sombrío abatimiento.

—¡He perdido mi mejor amiga! decia á los que se le aproximaban. ¡Oh, qué desgracia, qué desgracia para mí!

Noche y dia exhalaba sollozos desgarradores ó gritos de dolor, que no sabian cómo acallar sus servidores.

Un grito unánime resonó en toda la Francia.

—¡Ines Sorel ha muerto envenenada!

Mas ¿quién era el autor del crímen?

Se acusó á Antonieta de la Mignelais, á Jacobo Cœur, y por último, al Delfin de Francia.

Las dos primeras suposiciones no tenian base alguna. La tercera tenía otras pruebas en que apoyarse, porque todos recordaban las asiduidades del príncipe para Ines, y el ódio que las siguió cuando se vió rechazado.

El Príncipe procuró lavar la memoria de aquel ódio y todo rastro del mismo, y algunos historiadores, para probar la amistad que reinó siempre entre el hijo mayor y la favorita del Rey, cuentan el hecho siguiente:

«Muchos años despues de la muerte de Ines, el Delfin, ya rey de Francia, fué á rezar á la iglesia de Loches, donde la reina de la belleza se hallaba enterrada. Los canónigos, creyendo lisonjear al Monarca, le pidieron permiso para hacer trasladar á otra parte la tumba de esta mujer, cuya vida habia sido tan escandalosa.

»—Yo creia,—dijo Luis XI,—que esta mu-

jer habia sido vuestra bienhechora; ¿me han engañado? ¿No os ha dado nada?

»—Señor, nos hizo algunos presentes.

»—¿Y qué han sido?

»—Tapicerías bastante bellas, joyas, ornamentos y una imágen de plata de la Magdalena.

»—Y se ha limitado á eso su genorosidad?

»—Ha dado ademas al capítulo dos mil escudos de oro y algunas tierras.

»—Me parece que olvidais la tierra señorial de Fromenteau y la de Bigorre, que os ha otorgado por testamento.

»—Perdonad este olvido, señor.

»—¿Y es así,—exclamó el Rey con todas las muestras de la más viva indignacion,—como guardais la memoria de la que fué vuestra bienhechora?

»Y como uno de los canónigos tratase de disculparse, Luis XI añadió:

»—Acordaos de no merecer el que yo os haga restituir todo lo que os dió Ines Sorel.»

Sí esta anécdota prueba que Luis XI guardaba un buen recuerdo de aquella mujer tan digna de inspirarlo, puede mirarse tambien como un rasgo de hábil política en un príncipe que dió tantas pruebas de profundo disimulo.

Antonieta de la Maignelais detestaba á su pri-

ma, la envidiaba, pero no hasta el punto de envenenarla. Ambiciosa y coqueta, Antonieta probó, despues de muerta Ines, á ocupar su sitio en el corazon de Cárlos VII, y aunque lo consiguió en parte y recogió la herencia de su prima, jamas pudo ocupar el corazon del Rey; fué la querida de éste, pero jamas su amiga, y no pasó de ser una concubina vulgar.

Despues de la muerte de Ines Sorel, Cárlos VII estuvo siempre triste y sombrío, y los últimos años de su reinado estuvieron turbados incesantemente por las perpétuas rebeliones del delfin Luis.

El Rey llegó á temer á su hijo de tal suerte, que pensando siempre en que le envenenaba, se dejó morir de hambre en Julio de 1461, espirando el dia 22 del mismo mes y año.

Al nombre de la reina de la belleza han quedado unidas muchas leyendas poéticas, mil narraciones encantadoras, que áun se refieren en Turena, ese riente país de sus amores.

En la iglesia de Loches, y sobre un zócalo de mármol negro, estaba la estatua de Ines, acostada, y de tamaño natural: dos ángeles, ó más bien dos amores, sostenian la almohada en que reposaba su cabeza, pero ya no existe este monumento que la recordaba.

Hoy sólo se halla de ella un frio monumento en una de las torres del castillo de Loches. Una inscripcion relata los nombres de todos los que contribuyeron á aquel mausoleo, votado por el Consejo general y que ya no existe.

Aun rodea una dulce aureola el nombre de Ines Sorel: esta bella criatura, tan buena, tan sufrida, tan generosa, llevó á sus amores ilícitos todas las virtudes, todas las cualidades amables que el matrimonio necesita para ser feliz; tolerante, benévola, amante, generosa, hubiera sido modelo de esposas y de madres.

Amó al Rey con todo su corazon y jamas abusó del poder que sobre él tenía; no pudo defenderse de aquel amor, y probó de una manera elocuente que, en cuanto á los sentimientos del alma, no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede, que el libre albedrío existe pocas veces, y que la pasion puede más que la reflexion y que la razon.

El poderoso Rey de Francia no pudo reemplazarla jamas, porque era irreemplazable: muerta Ines, hallóse solo en medio de los desiertos de la vida: ella tenía para él todas las cualidades de la amiga, y todos los encantos de la amada: grato y nobilísimo conjunto que se halla pocas veces en la

vida, y que una vez poseido es inolvidable é insustituible.

Ines Sorel murió víctima de su culpa: ya hemos visto la amargura con que se quejó en sus últimas horas, y cuántos dolores ocultos tuvo que soportar.

Aportadas al hogar, á la vida de familia, sus nobles, sus adorables cualidades, la hubieran hecho dichosa y hubieran hecho la felicidad de todos los suyos. Mas ¿la hemos de culpar porque el amor la aprisionó con sus cadenas invencibles? No; víctima de su propio corazon, ella forma parte en la historia de los siglos, de la tribu angélica de que nos habla un gran escritor frances de nuestros dias, y rodeada de flores y de luz, vemos en la noche de los tiempos la figura radiosa y encantadora de INES SOREL.

FRANCISCA DE FOIX,

CONDESA DE CHATEAUBRIANT.

I.

El reinado del terrible Luis XI, que hemos conocido en la leyenda anterior, pasó sin que ninguna mujer imperase ni en la córte ni en su corazon.

Es verdad que áun se duda si habia corazon en aquel pecho de roca, donde vivian en odioso consorcio la supersticion, la venganza, el disimulo y todas las pasiones más bajas y más terribles : el amor, semejante al sol, todo lo dora y todo lo embellece ; el sensualismo tiene tambien sus encantos, pues algunas veces se apoya en el alma y en la complacencia de lo hermoso ; pero Luis XI tenía amurallado el corazon para todo sentimiento que no fuera el de la venganza, para todo placer que no fuera la ambicion y la avaricia.

Sucedióle su hijo Luis XII, príncipe tan bueno que mereció el dictado de *padre del pueblo;* muy superior á todos los soberanos de su tiempo, fué bueno sin debilidad y justo sin rigor: La prosperidad pública fué su único móvil, y ante todo, se preocupó de la dicha de sus pueblos.

—Mejor quiero,—decia,—ver reir á mis cortesanos de mis economías, que ver llorar á mi pueblo por mis gastos excesivos.

Ya anciano el Rey, casó con la bella y frívola María de Inglaterra, hermana de Enrique VIII, y esta princesa no le guardó ninguna fidelidad, aunque aparentaba quererle apasionadamente. Enamorada ciegamente del Duque de Angulema, sobrino del Rey, era tanto lo que la dominaba esta pasion, que se hizo pública á los ojos de toda la córte.

Luis XII, ya viejo para tan jóven esposa, iba caminando hácia el sepulcro, y viuda María, debia abandonar el trono de Francia, pues no tenía hijos del Rey; pero si hubiera existido uno solo, éste debia heredar la corona en perjuicio de Francisco, Duque de Angulema, el más seductor y galante de todos los príncipes de Europa.

La bella inglesa, que ya cerca de cumplir los cincuenta y nueve años de edad, habia sentado el

Rey de Francia en el trono, pensaba sin duda en esta eventualidad y la deploraba, cuando se apercibió del amor que la profesaba el jóven Duque de Angulema: mostróse muy sensible á esta aficion; eran los dos jóvenes, amables, hermosos, y el desenlace no debia hacerse esperar, cuando uno de los nobles descubrió el primero la gentil novela de la Reina, y avisó á toda prisa á la madre de Francisco, la altanera y ambiciosa Luisa de Saboya.

—¡Oh, Dios mio! ¡Qué gran desgracia! exclamó la Duquesa. ¡Ese insensato va á perder la corona por un capricho de algunos meses!

—No será así, señora, repuso el hábil cortesano; yo le haré abrir los ojos para que no vea más que el cálculo donde él cree ver el amor.

—Si haceis eso, Messire Grignaux, exclamó la Duquesa, toda mi vida os estaré agradecida, y os respondo tambien de la gratitud de mi hijo.

En efecto, la primera vez que Grignaux pudo acercarse al Duque, le habló del asunto.

—¡Por Dios, monseñor, exclamó, que no comprendo por qué quereis ser siempre Duque de Angulema, y jamas rey de Francia!

Francisco le miró asombrado.

—¡Guardaos, monseñor, de las caricias de la Reina, prosiguió el cortesano, y pensad en que

vais á daros un dueño; un accidente llega pronto, y *podeis haceros un rey* (1)!

El Príncipe se echó á reir de estas advertencias, y contestó:

—Tanto me contentaria el ver reinar á mis hijos, como el reinar yo mismo.

Y continuó haciendo la misma córte asidua y apasionada á María, que no ocultaba tampoco cuánto le agradaba el jóven Duque.

Éste se hallaba ya casado con la débil y dulce Claudia de Francia, hija de Luis XII y de su segunda esposa, Ana de Bretaña; se habia unido á ella cuando esta princesa contaba solos quince años de edad, y aunque distaba mucho de ser hermosa, poseia un encanto indecible; su tez era tan blanca y delicada, que su marido la dió por divisa una luna, con este lema al derredor: CANDIDA CANDIDIS.

Francisco de Angulema tenía por su esposa un amor especial; aunque durante los diez años que vivió con ella galanteó á muchas mujeres, nunca le faltó á las atenciones más delicadas y á la más alta consideracion.

---

(1) Histórico.

Claudia murió de parto á los veintinueve años, dejando á su esposo, ya entónces Rey de Francia, siete hijos de su enlace, tres príncipes y cuatro princesas.

Luisa de Saboya supo poner de su parte á la esposa de su hijo, y la persuadió de que debia proseguir la empezada obra del buen señor de Grignaux, y en efecto, la madre y la esposa hicieron de modo que despertaron la ambicion en el corazon del jóven príncipe.

La ilusion huyó del corazon de Francisco, y de amante que habia sido de la Reina, se convirtió en espía incansable de sus pasos, temiendo que algun otro, ya que no él, se encargase de dar á Luis XII un hijo.

La Reina era el objeto de una vigilancia muy incómoda para sus gustos; mas la muerte del Rey la libró de todos aquellos argos interesados. Se casó con el Duque de Suffolk, su antiguo amante, que la habia seguido á Francia, y volvió con él á Inglaterra.

El Duque de Angulema se sentó al fin en el trono de Francia, por haber sabido dominar sus deseos una vez en su vida, y léjos de cambiar sus costumbres galantes, jamas la córte de Francia se ha visto engalanada con una cohorte más nume-

rosa de damas hermosas, donde el Rey elegia cada dia la reina de sus pensamientos.

II.

En la noche del 1.º de Enero de 1515, y á la hora misma en que el año empezaba, el buen rey Luis XII exhaló el último suspiro en el palacio de las Tournelles, no léjos de la puerta de San Antonio, y en la misma mañana los cortesanos saludaron al duque Francisco con el título de *Rey de Francia.*

La Historia ha tratado siempre á este Príncipe como á niño mimado. Muerto se le prosiguió alabando como cuando vivia, y ha conservado el título de *El Rey caballero* y de *Restaurador de las ciencias y de las artes.*

Entre las muchas damas hermosas de la córte habia aún algunas elegidas como las más bellas, las más jóvenes y las más coquetas, á las que el Rey mismo llamaba *la pequeña banda;* más que todas las otras, las jóvenes de aquella amable cofradía eran las favoritas de Francisco I. Con frecuencia dejaba el Rey la córte con ellas y desaparecia durante semanas enteras, encerrándose en alguna residencia real, donde se cazaba, se baila-

ba, y se divertian noche y dia. Jóven, libre, todopoderoso, el Rey amaba mucho; iba de una en otra, y el mismo número de las queridas impedia que durasen y que tuvieran importancia y estabilidad.

Un dia el Rey vió por primera vez á Francisca de Foix, condesa de Chateaubriant.

Era esta jóven descendiente de grande y noble raza, y su familia estaba aliada á las casas Reales de Francia y de Navarra, habiéndose hecho célebre, despues de muchos años, en los fastos de la caballería.

Su padre era aquel Gaston de Foix, que debió á la hermosura de su rostro y á sus largos cabellos rubios y rizados el sobrenombre de Febo.

Su madre era Juana de Aydie, hija mayor y heredera de Odet de Aydie, conde de Comminges.

En el año de 1495, es decir, veinte años ántes del advenimiento al trono de Francisco I, habia gran agitacion en el castillo hereditario de la casa de Foix. La castellana tocaba al término de su embarazo, y se esperaba el alumbramiento de un instante á otro.

Febo de Foix, que creia, como todo su siglo, en la influencia de los astros, habia mandado llamar un astrólogo de gran reputacion en el Mediodía de la Francia.

—Maese, le dijo, vos sabréis lo que deseo de vos.

El sabio se inclinó.

—Mi esposa va á darme un hijo, continuó el Príncipe, y deseo saber, sea hembra ó varon, cuál será su destino; satisfaced, pues, mi curiosidad.

—Procuraré leer el porvenir, monseñor, y creo que me será fácil.

—Estais como en vuestra casa, maese, dijo Febo; usad de este castillo y de mis criados como si todo fuera propiedad vuestra, para todas las cosas de vuestro arte; cada uno de mis criados ha recibido órden de obedeceros como á mí propio; contad ademas con una buena recompensa.

Dichas estas palabras, el señor de Foix despidió al sabio y se fué al departamento ocupado por su esposa.

El astrólogo se instaló en una de las torrecillas del castillo y pasó la noche en interrogar al cielo, miéntras la castellana daba á luz una niña.

Cuando despuntó el alba, la Condesa de Foix descansaba ya de sus pasados dolores, y dormia apaciblemente en el vasto lecho de columnas, cerrado por espesas draperías, que ocupaba casi enteramente uno de los lados del aposento; la niña dormia en una suntuosa cuna.

Febo amaba tiernamente á su mujer; el placer de ser padre le ocupaba por completo, y encargó á un paje fuese á llamar al astrólogo.

Pero el paje volvió solo.

—No he hallado á ese hombre, monseñor, dijo, ni rastro alguno de él en el recinto de la torre; pero sobre un escabel, puesto en medio de la estancia, he hallado este pergamino.

Febo alargó la mano; era una grande hoja extrañamente recortada y cubierta de dibujos extraños y de figuras cabalísticas; un clavo habíale sujetado sin duda al escabel, porque se veia en el centro un pequeño agujero.

El señor de Foix miró apresuradamente el pergamino, y no sin dificultad consiguió descifrar esta oscura prediccion, rimada como era costumbre entónces:

«Por su belleza, y suceda lo que suceda,
Al fin ella será reina.»

Una sonrisa de satisfaccion iluminó las facciones de Febo.

—No me sorprende esto, dijo, porque nuestra casa, es casa soberana.—Y continuó su lectura.

«Tendrá la Reina, de cierto,
Dura censura y malos hechos.»

Febo volvió á interrumpirse, buscando, sin duda, el sentido de esta frase oscura, pero no hallándolo, prosiguió:

«Por parte del Rey tendrá amor
Y despues mucho dolor.»

Aquí terminaba la prediccion. Monseñor de Foix volvió el pergamino por todos lados, le leyó mil veces y examinó con atencion cada signo; nada más habia. Espantado, sin duda, de lo que habia leido en los astros, el astrólogo habia juzgado prudente quedarse allí. Semejante interrupcion equivalia al anuncio de una gran desgracia.

Tal fué, á lo ménos, el pensamiento de Febo.

Llamó en seguida y dió órden de buscar al sabio por todas partes y de conducirlo á su presencia.—Escuderos, lacayos y pajes se pusieron al instante en movimiento; pero en vano se registraron todos los rincones del castillo; en vano se recorrió el país y sus alrededores; el astrólogo permaneció invisible; habia huido sin dejar ningun rastro, ningun indicio, y nadie le habia visto.

Esta singular desaparicion inquietó á Febo; en las fiestas que tuvieron lugar cuando el bautismo de su hija, contó á un amigo suyo lo sucedido, y y le mostró el oscuro horóscopo, pero este último era muy poco crédulo y se rió.

—Si quereis creerme, arrojad al fuego ese horóscopo y no penseis más en él.

Febo, que ya contaba una edad avanzada, aunque su esposa era jóven, no escuchó este consejo; envolvió el pergamino cuidadosamente y le encerró en el cofre donde guardaba sus objetos más preciosos.

La pequeña Francisca, que así se llamó la niña, por llamarse así su padre, creció rápidamente á la sombra del techo paternal. Corria por los grandes bosques, se ejercitaba en la caza, y montaba á caballo, aprendiendo á lanzar en los aires el gerifalte.

Tales eran entónces, con la lectura de los libros de caballería, las distracciones de las castellanas de la Edad Media. Solas en sus castillos, rodeadas solamente de algunas camaristas y de un pequeño número de escuderos y de pajes, permanecian algunas veces años enteros sin noticia de sus esposos, ocupados en guerrear en alguna provincia lejana.

Francisca tenía alrededor suyo hábiles cazadores para perseguir el ciervo; su padre, Nemrod que contaba ochocientos perros, y sus tres hermanos, Odet, vizconde de Lautrec; Lesparre, al que llamaban tambien Asparrot, y Lescun, valientes

soldados los tres, habian hecho sus pruebas en las guerras italianas de Luis XII, é iban á ser generales de Francisco I.

III.

No se puede imaginar nada más noble, grande y suntuoso que la morada de los señores de Foix. La córte no habia aún atraido con su brillo á los representantes de las más ilustres familias de Francia; los grandes señores no tenian aún la costumbre de ir á gastar sus rentas, y algunas veces más que sus rentas, al lado del Soberano, á fin de contribuir con su lujo al brillo de la corona.

Los reyes no llamaban á su lado á la nobleza más que á la hora del peligro; cuando era menester cubrirse con el casco y ceñir la espada, los nobles mismos acudian; pero en los tiempos de paz, los gentiles-hombres vivian en su casa y en medio de sus vasallos como pequeños soberanos, y algunas veces, como verdaderos tiranos.

Cada provincia poseia entónces algun señor, que más rico ó más poderoso que los otros, atraia á su lado toda la nobleza de los alrededores, y se formaba así una córte que rivalizaba con la del soberano, y de esta clase era Febo conde de Foix; ca-

da dia llegaba á su castillo un huésped nuevo, seguro de hallar allí una régia hospitalidad.

Una turba de nobles, de valientes caballeros, de altas y poderosas damas, se agrupaba en los patios del castillo cuando llegaba la hora de la caza ó de alguna alegre cabalgata.

Los festines sucedian á las danzas, las danzas á los festines; habia ademas justas de armas corteses en una pradera vecina sombreada de árboles seculares, y rodeada de estrados para las damas.—Esta era la distraccion preferente de la época, heroico y peligroso pasatiempo, del cual muchos caballeros volvian al castillo magullados y sangrientos.

La gentil Francisca era desde su adolescencia la gloria y el ornato de todas estas fiestas; al cumplir catorce años, era, al decir de todos, un milagro de hermosura. —Cuando su padre la veia pasar, graciosa y vestida de una manera maravillosamente rica, no podia ménos de murmurar los dos primeros versos del horóscopo:

«Por su belleza, y suceda lo que suceda,
Al fin ella será reina.»

Reina era ya en efecto por su beldad, por su talento, por su estirpe, y si ningun soberano le habia dirigido aún sus homenajes, los más valientes

y los más nobles se disputaban sus miradas y sus sonrisas y demandaban su mano.

Juan de Laval, señor de Chateaubriant, en la Bretaña, fué el esposo que entre todos eligió Febo de Foix para su hija adorada.

¡Laval! ¡Qué terribles recuerdos de sangrienta venganza, se agolpan en la imaginacion al escribir ó al pronunciar este nombre! ¡Qué sombrío reflejo le rodea!

Era un señor de altanero y orgulloso aspecto el Conde de Chateaubriant; se le tenía por uno de los más dignos y de los más nobles «maestro en valentía», y magnífico en todo; habia hecho sus primeras armas con el condestable Ana de Montmorency, que le tenía en gran estimacion.

Aunque severo y respetado de todos, Juan de Laval contaba sólo diez años más que su prometida, y al celebrarse las bodas tenian, ella catorce y él veinticuatro.

El matrimonio se celebró en 1508; y apénas las fiestas y los regocijos fueron terminados, cuando se pensó en los preparativos de la partida. Juan de Laval se llevaba á su jóven esposa á Bretaña, á aquel castillo de Chateaubriant, que áun más que muchas generaciones de nobles y valerosos caballeros, debia ilustrar el admirable autor de *Renato*.

Al dia siguiente de la ceremonia, el anciano Febo mandó llamar á su estancia á la nueva Condesa; cuando entró Francisca tenía en la mano un ancho pliego atado con un hilo de oro y sellado con las armas de su casa.

—Vas á dejar á tu padre, le dijo; guarda esto, hija mia, en memoria del tierno amor que te profesa.

Alargóle, dicho esto, el pliego, y Francisca, conmovida con el aire solemne del anciano señor, prorumpió en lágrimas.

—Ahora, continuó Febo, júrame no romper jamas ese sello, á no ser que tenga lugar en tu vida algun grave acontecimiento que te turbe y te inquiete.

Francisca hizo el juramento que le pedia su padre.

La hora de la separacion llegó; los caballos y los mulos llenaban los patios; escuderos y pajes acababan á toda prisa los últimos aprestos, registraban los arneses y ataban sólidamente los cofres.

Febo abrazó por la última vez á su hija querida, y volviéndose despues hácia Juan de Laval, le dijo con voz trémula:

—Os llevais, Conde, mi más rico tesoro; pero estoy seguro de que no engañaréis mi confianza en vos.

Por toda contestacion Juan de Laval se arrojó en los brazos del anciano.

Era, á no dudarlo, á la jóven Condesa á quien se referia la palabra *tesoro*. Febo de Foix se hallaba medio arruinado por el gasto que ocasionaba el lujo excesivo y la régia hospitalidad que daba en su casa, y el Conde de Chateaubriant que lo sabía, rehusó todo dote para su jóven esposa, considerándola bastante rica con su talento y su hermosura.

Con los ojos rojos de llorar y llenos aún de lágrimas por la amargura de la despedida, montó la Condesa de Chateaubriant en su blanca hacanea. Su marido montó tambien, y la comitiva se puso en marcha.

El Conde de Foix entró tristemente en su castillo, que le parecia desierto: apoyado por largo tiempo en el parapeto de una de las torres, siguió con los ojos á traves de las sinuosidades del valle á Juan de Laval y á su esposa, que cabalgaban lentamente á la cabeza de la comitiva.

IV.

La vida de la Condesa de Chateaubriant se des-

lizó apacible é ignorada durante los primeros años de su matrimonio.

Juan de Laval habia tomado muy en sério sus deberes de marido : sabía que poseia un tesoro, y velaba por su jóven esposa con una solicitud inquieta que los vecinos llamaban celos.

Las mujeres amantes de sus deberes no tienen historia, y éstas son las más dichosas. Miéntras habitó el castillo de Chateaubriant, Francisca se contentó con ser la más bella y la más amada de las castellanas.

El amor de su esposo le bastaba : le acompañaba por todas partes : á las fiestas de los castillos de las cercanías y á las grandes cazas que tenian lugar frecuentemente.

La Bretaña era entónces un país maravilloso para correr la gran caza, porque la propiedad no estaba dividida : el país no estaba como hoy cortado por fosos profundos, que hacen del terreno de cada propietario como un campo cerrado é innaccesible á los caballos y á los perros.

Durante aquellos primeros y tranquilos años del matrimonio de Francisca, Luis XII habia muerto, Francisco I habia subido al trono, y uno de los primeros actos del jóven rey habia sido nombrar dos mariscales de Francia entre los hombres de

guerra de más renombre : el uno era Santiago de Chabannes, y el otro Odet de Foix, vizconde de Lautrec y hermano de la Condesa de Chateaubriant.

Lucia entónces la aurora deslumbrante de un reinado nuevo. Francisco I, en la embriaguez del poder supremo, no pensaba más que en la alegría.

Ardiente para el placer como para el peligro, tenía en las fiestas la misma fiebre que en las batallas, y toda la flor de la jóven nobleza francesa seguia su ejemplo.

En Amboise, en Romarantin, en Vendôme, se sucedian sin cesar los festines, los bailes de disfraces, los torneos, los banquetes y las partidas de caza. Era una vida completamente nueva.

En esta época fué cuando Francisco, llamado «el Rey caballero», hizo sin saberlo una revolucion en el arte de la peluquería.

Los cabellos largos eran en el siglo XVI la marca distintiva, el exclusivo privilegio de la nobleza: llevarlos crecidos estaba prohibido á los villanos, y Pedro Fombard, el ilustre autor de las *Sentencias*, fué el que alzó esta prohibicion ; pero lo consiguió con mucho trabajo, y la nobleza protestó enérgicamente, y hubiera protestado durante largo tiempo sin el accidente que vamos á referir.

El dia de Reyes hubo una gran fiesta en el pa-

lacio del Conde de Saint-Paul: figurábase un asalto, en el que los sitiadores estaban mandados por el Rey en persona, y los sitiados por el Conde: los proyectiles eran pedazos de nieve recogidos en la campiña, huevos, manzanas y confituras: pero estas provisiones se acabaron y abrieron la puerta del castillo del Conde para ir á buscar más: entónces, uno de los asaltados, queriendo retardar la hora de la derrota, tuvo la desgraciada idea de tomar de la chimenea un tizon encendido y de lanzarlo en medio del grupo de los sitiadores.

El peligroso proyectil alcanzó á Francisco I en la cabeza y le hizo una herida profunda.

A los gritos de «¡el Rey está herido!», sitiados y sitiadores se precipitaron hácia el jóven soberano, que fué colocado sobre una camilla y trasportado á palacio. Los médicos, prevenidos del accidente, le esperaban ya. Despues de un breve exámen declararon que la herida no ofrecia ningun peligro, pero cayeron bajo sus tijeras los hermosos cabellos negros del Rey.

Al dia siguiente todos los cortesanos aparecieron sin cabellos; los demas nobles les imitaron; siguió este estilo la clase media, y desde entónces los cabellos largos fueron declarados ridículos.

Desde este accidente el Rey se dejó crecer la

barba, y cada uno tuvo á grande honor seguir el ejemplo Real, no viéndose al cabo de poco tiempo más que cabezas rasas y rostros barbudos.

La dolencia de Francisco I fué de corta duracion y las fiestas volvieron á empezar más brillantes que nunca.

La fama de la belleza de Francisca de Chateaubriant habia llegado á oidos de Francisco I, y este Rey, que queria que «su córte fuese como un parterre, donde se abriesen las flores más bellas de la Francia», habia manifestado ya muchas veces su deseo de ver á la Condesa: mas aunque de ordinario sus menores deseos eran órdenes, tan pronto ejecutadas como dadas, esta vez debió creer que hablaba con sordos, pues nadie le hacía caso.

Juan de Laval estaba avisado del deseo del Rey, porque muchos cortesanos habian creido de su deber avisárselo: pero estas advertencias no habian hecho más que confirmarle en su deseo de vivir alejado de la córte. La reputacion del Rey aconsejaba tomar este partido á un hombre severo y celoso de su honor.

Un dia, cediendo al irresistible atractivo del fruto prohibido, el Rey habló directamente á Odet de Foix, mariscal de Francia y hermano de la Condesa.

—He oido hablar, —le dijo, —de la maravillosa hermosura de la Condesa vuestra hermana: ¿por qué se obstina en estar en el fondo de la Bretaña? ¿Por qué no viene á la córte, como todas las grandes damas de Francia?

—Señor, —contestó el Vizconde, —el esposo de mi hermana es el Conde de Laval; es decir, el más receloso de los hombres, y teme para su mujer los placeres y las fiestas de la córte más brillante del mundo.

Esta delicada lisonja hizo sonreir al Rey.

—Sin embargo, —repuso Francisco, —yo creo que hay en la córte mujeres de gran virtud: ¿me engañaré acaso?

—Vuestra Majestad tiene perfectamente razon, señor; todo el mundo sabe que la Reina es un modelo de virtudes y la princesa Margarita una maravilla por todos estilos.

—Muy galante sois para un hombre de guerra, Lautrec, —dijo el Rey, —y lo que decis es una razon de más para hacer comprender al señor de Laval, que no tiene derecho de ocultar á su mujer á todas las miradas.

—Temo, señor, que el hacerle comprender esto, sea muy difícil.

—¿Por qué razon? Puede vivir tranquilo: por

mi fe de gentil-hombre, prometo que se tendrán con la Condesa todas las atenciones que merece.

Era esto una órden y de las más formales. Lautrec se apresuró á escribir á su hermano político que el Rey le llamaba, y le rogaba trajese con él á su mujer.

Esta carta no sorprendió al Conde, porque desde hacía largo tiempo la esperaba; su partido estaba tomado de antemano:

—Señora,—dijo á la Condesa,—acabo de recibir una carta de vuestro hermano, en la que me dice tiene el Rey mucho deseo de vernos en la córte.

—¿Y pensais obedecer las órdenes del Rey?—preguntó tímidamente la Condesa mirando á su marido.

—Ese es el deber de todo caballero leal; dentro de tres dias me pondré en camino.

—¿Debo seguiros yo?

—De ningun modo, señora; la estancia en la córte es peligrosa para una mujer que conoce sus deberes; sobre todo, cuando el Rey tiene las condiciones del nuestro. Tengo resuelto, pues, dejaros aquí, donde estais con toda seguridad.

—Mas ¿no temeis la cólera del Rey?

—La cólera del Rey me afligiria mucho,—res-

pondió el Conde con aire sombrío, —pero prefiero esa desgrácia á la que podria sobrevenir, sí, siguiendo el consejo de vuestro hermano, os llevase á la córte: os quedaréis, pues, aquí.

La Condesa guardó silencio; amaba al valeroso Juan de Laval; era feliz en su castillo señorial de la Bretaña; los esplendores de la córte, de los que habia oido hablar muchas veces, no le tentaban absolutamente; pero veia alejarse al Conde con una secreta é indefinible angustia.

Pensativo y triste, el señor de Chateaubriant vigiló todos los preparativos de su viaje; cuando todo estuvo terminado, cuando llegó el instante de la despedida, dijo á su esposa:

—Francisca, no será extraño que en tanto estoy yo al lado del Rey, se os tienda algun lazo para haceros ir á la córte.

—Estad cierto, señor, de que sólo obedeceré vuestras órdenes.

—Así lo creo; pero puede suceder que el Rey me obligue á escribiros de mi puño y letra que vayais, sin que tal sea mi intencion: y por otra parte, es posible tambien que yo desee llamaros á mi lado.

—¿Y qué haré entónces?

—Yo he pensado en ello, porque hace largo

tiempo que preveia lo que sucede; ved aquí lo que he imaginado: si verdaderamente yo deseo teneros á mi lado, os enviaré la sortija que llevo siempre, y que me sirve de sello; y como áun así podria haber error ó engaño, os dejo esta otra, que es enteramente igual; comparando la sortija que os envie con la que os dejo, podréis aseguraros de la verdad.

La Condesa tomó las dos sortijas, las examinó con cuidado, y despues, volviendo la una á su marido, puso la otra en su dedo.

—Habeis pensado con mucha prudencia, dijo á su marido; de esta manera será imposible engañarme.

—Así lo creo, Francisca; y ahora, cualquiera mensaje, cualquiera carta que recibais, aunque os parezca mia, no salgais del castillo, y haced responder que estais mal de salud y que no podeis emprender un viaje. Pero si recibís mi anillo, no dudeis y corred á mi lado.

Dichas estas palabras, el Conde la abrazó por la última vez, y partió con el corazon bastante tranquilo.

V.

Francisco I esperaba con la más viva impaciencia la realizacion de sus deseos, tan claramente expresados al Mariscal de Lautrec; sin saberlo, estaba ya profundamente enamorado de la Condesa, que imperaba en absoluto en su imaginacion.

Una tarde le anunciaron al Conde de Chateaubriant, y dió apresuradamente la órden de hacerle entrar. Mas al verle llegar solo, frunció las cejas, y sin pensar en disimular su despecho, dijo secamente:

—¿No os ha acompañado vuesta esposa, señor Conde?

—¡Ah, señor! balbuceó el caballero; la Condesa se halla gravemente enferma, y sólo mi deseo de obedecer á V. M. me ha obligado á dejarla en tan fatal estado.

El Rey no contestó, pero volvió bruscamente la espalda al Conde, y los cortesanos se alejaron tambien de aquel hombre que acababa de merecer el enojo real.

Francisco I no se tuvo por derrotado; hizo tomar minuciosos y reservados informes. Mas el Con-

de habia tomado tan bien sus medidas y habia jugado él mismo su papel con tal perfeccion, que todos, hasta el mismo Lautrec, creian en la enfermedad de la Condesa. Muchas veces ya el señor de Chateaubriant habia escrito á su esposa en presencia del mariscal que viniera á reunírsele, y la duda no era posible; los informes secretos demostraron tambien que el Conde habia dicho la verdad.

Seguro de que un obstáculo imprevisto é involuntario habia sólo detenido á la Condesa, no tardó el Rey en volver á su gracia á Juan de Laval; poco faltó para que le dijese se volviese á Bretaña al lado de su esposa, y ciertamente lo hubiera hecho, cuando la traicion de un criado vino á inutilizar todas las precauciones tomadas por el desgraciado esposo.

El infiel servidor habia sorprendido, por una puerta entreabierta, la última conversacion del Conde y de su esposa; llegado á la córte en la comitiva de su señor, y sabiendo la gran impaciencia del Rey por conocer á la bella Condesa, pensó que podia sacar partido de su secreto, y contó, con razon, que se le pagaria á buen precio.

Fuese, pues, á encontrar á uno de los confidentes del Rey, y despues de haberse asegurado una

buena recompensa, refirió la invencion de las dos sortijas.

Una hora despues, Francisco I sabía la verdad entera.

Al comprender que habia sido burlado, el impetuoso monarca se dejó poseer de una cólera violenta; queria usar de su autoridad y castigar lo que llamaba una deslealtad y una traicion, amenazando encerrar al Conde en un calabozo y robar á su esposa, cómplice suya en el engaño.

Los confidentes del Rey lograron con mucho trabajo calmar su cólera y hacerle renunciar á sus proyectos, aconsejándole que emplease el artificio á su vez, y que engañase al engañador.

—Ante todo, señor, le dijeron, es necesario robar al Conde su sortija durante algunas hòras, para que un obrero hábil la imite con toda la prontitud y exactitud posibles, y dueño ya de esta señal, V. M. podrá hacer venir á la Condesa cuando quiera, llegando aquélla á la córte, cuando su marido la espere ménos.

Este plan fué ejecutado punto por punto, gracias á la destreza del criado de Mr. de Chateaubriant; este hombre consiguió ocultar el anillo á su amo y restituírselo, sin que se apercibiese de esta desaparicion momentánea. Un platero muy hábil

la vió, sacó la impresion en cera y se puso en seguida á la obra; á los ocho dias, un mensajero galopaba hácia la Bretaña, portador del objeto que debia llamar á la Condesa, y que estaba tan perfectamente imitado, que podia engañar al ojo más experto.

Cierto del éxito de su estratagema, el Rey se regocijaba con la idea de ver llegar á la Condesa, y pensaba con delicia en la sorpresa y en la cólera del Conde de Chateaubriant.

Preparábanse espléndidas fiestas en la córte; la Reina acababa de dar á luz un hijo, y el Papa, que queria ser padrino del recien nacido, habia enviado, para representarle en el bautismo del Delfin de Francia, á su sobrino Laurencio de Médicis, duque de Urbino.

Hacíanse en el castillo de Amboise grandes preparativos para las ceremonias, que debian ser espléndidas; bailes, festines, justas, grandes cacerías iban á tener lugar. Grandes señores, nobles damas, príncipes extranjeros, embajadores de todas las potencias, acudian por todas partes. El Rey pensaba con orgullo que la Condesa de Chateaubriant, aquella belleza célebre no sería insensible á los homenajes de un Rey, rodeado del magnífico aparato del poder y de la grandeza.

En tanto que esperaba el logro de sus deseos, Francisco I hacía al triste Conde la acogida más lisonjera; siempre que le hallaba le detenia y le preguntaba con las muestras del más vivo interes:

—¿Cómo está vuestra esposa, Conde?, ¿teneis noticias de su salud?

—¡Ay, señor, respondia Juan de Laval; la Condesa está cada dia peor!

Francisca recibió con una sorpresa profunda la sortija, señal de una órden para marchar á la córte; un relámpago de duda atravesó su alma, y comparó con cuidado aquella alhaja con la que ella tenía; eran exactamente iguales y no habia por qué dudar.

¿Que causa habia podido determinar al Conde ordenar este viaje, que tanto temia poco ántes?

La bella Condesa se perdia en conjeturas; mejor que nadie conocia el carácter celoso de su marido, el cual le habia ocasionado crueles penas. Muy graves motivos eran precisos para hacerle cambiar así sus determinaciones.

En fin, y este pensamiento oscurecia todos los demas, ¡iba á ver al Rey y á la córte! ¡iba á las fiestas espléndidas que llevaban sus ecos hasta á los más apartados castillos de la vieja y sombría Bretaña!

Miéntras hacía de prisa sus preparativos con el corazon oprimido por vagas inquietudes, recordó el pliego misterioso que al dia siguiente de su casamiento le habia entregado su padre, y que la dulce monotonía de su existencia le habia hecho casi olvidar; se dijo que habia llegado el momento de abrirlo, puesto que un grave acontecimiento tenía lugar en su vida; con mano trémula rompió el hilo de oro que le cerraba, y leyó:

« Por su belleza, y suceda lo que suceda,
Al fin será Reina. »

Estas palabras encerraban la expresion de los presentimientos que Francisca no se atrevia á confesarse á sí misma. ¿Llegaria á ser la querida del Rey? Esta era la pregunta que la Condesa se hacía sin cesar; ésta era la pregunta á la que, sin acaso sospecharlo ella, deseaba que dijesen sí los acontecimientos que iban á tener lugar.

VI.

El Conde de Chateaubriant asistia á un gran baile que se daba en el patio de honor del castillo de Amboise, trasformado en espléndido salon,

cuando un servidor vino á decirle que su esposa le esperaba en su casa.

El Rey, avisado algunos momentos ántes de la llegada de la Condesa, seguia con la vista al desgraciado esposo: vióle vacilar ante este golpe inesperado, ponerse encarnado primero y palidecer despues espantosamente; sus ojos brillaron, contrajéronse sus labios, y al fin se lanzó fuera del salon.

—¡Que sigan al señor de Laval!, ordenó el Rey á los que estaban en el secreto; es capaz de hacer alguna locura.

No se engañaba; el Conde, al llegar á la presencia de su mujer, dejó estallar una cólera terrible.

Francisca, aturdida, trémula, sin fuerzas para pronunciar una palabra, cayó de rodillas á los piés de su marido, y alzó las manos, en las cuales brillaban las dos sortijas iguales.

A la vista de las dos alhajas, el Conde lo comprendió todo; su cólera se apagó súbitamente para dar lugar á una calma espantosa.

Sin decir tampoco una palabra, sacó de su dedo la sortija que le habian robado y la presentó á su mujer.

—¡Partamos, señor, partamos!, exclamó Francisca; ¡dejemos este suelo de engaños!, volvamos á nuestro castillo de Bretaña.

—No, dijo el señor de Laval despues de un instante de reflexion; no tratemos de luchar más; el que ha empleado el engaño es bastante poderoso para emplear la fuerza; desde ahora os confio la guarda de mi honor; ved lo que haceis de él. Pensad que llegará un dia en que os pida cuentas, y ese dia podrá ser terrible para vos.

Francisca inclinó la cabeza muda de terror; pero en su corazon se deslizaban invadiéndole, las ardientes olas de una insensata alegría.

Al dia siguiente su marido la presentó en la córte, y jamas ninguna jóven esposa ha alcanzado un triunfo semejante.—A cada paso, en las salas del castillo regio, en los paseos, en las calles, oia el Conde esta exclamacion:

—¡Qué bella es!

Exclamacion que aumentaba los celos y el espanto del desventurado esposo.

Francisco I quedó deslumbrado, y no trató siquiera de disimular la impresion que producia en su alma esta belleza maravillosa.

Francisca tenía los abundantes cabellos rubios, la tez de nieve y rosa y los azulados y grandes ojos de su padre, llamado Febo por su extraordinaria hermosura; y de su madre, la esbelta estatura, las cejas y las pestañas oscuras, la boca de

coral y perlas, la nariz griega, la frente serena y pura, las pequeñas manos y el diminuto pié.

Ricamente vestida y adornada como á su elevada clase y riqueza correspondia, Francisca oscureció á todas las beldades de la córte, como el sol al salir oscurece á todas las estrellas, que brillaban en la serenidad azul de los cielos.

—Por cierto, dijo el Rey al Vizconde de Lautrec, que todas las alabanzas que he oido de la Condesa vuestra hermana han quedado muy por bajo de la verdad.

A las ceremonias del bautismo del Delfin sucedieron las fiestas de las bodas del Duque de Urbino, que, como ya se dijo más arriba, habia venido á ser padrino del Príncipe, en nombre del Papa; el embajador se casaba con Magdalena de La Tour, heredera del conde de Auvergne. La bella Francisca de Foix era la reina de estas fiestas, porque el amor del Rey no era ya un secreto para nadie.

En vano Mr. y Mme. de Laval procuraban perderse entre la multitud; en vano se refugiaban en las salas más lejanas. Francisco I, bien servido por sus confidentes, hallaba pronto el retiro de la Condesa y se iba á su lado.

Cada dia recibia Francisca un nuevo presente del Rey; ya era un collar de oro, ya un aderezo de

perlas, ya un brazalete delicadamente trabajado; regalos de amante, que el Conde hubiera querido devolver á quien los enviaba, y que encendian en su corazon horribles deseos de venganza y de furor.

Para colmo de infortunio, el Conde comprendió muy pronto que su esposa no habia podido ver á sus piés sin emocion profunda al Rey de Francia; dia por dia seguia los progresos de aquel amor; la Condesa resistia aún; pero enamorada ciegamente del gallardo soberano, debia sucumbir más pronto ó más tarde.

El Conde de Chateaubriant no quiso ser testigo de su desgracia; su mujer fué nombrada dama de honor de la Reina, cargo que hacía obligatoria su estancia en la córte. Pero él no tenía allí ningun deber que llenar, y decidió partir.

En nuestros dias un esposo, en el caso terrible en que se hallaba el desgraciado caballero, se hubiera rebelado, y quizá, sea por su mano, ó por tercera persona, hubiera dado la muerte al enemigo de su honor, por más que llevase la frente ceñida con una corona; acaso ningun soberano se atreveria hoy á tanto libertinaje, como el que hizo célebre á Francisco I. Pero entónces, en el siglo XVI, los reyes lo podian todo, y sus vasallos

los miraban con supersticioso respeto, y como á seres sobrenaturales.

Juan de Laval corrió á ocultar en su castillo de Bretaña, en el seno de aquel mudo testigo de sus dias dichosos, su vergüenza y su desesperacion.

Su esposa probó á retenerle á su lado, pero con frialdad y timidez.

—¡Y qué, señor!, le dijo: ¿vais á abandonarme, sola, en medio de las fiestas de la córte?

—No estaréis sola durante largo tiempo, señora, respondió el Conde con una amarga sonrisa; alguno más poderoso que yo os protegerá en adelante; pero haced de modo que el ruido de vuestros amores adúlteros no venga á turbar mi soledad.

—¡Oh, no os vayais, ó llevadme!, exclamó la Condesa uniendo sus manos con espanto.

—¡Maldita sea vuestra fatal belleza, contestó iracundo y sombrío Juan de Laval, y maldito sea el Rey de Francia!

Despues de este terrible anatema, el Conde de Chateaubriant salió de su casa, y acto contínuo de París, para ir á encerrarse con sus deseos de venganza.

La misma noche, la noble, la ilustre hija de Fe-

bo de Foix, la descendiente de los reyes de Navarra, era la querida declarada de Francisco I.

No fué sin resistencia y sin remordimientos como la bella Condesa se entregó á su régio amante; la sangre se helaba en sus venas al recuerdo de su esposo ultrajado; las últimas palabras del Conde resonaban amenazantes en sus oidos; en sus primeras entrevistas con el Rey, temblaba al menor ruido y decia trémula de pavura:

—¿No ois nada, señor?; yo creo escuchar los pasos del señor de Laval que viene á buscarme para llevarme consigo á su castillo y vengarse de que os amo!

—¡No temais nada, amor mio!, la decia el Rey abrazándola con ternura; miéntras mi corazon palpite será vuestro, y por lo mismo siempre me hallaréis dispuesto á defenderos.

Las dulces palabras del Rey tranquilizaron al fin á la Condesa, y muy pronto no tuvo tiempo de pensar en su falta; habíala rodeado su amante de un lujo verdaderamente regio, y todos los cortesanos, todos los que aspiraban á los favores de Francisco I estaban á sus piés; embriagada de amor, se dejaba llevar por el torbellino de los placeres en aquella córte loca y licenciosa.

El Rey se habia declarado públicamente el ca-

ballero de la Condesa de Chateaubriant; á la faz de todos habia mezclado á los suyos los colores de la Condesa, y la salamandra ardiendo, á la púrpura y al armiño de la casa de Laval. Por ella los dias de torneo bajaba á la liza; por los bellos ojos de Francisca rompia lanzas, y si deseaba alcanzar el premio, era para depositarlo á sus piés.

La hermosa Francisca de Foix fué la reina de aquellos últimos torneos, de aquellas fiestas de la caballería, que debian caer bajo los golpes redoblados del ridículo, y de las que ya se reia Rabelais á carcajadas.

La influencia de la Condesa de Chateaubriant fué muy pronto inmensa en la córte. Francisco I no veia más que por sus ojos, y ella era la que disponia de todos los destinos y honores.

Pero esta misma influencia fué, andando el tiempo, la causa principal de su desgracia. La madre del Rey, Luisa de Saboya, acostumbrada á gobernar en nombre de su hijo, no pudo ver sin despecho el omnímodo poder de la favorita, y juró su pérdida, suscitándole rivales, en tanto que esperaba el momento oportuno.

Sin embargo, la Condesa no perdia el primer lugar en el corazon del Rey; despues de algunas infidelidades pasajeras, el Rey volvia siempre á

los piés de su bella amiga, más enamorado que nunca y más tierno que ántes de la ausencia.

Tenía la Condesa de Chateaubriant dos cualidades eminentes que aseguraron su imperio con el Rey; era la primera, el no quejarse jamas, el no perder nunca la afabilidad y dulzura de sus maneras, y eso por ofendida que estuviese de los extravíos del Rey; si le reconvenia era dulcemente, era llorosa y afligida; pero la cólera, las palabras amargas y duras, eran para ella desconocidas ó repugnantes.

La otra cualidad que más la favoreció, fué la de no abusar nunca de su poder con el Rey: se sirvió de él para hacer la fortuna de su familia, y sobre todo, de sus tres hermanos, Lautrec, Lescun y Lesparre; pero todos tres eran valientes, hombres de guerra, hábiles capitanes, ya con mucha gloria, particularmente el primero, ántes de que su hermana fuese la querida del Rey.

Sin embargo, todos tres fueron desgraciados en las campañas de Italia, donde comprometieron singularmente el poder del Rey; pero aquellos malos éxitos deben atribuirse á la lucha sorda de la favorita, y de la madre de Francisco.

Lautrec se hallaba en Italia á la cabeza de soldados mercenarios, valerosos á condicion de ser

bien pagados, y capaces, por el menor aumento de sueldo, de pasarse al partido contrario.—Sabiendo que su hermano estaba falto de dinero, la Condesa obtuvo para él 500.000 libras; pero Luisa de Saboya detuvo en el camino el convoy que llevaba este dinero, y no llegando, los soldados desertaron; Lautrec, despues de haber sacrificado cuanto tenía y tenian sus amigos, tuvo que batirse en retirada.

Lo que deseaba Luisa de Saboya sucedia siempre; Lautrec fué llamado y destituido: pero la Condesa le hizo nombrar de nuevo, y partió otra vez para Italia, llevando muchas promesas que jamas debia ver cumplidas.

Despues del impolítico ataque de Reggio, que decidió á Leon X á declararse contra la Francia, Lesparre debió tambien su salvacion á su hermana; la Condesa supo librarle de la cólera Real.

Nadie le ha reprochado estos hechos, tan naturales tratándose de personas de su familia; pero lo que es una mancha imborrable en la conducta de Mme. de Chateaubriant, es el haber contribuido á la desgracia de Jacobo Trivulce, que despues de haber hecho durante tres reinados eminentes servicios á la Francia, se vió privado de sus empleos y desterrado de la córte.

Habiendo incurrido en la enemistad de Lautrec y de la Condesa este anciano, que sólo merecia recompensas, llegó á ser odioso al Rey. Queriendo justificarse, y hallándose demasiado débil para andar, se hizo conducir al paso de Francisco I.

—¡Señor, señor!, exclamó desconsoladamente al divisarle desde léjos.

Pero el ingrato Monarca ni se dignó detenerse, ni áun volver la cabeza, y dos dias despues el viejo soldado murió de dolor.

VII.

Amada del Rey, adulada por los cortesanos, envidiada por la Reina madre, reina en el consejo como en las fiestas y bailes, la bella Condesa de Chateaubriant se lisonjeaba de conservar siempre esta alta posicion á despecho de sus enemigos. Ya no se trataba de recuerdos ni de remordimientos. Las crónicas nos dicen que no fué más fiel al Rey que lo habia sido á su esposo, y que se vengaba con numerosas traiciones de su voluble amante.

El Condestable de Borbon y el almirante Bonnivet fueron agraciados con sus más dulces favores; y aunque quizá tenga parte la calumnia en la

historia de aquel tiempo, esta calumnia tenía bastantes visos de verosimilitud para inquietar al Rey algun tanto.

Las relaciones de la Condesa con el Condestable de Borbon, por ocultas que estuvieran, llegaron á noticia de Luisa de Saboya, y la amada de su hijo no podia cometer á sus ojos crímen más grande: la Reina madre habia amado al Condestable con una pasion cuyo ruido habia llenado la Europa, y el Condestable habia desdeñado con el amor la mano de Luisa de Saboya, que viuda á los diez y siete años, se la habia hecho ofrecer: durante mucho tiempo, la desdichada princesa no pudo curarse de su fatal pasion, y llegó á la edad madura con ella en el alma.

Puede juzgarse, pues, de su dolor y de sus celos cuando descubrió que el Condestable de Borbon sostenia una intriga amorosa con la Condesa.

Aun más probadas están las relaciones de ésta con el Almirante Bonnivet. Favorito de Francisco I, ofrecia una de las más perfectas copias del Rey: gallardo, espiritual, valiente, generoso, magnífico, ningun gasto, ningun dispendio le era imposible; audaz en todas las empresas de guerra ó de amor, el Almirante debia agradar á la bella favorita; veíala frecuentemente, tan pronto en pú-

blico, tan pronto en secreto, y el Rey estaba muy celoso de él.

Mas la Condesa sabía tranquilizar de tal suerte á Francisco I, que ni el Condestable ni el Almirante perdieron un solo dia del favor real.

Existe una anécdota, sin embargo, que prueba que no se dejaba engañar el Rey con las protestas de su bella amiga.

Una noche de verano, el Almirante y la Condesa iban á sentarse á cenar, cuando repentinamente anunciaron al Rey.

El Almirante no tuvo más tiempo que para deslizarse en la chimenea, entre las plantas y arbustos que llenaban el hueco, miéntras la favorita hacía desaparecer toda señal de su presencia.

Francisco I dió gracias á su amiga por haberle esperado, aunque no le habia dicho que pensaba venir, y se sentó alegremente á la mesa.

Miéntras duró la cena, el Rey, que jamas habia estado tan animado y alegre, hallaba un maligno placer en arrojar á la chimenea todos los desperdicios de la mesa. Vinos, huesos, salsas, mondaduras de frutas, restos de vianda llovieron sobre el desgraciado Almirante, el que, ademas de todo esto, tuvo que ser testigo mudo de la más afectuosa entrevista entre el Rey y su adorada amiga.

Cuando el Rey partió, la Condesa tuvo mucha dificultad en aplacar al Almirante; habia estado durante tres horas en la más ridícula de las posiciones, y queria vengarse en fin; la bella Condesa consiguió probarle que el Rey era áun más desgraciado que él.

Esta leccion no corrigió en manera alguna al almirante Bonnivet; como el Rey, amaba con pasion á las mujeres, con la diferencia de que el Monarca buscaba las mujeres en todas las condiciones, y él no se dirigió nunca más que á las más nobles, á las más elevadas, á aquellas, en fin, cuya conquista presentaba mayores dificultades.

Amado por Mme. de Chateaubriant, quiso serlo tambien por la hermana del Rey, la princesa Margarita, y una noche se atrevió á entrar en su dormitorio por una abertura en la pared, que habia hecho abrir en secreto.

Segun la misma Margarita cuenta en su *Heptaméron*, Bonnivet quiso emplear la violencia; pero fué rechazado con pérdidas, y llevando en su rostro las huellas sangrientas de la resistencia que habia hallado.

Brantôme asegura que la audaz tentativa del Almirante tuvo otro desenlace más feliz para él; pero ya es cosa sabida que el viejo señor de Bour-

delles era muy dado á la calumnia, y la amaba más que á la verdad.

VIII.

La bella novela de amor de Francisca de Foix, tocaba ya á su fin; el horizonte político se cargaba de nubes por todas partes, y la guerra habia vuelto á encenderse en Italia.

Francisco I se hallaba sentado en un taburete esculpido, donde la Condesa apoyaba sus pequeños piés, y tenía una mano de ésta entre las suyas. Francisca le miraba amorosamente, y gruesas lágrimas se deslizaban por sus blancas mejillas.

Nada puede dar hoy una idea completa del lujo que reinaba en el palacio de la condesa de Chateaubriant; la seda, el oro, los encajes, los mármoles, el bronce, todo lo que el arte producia, decoraba aquella morada encantadora, en la que Francisco habia empleado un tesoro para el lujo de su querida.

Nunca habia estado más hermosa Francisca de Foix: su traje de damasco, color de vieleta, hacía resaltar el color dorado de sus largas y espesas trenzas, que llevaba tejidas con perlas y sueltas

por la espalda; una camiseta de gasa blanca cubria su pecho y parte de su garganta, y sobre ella caia un collar de oro macizo, ancho y lleno de esmaltes y amorosos emblemas; este collar, como otras muchas y riquísimas joyas, era un regalo del Rey.

Francisca estaba delgada y pálida; jamas poseyó una belleza floreciente, sino distinguida y delicada en extremo; á causa de su vida de aventuras contínuas y de numerosos amantes, la Condesa era endeble, y su hechicero rostro tenía cierto aire de fatiga y de languidez, que era el mayor de sus encantos.

Miraba al Rey con sus grandes ojos, pensativos y elocuentes, y su gallardo busto se destacaba sobre el ébano esculpido del alto respaldo del sillon en que estaba sentada.

El silencio rodeaba á los dos amantes; ni dentro ni fuera de la habitacion se oia el menor ruido; anchas cortinas de seda cubrian las ventanas; grandiosos cuadros y multitud de flores adornaban el aposento, cuyas altas paredes, cubiertas de ensambladuras de cedro, ahogaban todos los rumores.

—No lloreis, amiga mia, dijo el Rey; mi marcha es forzosa; yo sueño con la gloria, y voy á conquistarla con mis nobles caballeros.

—¡La gloria! repitió dolorosamente Francisca que, al contrario de Ines Sorel, enervaba el valor de su amante en vez de reanimarlo; la gloria es humo vano, Francisco, y lo que hallaréis quizá será la muerte!

—Una muerte gloriosa es tambien una dicha.

—¿Y yo, señor?

—Vos teneis muchos que os amen.

—¡Y yo no amo más que á vos!

—Si me perdeis os consolaréis, dijo Francisco con una serenidad bastante alarmante para la Condesa, que exclamó:

—¡Ah, Francisco! cuando pensais en eso sin cólera, es que ya no me amais.

—¡Que no os amo! exclamó apasionadamente el Rey; y dejando el taburete que ocupaba, se arrodilló en él, y abrazó estrechamente á la Condesa.

—Despues de mi honor comprometido en la guerra de Italia, sois lo que más amo en el mundo.

—No, dijo la Condesa, meciendo la cabeza tristemente: amais ántes que á mí á vuestra madre, á vuestra hermana, á vuestra esposa, á vuestros hijos.....

—A vos, Francisca, más que á todos juntos.

La Condesa conocia el corazon del Rey mejor

que éste mismo: el amor, ahogado por la saciedad, empezaba á entibiarse en el corazon del voluble monarca; pero él mismo no se daba cuenta de tal cosa, porque no era su carácter reflexivo ni meditabundo.

El amor verdadero, el amor que llenó la vida entera de Francisco, fué el que profesaba á su hermana Margarita: y este amor no tenía nada de fraternal, sino de apasionado, de vehemente y exclusivo, siendo de la misma manera correspondido por la Princesa.

Amaba tambien tiernamente á su esposa: Claudia de Francia era la más dulce é inofensiva criatura que se pudiera imaginar: apasionada de su marido, jamas fué para él ocasion del más leve disgusto, y casada muy niña con él, bajó al sepulcro sin dejar un instante de amarle con la misma fidelidad y abnegacion.

—Mi querido señor, dijo la Condesa devolviendo al Rey su amoroso abrazo, ya que os alejais de mí, volved fiel á mi amor: eso es lo que deseo más en el mundo.

—Las mujeres son siempre las que cambian primero, contestó Francisco: volveré fiel y despues de haber vencido, Dios mediante, á los enemigos que han invadido mi reino.

Aquella misma tarde partió el Rey para tomar el mando de sus tropas, pero sus esperanzas no debian realizarse; apoyada en uno de los balcones del Louvre, y al lado de la princesa Margarita que lloraba, Francisca le vió partir llorando tambien.

Francisco I iba alegre y animado: su bello rostro, ligeramente moreno, estaba animado con el fuego de sus grandes ojos negros: sus finos labios de color de púrpura, se sonreian, dejando ver dos filas de dientes blancos como el nácar: su alta y esbelta estatura lo parecia más á caballo, y el pueblo inmenso que llenaba la plaza de palacio le despedia con entusiasmo, y le aclamaba gozoso.

Pero las lisonjeras esperanzas de Francisco y de su pueblo no debian verse realizadas. Recibióse muy pronto la noticia de un inmenso desastre: la batalla de Pavía se habia perdido, y el Rey estaba prisionero. Francisco I se habia conducido en esta jornada como el más valeroso de sus caballeros: muerto el caballo que montaba, habia puesto pié á tierra, y aunque herido en la frente y en una pierna, habia combatido casi solo sobre un monton de cadáveres de sus oficiales, que habian ido cayendo en derredor suyo: ya habia herido á siete hombres y sus fuerzas estaban agotadas; su armadura, rota en mil partes, no le protegia ya, cuando Pom-

perant, oficial de los tercios del Condestable de Borbon, que se habia pasado con su señor al ejército de Cárlos V de España, se arrojó á sus piés.

—Señor, exclamó: ríndase V. M. al Condestable, que combate cerca de aquí!

—¡Traidor! gritó enfurecido el Rey de Francia: ¡siervo de otro traidor á su patria y á su Rey, dí á tu vil amo que ántes moriré mil veces!

Y volviéndose á uno de los pocos soldados que le rodeaban, añadió:

—¡Id á buscar al instante, de órden mia, al virey de Nápoles!

Lannoy llegó corriendo: era el lugarteniente de Cárlos V, y un cumplido caballero.

—Tomad mi espada, dijo Francisco; vos sois digno de recibirla.

El Virey dobló en tierra una rodilla, tomó el acero teñido en sangre, y besó respetuosamente la mano que se lo presentaba.

Bonnivet, el imprudente autor de este inmenso desastre, no quiso sobrevivir á él: levantando la visera de su casco, se arrojó á lo más fuerte de la pelea, llamando al Condestable de Borbon y desafiándole al combate. Pero atravesado de mil heridas, cayó agonizante sin haber podido hallar á su enemigo.

Es difícil pintar la consternacion de la córte á la llegada de la terrible noticia. Francisco I habia querido avisarla por sí mismo á su madre, y el dia mismo de la batalla, en la tienda de Lannoy, donde estaba con guardias de vista, escribió á Luisa de Saboya, aquella carta famosa que puede resumirse en estas palabras: *Todo se ha perdido, ménos el honor.*

« Señora: decia la carta; para advertiros hasta qué punto se ha hecho mi enemiga la fortuna, os diré que de todo lo que poseia, sólo me ha quedado el honor y la vida que áun conservo; y para que en nuestra adversidad recibais esta nueva con ménos amargura, he rogado me dejasen escribírosla, lo que se me ha acordado con caballerosa complacencia. »

La noticia del cautiverio del Rey fué un rayo para la Condesa de Chateaubriant. Francisco era su solo apoyo; con él perdia toda su fuerza, toda su influencia; sus amigos se apartarian de ella, y le quedarian solamente los enemigos; y á la cabeza de éstos se hallaba la madre del Rey, que iba á ser nombrada Regente de Francia, durante la ausencia de su hijo.

Tanto por dolor como por prudencia, la bella favorita tomó el partido de encerrarse en su casa,

cuyas puertas mandó cerrar á todo el mundo, excepto á dos personas: á la reina Margarita y al poeta Clemente Marot.

Los enemigos de Francisca de Foix decian que todos los amantes de ésta habian sido desgraciados en Pavía. El Rey habia perdido la libertad; el Almirante Bonnivet la vida, y el Condestable de Borbon el honor.

Luisa de Saboya habia tomado la direccion de los negocios, muy complicados por su impopularidad, y se habian comenzado las negociaciones relativas á la libertad del Rey de Francia; más en el fondo del alma de esta orgullosa princesa, habia un pensamiento que dominaba á todos los demas: romper los lazos que unian el Rey á Francisca de Foix, y si el Monarca debia tener una favorita, buscarla ella, para que le fuese completamente adicta: empezó, pues, á buscar con cuidado y descubrió una encantadora niña, á la que se propuso adiestrar y modelar á su gusto para conseguir sus fines, y para servirse de ella en el momento oportuno.

Una sola persona pensaba en el cautiverio del Rey con dolor tan leal como profundo, y como exento de todo interes; esta persona era la jóven reina Claudia; apasionada ciegamente de su ma-

rido, no pudo resistir la noticia de su prision, y la acometió una fiebre violenta que la condujo en brevísimo tiempo á las puertas del sepulcro.

Claudia, la hija del buen Luis XII, habia heredado el gran corazon de su madre Ana de Bretaña: sólo al verla se comprendia que la reflexion ó el cálculo, no tenian entrada alguna en su naturaleza delicada y amante. Alta, delgada, débil de aspecto y de constitucion, cumplidos apénas los veinticinco años de su edad, y habiendo ya dado al mundo siete hijos, el huracan del dolor rompió aquella débil planta, que se inclinó hácia la tumba.

En vano Luisa de Saboya que la queria sinceramente, porque pára nada le incomodaba, trató de consolar á la jóven Reina. Claudia la escuchaba con atencion y deferencia; le prometia comer y dormir, pero no podia cumplir sus promesas: la fiebre la devoraba, y dos meses despues de su cautiverio, Francisco I tuvo el dolor de saber la muerte de la dulce y amable compañera de su destino, de la tierna madre de sus hijos.

Claudia murió dulce y tranquilamente como habia vivido, y el dia mismo que dejó el mundo, envió á su esposo la expresion de su profundo amor, en algunas líneas que su mano trazó para él: un

mes ántes habia dado á luz al último de sus hijos, y su débil naturaleza no pudo soportar las fatigas del alumbramiento, minada como estaba por un profundo dolor.

IX.

Los historiadores españoles y los franceses difieren totalmente en sus opiniones acerca de la conducta de los dos soberanos: culpan aquéllos severamente la conducta de Francisco I, y éstos dicen que el Rey de Francia, al entregar su espada, habia contado con uno de esos cautiverios de los que se hallan tan encantadoras descripciones en los libros de caballería, pero que se engañó de medio á medio.

En efecto, nosotros debemos convenir en que el Rey de Francia se hizo muchas ilusiones al imaginar que Cárlos V iria con los brazos abiertos, á ofrecerle asilo en su palacio de Madrid.

Era el Rey de España tan positivo, como soñador el de Francia; y ademas, siendo muy bella la emperatriz Isabel, esposa del Monarca, y con fama de muy libertino Francisco, Cárlos V temió por su paz doméstica y no quiso al enemigo en casa.

Perfectamente resuelto á usar de la buena fortuna que habia hecho caer en sus manos al Rey de Francia, se dijo que le devolveria la libertad sólo bajo condiciones bastante duras; todo cautiverio en esta época debia ser rescatado; el de Francisco debia estar acorde con las intenciones políticas del Rey de España. Francisco, que al tocar el suelo de España lo habia esperado todo de la lealtad caballeresca del Emperador, se vió encerrado con guardias de vista, y no pudo ni áun obtener una entrevista con su vencedor.

La tristeza y nostalgia se apoderaron entónces de él; dia y noche suspiraba por el aire libre y por la libertad, y su vida se vió en peligro, minada por una melancolía profunda.

A la noticia de la enfermedad de su hermano, Margarita de Navarra escribió á Cárlos V, pidiéndole un salvo-conducto y el permiso para compartir el cautiverio de Francisco. El Emperador concedió en seguida la autorizacion necesaria, porque temblaba por la vida del prisionero, cuya muerte destruia todos sus proyectos políticos.

Margarita partió, pues, con sus damas de honor, entre las que habia tomado sitio la Condesa de Chateaubriant, impaciente por ver á su amante.

Cárlos V envió lo más florido de sus caballeros

para que escoltasen á Margarita y á las damas de su séquito; por todas partes hallaron á su paso una acogida régia, y cuando llegaron á Madrid, se puso á disposicion de las damas la parte más suntuosa del palacio Real.

Fué una gran dicha para el pobre prisionero la llegada de aquella hermana tan querida, de aquella Margarita tan espiritual, tan animosa, que para distraerle de su cautividad, corria á él con un enjambre de jóvenes, bellas y alegres como ella. Francisco, preso en el edificio llamado hoy *Torre de los Lujanes*, acogió con trasporte á la Condesa de Chateaubriant; al estrechar contra su corazon á su bella querida, creyó que todas sus desgracias habian terminado.

En efecto, Francisco se sentia renacer en medio de aquella pequeña córte amable y cordial, cuando habia creido morir de hastío entre aquellos orgullosos caballeros castellanos que le rodeaban; él siempre tan alegre, tan fácil, tan familiar, se habia encontrado oprimido de marasmo á la vista de aquellos Grandes de España, esclavos de la tradicion y de la etiqueta, y siempre alzados sobre las prerogativas de su grandeza.

Francisco referia todas sus tristezas á su buena Margarita; le hablaba de las horas mortales de su

soledad, y le leia las poesías que durante ellas habia compuesto; algunos de estos versos estaban dedicados á la Condesa de Chateaubriant, y ésta escuchaba con lágrimas en los ojos aquellos conceptos quejumbrosos, dulces recuerdos de un amor regio.

Cárlos V vigilaba con inquietud el gracioso escuadron femenino que acompañaba á su prisionero; aquellas fiestas íntimas le parecia que ocultaban algun proyecto de evasion; enamorado ademas hasta la locura de Margarita de Navarra, hacía heroicos esfuerzos para ocultar su pasion bajo el aspecto de la fria severidad, que era el distintivo de su carácter; huia de ver á la Princesa públicamente, pero ésta le hallaba siempre á su paso.

Francisco I, de acuerdo con su hermana y con la Condesa, discurrió un plan que le devolviese la libertad y engañase las esperanzas ambiciosas de su vencedor; escribió un acta de abdicacion solemne, en la que dejaba al Delfin el título de Rey de Francia; Luisa de Saboya, nombrada regente, seguia con la direccion de los negocios, y se quedaba de simple caballero, no presentando ya ninguna garantía séria al que le retenia prisionero.

Margarita de Navarra dispuso su viaje, y salió de España, llevando oculta entre los pliegues de

su traje aquella acta que quitaba la corona de la frente de su hermano; el tiempo concedido por el salvo-conducto iba á espirar; el Rey de España no habia dado permiso al escuadron de bellezas que habia venido á consolar al Rey cautivo para que se detuviera por tiempo indeterminado, sino que le habia concedido un plazo fijo; la bella Reina de Navarra, escoltada por sus damas, debia volver á Francia.

Cuando Cárlos V supo la existencia del acta de abdicacion era ya demasiado tarde; la hermana del rey de Francia habia pasado la frontera.

Despues de la partida de Margarita y de la Condesa de Chateaubriant, la cautividad de Francisco se hizo más rigurosa, segun dicen los historiadores franceses. Cárlos V era hombre muy positivo; estaba decidido á obtener todas las concesiones que habia pedido, y no queria esperar más.

El prisionero cayó otra vez, y de nuevo peligrosamente enfermo, y la Regente, temblando por la vida de su hijo, cedió á todo; un tratado, redactado minuciosamente, se firmó en Madrid el 14 de Febrero de 1596, y en virtud de él renunciaba el Rey de Francia á las pretensiones sobre el reino de Nápoles, el Milanesado, Génova y Asti, y á la soberanía de Flándes y Artois, debiendo ade-

mas ceder el ducado de Borgoña: no bien firmado, Francisco volvió á su reino, despues de trece meses de cautividad.

Francisca de Foix al despedirse del Rey de Francia para volverse con Margarita al lado de Luisa Saboya, se habia despedido de él para siempre; pero la desventurada no lo habia sospechado siquiera, ni tampoco el mismo Francisco, que ignoraba lo que le guardaba el destino y la prevision de su madre.

Al llegar el Rey á Bayona se halló con todo lo que la Francia tiene de más brillante, que le esperaba ansiosa; la gran plaza donde descendió del carruaje estaba llena de cortesanos, de nobles, de guerreros, de damas hermosas; la primera persona que se acercó á él fué su madre, rodeada de un brillante cortejo de damas y de jóvenes, hijas de los grandes, las más bonitas que se habian podido encontrar.

Francisco I dejaba en rehenes á sus dos hijos mayores, y este pensamiento tenía su alma contristada; pero de esto, como de todo lo que era triste, se olvidó por completo á la vista del entusiasmo con que era recibido y aclamado; sus adictos lloraban y gritaban; detras de su madre estaban Margarita de Navarra y la Condesa de

Chateaubriant. Al ver Luisa de Saboya que su hijo miraba á espaldas suyas, se volvió airada, y se enojó mucho más al ver la causa de su distraccion.

Volviéndose á una de las jóvenes que estaban á su izquierda, la tomó de la mano y dijo á Francisco con acento dulce :

—Madamoiselle Ana de Pisselieu, mi ahijada, hijo mio : dale á besar tu mano.

Separó el Rey sus ojos del semblante plácido y encantador de su antigua amada, y los fijó en la jóven que su madre le presentaba ; y no pudiendo dominar su admiracion, dejó escapar un grito de sorpresa.

Ni la Condesa, ni la Reina de Navarra, ni ninguna de las mujeres que él habia visto, podia compararse con la que veia.

Ana de Pisselieu formaba el más completo contraste con Francisca de Foix : ésta era alta y rubia ; aquélla, de estatura mediana, y sus cabellos oscuros hacian resaltar el blanco mate y aterciopelado de su tez : nada es posible imaginar más hermoso que sus grandes y rasgados ojos, negros como sus largas pestañas y arqueadas y finas cejas ; era su boca la mansion de las gracias, y las proporciones de su figura torneadas y encantadoras.

Luisa de Saboya sabía muy bien que en las grandes crísis de la vida, las ideas cambian y se rejuvenecen, por decirlo así, y que se ama todo lo que es nuevo. Francisco volvia á la existencia, á la luz, á la dicha: se hallaba libre doblemente: libre, porque su cautiverio se habia acabado; libre, por la muerte de su esposa; en aquella alma ardiente é inconstante, la Condesa de Chateaubriant quedó olvidada por Ana de Pisselieu.

X.

La Condesa de Chateaubriant vió la primera mirada del Rey á la jóven Ana, comprendió que tenía una rival amada verdaderamente, y sintió en el alma un dolor mortal.

Sin embargo, no se dió por vencida: volvió á París con toda la córte, y en el primer banquete que se dió en Palacio para celebrar la llegada del Rey, se presentó deslumbrante de hermosura y de joyas.

Ana, sentada al lado de la terrible Luisa de Saboya, que habia hecho de ella su instrumento, formaba con ella el más perfecto contraste: un traje blanco y unas sartas de perlas formaban todo

su atavío: las hermosas madejas de sus cabellos se rizaban sobre su frente.

El Rey saludó con ademan frio y altivo á la Condesa, y se ocupó únicamente de Ana, de la que se habia enamorado locamente.

La Condesa comprendió que su reinado estaba terminado sin remedio, y vió separarse de su lado á todos los cortesanos.

Algunos dias despues le avisaron la llegada de un mensajero de Palacio, que le traia un billete del Rey.

La Condesa, creyendo que volvia á lucir la aurora de su dicha, mandó que entrase el enviado: abrió el billete, y su rostro se cubrió de una palidez mortal al leer lo que sigue:

«Señora: tened la bondad de entregar al dador todas las joyas que os servisteis aceptar de mi mano, pues llevando mi nombre y muchas divisas que no dicen bien con el estado actual de nuestras relaciones, deseo recogerlas.

FRANCISCO.»

En nuestros dias, el plebeyo más tosco hubiera vacilado en escribir semejante mensaje, ó más bien, jamas lo hubiera escrito: pero entónces, aunque tambien fuese vergonzoso el hacerlo, y sobre

todo para un Rey, la influencia de una mujer lo podia todo, y la de Ana no tenía ya límites: envanecida, celosa, deseando ensayar su naciente poder, exigió del Rey que pidiese á la Condesa todos los regalos que le habia hecho, para demostrarle así que habian terminado sus relaciones, y que despues ya no opondria ella ninguna barrera á sus deseos.

Despues de leer el billete, la Condesa quedó rendida á un desmayo mortal: amaba al Rey tierna, profunda, sinceramente, y aquel ultraje le traspasó el corazon.

—Caballero,—dijo al cortesano que se hallaba presente,—decid á S. M. que en el estado en que me habeis visto, no puedo, aunque lo desee mucho, cumplir sus órdenes: volved dentro de tres dias y será obedecido.

Apénas se halló sola, mandó llamar á un platero, y en tanto llegaba, reunió con mano febril todas las joyas, adornadas de amorosos emblemas y de galantes divisas.

—Llevaos todo esto,—dijo al platero,—fundidlo sin respeto alguno por las divisas, y convertidlo en barritas de oro.

Dos dias despues estaban en su poder todas las alhajas convertidas en tres barras de oro.

—Llevad esto al Rey,—dijo al mensajero cuando se presentó,—puesto que me pide lo que me ha dado, le devuelvo su valor: por lo que hace á las divisas, están tan grabadas en mi corazon, que no puedo consentir que otra que yo las aprenda.

El Rey oyó inmóvil y abatido este mensaje, y despues de algunos instantes de meditacion, dijo:

—La Condesa ha demostrado más valor y generosidad de lo que yo creia en ella: decidle que yo no deseaba el valor, puesto que le daria el doble, sino las divisas: puesto que ella las ha destruido, puede guardar el oro.

La Condesa permaneció en su casa encerrada y sola durante algunas semanas, esperando en vano alguna muestra de afecto del Rey; pero éste la habia abandonado por completo, y á la vez se hallaba perseguida por la Reina madre: así, pues, la bella, la tan amada Condesa de Chateaubriant, se resignó á dejar la córte, que ya la habia olvidado por una nueva favorita.

Su único pensamiento fué alcanzar la gracia de su marido, al que habia ultrajado tanto en sus más santas afecciones. Conocia al señor de Laval, y esperaba que al ardiente amor que la profesaba en otro tiempo, hubiera sucedido algo de piedad.

En una triste tarde de invierno, una mujer, se-

guida de algunos servidores, vino á llamar á la maciza puerta del castillo de Laval: los criados se apresuraron á abrir.

—Advertid á vuestro amo que deseo verle,—dijo la Condesa levantando su velo.

—Aquí me teneis,—respondió á pocos pasos una voz profunda y triste.

Era Juan de Laval, y su esposa contuvo al verle un grito de espanto. Estaba viejo, demacrado, encanecido: al reconocer á su mujer no manifestó ninguna sorpresa, y su pálido semblante no retrató la emocion más leve.

—Os esperaba, señora,—la dijo,—y teneis preparados vuestros aposentos: venid.

Su mano, helada, asió la temblorosa de Francisca, que se estremecia ante aquella calma mortal, y la condujo á la cámara que ántes habia sido la habitacion nupcial de los dos esposos.

—Esta,—dijo Juan de Laval,—será en adelante vuestra habitacion.

Y soltando la mano de la Condesa, la dejó sola.

Mas apénas hubo perdido aquel sosten, la desdichada cayó sin sentido sobre el pavimento, cubierto con una alfombra negra.

A las ricas tapicerías del aposento habian susti-

tuido otras negras como la alfombra: el lecho estaba asimismo vestido de negro: las ventanas habian sido tapiadas, y una pequeña lámpara como las de las iglesias suspendida del techo, disipaba apénas aquellas horrendas tinieblas: era un sepulcro enlutado.

La Condesa no volvió á ver durante diez meses otro sér viviente que su marido: él mismo le llevaba el alimento diario y presenciaba sus comidas, aunque á la verdad, la desgraciada apénas podia tocar á los manjares que la presentaban.

La salud huyó en pocos dias de Francisca; una demacracion terrible empezó á advertirse en ella; pero ¡cosa rara! la belleza sobrevivia y era cada vez más perfecta y más encantadora; el Conde de Chateaubriant, frio é implacable como la venganza, habia querido asistir á la destruccion de aquella hermosura que habia causado su desdicha; pero la hermosura, como hemos dicho, no huia, no se destruia como la salud, y Juan de Laval veia con secreta desesperacion que la llama de su violento amor hácia su esposa, invadia su corazon en furiosas olas.

Algunas veces Francisca se arrodillaba á sus piés y le pedia gracia y perdon con las manos juntas.

Entónces, vestida de blanco, con sus abundantes cabellos rubios, sueltos como un manto de oro, se parecia á un ángel descendido á lo más sombrío de los infiernos.

—¡Perdon! repetia ferozmente el Conde; ¡no hay perdon, no hay piedad para tí! ¿La tuviste, acaso, esposa desleal, cuando me dejaste partir solo, y te quedaste con tu amante?

La Condesa callaba; su carácter dulce no habia sufrido alteracion ni áun con su horrible desgracia; callaba y se moria, doblando la cabeza para recibir su tremendo castigo.

Una tarde la halló su marido tendida en el lecho é inanimada; el color de la nieve cubria su semblante; pero al ruido de los pasos de su verdugo se incorporó penosamente.

—¡Ah, señor! gimió la Condesa; dejadme ver una sola vez la luz del dia, y respirar el aire libre ántes de morir!

Juan de Laval no pudo resistir á esta súplica lastimera; se acercó á su mujer y la tomó en sus brazos; pero al contacto de aquel cuerpo encantador, la figura riente y gentil del Rey de Francia apareció ante sus ojos; la llama de la venganza se encendió en su corazon con ímpetu furioso, soltó de nuevo el cuerpo de su esposa, y exclamó:

—¿Por qué el Rey de Francia que os amaba tanto, no viene á arrancaros de este sepulcro? Dónde están las bellas fiestas de la córte? ¿Dónde están vuestros amantes? ¿Hace todavía Clemente Marot versos en honor vuestro?

La Condesa no podia responderle, porque habia perdido el sentido, y se hallaba tendida en el lecho como una estátua caida de su pedestal.

El Conde se dejó caer de rodillas al lado de la cama, apoyó su frente en el pecho de la Condesa, y, seguro de que ésta no podia verle, lloró.

. . . . . .

Diez meses habian pasado desde la llegada de la Condesa al castillo de Laval, y dos dias desde la escena que acabamos de describir.

Aquellos dos dias los habia pasado el Conde encerrado en su cámara, ora midiéndola á pasos furiosos, ora llorando como un niño; á las diez de la noche del segundo dia salió de su habitacion y se dirigió á la de la Condesa; á la puerta de esta última habitacion le esperaban dos hombres enmascarados y un cirujano.

Todos penetraron en la habitacion enlutada; la Condesa, con la cabeza tendida hácia atras, se hallaba medio tendida en un sitial; ni siquiera vió á los que habian entrado.

—Haced vuestro deber, dijo el Conde á los hombres enmascarados.

A una indicacion del cirujano, cada uno asió una de las manos de Francisca, y aquél, con un instrumento cortante, abrió las venas.

La pobre víctima no se movió.

Despues descalzaron sus piés, blancos como el marfil, y pequeños como los de un niño, y abrieron igualmente las venas.

La sangre brotó de las cuatro fuentes; el Conde, sombrío y silencioso, hizo una señal imperiosa y se quedó solo con su mujer.

—¡Si hubieras tardado un dia más á morir te hubiera perdonado! exclamó mirándola; te hubiera perdonado, porque mi loco amor me devoraba, y hubiera olvidado tu traicion para que volvieras á ser mia; para no deshonrarme segunda vez, te he muerto!

Francisca abrió los ojos, buscó á tientas la mano de su marido; una dulce sonrisa de descanso y de paz pasó sobre sus labios, y cerrando de nuevo lentamente los ojos, exhaló un débil suspiro.

Habia muerto.

XI.

Tal fué el fin de Francisca de Foix, Condesa de Chateaubriant; las más espléndidas dotes se reunian en ella: altísima cuna, hermosura sin igual, claro entendimiento, dulce carácter, generosidad de corazon; y sin embargo, desde que se dejó seducir por el brillo de los placeres, por el atractivo de la ambicion, no probó una hora de ventura, pagandosus horas de goce con dolores terribles, y con el sacrificio de su vida.

Algunos historiadores pretenden que se reconcilió con su marido, y que con él vivió hasta su muerte, acaecida naturalmente el 15 de Octubre de 1537; para esta version se fundan en que Francisco I visitó á su paso para la Bretaña el castillo de Laval, halló en él esplendida hospitalidad y permaneció algunos dias, pues firmó en él algunos edictos; pero esto no responde más que de los sentimientos acomodaticios de los hombres. Despues de algunos años de cumplida su venganza, Juan de Laval pudo hallar ventajas en volver á captarse la amistad y benevolencia del Rey; y éste, olvidadizo é indiferente, pudo olvidar que el Señor de Laval habia sido asesino de su mujer.

Varillas es el historiador de quien tomamos la version aceptada por todos, y que es la misma que acabamos de referir.

Añade ademas dicho historiador que el Conde de Chateaubriant estuvo durante muchos meses poseido de un dolor desesperado por la muerte de su esposa; que envejeció mucho más de lo que lo estaba; que la llamaba á voces durante las horas de la noche, dando lamentos, y diciendo cosas que demostraban hallarse completamente fuera de su razon; y en fin, que se temió por su vida y por su juicio, pues despues de agotadas sus fuerzas, corriendo por los campos inmediatos á su castillo, pasó muchos meses en la cámara enlutada donde habia hecho dar muerte á su esposa, sin querer levantarse del lecho de la Condesa, ni ver á nadie, ni apénas comer.

Cuando salió de allí hizo elevar á la Condesa un magnífico mausoleo, en la iglesia de los Maturinos de su aldea de Chateaubriant.

Cuenta tambien la historia de la época, que se casó de nuevo, y que desempeñó en la córte de Francisco I uno de los cargos más elevados; pero si es esto cierto, que lo ponemos en dúda, debemos hallar las mujeres en este hecho una grande y severa leccion; y es que es tan inútil como cul-

pable el sacrificar sus deberes al capricho de un hombre, por más que este capricho sea grande y durable.

Juan de Laval buscó en su nuevo enlace el olvido de sus penas y de su desdichada esposa; en cuanto al Rey de Francia, ni la memoria de la Condesa de Chateaubriant, ni su loco amor por Ana de Pisselieu, le impidieron tampoco casarse con Leonor de España, hermana de Cárlos V, y á la que se dice amaba el Emperador de tal manera, que el remordimiento de esta pasion le obligó á encerrarse en el monasterio de Yuste; pareciéndose en esto al Rey de Francia, que, á pesar de todos sus amores, guardó la mejor parte de su corazon para su hermana Margarita.

ANA DE PISSELIEU,

DUQUESA DE ETAMPES.

I.

No hallarán, por cierto, semejanza alguna nuestros lectores entre la heroína que vamos á retratar y las dos que la han precedido. Ines Sorel, toda dulzura y suavidad; Francisca de Foix, apasionada y melancólica, no se parecian en nada á la alegre, orgullosa y juguetona Ana de Pisselieu, y quizá por eso, quizá seducido por el completo contraste que ofrecia con sus predecesoras, se enamoró de ella tan violentamente Francisco I, el galante rey de Francia.

Volvamos una ojeada atras.

El 11 de Marzo de 1826, despues de un año y veintidos dias de cautiverio, Francisco I pudo al fin volver á su reino.—Más triste, más desalentado que nunca, despues de la partida de su herma-

na Margarita, que habia ido á alegrar las amargas horas de su prision, el Rey de Francia se dijo que su reino y su libertad valian un rasgo de pluma, y firmó el duro tratado de Madrid, con la firme intencion de no cumplir sus condiciones, comprometiendo así lo qué se alegraba de haber salvado en la derrota de Pavía: su honor.

Los dos hijos del Rey, el delfin Francisco, y Enrique, duque de Orleans, habian quedado en rehenes para garantizar el tratado; de estos dos príncipes, el Delfin no habia cumplido todavía diez años.

Recibiéronse á los regios niños que llegaban de Francia para quedar prisioneros en el lugar de su padre, sobre un buque, en el Bidasoa, rio que divide á Francia y España. Francisco sintió tan loca alegría al verse en libertad, que no pensó ni áun en abrazar á sus hijos. Saltó del buque, se lanzó sobre un caballo árabe que sujetaban sus servidores, y corrió á toda brida hasta San Juan de Luz, y desde allí hasta Bayona, donde le esperaba la Reina madre con toda la córte.

Pero, segun dice una antigua crónica, el monarca que acababa de recobrar su libertad, debia hallar en Francia cadenas más dulces, pero más estrechas que las que acababa de dejar.

Dos obras inmortales han conservado hasta nuestros dias las facciones de la segunda favorita de Francisco I. Una es un retrato de un pintor italiano, y la otra un busto hecho por Juan Goujon: su belleza no es tan grande como dicen los elogios de sus contemporáneos; pero su fisonomía es encantadora; en el lienzo, sus ojos, de un azul tan opaco que á cierta luz parece negro, tienen seducciones irresistibles, y en su boca, del más delicado color de rosa, se ve vagar una espiritual y tierna sonrisa.

Dicen ademas las memorias de aquel tiempo que Ana tenía en su belleza atractivos que ni el pincel ni el escultor podian copiar: eran una gracia encantadora, un talento extraordinario, una instruccion extensa, y más que todo esto, un metal de voz tan suave y armonioso, que hacía vibrar todas las cuerdas del alma.

Tenía diez y ocho años, que acababa de cumplir, cuando Luisa de Saboya le participó iba á llevarla consigo á Bayona.—Mlle. de Heilly, como se la llamaba entónces, era hija de Guillermo de Pisselieu y de Ana Sanguin, su segunda esposa, perteneciendo, por lo tanto, á una familia distinguida: la Regente, cansada de sufrir la rivalidad de la Condesa de Chateaubriant, habia determinado

reemplazarla, y extendida una mirada alrededor suyo para ver á quién podia conferir el cargo de favorita, de modo que fuese entre sus manos un dócil instrumento, fijóse en Ana de Heilly, y su eleccion fué digna de su sagacidad, y probó que comprendia maravillosamente el carácter de su hijo.

Ana era muy jóven, comparada con la Condesa de Chateaubriant, que ya estaba en el estío de la vida: viva, risueña, llena de ingenio, era la que más llamaba la atencion entre todas las jóvenes de la nobleza que de contínuo acompañaban á la Reina madre; era ademas muy ambiciosa, y estaba sedienta de galas, de joyas y de todo lo que la ostentacion proporciona, y que sus padres no podrian darle, atendido á que con ella tenian seis hijos y escasas rentas.

Luisa de Saboya estudió durante algunos dias el carácter de la jóven, y despues la llamó á su cámara; la tomó la mano, le puso en ella una pesada bolsa, y le habló así:

—Querida mia, vais á acompañarme á la frontera de España, donde voy á esperar al Rey; comprad algunos trajes y adornos bonitos; deseo que parezcais muy bella, y mi intencion es que eclipseis á la Condesa de Chateaubriant, que viene tambien en la comitiva. ¿Me comprendeis?

Ana bajó los ojos y un subido color de rosa invadió sus mejillas.

—Dejaos de melindres, continuó la terrible Regente; os conozco, y estoy cierta de que me habeis entendido.

—¿Pero y mi familia, señora? ¿olvida V. M. que es virtuosa y rígida?

—No lo olvido; pero tampoco olvido que es muy pobre, y que mirará como un honor el que el Rey os ame; yo he explorado ya el ánimo de vuestro padre.

—¿Y mi madre?

—La opulencia la consolará; hija mia, esto será para todos vosotros un negocio afortunado, y doy por supuesto que no ameis al Rey, que le amaréis, porque lo merece; se trata de derribar á esa insolente favorita que me desafia, y que me ha robado el cariño del Condestable de Borbon, con el cual estaba dispuesta á casarme; vos, Ana, la reemplazaréis sin resistencia, sin rodeos, sin lucha; seréis favorita en título desde el primer dia; pero estaréis completamente á mi devocion, y nada haréis de lo que á mí no me sea grato; quiero al lado de mi hijo una persona que me esté agradecida, y no una que sea mi enemiga mortal.

El bello color de las mejillas de Ana desapareció, sustituyéndole la palidez del marfil.

Aun de léjos, áun ántes de ceñirla á su cuello, la cadena le parecia de un peso insoportable; pero conocia lo que era la Regente de Francia, y calló.

—Idos, le dijo Luisa de Saboya, y estad dispuesta para de aquí á cuatro dias; recibiréis mis últimas instrucciones.

La pobre jóven salió de la cámara trémula y descolorida.

II.

Ana de Pisseleu no amaba al Rey; no amaba á nadie todavía, aunque deseaba agradar á todos; la ambicion dormia en el fondo de su alma como un fuego cubierto de flores, y ella misma ignoraba su existencia; tristemente salió, pues, de París, siempre bajo la mirada de águila de Luisa de Saboya, que la vigilaba con cuidado.

Cerca de ellas, y entre las damas de honor de la ya muerta Reina de Francia, iba la bella Condesa de Chateaubriant, con sus rubios cabellos ceñidos por dos hilos de perlas, y cubierta con un velo de gasa blanca, que aumentaba la suavidad de su belleza.

Ana llevaba su velo levantado; se ahogaba: las jóvenes que iban con ella en una de las carrozas de Palacio, la miraban asombradas de dos cosas: de las ricas y costosas galas que la vestian, y de su mortal tristeza; los cabellos de la futura favorita, tan largos y espesos que no podian ir sueltos, estaban trenzados con cordones de oro, y sobre su frente se rizaban con infinita gracia algunos mechones cortos y desiguales; un ajustadísimo vestido de terciopelo púrpura dibujaba la finura de su delgado talle, no bien formado todavía, haciendo el vivo matiz un delicioso contraste con sus ojos y cabellos oscuros, y con su cútis de un blanco aterciopelado cual las hojas del jazmin. La falda del vestido se levantaba con cordones y borlas de oro sobre otra de raso color de lila, bordada de plata, y tambien estaban bordados de plata sus zapatitos de raso blanco.

Algunos hilos de pequeñas perlas adornaban su garganta, bajo una gola de encaje de oro, y las mangas ajustadas, último recuerdo de la Edad Media, bajaban hasta sus pequeñas manos, terminando en encajes de oro como los de la gola.

Habia algunas jóvenes más hermosas que Ana de Pisseleu, pero ninguna tan interesante, á pesar de su tristeza.

Pero esta tristeza se fundió en un inmenso asombro al ver llegar al Rey de Francia, seguido de la escolta de caballeros españoles que le acompañaban y de los caballeros franceses que habian ido á buscarle; venía Francisco en una carroza dorada, vestido con un traje completo de seda blanca, acuchillado de raso azul; sus calzas eran tambien de seda blanca, y de una finura y valor admirables; los zapatos, de raso azul, tenian hebillas de oro y brillantes; la gorra era de raso blanco y azul, rodeada de una diadema de pedrería; la gola era altísima, y por debajo llevaba un gran collar de oro de tres vueltas.

Como haciendo un triste contraste con esta magnificencia, el Rey estaba flaco y pálido; su barba y sus ojos negros daban vigorosos tonos á su fisonomía meridional y apasionada; leíanse en sus ojos hondos pesares pasados ya, y á la vez la incomparable alegría de la libertad.

La plaza de Armas estaba llena de gente que acudia á saludar al Rey; los arqueros abrieron con gran trabajo un espacio para que descendiese de la carroza, que se halló en los brazos de su madre, y empezó á sollozar como un niño.

—¡Claudia! ¡Mi pobre Claudia! exclamó, rindiendo así un involuntario homenaje á la dulce

compañera de su juventud. ¡Sólo ella no está aquí!

Y separándose del seno de su madre, elevó al cielo su rostro varonil lleno de lágrimas, como si buscase allí la imágen de su esposa.

Respetando el dolor del Rey, calló el alegre murmullo que le habia acogido, y tras algunos instantes, Francisco I dominó su pena y se separó de los brazos de su madre, hallándose enfrente de la Condesa de Chateaubriant.

A su vista se sonrió amorosamente y le alargó la mano, que ella besó; pero en tanto que Francisca se inclinaba, la voz de la Reina madre, aquella terrible voz, metálica como el acero, resonó, haciéndola estremecer como la paloma que recibe un tiro.

—Hijo mio, dijo Luisa de Saboya; os presento á mi nueva doncella de honor, la señorita Ana de Pisseleu, hija de Messire Guillermo, uno de vuestros más leales servidores.

Francisco, que segun su galante costumbre, tenía la gorra en la mano desde que habia visto á su madre, inclinó la cabeza y miró á la jóven.

El dulce encanto de aquel gracioso rostro le subyugó en seguida, sobre todo por su juventud y frescura.—Ana, colorada como una rosa de Ma-

yo, inclinó sus ojos, y la oscura sombra de sus largas pestañas negras cayó sobre sus mejillas, de un contorno infantil.

—¡Oh qué graciosa niña! dijo el Rey con voz conmovida.

Y tomando la pequeña mano de Ana, la atrajo hácia él.

—No tembleis así, le dijo; yo soy un hombre como los demas, pero que os admira como ninguno. ¡Vamos, miradme! ¡Habladme! ¿Me teneis miedo?

Ana levantó sus anchos párpados, y fijó en Francisco I una mirada llena de luz.

—¡Así! exclamó. ¡Así me habeis de mirar siempre! ¡Con esos ojos, es un delito el no mirar abriéndolos bien!

—¿Qué es esto? exclamó con angustia la Condesa de Chateaubriant, dirigiéndose á su amiga la reina Margarita.

—Esto es una intriga de mi madre, mi pobre Francisca, respondió ésta; preparaos á sufrir mucho.

—Creeis que el Rey.....

—Todo lo creo en su voluble carácter; todo lo temo de su aficion al placer.

Calló la Reina de Navarra, porque los ojos de

su hermano la buscaban, y divisándola, la llamó, tendiéndole los brazos.

—¡Ingrata! le dijo al oido. ¿No sabes que tú eres para tu hermano lo primero en el mundo?

Y besándola una y otra vez con íntima ternura, murmuraba sin cesar palabras llenas, en efecto, del cariño más vehemente.

Francisca de Foix esperaba con ánsia el momento en que el Rey dejase de acariciar á su hermana.

Al fin el Monarca miró otra vez hácia donde se hallaba la Condesa; su antigua y arraigada pasion produjo su efecto natural; una nube de alegría se extendió sobre aquella fisonomía expresiva y movible; un rayo de ternura animó sus ojos; pero ¡ay! se apagó muy en breve, y volvió á buscar el semblante de Ana, que estaba á dos pasos de él y al lado de Luisa, quien contemplaba á la pobre Francisca con una mirada de desafío.

Desde aquel instante la pobre mujer se sintió perdida.—Mirando á la protegida de la Reina, comprendió que ésta obedecia á un plan preconcebido, y que se le habia asignado su papel. Ana, con una sagacidad extraordinaria, ya buscaba ó ya huia las miradas del Rey. Éste la amó locamente desde el primer instante: aquella intriga no tuvo

prefacio; no hubo luchas ni misterios; desde aquel dia Ana fué favorita en propiedad, y cada uno saludó con sorpresa el astro nuevo, que no habia tenido aurora.

La Condesa de Chateaubriant se volvió al dia siguiente á París, llevando la muerte en el alma, y esperando la llegada á la córte de su voluble amante.

III.

Á los piés de la bella doncella de honor de su madre, Francisco olvidaba el mundo entero. Olvidaba su reino, el desastroso tratado de Madrid, y la cautividad de los hijos de Francia, de sus propios hijos, el Delfin y el príncipe Enrique.

Cuando la córte tomó el camino de la capital, Francisco I se habia ya olvidado por completo de Francisca de Foix, quien, como ya hemos visto en otra leyenda anterior, resolvió someterse á la clemencia de su marido.

Se hizo el viaje á jornadas cortas, porque todas las poblaciones se disputaban el honor de celebrar la vuelta del soberano: en Burdeos las fiestas fueron magníficas y duraron más de quince dias. Ana de Pisseleu, la más jóven, la más bella, la más

ricamente adornada, era la reina en todas partes, y sus menores deseos eran órdenes.

Despues de un año de cautiverio, el Rey se embriagaba de ruido y de placer. ¡Se sentia tan dichoso al volver á hallar aquella vida espléndida y voluptuosa, cuyo recuerdo habia turbado con tanta frecuencia las tristes noches de su cautividad!

El fin de este año (1526) se pasó en Cognac, donde el Rey, por el consejo de los médicos, se habia detenido para respirar el aire natal, y donde se entregó con el ardor que empleaba para todo, al placer de la caza.

En los primeros meses del año siguiente Francisco I hizo en París su entrada triunfal; aunque se hallaba ausente de la capital hacía más de tres años, sólo se detuvo algunos dias, y corrió á Fontainebleau, su residencia favorita: los negocios estaban en el más lastimoso estado, pero el Rey no estaba de humor de cuidarse de ellos. Cada dia más enamorado de Ana, tenía mucha ánsia de recobrar el año que habia perdido: cerca de París habia mandado empezar á construir un palacio morisco, el castillo de Madrid, como recuerdo de su cautiverio.

Cárlos V reclamaba cada dia más imperiosamente el cumplimiento del tratado de Madrid;

pero el embajador de Francia recibia sólo dilaciones y evasivas. Irritado de tan mala fe, el Emperador exclamó un dia:

—El Rey de Francia ha faltado deslealmente á la palabra de caballero que me habia dado; y si se atreve á negarlo, se lo sostendré con las armas en la mano.

Francisco I no era hombre que dejase pasar desapercibidas estas palabras, y respondió á ellas por un cartel, que Guyenne, su heraldo, fué á llevar al Emperador.

« Emperador de Alemania y Rey de España,—decia el cartel—has mentido al decir que he faltado á mi palabra de caballero: acepto tu provocacion. Señala el lugar del combate; prométeme la seguridad del campo, y terminemos con la espada lo que ya ha durado demasiado con la pluma.»

Con gran sorpresa de todos, Cárlos V no rehusó el desafío.

« Haz saber al Rey de Francia, dijo al heraldo, que acepto su cartel. El lugar del combate será la isla de Bidasoa; es decir, el sitio mismo en que Francisco I me ha dado su palabra de caballero de cumplir el tratado. »

Francisco I rehusó el combate: cuando llegó el heraldo, se negaron á llevarle á la presencia del

Rey y se le paseó de residencia en residencia sin cansar su constancia; iba precedido de trompetas y de un gran escudo que ostentaba las armas de España y de Alemania, y así andaba de Fontainebleau á París, y de París á Lonjumeau. Cansados ya de su porfía, llevaron al heraldo ante el Rey; pero éste empezó á leer el cartel, y sin acabar la lectura, salió de la cámara en silencio.

Así terminó la grotesca historia de este desafío, y los dos soberanos eligieron de comun acuerdo la Italia como campo de batalla; las fuerzas de los dos partidos se agotaban: el Emperador no esperaba ya el cumplimiento del tratado; pero sus tropas derrotaban de contínuo las de Francisco I, y éste comprendió al fin que debia ceder en algo: en aquella ocasion ambos soberanos dieron una gran prueba de deferencia al ingenio femenino, dejando el cuidado de arreglar sus intereses á dos mujeres de gran talento. Cárlos V envió á su tia Margarita de Austria á Cambrai, y Francisco I á su madre, Luisa de Saboya, al mismo sitio, y las negociaciones comenzaron misteriosamente entre ambas princesas. Pero al cabo de tres semanas de conferencias el tratado se firmó, y se le llamó: «La paz de las damas.»

Francisco I, á pesar de sus pretensiones caba-

llerescas abandonó sin pudor á todos sus aliados: los historiadores franceses le culpan duramente, y la sola cosa en que pensó fué en rescatar á sus hijos, en los que hasta entónces no habia pensado, mediante la enorme suma de dos millones de escudos de oro; comprometióse ademas á casarse sin tardanza con la princesa Leonor de Austria, hermana de Cárlos V y viuda del Rey de Portugal D. Manuel, *el grande*, que habia estado prometida al Condestable de Borbon.

Dieron principio al instante inmensos preparativos para las bodas. Francisco I queria deslumbrar á su nueva esposa con el lujo y esplendor de su córte. Sabía que Leonor habia vivido siempre muy retirada, y que era hermosa y buena. Mucho más hermosa, y tan buena como la reina Claudia.

Procedióse ante todo á reunir el precio del rescate de los Príncipes, y para causa tan sagrada, cada uno miró como un honor el despojarse: la nobleza, el pueblo y el clero contribuyeron con largueza; el que no tenía dinero llevaba al Rey sus vajillas de oro y plata, y el tesorero daba recibos. Vasos, copas, herretes de brillantes, joyas preciosas todo se llevaba á palacio; tan grande era la impaciencia de recuperar los hijos de Francia. El canciller tuvo la idea de hacer alterar la moneda, mez-

clándole una gran cantidad de cobre; pero los comisarios españoles no se dejaron engañar, y rehusaron la moneda adulterada, obligando á completar la suma con oro y plata de buena ley.

Remitidos á España los últimos escudos de oro, empezaron de nuevo las fiestas: desde hacía tres meses los heraldos de armas recorrian las provincias, é iban de castillo en castillo, convidando á toda la nobleza al matrimonio del Rey de Francia y á las ceremonias y torneos que debian tener lugar con este motivo.

Francisco I, seguido de toda su córte y de su amada Ana, habia vuelto á Bayona, donde todo estaba preparado para recibir dignamente á la hermana de Cárlos V.

Al ver llegar á sus dos hijos, Francisco echó á llorar, y durante largo rato los estrechó contra su corazon: el casamiento se celebró en Burdeos, y con esta ocasion se dió la primera representacion dramática de que se tiene noticia: los actores estaban ataviados con ricas telas, y cada traje habia costado cincuenta libras tornesas.

Por todas partes, al paso de la córte, que con gran pompa cabalgaba hácia París, por montes y por valles, estallaban las aclamaciones y el entusiasmo: el pueblo veia en esta union con una hija

de España una prenda de paz y de dicha: las catedrales eran demasiado estrechas para contener la muchedumbre que iba á dar gracias á Dios: las campanas tocaban á vuelo; los fuegos artificiales alumbraban las tinieblas de la noche.

Pero de todas las fiestas, la más bella, la más rica, tuvo lugar en París en la puerta de San Antonio: fué un torneo magnífico, cuyos esplendores sobrepujaron con mucho, todo lo que se habia visto hasta aquel dia: de todas las comarcas de Europa acudian los caballeros, y los más nobles y los más ricos, cubiertos de armaduras deslumbradoras, tomaban parte en la liza.

Durante ocho dias se rompieron lanzas entre las aclamaciones de las damas, y el Rey mismo tomó parte en el combate á la vista de su nueva esposa.

Las damas se apasionaban por estos pasatiempos peligrosos, y para animar á los caballeros, arrojaban á la arena sus joyas y despues sus vestidos, hasta quedarse casi desnudas.

Lo mismo que las damas, el pueblo asistia con avidez á estos terribles juegos de armas: el ruido del hierro le subia á la cabeza: saludaba á los vencedores con formidables aclamaciones y aplaudia con frenesí, como la Roma pagana en los combates de los gladiadores.

La reina de todas estas fiestas, que se daban en honor de la nueva esposa del Rey, la reina verdadera, era la bella favorita: era, en efecto, la más seductora, ataviada con los trajes más ricos, y áun se conserva, á traves de los siglos, la fama de un traje de paño de oro rizado que se pònia para los torneos, y de una cota (muy parecida á los cuerpos corazas de hoy) de color de púrpura, sembrada de pedrerías; cuando el Rey ganaba alguna ventaja en la liza, su mirada buscaba á Ana, y ésta era la que entregaba á los caballeros victoriosos el premio del valor y de la destreza.

IV.

Leonor de Austria se apercibió muy pronto de que ella no suponia nada para su esposo. Abandonada como lo habia estado la primera esposa del Rey, la dulce y desgraciada Claudia, tenía ménos resignacion que aquélla: porque Leonor, ademas de su altivez española, guardaba el recuerdo del profundo amor de su primer esposo, D. Manuel de Portugal, que la habia querido con pasion, y á quien ella habia profesado un tierno afecto, á pesar de ser viejo, contrahecho y achacoso.

Leonor habia inspirado otro profundo amor al salir de la infancia : aunque no habia heredado la belleza de su padre Felipe *el Hermoso*, era tan simpática, tan atractiva y estaba dotada de tanto talento, que el príncipe Federico, hermano del elector palatino, que vino á la córte de España, se enamoró ciegamente de ella : la Princesa correspondió tiernamente á esta pasion. Pero su hermano el Emperador alejó de la córte á Federico, y trató las bodas de Leonor con D. Manuel de Portugal, con quien casó al cumplir diez y seis años, y del que quedó viuda con dos hijos á los dos años y medio de una union dichosa, puesto que el dulce carácter de Leonor y su gran talento, se doblegaron á todas las dificultades de la situacion.

No bien el príncipe Federico supo la viudez de Leonor, pidió de nuevo su mano, y se hubiera unido á ella, á no tener ya resuelto Cárlos V casarla con el Condestable de Borbon y darles el reino de Nápoles, ó erigir para ellos en reino la Provenza, si no podia lograr lo primero.

La guerra con Francia distrajo al Rey de aquellos propósitos, y Leonor quedó en Portugal cuidando de sus hijos : pero al fin el tratado de Cambray le trajo para esposo al Rey de Francia, y aunque se dilató esta union todo lo posible, pues

Leonor sólo hubiera dejado su viudez por el príncipe palatino, al fin se celebró el casamiento el 4 de Julio de 1530, y al acabar de cumplir Leonor treinta y dos años de edad.

Era esta princesa delgada y de elegante estatura: tenía los hermosos ojos negros de su madre doña Juana *la Loca*, y los cabellos abundantes, rizados y sedosos de su padre, Felipe *el Hermoso:* pero en la hija eran de un hermoso color castaño, y en el padre eran rubios: copiosos rizos caian sobre los hombros y espaldas de Leonor, y en su semblante, de una rosada palidez, habia una expresion de melancólica dulzura que inspiró versos á todos los poetas de la época.

Pero Ana de Pisseleu tenía doce años ménos, era más hermosa, y sobre todo, no era la esposa legítima de aquel monarca vicioso y sensual, que se llamó Francisco I. Ana era bastante astuta para adular al Rey, para rodearle de seducciones, para quejarse de su poco amor: en las venas de Leonor circulaba la altiva sangre de su abuela Isabel la Católica, y aunque sufria en silencio, jamas se quejó á su marido de su desden y de sus desvíos.

La favorita no sintió absolutamente nada el nuevo enlace del Rey de Francia, pero se mostró desesperada por él: lloró, gimió, hubo escenas de

celos y de desolacion, y Francisco I redobló su liberalidad y los presentes de que cada dia la colmaba.

La vida de la Reina, terminadas las fiestas de su casamiento, se deslizaba en una tristeza sombría, en una humillante soledad: todos los homenajes eran para la favorita, y los cortesanos, siguiendo el ejemplo del Rey, olvidaban que existia.

La divisa de Leonor era un fénix con esta leyenda:

Unica semper avis.

Los ingenios de la córte se reian en secreto de este emblema tan ambicioso, tratándose de una esposa desdeñada y de una Reina sin influencia alguna.

El brusco é impetuoso amor de Francisco I por Ana de Pisseleu no se habia debilitado á pesar de sus muchos caprichos pasajeros y de las intrigas de los enemigos de la favorita: habíala ya colmado de presentes y de riquezas, mas para asegurar su posicion en la córte, determinó casarla.

—Buscadme,—dijo á uno de sus confidentes,—un noble arruinado que sea vicioso, y quiera enriquecerse.

—Señor,—contestó el servidor,—bien á la mano tiene uno V. M.

—¿Y quién es?

—Juan de Brosse; ya sabe V. M. que su padre Renato fué cómplice en la traicion del Condestable de Borbon, muerto en la batalla de Pavía bajo banderas extranjeras; todos sus bienes están confiscados, y Juan los pide en vano apoyando su pretension en el tratado de Cambray.

El Rey apoyó el codo en el brazo de su sitial y quedó pensativo.

—¿Cómo vive ese Juan de Brosse?—preguntó.

—En la mayor miseria, señor.

—Id á verle esta noche y decidle que si quiere casarse con la señorita de Heilly se le devolverán todos los bienes de su familia: le diréis que ademas se le hará Conde de Penthièvre, caballero de todas las órdenes de Francia, y Duque de Etampes: id en cuanto cierre la noche, y traedme la respuesta al instante.

El mensajero halló á Juan de Brosse en una taberna y sentado delante de una botella de aguardiente; era un hombre como de treinta años, alto y fornido, cuyo rostro estaba abotagado por el abuso de las bebidas, y cubierto ademas de granos y de pústulas asquerosas; la miseria, despues del gran esplendor de su casa, le habia envilecido; abandonado de sus amigos, é incapaz de soportar

una vida solitaria y triste, vivia entre el más inmundo fango, y sumido en todos los vicios; era una alma débil, que carecia por completo de esa energía que salva del abismo, y cuyo premio es la propia estimacion.

El servidor de Francisco I se sentó enfrente de él, ante la misma mesa, y le pidió algunos minutos de conversacion secreta.

—Ahí enfrente hay una habitacion donde podrémos hablar con reserva, repuso el futuro duque de Etampes: seguidme.

Cuando se levantó el enviado del Rey notó dos cosas: lo destrozado y mugriento de su traje, y que se tambaleaba ya, por el exceso de alcohol que habia bebido.

—Dos botellas á aquella habitacion y dos vasos, dijo el mensajero al dueño de la taberna, siguiendo á Juan de Brosse.

Ambos entraron en una salita ennegrecida por el humo de una lámpara de hierro, que ardia en el techo; algunas mesas guarnecian las paredes; los dos caballeros se sentaron en la más apartada de la puerta, que cerró el tabernero, despues de ponerles delante las botellas.

—Mesire de Brosse, dijo el confidente del Rey en voz baja, y llenando el vaso de su compañero del

mejor vino de Borgoña que se bebia entónces: vos sois de una familia ilustre y estais arruinado, ¿no es verdad?

—¿No sois frances? preguntó impetuosamente Juan; ¡sólo siendo extranjero podiais ignorar esas cosas!

—Soy frances, caballero; sé que esto es una verdad, y por eso vengo á deciros: —¿Quereis que os devuelvan los bienes de vuestro padre?

—¡Oh, eso es lo que pido en toda razon desde hace ya largo tiempo! exclamó Juan, y nadie me oye ni me hace justicia.

—Yo vengo á ofreceros esa justicia.

—¡Vos! ¿Y en nombre de quién?

—De quien podrá cumplirla.

—¿En nombre del Rey?

—No nombremos á nadie; y como creo, supondréis que lo que tanto deseais, no se os ofrece por nada, dejadme enteraros de lo que se os pide.

—Decid, repuso Brosse, cuyo semblante se oscureció.

—Para entrar en posesion de vuestros dominios os tendréis que casar con la señorita de Heilly.

—¡Con la manceba del Rey! gritó el hidalgo, que echaba fuego por los ojos.

—Calmaos, mi querido señor; esa persona es en

efecto tan amiga de S. M., que dispone á su antojo de todas las mercedes del reino.

—No quiero ninguna á tan alto precio.

—Alto sería, en verdad, dijo el mensajero con una significativa sonrisa; tan alto, que ni lo hubierais soñado siquiera, á pesar de lo noble de vuestra cuna.

La frente de Juan de Brosse se desarrugó, y en sus ojos, hinchados por el abuso del alcohol, brilló un relámpago; su interlocutor se apercibió del cambio, y prosiguió:

—No faltarán, por tanto, esposos para esa jóven, tan nobles como vos, porque la cuestion de riqueza no hay para qué tocarla; la novia es la más opulenta dama de Francia; pero ademas obtendrá su marido tales distinciones, que será el más grande señor del reino.

—¿Qué distinciones? preguntó ávidamente Mesire de Brosse.

—Se le hará conde de Penthièvre, caballero de todas las órdenes, y duque de Etampes.

Juan guardó silencio; por su fisonomía pasaban nubes como sobre un cielo tempestuoso; ya sus ojos brillaban con relámpagos de alegría, ya se contraian sus cejas con una expresion dolorosa y cubria sus mejillas un arrebatado carmin; de su frente caian menudas gotas de sudor.

—El precio de la infamia es grande, dijo al fin con voz alterada; pero el peso de la miseria me abruma, y me tiene ya cerca del abismo del crímen; yo hé nacido en la más grande opulencia, caballero, y hace ya mucho tiempo que arrastro una vida miserable; acepto, pues, el tratado vergonzoso que se me ofrece, ya que la suerte cruel se ha empeñado en envilecerme; pero tengo que poner una condicion.

—¿Cuál? decidla, y sea la que quiera se cumplirá.

—No he de vivir con mi mujer; le vendo mi nombre y nada más.

—Era justamente lo que tenía órden de proponeros; celebrada la ceremonia, ni por un momento veréis á vuestra esposa.

—¿Y tendré que vivir en la córte?

—De ningun modo; os sobrarán castillos y dominios que habitar.

—¡Sea! dijo Juan de Brosse levantándose con resolucion; haced que se me confiera un cargo fuera de la corte, y que se me dé todo lo ofrecido; por mi parte acepto el partido, y me casaré con Ana de Pisseleu.

Y dicho esto, salió de la taberna y se perdió en la oscuridad de las calles.

Celebráronse las bodas con gran pompa; al llegar delante del altar, la desposada se puso tan pálida, que pensaron iba á caerse, y las personas que rodeaban á los novios oyeron entre ellos palabras extrañas.

—¿Te acuerdas? preguntó Juan de Brosse á la señorita de Pisseleu.

—Sí, respondió ésta temblando; ¡tú eres el autor de mi vergüenza! ¡Tú me abandonaste! ¡Tú desgarraste mi corazon! ¡Al salir del templo huye de mi vista, porque mi venganza podrá aniquilarte!

Juan de Brosse habia sido el prometido esposo de Ana de Pisseleu, y su casamiento estaba tratado desde que Ana era niña; pero Juan de Brosse habia rehusado cumplir su compromiso, engolfado en todos los desórdenes que paga la opulencia, y Ana habia caido en las redes de Luisa de Saboya, que la deseaba parafavorita de su hijo.

Al salir del templo, Juan de Brosse, que ya era conde de Penthièvre, caballero de todas las órdenes de Francia y duque de Etampes, recibió el nombramiento de gobernador de la Bretaña, y salió para su destino, sin tardar más tiempo que el necesario para cambiar de traje.

Dentro de su alma llevaba un agudo dolor al

ver á la que debia haber sido su esposa tan bella, tan adorable; el amor, mal apagado en su alma, se habia reanimado; pero Ana era ya un imposible para él; le odiaba, porque en el corazon de la mujer más depravada, hay siempre repulsion al vicio, hay un manantial de lágrimas para llorar los dias de inocencia, que no vuelven jamas.

V.

Desde el dia de su casamiento Ana de Pisseleu se llamó sólo la duquesa de Etampes; y ésta, segura de su poder, se dedicó á enriquecer á su familia. Depositaria de todos los favores, abusó con una prodigalidad inaudita; el tesoro del Estado, las dignidades y los beneficios de la Iglesia fueron literalmente saqueados por aquella ambiciosa favorita.

Antonio Sanguin, su tio materno, fué nombrado arzobispo de Tolosa. — Cárlos, Francisco y Guillermo de Pisseleu, sus hermanos, obtuvieron los obispados de Condom, de Amiens y de Pamiers, y se quedaron ademas con gran número de ricas abadías.

Sus hermanas no quedaron olvidadas, y como la

Iglesia era lo que daba entónces muy pingües rentas, dos de ellas fueron nombradas abadesas, y tres casadas con los herederos de las opulentas casas de Barlanzon-Cany, de Chabot-Jarnac y del Conde de Vertús.

La favorita se inquietó muy poco en el fondo del matrimonio del Rey, aunque manifestase gran desesperacion; los siete años que siguieron al tratado de Cambray fueron los más brillantes de su reinado; se hallaba en el apogeo de su belleza y de su poder, y nadie pensaba en disputarle su influencia; siguiendo los consejos de Luisa de Saboya, se abstenia completamente de política, y no se ocupaba de otra cosa que de fiestas y de placeres; el Rey, que no era dichoso más que á su lado, pasaba á sus piés dias enteros; en Ana lo amaba todo; su talento, su humor alegre, sus caprichos y sus más locas fantasías.

Instruida, hasta sábia para su tiempo, la Duquesa de Etampes tenía una córte numerosa de poetas y de artistas; los unos hacian versos en obsequio suyo; los otros esculpian su busto ó reproducian en el lienzo su rostro encantador. Francisco I, que adoraba el arte, se extasiaba en medio de los protegidos de su amada, y en cambio de una hospitalidad régia, los artistas le daban obras

maestras, y cantaban las perfecciones infinitas de la que llamaban: *entre las bellas, la más erudita, y entre las eruditas, la más bella.*

En cambio del incienso prodigado á manos llenas, la Duquesa de Etampes concedia á Clemente Marot su más alta proteccion, y el portero de cámara de Margarita de Valois (pues éste era el empleo del poeta) la necesitaba como nadie.

Inquieto y batallador, fué preso muchas veces, y debió su libertad y su riqueza á la favorita, que le sacaba siempre de apuros.

El palacio de Fontainebleau estaba ademas lleno de otros poetas que le llenaban con el ruido de sus disputas y rivalidades. Francisco I, que los queria á todos, no sabía qué hacer, ni á cuál dar la razon.

La figura de Benvenuto Cellini se destaca en aquella época, casi tan importante como la del Rey. La Duquesa le admiraba como artista, y áun hay lugar para suponer que le amó como hombre, arrastrada por la admiracion que profesaba á su genio; pero herida profundamente por el poco caso que le hacía el gran artista, empezó á aborrecerle.

Cuando se apercibió de esto Benvenuto, tembló; y para desarmar á la Duquesa, cinceló una sober-

bia copa; cuando la hubo terminado, fué una mañana á llevarla á su bella enemiga.

La altiva favorita hizo esperar á Cellini en su antecámara durante todo el dia; y ya á la caida de la tarde, salió un lacayo á decirle que la señora Duquesa *no queria recibirle;* desde aquel dia la enemistad fué completa é irreconciliable.

Algunos dias despues apareció en el taller del artista un busto encantador, un busto de mujer que, más que copiado del natural, parecia soñado por la imaginacion del italiano.

Bien pronto los ardientes elogios que se prodigaban á aquella obra maestra, llegaron á noticia del Rey.

—¿Pero quién es el modelo de ese busto? preguntó Francisco.

—Creemos que es ideal, señor.

—Y Benvenuto, qué dice?

—Que lo ha copiado del natural.

—Iré á verlo mañana, dijo el Monarca.

Cuando el Rey y los cortesanos entraron en el taller, lleno de mil riquezas de arte, no vieron desde luégo el busto; pero al descorrer Benvenuto la cortina de seda azul que le ocultaba, hasta los que le habian visto ya, lanzaron un grito de admiracion.

Era el busto de una mujer, pero de una belleza tan pura, tan delicada, tan riente y fresca, que podia tomarse por el de Vénus niña.

—¿Es ideal esta figura, amigo mio? preguntó el Rey á Cellini.

—No, señor, contestó el artista; es el retrato de una jóven.

—¿Italiana?

—Francesa, señor.

—¿Y cómo se llama?

—Diana.

—¿Es plebeya?

—Es de la más alta nobleza.

—¿Y cómo no la han presentado en la córte?

—Lo ignoro, señor.

Al dia siguiente, la Duquesa de Etampes envió á buscar el busto para verlo; pero Benvenuto contestó al emisario:

—Decid á la señora Duquesa que mi obra no sale del taller, y que si quiere verla, habrá de tomarse la molestia de venir á él.

Aquella misma noche Benvenuto Cellini salió de la córte de Francia, á pesar de los ruegos del Rey, y se fué á Italia, donde, para vengarse de la favorita, escribió sus Memorias; al marcharse se llevó consigo el divino busto, que la Duquesa de

Etampes no logró ver, pero cuyo original hallarémos nosotros más adelante.

Entre los artistas que en aquella época del reinado de Francisco I protegió la favorita, se cuenta, en primer lugar, Leonardo de Vinci, el inmortal pintor de la Joconda; pero no tomó parte en estas rivalidades, porque algunos años ántes habia muerto en los brazos del Rey.

Tenía ademas el Monarca cinco bufones, que mencionamos sólo para dar una idea más completa de su córte; los más conocidos eran Tiboulet y Brusquet; los otros tres, llamados Caillete, Tony y Ortiz, tuvieron un papel más secundario; el último era negro.

Habia tambien en la córte de Francia muchos astrólogos, cuya mision era más grave, pues tenian la pretension de decir siempre la verdad; uno de ellos, Cornelio Agripa, era astrólogo en título de Luisa de Saboya, madre del Rey; era el más célebre de su época, pero no tenía fe ninguna en su ciencia, pues la llamaba únicamente *el arte de cazar escudos;* una vez que se atrevió á predecir á la Reina madre alguna cosa desagradable, ésta le arrojó de la córte. Cornelio Agripa se vengó escribiendo una sátira, en la que le llamaba *infame Jezabel.*

En medio de esta córte voluptuosa y brillante, en el palacio de Fontainebleau, poblado de poetas y de artistas, la Duquesa de Etampes seguia reinando como soberana; cierta de su absoluto imperio sobre su amante, gastaba las horas en los más dulces pasatiempos, preparando la víspera los placeres del dia siguiente, y reina siempre en el baile como en el festin, en la caza, como en el torneo.

Miraba el porvenir sin inquietud, y sin embargo, á su lado, y en la sombra, existia una rival poderosa; cuando la conoció, era demasiado tarde para vencerla. — No pudo hacer otra cosa que luchar, y aceptó el combate, armada de todas armas.

La elevacion de la Duquesa de Etampes, su poder, su ambicion, le habian valido muchos enemigos; los más crueles eran los Guisas y los Montmorencys, representantes del partido católico y del antiguo feudalismo; unos y otros soportaban con trasportes de cólera lo que llamaban la insolencia de la favorita, y se habian unido para derribarla si podian, ó al ménos, para contrarestar su poder.

Habian hallado estos grandes señores, los más grandes del reino, un poderoso auxiliar en Diana de Poitiers, viuda de Luis de Brevé, conde de Maulevrier, y á la que se la llamaba *la Senescala;* á los cuarenta años cumplidos, Diana era la que-

rique, cada dia más apasionado de Diana de Poitiers. Cuando esta jóven italiána llegó á Francia, encontró á su marido enteramente absorto en su amor á una querida de edad avanzada; otra hubiera luchado, segura de vencer, á los diez y siete años, á una mujer de cuarenta y dos; pero la Princesa italiana no lo intentó siquiera, y se contentó con esperar.

Su conducta en Fontainebleau fué una obra maestra de habilidad; obrar poco y hablar ménos, tal era su divisa; colocada entre dos enemigas, de las cuales la una era la querida de su marido, y la otra del Rey, su suegro, supo no tomar partido ni por una ni por otra y estar en buena armonía con las dos. Devoró su rabia y sus celos, se arregló un semblante risueño, y estudiando con profundo cuidado los partidos y los hombres, sólo pareció ocuparse de fiestas y de placeres.

Tenía Catalina alta y esbelta estatura, grandes ojos negros y hermosos cabellos castaños; parecia ser su principal cuidado el vestir con elegancia, y Brantome, uno de sus admiradores, dice que tenía placer en mostrar su bella pierna, y sus manos de una rara perfeccion.

Mirábanla algunos cortesanos con cierto temor, pero sólo porque era italiana, porque nadie adivi-

naba bajo las frívolas apariencias de la jóven Princesa, á la sombría y hábil política, que debia ser más tarde tan terrible para sus enemigos.

En medio de esta córte egoista, en la que cada uno pensaba sólo en sí mismo, en la que los amores y las intrigas formaban una red inexpugnable, Catalina de Médicis parecia no pensar más que en agradar á todos, y sobre todo al Rey.

Muy pronto Francisco I, á quien su mala salud y sus disgustos volvian cada dia más desapacible, no pudo pasar sin la diestra italiana; admiraba su talento, su belleza, su gracia en el baile, su valentía en la caza del ciervo. Catalina no faltaba á ninguna fiesta; por todas partes seguia al Rey, y no se separaba del lado del Monarca, ni áun en aquellas ocasiones en que, con algunos íntimos y algunas favoritas de segundo órden, se alejaba de la córte para disfrutar de una alegre cena.

Pero Catalina tenía ménos curiosidad de saber lo que era la galantería que de saber lo que encerraban los misterios de la política, y su fin, al tomar parte en todas las fiestas, era el observar todas las acciones del Rey, el de enterarse de sus secretos, y el de saber cuanto sucedia.

VI.

En el mes de Agosto del año 1536 llegó á la córte una noticia terrible; la nueva de la muerte del delfin Francisco que se hallaba en Lion.

El hijo primogénito del Monarca, el heredero del trono, habia perecido víctima de un accidente desgraciado; jugando á la pelota con algunos jóvenes señores de su séquito, se habia sofocado mucho, pues hacía extraordinario calor; sintiendo mucha sed, pidió agua helada y bebió de un golpe un gran vaso; algunas horas despues murió.

Desesperado el Rey, cayó en una especie de cavilacion sombría, y la palabra *veneno* se escapó de sus labios. Uno de los jóvenes que acompañaban al Delfin, natural de Ferrara, fué el que le presentó la copa fatal; se llamaba Sebastian de Montecuculli, se le prendió, se le puso en el tormento, y el desventurado, loco de dolor, confesó todo lo que quisieron, y hasta dijo que el emperador Cárlos V habia ordenado el crímen; á pesar de todas estas afirmaciones, fué sometido al más horrible de los suplicios de la época, y descuartizado por cuatro caballos salvajes.

Más justas la posteridad y la Historia, han proclamado la inocencia del Emperador: ¿qué interes podia tener él en la muerte del Delfin? Era ademas demasiado hábil para cometer un crimen inútil; pero Francisco I queria arrojar una mancha odiosa en la reputacion del enemigo poderoso que invadia sus provincias, y asió presuroso esta ocasion, influyendo con los jueces del desgraciado Montecuculli.

Más en lo cierto estaban los que atribuian la muerte del Delfin á la Princesa italiana: á pesar de todo su disimulo, Catalina no podia ocultar la aversion que sentia hácia el hermano mayor de su marido: la ambicion de reinar era su sola pasion, y no tardó en demostrar que no retrocedia ante nada para derribar los obstáculos que hallaba en su camino.

La muerte del Delfin envenenó é hizo más terrible la rivalidad de la Duquesa de Etampes y de Diana de Poitiers: el orgullo de esta última cuando vió á su amante heredero del trono, no conocia límites: el ódio de aquélla tenía algo de temeroso, porque sabía que á la muerte de Francisco I, no podía esperar gracia de su rival.

Desde aquel instante la Duquesa de Etampes aplicó todas las fuerzas de su inteligencia á fomen-

tar la discordia en la familia Real. Aunque el Rey amaba tiernamente al hijo que habia perdido, su favorito era el menor de todos, que llevaba el título de Duque de Orleans: las intrigas, las pérfidas excitaciones de la favorita, llegaron á hacerle insoportable al heredero de la corona, al Príncipe Enrique, esposo de Catalina. Una imprudencia del nuevo Delfin pareció justificar todas las calumnias de la Duquesa.

Cenando una noche con sus cortesanos, y animado por el vino, Enrique les distribuyó en tono de broma todos los elevados cargos de la córte. Advertido el Rey de esta escena por Tribulet, su bufon favorito, se dejó dominar por una cólera terrible; y sacando la espada, echó á correr á las habitaciones de su hijo, á la cabeza de los arqueros de su guardia.

Pero ántes de que llegase el Rey, la Princesa Catalina, apareció á la puerta de la estancia.

—¡Huid, les dijo en voz contenida, el Rey llega furioso; venid á mis aposentos!

Con efecto: el Príncipe y sus amigos se ocultaron en las habitaciones de la Delfina, y el Rey atacó furioso á los lacayos, que saltaron por las ventanas; no sabiendo entónces cómo desahogar su furor, hizo pedazos todo el mueblaje del aposento.

Este acontecimiento aumentó el ódio del Rey hácia su hijo, y aumentó su cariño al Duque de Orleans. Mme. de Etampes protegia á este jóven Príncipe, é instaba al Rey para que le diese un gobierno independiente. La salud de Francisco I estaba cada dia más arruinada, y la favorita trataba de prepararse un retiro, rico, cómodo, seguro y ostentoso, para el dia en que subiese al trono Enrique, y con él su amada Diana de Poitiers: se pensaba entónces en casar al jóven duque de Orleans con una Princesa española, con la investidura del ducado de Milan.

Ya era muy alarmante el estado de salud del Rey de Francia, cuando recibió una carta confidencial de Cárlos V, en la que le pedia un salvoconducto para atravesar su reino é ir á castigar á los ganteses que se habian sublevado contra un nuevo subsidio que les exigia la Gobernadora de los Países Bajos.

Francisco I, aunque muy enfermo y ya exhausto de fuerzas, se trasladó con toda su córte á Chatellerant, para esperar al Emperador; y aunque éste queria proseguir su viaje sin detencien, el Rey de Francia no lo consintió, y le declaró era su huésped por algunos dias.

Entónces lució un rayo de sol en la triste vida

de la Reina de Francia. Leonor amaba apasionadamente á su hermano el Emperador, y éste no pudo saber sin una indignacion profunda, todo lo que la Reina sufria en su aislamiento.

Dícese que para vengarse de los desdenes que su hermana tenía que soportar de Francisco, emprendió la conquista de la favorita, la Duquesa de Etampes; pero ésta era muy astuta para darse por entendida de sus galanterías, y más sabiendo que la estancia del Emperador en Francia, debia ser muy breve.

Un dia hubo una escena que dió que pensar mucho á Cárlos V. En una de las magníficas partidas de caza que le ofreció Francisco I, y á las que asistia toda la nobleza de Francia, algunos cortesanos seguian á los dos Reyes, que se habian adelantado á la comitiva, en el inmenso bosque de Compiègne. Ana iba con ellos: la orgullosa favorita temía la influencia de Catalina, que por un milagro de habilidad, era tan cara al Rey, como le era odioso Enrique, su propio hijo, y esposo de la Princesa.

Así, estas dos mujeres no se separaban un instante del Rey; pero su influencia era tan distinta como lo era el exterior de cada una.

No tenía Ana de Pisseleu, Duquesa de Etam-

pes, más que treinta y dos años de edad, y Catalina tenía ya diez y nueve; pero estos trece años, establecian entre las dos grandes diferencias: la ambicion habia dejado su amarga huella en el semblante de la favorita; sus facciones, de dulces y risueñas, se habian vuelto duras y angulosas: una especie de agitacion nerviosa, quitaba toda melodia á su voz y á su lenguaje, y ahuyentaba la sonrisa de sus labios: en cambio Catalina usaba el lenguaje armonioso de la Toscana, y en sus ojos negros, de un brillo oriental, habia deslumbradoras centellas y eternas sonrisas : era su acento un canto no interrumpido, y bajo la epidérmis dorada de su rostro, se veia circular la sangre italiana, rica de vigor y de frescura.

Las espesas trenzas de sus cabellos negros y sedosos guarnecian su cabeza con una espléndida diadema, y sobre ellos le agradaba prender alguna flor de perlas, ménos blancas que sus dientes deslumbradores.

No pudiendo ni queriendo Catalina competir en lujo y galas con la favorita, vestia con una sencillez más regia, más esplendida y de mejor gusto que la que usaba Ana; y con su dulce lenguaje, con sus tiernas lisonjas, daba al espíritu del Rey tanto solaz y descanso, como amargura le propor-

cionaban las advertencias insidiosas y las continuas quejas de la favorita.

En el dia de que vamos hablando, la Duquesa habia tenido el empeño de separar al Rey del Emperador, y cabalgaba á su lado, hablando con animacion. Cárlos V, aprovechó la ocasion para departir algunos momentos con la Delfina, cuya amable y variada conversacion le agradaba sobremanera.

Preguntábale acerca de Italia, y ella le respondia con agrado, cuando de repente se volvió Francisco I y mostró su semblante contraido por una sonrisa forzada.

—Señor, dijo dirigiéndose á Cárlos, ved aquí una bella dama que me aconseja no os deje partir, sin haber destruido en París el tratado de Madrid.

—¡Ningun consejo que pueda rebajar la régia nobleza de vuestro carácter, puede ser escuchado por V. M., padre y señor! exclamó Catalina, cuya frente se cubrió de rubor, en tanto que el semblante del Emperador se teñia de palidez.

Pero éste tenía demasiada fuerza de alma, y dominando su emocion, respondió con acento frio y desdeñoso:

—Si el consejo es bueno, debe seguirse.

—Y si es malo, despreciarlo, añadió la Delfina en voz alta.

Ana se volvió como si la hubiera mordido una víbora.

—¿Qué quereis? le preguntó la Princesa. ¿Teneis alguna gracia que pedirme? ¡Soy la Delfina de Francia, y hablo con el Rey, mi augusto padre! ¡Retiraos á un lado!

Francisco I guardó silencio.

—¡No me defiende! se dijo la favorita. ¡Estoy perdida en el ánimo de este rey enfermo y caduco! ¡Mi dominio era sólo el del amor sensual!

En efecto, al arruinarse la salud del Rey, habia concluido el imperio de Ana; en lo que quedaba de él, que era el espíritu, dominaba por completo la Delfina.

Aquella misma noche, al ir á sentarse á la mesa del banquete, la Duquesa de Etampes presentó á Cárlos V una jofaina de plata sobredorada para lavarse. El Emperador dejó caer en el fondo una sortija adornada de un diamante de una maravillosa belleza y de un valor inmenso, y al ir á volvérselo la Duquesa, lo rehusó diciendo:

—¡Dios me guarde de tomarlo, hallándose en tan bellas manos!

Era evidente que el Emperador queria conquistar aquella terrible enemiga.

VII.

Cárlos V hizo en París una espléndida entrada al lado del Rey de Francia, y asistió á las maravillosas fiestas que se dieron en honor suyo, abandonando despues el reino para trasladarse á los Países-Bajos, en los que todas las ciudades industriales estaban en abierta rebelion contra la Princesa gobernadora.

Aquellos regocijos fueron los últimos de la córte de Francia; el Rey estaba en un estado deplorable; su dolencia consistia en una horrible úlcera que le causaba dolores intolerables, y que se creia producida por los excesos continuados de su vida; su cuerpo se demacraba; sus mejillas se hundian; sus ojos, tan hermosos, tan arrogantes y expresivos, eran los de un cadáver; la Duquesa de Etampes pagó bien caras todas sus culpas en los últimos años de la vida del Rey, pues por más que se afanaba en contentarle y distraerle, nada lograba, y tenía que soportar el humor furioso del Monarca.

Un acontecimiento feliz trajo algun lenitivo á tantas amarguras. Catalina dió á luz un hijo despues de algunos años de matrimonio, y el Rey acogió á su nieto con trasportes de alegría, haciéndole poner su nombre. Este niño fué, diez y siete años más tarde, el primer esposo de la desventurada María Stuard.

Francisco I ya no pudo asistir á los bailes y á las fiestas que se celebraron; la fiebre le devoraba; pero era tal la fuerza y el vigor de su naturaleza, que dos años más tarde, áun recibió en vida el más rudo golpe que podia experimentar.

El Duque de Orleans, aquel hijo amadísimo de la edad madura de Francisco I, aquel niño protegido de la Duquesa de Etampes, fué arrebatado en las alas de la muerte; éste fué el golpe de gracia para el Rey.

Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, cayó entónces en una horrible tentacion: ciega por su ódio á Diana de Poitiers, resolvió perder á su amante el Delfin de Francia, que iba á ocupar el trono de su padre.

Escribió al Emperador, que estaba de nuevo en guerra con la Francia, y le dijo que se comprometia á comunicarle todos los planes del Consejo, todas las comunicaciones de los generales, todos

los planes de ataque y de defensa.— El Delfin era el que estaba al frente del ejército frances, en defecto de su moribundo padre; y Cárlos V, que sabía que en la guerra y en el amor todos los ardides son buenos, aceptó el pérfido auxilio de la favorita, pagándolo con inmensas sumas y presentes, y ofreciéndole una espléndida residencia en España á la muerte de Francisco I.

De esta suerte, el Emperador pudo defender á Perpiñan, tomar á Saint-Dizier, apoderarse de los almacenes dispuestos por el Delfin en Epernay, y hacerse dueño de Chateau-Thirry, que encerraba inmensas provisiones de harina y de cebada; y de esta suerte tambien, miéntras la armada imperial española vivia en la abundancia, los soldados franceses morian de privaciones.

El Conde de Bossut fué el intermediario de todas estas traiciones; agente pagado por Cárlos V en la córte de Francia, reunió en breve una gran fortuna; en el reinado de Enrique II se descubrieron sus infamias, fué condenado al cadalso, y sólo pudo escapar á un justo castigo cediendo al todopoderoso y avaro Cardenal de Lorena una magnífica propiedad.

Francisco I veia que estaba vendido; acusaba á todos, al Delfin, á Catalina, á la reina Leonor;

pero ni por un instante sospechó de la pérfida favorita.

Un nuevo tratado de paz se firmó en Crepi, y en éste todas las ventajas estaban de parte del Emperador.

Ana de Pisseleu ó de Etampes llevó la vida más miserable durante los últimos meses de la vida del Rey; atada á un cadáver, como los antiguos condenados; devorada de pesares y de odios; presa de la más terrible ansiedad, ya no sabía si debia temer ó desear la muerte de su amante.

El brillante, el caballeresco Francisco I no era ya la sombra de sí mismo; toda la ciencia de los médicos era impotente, y el ilustre Ambrosio Pare declaró que su saber no alcanzaba un remedio para aliviar los insufribles dolores del enfermo.

Algunas veces, resuelto á vencer sus padecimientos, se levantaba y pedia fiestas, banquetes y mascaradas; pero un instante despues caia de nuevo exánime sobre su lecho de tortura.—Loco de dolor y de rabia, no podia permanecer en ninguna parte; esperando huir de sus horribles tormentos, corria de París á Compiègne y de Fontainebleau á Saint-Germain, de Loches á Amboise; sólo donde no estaba, era donde deseaba estar, y queria que la Duquesa de Etampes estuviera siempre á su

lado, no como su amada, sino como su enfermera.

La caza, una caza infernal, loca, rabiosa, era ya su única, su última pasion; destrozándose así de fatiga, esperaba hallar el sueño que buscaba en vano y que hacía largo tiempo que huia de sus ojos.

Un dia, á la vuelta de una gran cacería en Rambuillet, le acometió un desmayo; los más graves síntomas aparecieron, y comprendió que estaba perdido.

—Soy cruelmente castigado por donde pequé, dijo con una melancólica sonrisa.

Su muerte fué la de un cristiano; dejó este mundo deplorando la prolongada saturnal de su vida; ordenó á su hijo que desconfiase de los Guisas y de los Montmorency; espiró recomendando su alma á Dios, y su pueblo al Delfin, dos cosas que no le habian dado cuidado alguno miéntras vivió.

VIII.

Áun no se habia enfriado el cuerpo de Francisco I cuando la Duquesa de Etampes recibió la órden de salir de la córte y de retirarse á sus tierras; desde esta fecha se pierde casi de vista á esta mu-

jer ambiciosa, porque los cronistas y los poetas parecen olvidarse de que habia existido.

Sin embargo, hay alguno que dice que Cárlos V, aborreciendo sus traiciones, le retiró el permiso que le habia dado para vivir en España, y que entónces Ana abrazó abiertamente la religion reformada; preténdese tambien que áun tuvo muchos amantes, entre ellos Dampierre; lo que no es de extrañar, porque cuando el Rey vivia, le habia devuelto con usura todas sus infidelidades.

Los dos amantes de Ana de Pisseleu que han pasado á la Historia, han sido el compañero de sus traiciones, conde de Bossut, y Fornac, esposo de una de sus hermanas.

Algunos años más tarde la Duquesa de Etampes salió de su oscuridad; su marido Juan de Brosse, porque debemos recordar que tenía un marido, entabló un proceso contra ella.

El Duque de Etampes no queria hacer constar su deshonor, que estaba de sobra probado; pero no queria tampoco dar su nombre sino ganando con él todo lo posible, y reclamaba una gran parte de la fortuna de su mujer.

Esta fortuna era inmensa, pero ya habian dispuesto de ella la Duquesa y el Conde de Bossut, sin tener para nada en cuenta los derechos del esposo.

El Rey Enrique II consintió en servir de testigo en el proceso, pues odiaba á la favorita de su padre, y más al agente de sus traiciones, que tanto daño le habia hecho, cuando estaba al frente de la armada francesa.

El Duque de Etampes ganó, como era de toda justicia.

Ana de Pisseleu, reducida á una humillante medianía, volvió á la oscuridad; rechazada por su propia familia, dió el ejemplo del desprecio que el vicio inspira; muerto su regio amante, nadie volvió á pensar en ella. Diana de Poitiers era el astro que lucia, y todos los homenajes se volvieron hácia aquella mujer casi anciana, que eclipsaba con sus gracias y su belleza á las más jóvenes hermosuras del mundo. Prodigio raro de la naturaleza, que pocas veces ha repetido.

La Duquesa de Etampes cayó en tal olvido, que ni áun se sabe la fecha precisa de su muerte, ocurrida en una de sus tierras, léjos de la córte y de las fiestas en que tanto habia brillado.

DIANA DE POITIERS,

GRAN SENESCALA DE NORMANDÍA,

Y

DUQUESA DE VALENTINOIS.

I.

Destino era de la Francia el estar siempre bajo el dominio de una favorita desde el reinado de Cárlos VII. Los monarcas de aquella nacion, ansiando conocer los encantos del vicio, que á cada uno le habia enseñado su predecesor, no se contentaba ninguno con la esposa que la ley, la religion y hasta su corazon les habian dado, y ademas de muchas aventuras, tenía cada uno una querida titular y pública, que empezaba por dominar al soberano, y dominaba tambien los asuntos del reino.

Las concubinas iban ascendiendo en el camino

de la ambicion, de la intriga y del orgullo; á la dulce y modesta Ines Sorel, habia sucedido Francisca de Chateaubriant, que tampoco era muy intrigante y ambiciosa, pero que lo era mucho más que su predecesora; llegó despues la Duquesa de Etampes, más altiva, de más duro corazon que sus antecesoras, y empuñó al fin el cetro del poder real la ya vetusta, pero encantadora Diana de Poitiers, cuyo dominio fué tan desastroso para la Francia, por ser mucho más ambiciosa que todas las favoritas anteriores.

Diana de Poitiers era hija de Juan de Poitiers, señor de Saint-Vallier, y de Juana de Batarnay, descendientes ambos de las dos más antiguas familias del Delfinado.

Diana pasó sus primeros años en el castillo feudal de su familia, edificado como una fortaleza entre las rocas que dominan el curso impetuoso del Rhône: educóla su padre, hombre de guerra y valeroso cazador, á la usanza de todas las castellanas de la Edad Media, jóvenes de corazon viril, que se dedicaban para esposas de algun valiente guerrero; las lecturas de los libros de caballería las ocupaban largas horas; como la diosa, cuyo nombre llevaba, Diana amaba los campos, y galopaba sobre el rastro de los venados en los gran-

des bosques que rodeaban entónces todas las nobles moradas.

Desde su infancia era Diana muy hábil en el arte de la alconería; ninguna era tan graciosa y tan atrevida como ella cuando se avanzaba sobre su blanca hacanea, con el halcon sobre el puño, y seguida de uno de esos maravillosos lebreles, cuya raza se ha perdido ya.

A los diez y seis años, y cuando ya la fama de su belleza habia llenado la Francia, se casó con Luis de Brezé, conde de Maulevrier, gran Senescal de Normandía, y nieto por su madre del rey Cárlos VII y de Ines Sorel. Así, los descendientes de la altiva raza de los Brezé, pudieron enorgullecerse de contar en su familia dos de las más célebres queridas de los reyes de Francia.

La presentacion en la córte de la jóven y bella Condesa de Maulevrier, que tuvo lugar el año mismo de su matrimonio, hizo una gran sensacion; su nombre, su fortuna, su belleza, le dieron en seguida un alto lugar, y no le faltó ni la envidia de las mujeres, ni la admiracion apasionada de los hombres; se la llamó desde luégo la gran Senescala.

Francisco I, á quien todas las mujeres agradaban, no fué insensible á los encantos de Diana, ni

ésta fué más desdeñosa que las demas, pero su reinado no duró más que el de las flores. Favorita sin influencia, ni siquiera intentó luchar con la Condesa de Chateaubriant, favorita todopoderosa entónces.

Las relaciones del Rey y de Diana de Poitiers fueron siempre tan secretas, que el Conde de Maulevrier no sospechó nada, y murió sin haber dudado ni un solo instante de la fiedelidad de su esposa.

Diana ostentó desde el dia de su casamiento una gran pasion por su marido; y cuando al poco tiempo de casada fué á la córte, era muy sagaz para no adivinar que, á pesar de las apariencias, ella no dominaria jamas á Francisco I. Sabía su inconstancia, y no queria por un favor pasajero comprometer la gran posicion que le daba el Conde de Maulevrier, nieto de un Rey.

No se puede decir á punto fijo ni el orígen ni la fecha de los amores de Francisco I con la orgullosa Diana; pero debe creerse que fueron cuando apareció en la córte la bella Condesa.

Hay ademas una version que se halla en muchas crónicas, y que está llena de horrores, acerca del orígen de esas relaciones amorosas; segun ellas, fué al pié mismo del cadalso del padre de

Diana donde empezó esta novela de amor. Condenado á muerte, como cómplice del Condestable de Borbon el Sr. de Saint-Vallier, Diana corrió á los piés del Rey para invocar el perdon de su padre, y Francisco dijo que le perdonaria, si Diana consentia en ser suya «en el mismo instante». Diana cedió por salvar la vida de su padre.

Pero Francisco I dejó representar hasta él último acto la lúgubre comedia de la muerte; levantóse el cadalso, alto de siete piés, y cubierto de tapices negros; el condenado salió de la prision, y le llevaron hasta el lugar del suplicio, pues estaba tan debilitado por la enfermedad, que no podia andar; ya habia subido la escala fatal, y puesto la cabeza sobre el tajo; el verdugo levantaba ya el hacha, cuando el perdon llegó. Diana habia cedido al capricho sensual del Rey.

Pero los sufrimientos del señor de Saint Valliere fueron más horribles que la muerte misma; se le condenó á prision perpétua, y despues de una lenta y dolorosa agonía, espiró en el sombrío calabozo donde lo habian arrojado.

Los años que siguieron pasaron tranquilos, si no dichosos, para Diana de Poitiers; viuda ya, no habia dejado la córte, pero se hablaba poco de ella. Luisa de Saboya no sufria ninguna influencia ri-

val, y reinaba miéntras su hijo se dedicaba por completo á sus placeres y á sus amores.

De esta época datan las primeras relaciones de Diana con la familia poderosa de los Guisas. La palabra apasionada de Lutero habia hallado eco en Francia; la religion nueva tenía prosélitos, y como los príncipes loreneses llevaban el grandioso apellido de Guisa, Diana creia que por todos los medios posibles, inclusos el cadalso y la hoguera, debia detenerse el progreso de la herejía.

Diana de Poitiers profesaba una violenta antipatía á la princesa Margarita, hermana del Rey; así la Condesa de Maulevrier no acompañó á España á la Reina de Navarra cuando vino á consolar á su hermano prisionero, y tampoco siguió á la córte á Bayona cuando fué á esperar al Rey, vuelto de nuevo á la libertad.

II.

Una de las grandes preocupaciones de la vida de Diana de Poitiers fué el hacer creer á todos que era inmenso el amor que habia profesado á su marido; que era inmenso, incurable el pesar que sentia por su muerte; toda su vida llevó el luto de

aquel esposo tan adorado, y hasta en los primeros tiempos de sus amores con el jóven príncipe Enrique, se vestia de negro y blanco, como si sólo contase un año de viudez; pero segun Brantome, en la constancia con que usaba estos colores habia más de coquetería que de austeridad, porque eran los que la hacian parecer más bella.

Despues de la muerte de su marido, Diana hizo elevar á la memoria de aquel hombre, tan tiernamente amado y engañado, un magnífico mausoleo en la iglesia de Nuestra Señora de Rouen; un largo epitafio decia á todos las virtudes del difunto y el dolor de su inconsolable viuda.

Retiróse entónces á su casa de Anet, que era aún una residencia muy sencilla y modesta, diciendo á todos que en esta soledad queria llorar eternamente á su esposo.

La eternidad duró algo ménos de dos años: más bella y más jóven que nunca, Diana de Poitiers reapareció en la córte; su primer cuidado fué asegurarse alguna influencia, cosa muy necesaria en una época en que todo el mundo reinaba excepto el Rey, sobre el que reinaban sus pasiones; y en verdad que no era entónces cosa fácil el asegurarse una influencia; todos los sitios estaban ocupados; Francisco I pertenecia por completo á Mme. de

Etampes, y nadie entreveia siquiera la posibilidad de derribar la favorita.

No podia pensar Diana en seducir al hijo mayor del Rey, el delfin Francisco, príncipe melancólico, siempre vestido de negro, y que nunca quiso beber más que agua; el Delfin se parecia en todo á su abuelo el buen Luis XII, y parecia la censura viviente de aquella córte desordenada y escandalosa; á pesar de todo, tenía por amiga íntima á la bella señorita de Estrange, que tenía una figura verdaderamente seráfica; si habia alguna capacidad para la pasion en el alma del heredero del trono, esta capacidad estaba ya empleada.

Diana, á fuerza de discurrir, se fijó en hacer la conquista del hijo segundo del Rey; era casi un niño, pues tenía veinte años ménos que ella; pero Diana no era una mujer que se detuviese ante estas consideraciones, ni que se espantase del ridículo que podria resultar de semejantes relaciones.

Despues de haber sido amada del padre, emprendió la dulce tarea de educar al hijo; asegúrase que el Rey dió su asentimiento para aquellos amores, creyendo que tratándose de una querida, el jóven príncipe podria acaso elegir peor; pero al pensar así se engañaba, y debia conocerlo más tarde á costa suya.

Enrique tenía todas las cualidades que pueden y deben seducir á una mujer ambiciosa. Bien formado, de bella y orgullosa figura, era uno de los más brillantes caballeros de la córte. Manejaba el caballo con incomparable destreza, y ostentaba bajo la armadura una gracia inimitable; hábil en todos los ejercicios corporales, podia desafiar, sin temor de ser vencido, á los gentiles-hombres más renombrados; pasaba por el más ágil saltador del reino, y salvaba de un salto hasta veinticinco piés; en fin, no tenía rival en el juego de la pelota; la caza, la guerra de las bolas de nieve en el invierno, las armas, eran sus pasatiempos favoritos.

En lo moral parecia haber nacido para que le dominára; tímido, indolente, era lento en la decision; cuando formaba un proyecto se aconsejaba de cuantas personas tenía al derredor; verdad es que una vez adoptada por él una resolucion, buena ó mala, no se le hacía cambiar fácilmente.

Tal era el adolescente cuya conquista emprendió la astuta, la dominante Condesa de Maulevrier: ella dió los primeros pasos, pero su trabajo no fué perdido, y bien pronto toda la córte supo con asombro, que la inconsolable viuda del gran Senescal, era la querida del hijo segundo del Rey.

Tan lisonjero éxito despertó muchas envidias:

los epigramas, las frases picantes, llovieron sobre la vieja querida del regio niño: se atrevieron á hacer las alusiones más injuriosas: se pronunció la palabra *incesto*, y dos ó tres veces Francisco I halló sobre su lecho versos, donde así él como la gran Senescala, eran tratados sin consideracion alguna.

Diana bajaba la cabeza, y sin decir nada, dejaba pasar la tormenta: algun presentimiento le advertia que algun dia podria tomar una ruidosa revancha.

La ambiciosa coqueta fingia entónces una gran pasion por su jóven amante, lo que no la impedia el llevar siempre el luto del difunto señor de Maulevrier; si queria engañar á los que la rodeaban, ó si se engañaba ella misma acerca de sus propios sentimientos, es lo que no sabríamos decir.

Aun se guardan en Francia versos escritos por Diana de Poitiers en los primeros dias de estos amores: algunos están escritos al dia siguiente de *su caida*, y no es posible imaginar nada más fresco y más lleno de coquetería: en esos versos deliciosos hay una turbacion ingenua, que parece propia de una jovencita de quince años, temerosa de que la roben su corazon.

El lector puede formarse con lo dicho una idea del talento de Diana de Poitiers; era ligero y bri-

llante: por más que hayan dicho los escritores de la reforma, que tenian por otra parte excelentes razones para detestarla, sabía distinguir perfectamente el verdadero mérito: no hay que asombrarse, pues, de que su seduccion sobre el corazon de Enrique fuese tan completa: el jóven príncipe la idolatraba, y cada dia estallaba más fuerte y ménos contenida su ardiente pasion.

Los gallardos caballeros y las bellas damas de la córte se asombraban de la duracion de estos amores. Nadie tenía pretensiones á la constancia: las lunas de miel tenian los cuartos muy breves, y ya más de una dama habia ensayado el continuar ella la educacion del adolescente: pero él, fiel á su amada, declaró no tener pensamiento para ninguna otra, y el descontento sucedió á la sorpresa.

Bien pronto, para explicar la violencia y la perseverancia de esta pasion, se acusó á Diana de Poitiers de haber hechizado á Enrique: se decia que era muy entendida en magia, y se aseguraba que habia dado á su amante una sortija encantada que debia encadenarle á ella eternamente: todos creyeron ó fingieron creerlo así.

Pero Diana tenía muchos otros encantos para retener á Enrique en sus redes: tenía, en primer lugar, su belleza, y despues, su talento y sus gra-

cias infinitas: en fin, tenía su experiencia. Es imposible citar aquí las aseveraciones de los escritores antiguos, por ser excesivamente libres, pero todos están acordes en asegurar «que Diana era muy experta en el arte de la galantería; que era más impúdica que bella y más depravada que espiritual.» Queda explicado con esto el encanto con que retenia al jóven príncipe.

La influencia de Diana de Poitiers crecia de tal suerte, que bien pronto igualó á la de la Duquesa de Etampes, la amada de Francisco I: todas las ventajas de la lucha fueron para Diana: el porvenir estaba por ella, y su enemiga, amada de un Rey cuya salud se hallaba arruinada, apénas podia contar con el dia siguiente.

Hasta la muerte pareció ponerse á favor de la gran Senescala. Murió el delfin Francisco, y Enrique, amante de Diana, heredó la corona. El Duque de Orleans, en el cual confiaba ya únicamente la Duquesa de Etampes, siguió á su hermano. Diana entónces no columbró ya rivales en el porvenir.

Verdad es que el Príncipe estaba casado, pero recuerde el lector que era su esposa aquella italiana singular, aquella Catalina de Médicis, que habia aceptado sin murmurar la extraña condicion de casarse con un hombre subyugado completamente

por una querida más vieja y ménos bonita que ella.

El lujo de Diana de Poitiers era entónces deslumbrador, y cada dia imponia á Enrique nuevos sacrificios para subvenir á sus gastos: despues de la galantería, las artes eran su más grande pasion; y tanto para satisfacer sus gustos, como para luchar con la Duquesa de Etampes, se formó una córte de poetas y de artistas: todos los recien llegados á la córte debian elegir entre las dos favoritas: el ilustre Benvenuto Cellini eligió á Diana de Poitiers, pero tuvo que abandonar á Fontainebleau, perseguido por el ódio de la Duquesa.

Francisco I recibió con tristeza la despedida del gran artista: clavado ya durante largas temporadas en su gran sillon, hizo levantar á Benvenuto, que se arrodilló para besarle la mano.

—¿A dónde vais?—le dijo Francisco.

—A Roma, señor.

—¿Y qué haréis allí?

—Trabajar.

—Quedaos,—le dijo dulcemente Francisco,—quedaos y os daré cuanto oro querais.

—Imposible, señor,—repuso el orgulloso cincelador,—tengo un carácter altivo é independiente que no puede soportar la injuria, y hay

aquí, al lado de V. M., una persona que me abruma de disgustos.

—Nadie en el mundo os quiere y os estima como yo, —dijo el Rey, —soportad algo por mí.

—Pedidme la vida, señor, pero no el sacrificio de mi dignidad.

El silencio siguió á estas palabras: Benvenuto esperaba á que el Rey le despidiese: el Rey no tenía fuerzas para hacerlo.

Catalina de Médicis, que entró en la cámara del Rey, puso fin á esta situacion embarazosa: habló afablemente á Benvenuto, y éste, despues de contestarle, se despidió del Rey y de la Delfina, y salió de la cámara Real.

Al dia siguiente partió para Roma.

III.

Tres mujeres de una belleza distinta y en todas tres encantadora, se hallaban siempre en la córte, y presidian las fiestas y los banquetes.

Catalina de Médicis, la esposa del heredero del trono, era la más jóven de las tres, pero por su alto rango se le debe dar el primer lugar al hablar de ellas.

Era la Delfina acaso la más simpática y la más atrayente cuando queria, pero queria pocas veces: sombría y concentrada, guardaba dentro de su pecho mucho más de lo que decia, y á veces tras la máscara de resignacion y placidez de sus facciones, pasaba un relámpago deslumbrador de ambicion ó de cólera.

Atendido el negro subido y arrasado de sus ojos y cabellos, no se deseaba en la princesa una tez más blanca, que el delicioso color trigueño que debia á la naturaleza: cuando llegó de Italia era sonrosada: despues los pesares, la contínua violencia que se hacía, habian vestido sus facciones de una dulce palidez, propia de las personas pensadoras, ó que se entregan á una vida laboriosa.

No era su figura alta en demasía, y sin embargo, su talle tenía una elegancia exquisita: con los cabellos recogidos en trenzas, la mirada dulce y absorta, la sonrisa inteligente y triste, los modales afectuosos y sencillos, la Delfina cautivaba todos los corazones.

Hasta con Diana era bondadosa y cortés; la cumplimentaba por su belleza, por su elegancia, por las joyas que usaba y que sabía muy bien se las daba su marido; pero de vez en cuando decia á éste:

— Mi querido Enrique, ¿cómo está vuestra bella tutora? ¿Os ha enseñado hoy vuestra vieja maestra alguna cosa nueva?

El Delfin abrazaba riendo á su mujer, cuyo carácter conocia y temia por una intuicion extraña, aunque nunca lo habia visto á una luz clara.

Algunas veces era más fuerte su cólera que su disimulo, y al pasar cerca de ella la gran Senescala, el semblante de Catalina se cubria de una arrebatada púrpura; pero su fuerte voluntad dominaba el huracan de sus pasiones, y quedaba de nuevo tranquila su fisonomía.

¡Cuántas tempestades se amontonaban dentro de aquella alma! ¡Y qué espantosa fué su explosion!

Diana de Poitiers era la que seguia en rango á la Delfina; era la más grande señora del reino, y áun se asombra la razon de que una mujer colocada en tan alto sitio, descendiese á la carrera de una cortesana pobre y vulgar.

Parecíase mucho á la deidad mitológica cuyo nombre llevaba, y contaba por lo ménos veinte y dos años más que la esposa de su amante: nadie se daba cuenta de cómo conservaba la admirable frescura de la tez, que constituia el principal de sus encantos; decian unos, que tomaba cada mañana

un baño de leche; otros que lo tomaba de agua helada; quién aseguraba que se bañaba el cuerpo con perfumes al acostarse; quién que se rociaba con un bálsamo maravilloso compuesto por un judío; la verdad del caso era, que la gran Senescala era una estatua de marfil y rosa, y que los niños de dos años no tenian el fresco y delicioso satinado de su cútis.

Era de estatura algo más alta que Catalina, y tenía los cabellos rubios, con ese tono leonado que Leonardo de Vinci dió á las cabezas de las mujeres de sus cuadros; y es positivo que el gran artista copió aquellos tonos oscuros, aquellos reflejos ardientes, de los cabellos de la gran Senescala.

Sus rasgados ojos, tan grandes que causaba asombro mirarlos, parecian oscuros, pero estaban llenos de cambiantes; sus anchas pupilas eran verdes como las esmeraldas, con vetas grises oscuras; las pestañas largas y las cejas finas, eran de un castaño casi negro.

La boca de Diana se asemejaba á una rosa que se abriera para mostrar su cáliz lleno de perlas; y su nariz delicada y su frente blanca y bruñida, tenian la perfeccion de las estatuas de la Grecia.

Su andar era altanero y majestuoso, y su esta-

tura le daba una gran semejanza con la Diana cazadora, esa hermosa creacion de la mitología.

Ana de Pisseleu, Duquesa de Etampes, era la más bonita de las tres, sin tener ni la hermosura de Diana, ni la gracia altiva de Catalina; su estatura, que sólo llegaba á mediana, se habia conservado esbelta y juvenil; sus cabellos oscuros, sin ser negros; sus grandes ojos azules; su encantadora sonrisa; su elegancia, y el timbre dulce y melodioso de su voz, hacian de ella una de las criaturas más atrayentes que es posible ver: aunque cuando empezó sus relaciones amorosas con el Rey, sentia más bien el ánsia de riquezas que una verdadera afeccion, poco á poco sucedió en su corazon ese cambio que tiene lugar en el de todas las mujeres dotadas de algun sentimiento; Francisco la habia colmado de grandezas y de beneficios, y la gratitud abrió paso al amor, obligándola á estar siempre al lado del Rey, desde que la salud de éste se alteró tan profunda como rápidamente.

Diana, animada por el deseo de sobresalir siempre, distribuyó favores y prodigalidades sin cuento entre los artistas que se decidieron por su proteccion, y fuerza es decir que colocó bien sus beneficios; alentó muchos genios que gemian en la

oscuridad y en la pobreza, entre ellos Juan Goujon, y el inimitable artista en esmaltes, Bernardo de Palissy, que se contó en el número de sus admiradores, y que adoptó por Diana la esclavitud del agradecimiento.

No se conoce en los anales de la humanidad una historia más triste que la de Bernardo de Palissy, el glorioso artista, el inventor de un arte, hoy perdido.—Víctima de la envidia y de la ignorancia, luchaba con todos los horrores de la miseria, miéntras llevaba á cabo sus primeras obras; sus hijos no tenian pan, y él quemaba su pobre mobiliario para calentar el horno donde cocia sus vasos admirables, sus platos, sus frascos, gloria de la Europa; de aquel horno encantado salia esa loza maravillosa, cuyo precio es hoy ilimitado; esas bandejas prodigiosas que causan el asombro y la desesperacion de todos los artistas del mundo, porque ninguno ha sabido, ni áun imitarlas.

Diana vió uno de los platos de Bernardo de Palissy y se enamoró de él; envióle á decir que le hiciese hasta una docena, y que fuese á llevárselos, y dió una cena á sus amigos para lucirlos. Catalina de Médicis quiso verlos, y se declaró tambien protectora del artista.

Entónces terminaron las angustias del desdi-

chado; pagó en obras maestras los dias de reposo que le daban, facilitándole dinero para vivir. Trabajó para Diana, para Catalina y para Enrique tres asombrosas vajillas de barro cocido, y las esmaltó despues por su mano; puso en cada pieza las cifras Reales; y cuando el primer dia de gala aparecieron en la mesa del Rey, al lado de los vasos y de las copas de plata de Benvenuto Cellini, resonó en los grandes salones un grito de admiracion general, porque daban al convite regio la apariencia de un festin de hadas.

Los poetas arrojaban el incienso á manos llenas sobre Diana de Poitiers. Le Pelletier, Marot, Bellay, Rousard, y muchos otros, escribieron lindos versos para ella; el poeta canta siempre con los ojos fijos en el Oriente donde brilla el sol.

Pero las artes, los goces del espíritu y el amor de Enrique no bastaban á llenar la vida de Diana, necesitaba tambien satisfacer su ambicion; sabía que el poder de una favorita es una cosa muy frágil, y se acogió más que nunca á la voluntad de la poderosa familia de los Guisas, dando toda su confianza, y segun las crónicas de aquel tiempo, todo su amor tambien, al condestable Ana de Montmorency.

IV.

No es posible imaginarse un soldado más rudo que aquel señor que llevaba un nombre enteramente femenino; duro, cruel, supersticioso, reasumia en él todos los vicios de la nobleza feudal, que los tenía en gran número; era ademas de obtuso entendimiento, y estaba dominado por una sórdida avaricia; distinguíase por el cinismo de su ambicion, y tomaba de todas las manos y de todos los partidos; le importaba poco el valor del presente, y en un mismo dia se le vió aceptar un inmenso dominio campestre en la Turena, y un par de brodequines nuevos hechos en Madrid; cuando no le daban, tomaba él; vendia las órdenes del Rey, y cuando se le enviaba á corregir los abusos, partia con los dilapidadores de la hacienda pública; y llegaba á tanto su infidelidad en cuanto á los intereses, que arruinó á su sobrina Carlota de Laval, de la que era tutor.

Mas su ambicion no era nada comparada con sus crueldades; sólo tenía un argumento, la horca: durante su vida hizo morir á una infinidad de desgraciados, culpables sólo de serle desagrada-

bles; pero todo esto no impedia el que fuese muy devoto, el que ayunase y cumpliese todas las prácticas de la Iglesia.

Un dia, en Fontainebleau, vió que los demandantes de las gracias del Rey llegaban en demasiado número; hizo levantar delante del palacio unas cuantas horcas, y nadie se atrevió ya á aproximarse.

En los últimos meses de su vida fué cuando demostró el feroz Aná de Montmorency, de qué crueldades era capaz. Los hugonotes no tenian perseguidor más ardiente; cada dia denunciaba al Rey algun reo de muerte; y se atrevió á decir á Francisco I que si queria exterminar la raza de aquellos condenados, necesitaba castigar á sus protectoras Margarita de Navarra y la Duquesa de Etampes. El Rey le contestó friamente que su celo le llevaba demasiado léjos.

Tal era el hombre al que Diana de Poitiers, que poseia el corazon del noble y generoso Enrique, dió el suyo; miéntras á éste le mandaba con altanería, se doblegaba humildemente á la terrible voluntad del Condestable; por si acaso pareciese demasiado libre nuestra opinion, copiemos lo que dice la Historia:

«El temperamento de Diana la llevaba algunas veces á buscar con otros amantes el colmo del pla-

cer, cuando encontraba en el Delfin, el colmo de las riquezas y de los honores.»

Hacer traicion á un príncipe jóven y hermoso, con un viejo soldado brutal, es el colmo de la depravacion: porque el Condestable no tenía nada de lo que puede seducir á una mujer, y su sola cualidad era el valor, un valor feroz. — Pero ni el amor ni el valimiento de Diana pudieron sostener al Condestable en la córte, y en los últimos años del reinado de Francisco I, la Duquesa de Etampes consiguió que le desterrasen.

La gran Senescala dió algunos otros rivales á su regio amante, entre ellos el Cardenal de Lorena y el mariscal de Brissac; mas aunque aceptaba todas las intrigas que eran de su agrado, jamas permitió á Enrique pensar en otra mujer; tres ó cuatro veces, ya cuando era solamente Delfin, ya cuando Rey, tuvo algunas veleidades: pero Diana le llamaba al órden al instante, no descargando su cólera en el Príncipe, sino en el objeto de su capricho. Así sucedió con la señorita de Flamyn, á la que hizo salir de la córte; esta jóven, por la que Enrique sólo habia sentido un capricho pasajero, concibió por él tal pasion, que á pesar de hallarse encinta, exclamó:

—Esa vieja envidiosa, esa cruel Diana, no me

hace mucho daño; tendré un hijo del Rey, de lo cual me creo muy feliz, y estoy muy orgullosa.»

Cuando Enrique subió al trono tenía veintinueve años, y Diana de Poitiers habia ya cumplido los cincuenta.

Este amor perseverante de un rey jóven y rodeado de seducciones, por una querida tan vieja, pudiera parecer inverosímil, á no repetir aquí que Diana era uno de esos raros ejemplos de longevidad floreciente que no se ven una vez en un siglo. Admirablemente bella, parecia no tener más que veinticinco años en una edad en que las mujeres renuncian ya á disimular las arrugas. Brantome, que la vió cuando contaba ya más de sesenta años, quedó confundido de admiracion.

«Seis meses ántes de su muerte—dice—la vi tan bella aún, que sólo un corazon de roca pudiera no conmoverse.»

Durante toda la vida de esta favorita se habló de pomadas encantadas, de filtros y de hechizos; pero las crónicas de su tiempo, al explicar su método de vida, dicen de qué modo conservaba su peregrina belleza.

En todas las estaciones, Diana de Poitiers se levantaba á las seis de la mañana y tomaba un baño de agua helada; montaba á caballo, hacía

ejercicio durante una ó dos horas: volvia á su casa y se acostaba hasta el mediodia, pasando el tiempo en leer miéntras permanecia en su lecho.

Cuando se hizo dueña del poder supremo, su primer cuidado fué desterrar á la Duquesa de Etampes, pero no la quitó los bienes, para no dejar establecido, respecto de ella misma, un mal ejemplo; no se contentó con esto; tenía venganzas que tomar y partidarios que recompensar; todos los que habian sido protegidos de la Duquesa, todos los que la habian servido, fueron reemplazados por hechuras de Diana. En cambio llamó al condestable de Montmorency, quien participó de todo el poder de los Guisas, y el Cardenal de Lorena reemplazó al de Tournon.

Banca, armada, clero, consejo, Diana se lo aseguró todo; en todas partes puso adeptos suyos, incapaces de venderla, porque le debian todo y sabian que caerian con ella.

Todos estos cambios fueron tan rápidos, que á los tres dias de muerto Francisco I, Montmorency, á quien el rey Enrique llamaba *su compadre*, se estableció en San German, y recibió á los diputados enviados de París para cumplimentar al nuevo Rey.

Entónces fué cuando los Guisas pusieron los ci-

mientos de aquel poder colosal, que despues debia amenazar el trono.

Las facciones reunidas de los príncipes loreneses, de los Montmorency y de Diana rodeaban al Rey por todas partes; todo lo tomaban para ellos, y el Rey estaba imposibilitado de ser liberal con nadie.

Cruelmente eclipsada por la favorita la esposa de Enrique II, Catalina de Médicis, resolvió tomar su partido; habia ya probado desde hacía algun tiempo, por los medios de su política nacional, á lisonjear todas las influencias rivales de la suya, á fin de atraérselas, y esto por odiosas que debieran serle.

Pocos soberanos han tenido más deseo de ostentar su regio poderío que Enrique II; mas que por ella, por él llenaba de riquezas y de presentes á la orgullosa Diana; nada encontraba para esta mujer que fuese bastante magnífico, bastante grandioso; para adornar los numerosos palacios de Diana, hacía buscar por todas partes las obras maestras de la época; muebles, tapicerías, cuadros, tapices, obras de platería, joyas riquísimas, todo, en fin, lo que el arte y la industria tienen de más precioso.

Desde el mes de Octubre de 1548, Diana de

Poitiers habia tomado el título de Duquesa de Valentinois, procedente de uno de los más bellos y ricos dominios de la corona, que su amante la habia dado de por vida.

A la historia de Diana de Poitiers va unida otra historia terrible, que no es posible pasar aquí en silencio, siquiera sea por la influencia desastrosa que tuvo en su porvenir y en el de su hija.

V.

¡Sí! ¡Diana de Poitiers tenía una hija!

El castillo de Anet, edificado por la favorita, resumia todas las maravillas, todos los esplendores de aquella brillante época, llamada con mucha razon *del Renacimiento.*

Era aquel castillo una joya de inestimable precio, una morada maravillosa, que se elevaba entre los dos bosques de Ives y de Dreux. Filiberto Delune habia hecho los dibujos. Cousin y Juan Goujon habian agotado en sus adornos la inspiracion; era como el palacio de una hada, como la mansion descrita en un cuento árabe; todo era allí maravillas, desde el peristilo á los techos. Cada cerradura era un poema; el clavo más pequeño era

una obra de arte. La escalera tenía una ligereza inimitable; cada chimenea era un monumento. Jamas habia ido tan léjos la perfeccion.

Áun quedan restos del castillo de Anet, joya incomparable del siglo XVI. Son restos incompletos, pero tan admirables todavía, que el viajero se detiene ante ellos deslumbrado.

Es imposible formarse hoy una idea de la riqueza atesorada en Anet; la Duquesa de Valentinois habia reunido allí todos los tesoros de aquel siglo tan rico. Los muebles eran de ébano y de marfil incrustados de oro; España y Flandes habian dado sus tapicerías de cuero y de lana fina como la seda; las alfombras habian venido de Oriente; los espejos de Venecia; sobre los aparadores, sobre los armarios esculpidos se veian los potes de barro de Palissy, las copas de Benvenuto, y esos mil objetos, en fin, de trabajo tan fino y tan admirable que no podian ser ejecutados por obreros, sino por artistas. Lujo pasmoso, que apénas alcanzamos hoy á comprender.

La favorita habitaba casi de contínuo aquel palacio, y de repente se vió llegar á él una niña como de trece á catorce años; la semejanza con la Duquesa de Valentinois era extremada. Como ella, era alta, esbelta, blanca; como ella, tenía los cabellos

de un rubio leonado, dulce y sedoso; sus ojos oscuros eran iguales á los de la favorita, y como ésta, se llamaba Diana tambien.

La Duquesa la recibió friamente cuando llegó acompañada de un viejo escudero y de su esposa; la niña era encantadora, pero abrazó á la favorita con una especie de temor, que puso pálidas las rosas de sus mejillas.

El anciano matrimonio que la habia criado se marchó al dia siguiente. La pequeña Diana los despidió con lágrimas; una vez alejados, la Duquesa de Valentinois reunió á su numerosa servidumbre, y dijo á las camaristas, pajes y escuderos:

—Esta jóven dama es la hija de S. M. el Rey Enrique II, que se confia á mi tutela; se llama por nombre de pila como yo, pero la llamaréis Madama la Duquesa viuda de Castro, porque es viuda; desde la cuna se la desposó con Hércules Farnesio, duque de Castro, que murió ántes de llegar la Duquesa á la edad núbil; hasta que se le nombre servidumbre correspondiente á su alta clase, la mia la servirá y la obedecerá como á mí.

Esto dicho, y acompañado con una señal imperiosa de su blanca mano, la servidumbre desapareció. Diana de Castro saludó á la que le habian dado por tutora y se retiró tambien á sus habitaciones.

Cuando la favorita quedó sola, una expresion de despecho y de cólera apareció en su sembalte.

—¡Oh Dios! exclamó: ¿para qué necesitaba yo ser madre? ¡Esta criatura que yo habia olvidado, viene ahora á atravesarse en mi camino! ¡En qué situacion tan cruel va á ponerme! ¡El Rey la llama hija suya, é hija suya la cree igualmente el Conde de Montgomery, tan apasionado, tan terco en su amor por mí! ¿Por qué no habrá muerto esta odiosa criatura léjos de los sitios donde yo respiro?

Aquella misma tarde fué á ver á la favorita el Condestable de Montmorency, su verdadero amante, aunque el más oculto y disimulado de todos.

—¿Y Diana? le preguntó.

—Ya ha llegado.

—¿La ha visto el Rey?

—Ya sabeis que el Rey no viene hasta la noche.

—Hay que proponerle que la case al instante.

—Ese es mi pensamiento.

—Y le propondréis á mi hijo por esposo suyo.

—Está bien; cualquiera me es igual con tal que la pierda de vista.

—¿Tanto la aborreceis?

—De todo corazon.

—Diana, repuso el Condestable despues de algunos instantes de silencio: más que vos aborrezco

yo á esa criatura; pero, puesto que el Rey la cree hija suya, ella puede ser el instrumento de nuestra grandeza.

—¡Yo no la necesito! repuso la altiva favorita.

—Yo sí; y casándola con mi hijo, el poder está asegurado para nosotros; para nosotros, sí; porque ¿quién sabe si ese Monarca jóven, mucho más jóven que vos, cambiará algun dia?

Diana hizo un gesto de cólera; las duras verdades que le decia su amante le hacian muy mal efecto.

Se decia entónces en la córte que habia aparecido un caballero que, siendo niños ambos, habia amado á Diana de Poitiers, y al cual ésta no habia correspondido. Era de la primera nobleza, y se llamaba el Conde de Montgomery.

Los enemigos de Diana, y tenía muchos, decian aún más: que ésta, por un capricho, muy propio de su índole altanera y carácter indomable, habia demostrado enternecerse con la pasion del Conde cuando éste se hallaba ya casado con otra mujer, que le amaba ciegamente; y que el Conde, seducido por las coqueterías de Diana, se habia entregado á ella, loco y subyugado, olvidando á su esposa, que habia muerto de pena, dejándole un hijo de corta edad llamado Gabriel.

Todo esto era verdad; la Condesa de Montgomery, débil y tierna criatura, no pudo resistir á la frialdad de su esposo, enamorado violentamente de la gran Senescala, y bajó al sepulcro siendo aún muy jóven, y cuando sólo llevaba dos años de matrimonio.

Cuando Diana quedó viuda á su vez, el Conde de Montgomery quiso casarse con ella.

—¡Jamas le contestó Diana; jamas volveré á casarme con nadie!

—¿No dices que me amas? preguntó con vehemencia el Conde de Montgomery.

—No hasta el punto de hacerte dueño de mi destino.

Cuando la favorita empezó sus escandalosos amores con el Delfin, el Conde se indignó, se puso furioso, amenazó á Diana; pero ésta logró doblegar sus arrebatos, y fué tanta la ceguedad de su pasion, que á condicion de que no rompiera con él, prometió cerrar los ojos á todo.

Diana, por su parte, ocultó al Delfin que tenía otros dos competidores; el Condestable de Montmorency y el Conde de Montgomery.

Diana de Poitiers, encinta al poco tiempo, persuadió al Rey de que tenía un hijo; á Montgomery, de lo mismo; cuando llegó el instante del alum-

bramiento, salió para Normandía, y en una aldea nació Diana de Castro, y se quedó allí, confiada á un honrado matrimonio y cerca del castillo de Montgomery, que creyéndose padre de aquella niña, velaba por ella con amor.

Gabriel de Montgomery, que ya tenía ocho años, amaba á la pequeña Diana, jugaba con ella y la llevaba en sus brazos; y un lazo dulce, tierno, indestructible, unió las almas de los dos niños.

Cuando desposaron á Diana con el duque Hércules Farnesio, por disposicion del Rey, Gabriel, niño aún, se entregó á la desesperacion más violenta; pero como Diana no salió de su campestre asilo, como iba todos los dias al castillo de su padre, ó él iba á verla, se consoló en breve y quedó más tranquilo todavía cuando la muerte se llevó al esposo de Diana, sin haberle ella visto más que el instante de los desposorios.

Pasó el tiempo, y Diana, fué llevada al lado de la favorita para unirse con lazos eternos á un nuevo esposo, que segun acabamos de saber por la conversacion de la Duquesa y del Condestable, era el hijo mayor de éste.

VI.

No bien hubo dejado la estancia de la Duquesa de Valentinois Ana de Montmorency, entró el Conde de Montgomery.

Tenía éste dos ó tres años más que la favorita; pero como no conocia los recursos de ésta para disimular la edad, estaba ya bajando la pendiente de la vida; tenía los cabellos grises y la fisonomía marchita, gracias á las muchas penas que su amor á Diana le habia costado; no obstante, su noble figura era extraordinariamente hermosa, y habia en todas sus facciones un encanto extraordinario, y en sus maneras una distincion, que daba bien á conocer lo elevado de su raza.

Diana le recibió friamente, porque su visita le contrariaba sobremanera.

—Mi querido amigo, le dijo, el Rey va á venir; ¿por qué eliges esta hora? Es casi de noche.

—Lo que tengo que decirte no admite espera, contestó sombriamente el Conde. No me importa que el Rey llegue; delante de él diré lo que debo decir, lo que el honor y el corazon me aconsejan.

En aquel instante se oyó ruido de caballos; la

Duquesa de Valentinois dejó su sillon blasonado y corrió á la ventana.

Al crepúsculo habian sucedido las tinieblas; cerca ya del castillo se divisaba la comitiva del Rey, que rodeaba á éste alumbrándole con hachas encendidas.

—¡Dios mio! ¿No tendréis piedad de mí? exclamó Diana desesperada y mirando al Conde de Montgomery.

Éste contestó con un movimiento de cabeza lleno de una amarga ironía, á la vez que el Rey entraba solo en la estancia.

Oyóse el rumor de las espadas y de las espuelas de los caballeros de la comitiva, y en la cámara de la Duquesa quedaron solos ésta, y los dos rivales.

—¿Quereis algo de mí, señor Conde? preguntó con aire altanero Enrique II, al ver que la persona aludida permanecia en la estancia.

—Sí, señor, respondió el Conde; deseo alcanzar de V. M. una gran merced.

—Venid mañana á Palacio á la hora de audiencia.

—Señor, exclamó el Conde, lo que voy á pediros es una cosa para mí tan importante, que no puedo esperar á mañana.—Señor, os he esperado

aquí para suplicaros que no permitais á la Duquesa que sacrifique á mi hija, á la suya, con el nuevo enlace que proyecta.

—¿Se ha vuelto loco este hombre? preguntó el Rey, que siempre se habia creido el padre de Diana de Castro.

—No sería extraño que lo estuviera, señor, repuso el Conde; de sobra me ha hecho sufrir para ello, esa mujer que nos escucha; señor, oid una confesion que será para vos la clave de este enigma; hace muchos años que soy el amante de Diana de Poitiers.

—¡Miente! gritó la Duquesa, pálida como la muerte y cuyos ojos echaban llamas. Ese miserable merece un castigo ejemplar.

—Soy el amante de esa mujer desde ántes, mucho ántes de quedar viuda; las dos hijas que le ha dejado el Conde de Maulevrier de su matrimonio, pueden ser mias tambien; Diana, la que ha tenido despues de viuda, es mia; el corazon me lo dice, y como mia he velado por ella y la he amado.

—¡Este hombre infama el honor de mi marido, el de mis hijas, al mancillar el mio! exclamó la favorita. ¡Yo no le conozco!

—¡Que sea esta la última mentira que profiera

tu impura boca!, gritó el Conde de Montgomery sacando su puñal y abalanzándose á la Duquesa. ¡Muere, infernal arpía!

Pero Enrique II cubrió á Diana con su cuerpo, y el puñal se bajó sin tocar al Rey.

—¡Hola! ¡Aquí todos! gritó éste; y ántes de que la voz hubiera espirado en sus labios, entraron todos sus servidores, los criados de la casa y Diana de Castro, toda asustada y convulsa.

—¡Ese hombre á la Bastilla! ordenó el Rey con voz terrible, ¡y que jamas salga de sus calabozos! ¡Idos!

—Y qué; ¡no tienes una palabra de piedad para mí! exclamó el Conde mirando á Diana. ¿Ya no recuerdas tus promesas de eterno amor? ¿Ya no recuerdas las veces que me has dicho odiabas al Rey, que ahora me arroja vivo en una tumba? ¿Como él, cierras los oidos á la vóz de la humanidad y del honor? ¡Malditos seais entrambos! ¡Malditos de Dios seais, y ojalá su justicia, se desplome sobre vuestras cabezas!

Al acabar de pronunciar el Conde estas palabras, vió á Diana que, medio desmayada, se apoyaba en el respaldo de un sillon.

—¡Hija mia, hija mia! exclamó el Conde corriendo hácia ella. ¡Van á sacrificarte, y yo, tu pa-

dre, no estaré aquí para defenderte! ¿Dónde está la justicia de Dios?

—¡Llevadle! gritó iracundo el Rey, en tanto que la Duquesa de Valentinois miraba el dolor terrible de aquel desgraciado, con las facciones descompuestas por la cólera y la amenaza.

El Conde de Montgomery salió entre los soldados, y Diana de Castro, que le conocia desde niña y le amaba como á su padre, cayó desmayada en los brazos del Rey.

El Conde de Montgomery fué sepultado en uno de los calabozos más profundos de la Bastilla. Calabozo hondo y profundo; tumba abierta en vida, á uno de los más nobles y valientes caballeros de la córte de Enrique II de Francia.

Algunos años más tarde, Gabriel de Montgomery, hijo del Conde, que de niño se habia hecho hombre y que se habia distinguido en la guerra por varios hechos de armas que le habian valido una reputacion de bravura que resonó en toda la Europa, fué á pedir al Rey la libertad de su padre; el Conde era ya un anciano, y el Rey se la concedió.

Pero al llegar á la sombría prision de Estado, que jamas devolvia su presa á la luz del dia, el gobernador miró con tristeza al jóven Montgomery.

—Caballero, le dijo, ya no está vuestro padre en el calabozo que os han indicado; está en otro mucho más hondo y húmedo.

—¿Desde cuándo? preguntó temblando Gabriel.

—Desde anoche.

—Anoche me concedieron la libertad de mi padre, y no he podido venir hasta la aurora; en tan pocas horas, ¿temeis que le haya sobrevenido alguna desgracia?

—Hijo mio, dijo el anciano gobernador con las lágrimas en los ojos, sed hombre y estad preparado á todo; al concederos el perdon de vuestro padre, se daba órden para conducir á éste á un lugar horrible.

—¡Oh colmo de indignidad! ¡Con que se me ha engañado!

—Lo temo; pero ¡vamos, vamos, no perdamos un instante!

Dos soldados encendieron linternas, y el gobernador y Gabriel bajaron en busca del preso.

Una serie de lúgubres calabozos, todos oscuros, todos brotando agua, todos llenos de alimañas, tuvieron que atravesar; conforme iban bajando, el aire se hacía más húmedo, más enrarecido, más mortal; al llegar á un profundo subterráneo, que apénas conseguian aclarar levemente el resplan-

dor de las linternas, Gabriel se detuvo sofocado.

—¡Oh, exclamó, si mi padre está aquí desde anoche, es imposible que le halle ya con vida! ¡Oh mi noble y desgraciado padre, qué muerte tan cruel!

El llavero, que iba delante, abrió una pesada puerta de hierro, y áun bajaron otra escalera negra y húmeda.

Allí, atado por medio del cuerpo con una cadena á un pilar de granito, estaba el prisionero: el agua del calabozo le llegaba hasta la mitad de las piernas, desnudas y demacradas: sus vestidos se habian ido cayendo á pedazos, y se hallaba enteramente desnudo; de la negra bóveda caia sin cesar una gota de agua helada sobre la espalda y el cráneo del prisionero, y en todo el calobozo no habia más que un poco de paja húmeda y negra, para que se acostase el preso, pues para llegar allí, era bastante larga su cadena: veíanse próximos al desgraciado y en el suelo, un pedazo de pan negro, muy inferior al que comian los soldados, y un cántaro mediado de agua.

Gabriel se precipitó, por decirlo así, hácia su padre: el anciano permaneció inmóvil; tenía los ojos abiertos; la barba blanca le llegaba al pecho, y su cabeza estaba enteramente despoblada de cabellos.

—Señor Conde de Montgomery, salgamos de aquí, dijo el Gobernador; todos exponemos nuestras vidas; salgamos.

—¿Por qué me llamais así? exclamó Gabriel que estrechaba ansiosamente las manos del preso: no hay aquí más Conde de Montgomery que mi padre.

—¡Vuestro padre está ya en el seno de Dios! dijo el Gobernador, separando la mano que apoyaba en el corazon del preso.

—¡Muerto! ¡Mi padre muerto! gritó Gabriel levantándose desesperado, pues una intuicion repentina le decia que el Gobernador no se equivocaba.

Y ansioso sacudió los brazos y cubrió de besos la frente y las mejillas del preso.

—¡Os equivocais, señor Gobernador!, exclamó triunfante: aquí hay calor, hay vida.....

—No hace diez minutos que vuestro padre ha exhalado el último suspiro, respondió tristemente el Gobernador: acaso al exahalarlo bajábamos ya por esa escalera! ¡Acaso su última mirada os columbró ya cerca de él! ¡Ojalá Dios lo haya permitido, pues su muerte habrá sido más tranquila!

El Gobernador descubrió su cabeza y se arrodilló para orar: los soldados le imitaron.

Pero ¿quién podria pintar la desesperacion de aquel hijo engañado en sus más dulces esperanzas, de aquel hombre cuya vida habia sido una larga serie de heroicidades, para conquistar el perdon de su padre?

Al ver que la frente del anciano se enfriaba sobre su seno, al ver que las manos demacradas del muerto quedaban heladas entre las suyas, fué tan violenta la desesperacion de Gabriel, que á no haberlo sujetado el Gobernador y los soldados, se hubiera deshecho el cráneo contra el pilar de piedra al que estaba atado el cadáver.

—Sacadle de aquí y salgamos todos, dijo el Gobernador; esta atmósfera es mortal para todo el que la aspire.

Gabriel se desasió de los brazos que le sujetaban, corrió de nuevo al cadáver, y le abrazó estrechamente.

—¡No, dijo con voz sorda, no quiero morir, padre mio, quiero vivir para vengarte! ¡Tus infames verdugos perecerán á mis manos: todos..... sea cualquiera su condicion.

Diana de Poitiers habia persuadido al Rey de que el conde de Montgomery era para los dos un peligroso enemigo; y provista de amplios poderes para disponer de él, le hizo bajar á un sepulcro

con nombre de calabozo, sólo usado para los casos de sentencia de muerte, cuando no se podia matar ostensiblemente á un reo.

Enrique II firmó la órden de perdon, si no sabiendo, sospechando al ménos, que el Conde de Montgomery no volveria á ver la luz del dia.

VII.

Gabriel encerró dentro de su corazon su desesperacion y su sed de venganza: entró en posesion del título y bienes de su padre, confiscados por la Corona, y dos dias despues de la funesta escena del calabozo, salió para sus ricos dominios de Montgomery, llevando consigo el cadáver de su padre, al que se le hicieron los funerales más suntuosos que jamas se hayan visto en Francia.

Un magnífico mausoleo guardó las cenizas de aquel hombre ilustre y desgraciado, erigido en el extenso parque del castillo de Montgomery.

Esta lúgubre historia quedó ignorada de todos. Gabriel no se quejó jamas, y sólo una carta escrita por él á Diana de Castro, decia algo de lo que pasaba en su alma.

Enrique II habia querido legitimar á esta niña

ántes de casarla con el hijo del Condestable de Montmorency; pero Diana de Poitiers se habia opuesto siempre á ello.

—No, le contestaba siempre que le hablaba de esto: por mi nacimiento tenía el derecho de ser vuestra esposa, y de tener de vos hijos legítimos; he sido vuestra querida, porque os amaba; pero no sufriré que un decreto me declare vuestra concubina.

¡Singular escrúpulo en una mujer que llenaba el mundo con el ruido y el escándalo de sus amores!

Diana de Castro se casó, pues, con el hijo del Condestable; pero el cielo queria para sí aquella hermosa vírgen, aquella casta niña, nacida de tan impuros amores: el primer esposo de Diana habia muerto hallándose ambos en la cuna; el segundo, Francisco de Montmorency, murió ántes de ir á reunirse con ella, de la caida de un caballo.

Pocos dias despues de esta segunda desgracia, Diana de Montmorency, pues usaba el apellido de su segundo esposo, recibió una carta de Gabriel de Montgomery, del compañero querido de su infancia, que hacía ya mucho tiempo no le escribia: la carta era corta, y decia así:

«Dueño y poseedor legítimo de todos los hono-

tes y riquezas de mi padre, correria hoy á buscarte y á ofrecértelas, mi adorada Diana: pero una terrible, una inexorable fatalidad nos separa; he hallado en el castillo de mi padre, y en sus habitaciones particulares papeles, que pueden probar á mi conciencia y á la tuya que somos hermanos: mi padre, arrastrado á un calabozo, desde el castillo de Anet, donde fué á ver á tu madre, no tuvo tiempo de poner en órden, ni de encargarme de ninguno de sus asuntos: todo tiene pues aquí el sello de la verdad; y de lo que he leido se desprende claro como el dia, que mi ilustre y desgraciado padre ha sido, desde mucho ántes de nacer tú, el amante favorecido de esa fiera que te ha llevado en su seno, y que se llama Diana de Poitiers.

» ¿Comprendes el insondable abismo que la desgracia ha abierto entre nosotros?

» Destruido el más bello sueño de mi vida; perdida la esperanza de que seas mia, que desde la cuna he alimentado, renuncio á todo en el mundo, ménos á mi venganza: eres libre, Diana, y puedes unir tu destino al que alcance la inefable dicha de ser amado de tí.

» Recibe en este supremo adios, toda el alma de tu hermano

GABRIEL DE MONTGOMERY».

El mensajero que llevó esta carta, trajo la siguiente respuesta:

«No pudiendo ser tuya, Gabriel, no seré de nadie. En esta semana entraré en el convento de Benedictinas de París, y allí rogaré á Dios por tí y por los que han causado todas tus desgracias.—Te amará hasta la eternidad, tu hermana

DIANA.»

Un peso horrible se levantó del pecho del jóven Conde de Montgomery, á la lectura de esta carta.

¡Diana hacía lo que él no se habia atrevido á demandarle!

¡Diana no sería esposa de otro! ¡Diana, vírgen de todo amor, no manchada con las caricias ni áun con las miradas de nadie, se contentaba con su recuerdo, y no pudiendo ser suya, renunciaba al mundo y á sus pompas!

¡Habia en el universo, bajo el manto azul de los cielos, una alma toda suya, un corazon que sólo latia por él!

¡Ah! ¡Sólo los seres tan desgraciados como el noble Conde de Montgomery saben hasta qué punto es dulce y consoladora esta conviccion!

Gabriel, ya ménos infeliz, permaneció en sus

tierras; pero de vez en cuando aparecia en la córte durante algunos dias.

Era el más gentil, el más gallardo de los caballeros de la córte: todas las damas ansiaban su amor; pero él, siempre cubierto de luto, siempre pálido y silencioso, no reparaba en aquellas preferencias, y parecia absorto en un pensamiento único, constante y tenaz. El alma de Gabriel tenía sed inextinguible de venganza.

VIII.

La Duquesa de Valentinois llegaba ya á los sesenta años; pero siempre bella, siempre jóven, y más que nunca adorada de su amante, áun podia esperar un largo reinado, cuando la venganza de Gabriel de Montgomery precipitó á Enrique II en el sepulcro.

Grandes fiestas se preparaban en Francia; Isabel de Valois, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, se casaba con Felipe II, rey de España, y Margarita de Navarra, hermana del Rey de Francia, se unia al Duque de Saboya.

Isabel de Valois habia sido prometida al Príncipe de Astúrias, hijo de Felipe II de España; pe-

ro al verla este soberano tan graciosa y tan linda, escribió al Rey de Francia, que hallándose viudo, queria para sí la mano de su hija, y quedó acordado el cambio que debia costar la razon y la vida al príncipe Cárlos.

Isabel de Valois, llamada tambien *de la Paz*, porque su casamiento puso fin á las cuestiones que de tan largo tiempo mantenian viva la hostilidad entre España y Francia; Isabel de Valois, decimos, habia estado prometida ya desde la cuna al Rey de Inglaterra Eduardo VI, hijo del feroz Enrique VIII, que tuvo á esta Princesa como padrino en la pila bautismal; pero el Rey inglés falleció, y muerta tambien la segunda esposa de Felipe II, María de Inglaterra, Isabel de Valois fué prometida al trono de España como esposa del heredero, sentándose en él como esposa del Rey padre.

Entre las fiestas con que la córte de Francia celebraba las dobles bodas de las dos princesas, hermana la una é hija la otra del Rey, se contaba un torneo, en el que debian tomar parte los más nobles caballeros del reino; el Rey declaró que él tambien tomaria parte en la liza; y en efecto, al aparecer el Conde de Montgomery, uno de los más apuestos caballeros y uno de los mejores justadores, bajó á la arena.

El Conde levantó su visera y mostró su pálido y hermoso rostro, bajando á la vez ante el Rey la punta de su lanza; y llenadas así las condiciones del ceremonial, tomó carrera, imitándole el Rey.

Éste habia ya roto muchas lanzas con varios caballeros, pues era muy diestro y valeroso; pero esta vez, el horóscopo que predecia al Rey una muerte desgraciada, tuvo razon; la punta de la lanza del Conde se clavó en la frente del Rey por encima del ojo izquierdo, quedando peligrosamente herido; el golpe fué tal, que el hierro quedó clavado en la frente.

Enrique II abrió los brazos, y cayó del caballo; al levantarlo del suelo, dijo con voz débil:

—¡No hagais nada al Conde de Montgomery! quiero y mando que su persona sea inviolable para todos, inclusa la Reina y mis hijos!

El Rey perdió el conocimiento al sacarle el hierro de la herida, declarando entónces los médicos que la muerte venía á pasos agigantados: la herida era terrible y presentaba un agujero espantoso.

¡Qué inmensas ambiciones se agitaban alrededor del lecho Real!

Los protegidos de la Duquesa de Valentinois, los amigos de los Guisas, sentian que el poder se

les escapaba; todos los que se habian dedicado á lisonjear á Catalina de Médicis, saludaban la aurora de su reinado.

Al caer sobre el mundo las sombras de la noche, se contaban los minutos que el Rey debia aún vivir. Diana de Poitiers, que habia corrido desde el lugar de las justas, á la cámara del Rey, no pudo entrar á verle, cerrándole el paso un capitan de guardias.

—¡Mirad que podeis pagar caro lo que hagais ahora!, dijo la favorita mirándole fieramente.

—En todo lo que haga, cumplo las órdenes de S. M. la Reina, repuso el capitan volviéndole la espalda.

Diana se retiró llena de cólera: una hora despues, un caballero se presentó de órden de Catalina, mandándole devolver las joyas de la corona que le habian sido confiadas, y abandonar la córte al instante.

—¿De modo que el Rey ha muerto ya?, preguntó Diana estremeciéndose.

—Todavía no, señora, repuso el emisario; pero se cree que no llegará á la aurora.

—Todavía no tengo dueño, pues, contestó altivamente la Duquesa. Quiero que mis enemigos lo sepan; cuando el Rey no exista, ya no les te-

meré; porque si tengo la desgracia de sobrevivirle, lo que no espero, mi corazon se hallará demasiado lleno de dolor, para que pueda ser sensible á los disgustos y pesares que querrán darme.

Enrique II murió, en efecto, al aparecer el nuevo dia; la lanza de Montgomery habia vengado con un solo golpe á su padre, del Rey y de la favorita; ésta comprendió de donde venía el golpe, pero calló, porque el Rey, conociéndolo tambien, habia perdonado solemne y completamente.—Nadie inquietó al noble señor Gabriel de Montgomery, porque Catalina de Médicis, que era la única que hubiera podido hacerlo, acaso le agradecia su venganza en el fondo de su corazon; la aurora de su poder apareció en la agonía del Rey.

IX.

Muerto el Rey, los cortesanos se alejaron para siempre de la que, durante tantos años, habian llenado de incienso; uno solo tuvo el raro valor de serle fiel; su brutal y viejo amante, el condestable Ana de Montmorency: gracias al favor de éste rudo personaje, la Duquesa de Valentinois pudo vivir tranquila en su castillo de Anet, donde se habia retirado.

Diana de Poitiers tenía un número inmenso de enemigos; su larga privanza, su carácter altivo, dominante y ambicioso; su desden para todos los pequeños, la habian hecho aborrecible: á la cabeza de sus contrarios estaba Gaspar de Saulk, despues mariscal de Tavanes, el cual odiaba de tal suerte á la favorita, áun viviendo el Rey, que una vez propuso á Catalina de Médicis el *ir á cortar la nariz á la Duquesa de Valentinois.* Y ciertamente lo hubiera hecho sin la prohibicion expresa de Catalina.

Un escandaloso proceso la obligó á salir de su retiro; acusada de haber participado y favorecido las rapiñas de los que habian tenido las gabelas durante su favor, fué condenada á restituir sumas considerables que en efecto entregó.

Las dos hijas que habia tenido de su matrimonio se habian casado por la proteccion del Rey, con los Duques de Aumale y de Borbon; pero éstos dejaron de ocuparse completamente de Diana, desde el instante en que ésta no pudo ya servir sus ambiciones.

Fiel al papel que se habia impuesto, y que llenó toda su vida, la Duquesa de Valentinois consagró los últimos años á obras piadosas; hasta fundó un hospital, no léjos de su castillo de Anet, y una ca-

pilla bajo la advocacion de la Inmaculada Concepcion.

Su ódio hácia los protestantes redobló con sus desgracias: quizás persiguiéndoles todavía, queria hacer olvidar un pasado escandaloso. Por una cláusula de su testamento, desheredaba á sus hijas si algun dia abandonaban la religion católica.

Diana de Poitiers, condesa de Brezé y de Maulevrier, duquesa de Valentinois, murió en su castillo de Anet el 22 de Abril de 1566, de edad de sesenta y seis años, tres meses y veintisiete dias y estaba tan bella todavía, que no parecia tener ni la mitad de esta edad avanzada.

En el sitio de una de las más importantes ciudades de la Francia corrió á torrentes la sangre de sus más nobles y valerosos caballeros: cada uno acudió á aquella guerra con su tributo de hombres y dinero, y el Conde de Montgomery fué de los primeros.

Nunca la sonrisa habia vuelto á aparecer en los labios de Gabriel; llevaba en el alma tanto luto que parecia hallarse muerto en vida; su madre, que habia bajado á la tumba jóven aún y hermosa, asesinada por el abandono de su esposo; su padre,

víctima desgraciada de la más horrible de las venganzas, y que tan caro habia pagado su amor á la favorita; Diana de Montmorency, su único amor, muerta para él; todo, todo estaba perdido para el Conde, y el mundo era á sus ojos un vasto desierto.

Durante el sitio se le veia siempre en los sitios de más peligro, y herido mortalmente, fué conducido al lecho de un hospital de sangre.

Cuando abrió los ojos, un blanco y dulce rostro se inclinaba hácia él: era una religiosa benedictina de angélica belleza, que con otras hermanas suyas en religion, se hallaba encargada del cuidado de los heridos.

—¡Diana! — murmuró el Conde.

—¡Gabriel! — exclamó la religiosa.

Al caer la tarde espiró el herido.

La religiosa pasó velándole la noche: á la aurora entraron los sacerdotes y las religiosas: su jóven compañera, arrodillada, habia apoyado su frente en la frente helada del cadáver, y habia ya exhalado tambien el último suspiro.

MARIA TOUCHET,

SEÑORA DE BELLEVILLE.

I.

El delfin de Francia, Francisco, habia subido al trono despues de su padre Enrique II, y pasados algunos meses de reinado, se habia dormido para siempre en el sepulcro.

Catalina de Médicis, regente del reino durante la minoría de su hijo Cárlos IX, que fué el que sucedió á su hermano, habia ya dado buena cuenta de sus enemigos.

Toda la dulce belleza de su persona y de su rostro se habia fundido en una expresion dura y austera, renunciando públicamente al amor; cubrió su frente con las tocas de la viudez, y se dijo que ya no debia vivir más que para la ambicion y para la venganza.

No dejó, sin embargo, de tener amantes, segun testimonios irrecusables; pero éstos eran con tanto secreto, que sólo ella y algun servidor adicto y temeroso lo sabian.

No era tampoco extraño que Catalina de Médicis ansiase conocer los divinos goces del amor: desdeñada siempre por su esposo; pospuesta á las favoritas de Enrique II, y sobre todo á la soberbia Diana de Poitiers, la ardiente y vengativa hija de los Médicis habia ido reuniendo en el fondo de su alma tal dósis de hiel contra su esposo, que su muerte le causó más alegría que pena: al caer herido Enrique por la lanza del Conde de Montgomery, le pareció que un peso enorme se levantaba de su pecho y que por primera vez, desde su llegada á Francia, respiraba con libertad.

¡Qué triste vida durante veinte años, la de aquella princesa jóven y bella! Nadie más que el padre de su esposo la habia manifestado algun cariño; sólo Francisco I comprendia lo que pasaba en su corazon y miraba apesadumbrado las tempestades de aquella alma ardorosa y soberbia.

Muerto el Rey, Catalina perdió todo apoyo y toda compañía: los cortesanos, imitando al monarca se dedicaban á adular á la favorita, y durante largos años, el corazon de Catalina fué amargándose

y convirtiéndose en erial donde no crecia ninguna flor.

La aversion con que la Reina de Francia miraba á su marido, pasó á sus hijos, á los que no tenía el más leve cariño: odiaba sobre todo á Francisco, el delfin, y el más amado de su padre, porque le concibió y dió á luz en los dias de sus dolores, y de sus desengaños más crueles.

Con el mismo ódio que á su hijo envolvió á la esposa de éste, la hermosa y desgraciada María Estuardo, que desde muy niña habia venido á la córte de Francia para educarse bajo la vigilancia del Rey y casarse despues con el Delfin.

Los jóvenes esposos, Francisco y María, reinaron sólo algunos meses: porque atacado el jóven Rey de una dolencia que hacía precisa la operacion del trépano, Catalina, que veia desatendida su autoridad por su hijo y la esposa de éste, impidió la operacion cuando ya estaba empezada y le dejó morir, devolviendo á María Stuardo á Escocia y al poder de Isabel de Inglaterra, que más tarde la hizo perecer en el cadalso.

La ambicion de Catalina se limitaba por entónces á ser regente del reino durante la minoría de su hijo segundo, Cárlos IX, proclamado rey inmediatamente despues de la muerte de su hermano.

Conseguido su intento, la regente arrolló todo lo que le estorbaba: sus enemigos, los amigos de los jóvenes reyes Francisco y María, y sobre todo los amigos de Diana de Poitiers, perecieron en los cadalsos, en las prisiones de Estado ó en los más rigurosos destierros; el ódio y la venganza imperaban en el corazon de Catalina de Médicis. Todo se doblegaba ante su paso, y si no era amada, era temida de cuantos la rodeaban.

Es un misterio de la época, y sigue siéndolo para todos, la completa libertad en que aquella madre, déspota, severa, rígida hasta la exageracion, á lo ménos en la apariencia, dejaba á su hija Margarita, llamada así en recuerdo de su tia, la hermana de Francisco I. Como aquella Margarita de Francia, era bella, espiritual, apasionada, llena de encantos, y estaba rodeada de apasionados que la formaban una brillante córte; su madre, que no la amaba más que á sus otros hijos, la dejaba hacer en todo y por todo su voluntad, y aparentaba ignorar sus ruidosas aventuras de amor.

Sólo en una cosa la halló exigente Margarita: en su empeño para que se casára con el Rey de Navarra, llamado *el Bearnés:* una vez efectuado el enlace, cada uno de los dos esposos siguió la marcha de sus placeres y de sus aficiones.

Cárlos IX, cuyo carácter era apocado y débil, creció bajo la tutela de su madre, que era á la vez con él afectuosa hasta un grado increible, y firme para no dejarle separar del camino que convenia á sus planes.

El Rey, proclamado y jurado desde niño, creció endeble, y sin que su madre consintiese en que se dedicase á ningun estudio serio; Cárlos tenía poca imaginacion, pero mucho corazon; y á falta de más elevadas ocupaciones, se dedicó al cultivo de las artes con entusiasmo creciente cada dia.

Poeta, pintor y músico, Cárlos IX estimaba las artes mucho más que el poder, y decia frecuentemente:

—¡Qué desgracia para mí ser rey!

Un cenáculo de poetas rodeaba al regio adolescente, y los eruditos le enseñaban lo que su madre no habia querido que aprendiese en los libros. Su hermana Margarita, bella, entusiasta, artista, era el alma y la reina de estas reuniones.

Los dos hermanos buscaban con empeño, y reunian, en dos salones que les servian de museo, todas las obras maestras del arte, llegado entónces á su apogeo; hacian recoger los manuscritos preciosos, los tapices ricamente bordados, los muebles maravillosamente esculpidos, los cuadros, las

armaduras, las obras de platería, y de aquel tiempo quedan aún en Francia colecciones de un precio inestimable y que sólo poseen muy contados príncipes.

Poco á poco se despertó otra pasion en el Rey niño: la de la caza, en la cual no temia ni las fatigas ni los peligros; hacía á los caballos seguir á sus perros, y pocos de sus favoritos podian seguirle en la carrera; cuando volvia se ejercitaba en el uso de las armas, y desafiaba á tirar á la lanza á todos sus gentiles-hombres.

Se usaban tambien otros pasatiempos ménos violentos y ménos peligrosos: el *bilboquet* acababa de hacer su aparicion en la córte; ningun caballero elegante salia de su casa sin que llevára un pajecillo detras de él el juguete á la moda, y era maravilloso el ver cómo desplegaban toda su destreza en este juego los hombres que, por el más pequeño motivo, sacaban la espada.

Otro pasatiempo habian enviado de Florencia á la Reina regente: era el juego de los bolos, que se colocaban y se hacian rodar sobre un ancho tapiz; era la infancia del juego del billar, que debia encantar más tarde la vejez de Luis XIV y hacer la fortuna política de Mr. de Chamillard; la Regénte ofreció en seguida este juego á su hijo, y el

Rey lo halló tan divertido, que se pasaba todas las tardes jugando con sus hermanos y con otros adolescentes de la primera nobleza, con toda la alegría propia de su edad.

II.

A la vuelta de una partida de caza, el rey de Francia Cárlos IX, que contaba la edad de diez y siete años, vió á una lindísima jóven que contaria un año ménos que él, y se enamoró de ella ciegamente.

María Touchet, que así se llamaba la bella niña, era hija de un boticario y perfumista de Orleans, pero hombre de claro y agudo ingenio, como lo prueban las dedicatorias que le hicieron muchos poetas de la época.

María participaba del talento de su padre, segun dice uno de los mejores historiadores franceses, y su persona estaba llena de gracias; tenía el semblante más bien redondo que ovalado; sus ojos, demasiado grandes quizá, tenian la expresion de una dulzura infinita; su nariz era del dibujo más delicado y más fino; sus cabellos negros, sedosos y abundantes; su boquita rosada se

abria sobre dientes blancos como la nieve.—En fin, merecia el anagrama que el Rey hizo con su nombre:

María Touchet.—JE CHARME TOUT.

El Rey la vió sentada á la puerta de una casita de campo que su padre poseia cerca de Blois; al ver la comitiva Real, María se levantó y se inclinó humildemente; admirado el Rey de su belleza, se detuvo; y apeándose de su caballo, se acercó á hablarle.

—¿Quereis mandar que me den de beber, señorita? dijo á la jóven; vengo fatigado y muerto de sed.

—Entrad, señor, respondió la jóven; entrad en este patio entoldado de parras y de madreselva y podréis descansar.

Cárlos entregó las bridas de su caballo á uno de sus pajes y siguió á la jóven.

El patio era delicioso en efecto; cortinas de verdor cubrian sus paredes y formaban una bóveda espesa é inaccesible á los rayos del sol, bajo la cual se anidaban y cantaban muchos pajarillos; algunas sillas rústicas, y una gran mesa en el centro, eran todo el mueblaje; en un ángulo, y entre

frondosas guirnaldas de hiedra, corria una fuente cristalina, rodeada de plantas de alelíes y azucenas.

María ofreció al Rey una silla, y entró corriendo en la casa, saliendo al instante acompañada de una criada; ésta cubrió la mesa con un mantel blanquísimo y perfumado; puso sobre ella platos de porcelana y vasos de plata, y María sirvió al Rey un refresco de leche, miel, frutas y bizcochos.

—¿Cómo os llamais, hermosa niña? preguntó el Rey.

—María Touchet, señor.

—¿Vivís aquí sola?

—Con mi padre.

—¿No teneis madre?

—No, señor.

—¿Ni hermanos?

—Sólo tengo padre; ahora no está en casa, pues si estuviera, ya hubiera venido á ponerse á las órdenes de V. M.

—¿Vivís aquí todo el año?

—Yo puedo decir que sí; mi padre, ocupado en los asuntos de su comercio, me deja casi todo el dia sola, y dice que estoy aquí mejor.

—¿Y no echais de ménos á la ciudad?

—¿Cómo, si apénas la conozco?

—María, dijo el Rey despues de algunos instantes de silencio, sentaos á merendar conmigo.

—¡Ah, señor! ¡jamas me atreveré!

—Pues si no me haceis compañía no comeré nada, y pensaré que me obsequiais de mala gana.

—Siendo así, me sentaré, señor, dijo la jóven; y con la mejor gracia se puso á comer, y á hacer los honores de la mesa.

—¿Me conociais ya? le preguntó Cárlos.

—Es la primera vez que os veo, señor.

—Pues no parece muy cortada por la presencia del Rey, observó uno de los cortesanos. ¡Cómo habla, se rie y come!

Así era en efecto; María Touchet tenía un talento natural tan luminoso y tan claro, y una serenidad de alma tal, que nada la intimidaba; si el Rey la encontraba encantadora, ella miraba tambien al Rey con una complacencia que no sabía ni podia disimular.

Cárlos IX era de estatura regular y delgado; habia heredado los cabellos castaños de su padre Enrique II; y los negros y hermosos ojos de su madre Catalina; tenía tambien de ésta el airoso y flexible talle y la expresiva sonrisa; pero habia en toda su persona un velo de tristeza que le era na-

tural, y que aumentaba el interes que su corta edad y sus bellas cualidades inspiraban.

Desde aquel dia el Rey de Francia volvió muchas veces á la casita campestre de las cercanías de Blois; durante largo tiempo la pasion del jóven Rey por la bella María Touchet fué un secreto para toda la córte; Cárlos temia que Catalina de Médicis descargase toda su cólera sobre su dulce amiga, porque la ambiciosa princesa tenía celos de todos los que su hijo amaba, de todos los que se aproximaban á él; siempre estaba temiendo ver elevarse una influencia que contrabalancease la suya.

El fin que se habia propuesto la Reina madre desde que por la muerte de su hijo mayor quedó regentando el reino, era el de corromper todo lo posible el corazon y los gustos de Cárlos IX. Deseando dominarle por el sensualismo, acaso el mayor medio de predominio en las naturalezas juveniles, no habia perdonado medio alguno para despertar sus sentidos desde muy temprano.

La córte de Francia era entónces más licencioca que lo habia sido nunca; todos los crímenes y todos los excesos tenian en ella lugar; se combinaba el asesinato y se disponian venenos; como cebo para los que queria atraer á sus redes, Catalina de Médicis tenía sus doncellas de honor, llamadas

tambien *El escuadron volante de la reina ó la córte de amor.*

Estas peligrosas sirenas, elegidas entre las más bellas y más jóvenes hijas de las primeras familias de Francia, ponian su belleza y sus favores al servicio de la política de la Reina madre.

Ésta queria dar una *amiga* á su hijo, alguna bella camarista de su escuadron, de la que estuviese bien segura; debia, pues, temer á una mujer extraña para ella, y que hiciera comprender al Rey que despues de todo, él era dueño de su voluntad.

Un profundo misterio rodeó desde el principio aquellos amores. Cárlos IX sólo tenía un confidente. Cuando llegaba la noche, cuando todos creian al Rey encerrado en sus habitaciones, Cárlos se envolvia en una capa oscura, ocultaba sus facciones bajo un sombrero de anchas alas y se escapaba por alguna puerta secreta del castillo Real; á estas excursiones iba sólo casi siempre, sin pensar que algun jefe hugonete se hubiera apoderado de su perna sin escrúpulo alguno.

Los dos amantes habian elegido para sitio de sus citas un pequeño pabellon, que otras veces servia de abrigo en los descansos de la caza; casi todas las noches Cárlos IX pasaba allí largas horas á los

piés de María, en tanto que su confidente velaba en los alrededores.

Aquellas primeras entrevistas fueron muy inocentes; el Rey de Francia suspiraba como un amante trasportado de pasion y no se atrevia á solicitar nada; este príncipe, á quien algunos se han complacido en representar terrible y feroz, era en el fondo tímido hasta el exceso.

Pero á falta de audacia, la pasion defendió su causa á las mil maravillas. María no supo resistir durante largo tiempo á aquel bello adolescente que era su señor y dueño, y que rogaba cuando podia ordenar. Rindióse al Rey libremente, sin condiciones, sin plan preconcebido, no al Monarca poderoso, sino al jóven y elegante caballero de los cabellos y los bigotes castaños, del cual nos ha dejado tan bellos retratos el suave pincel de Francisco Chlet.

Pronto llegó, sin embargo, el momento en que estos discretos amores debian verse amenazados por la cólera de la Reina madre.

María Touchet llevaba en su seno una prenda del amor del Rey.

Entónces, entre los sueños tumultuosos de su imaginacion, los dos amantes vieron la espantable figura de Catalina levantarse amenazadora, y

aumentó su terror el sospechar que su secreto estaba vendido.

Lo más probable es que la Reina madre estuviese ya instruida del estado de María por los espías que formaban siempre una escolta invisible á *su querido hijo*, como ella le llamaba.

Cárlos IX, como hacen siempre los caractéres débiles, tomó el partido más propio para ganar tiempo; para salvar á su amada la alejó á toda prisa, y la pobre niña fué á dar á luz su hijo en la frontera de Francia y cerca de los estados del Duque de Saboya; allí dió á luz un niño, que sólo vivió algunos meses.

Al ver vencido el obstáculo que temia, Catalina guardó silencio, y empezó con nuevo ardor su obra de corrupcion, de la cual habia hecho la base de su poder.

Lo que esta mujer ambiciosa necesitaba para el logro de sus deseos, para quedar dueña del gobierno, no eran unas oscuras y castas relaciones con una modesta plebeya, inofensiva entónces, pero que podria dejar de serlo en un momento dado.

Catalina temia el imperio que podia tomar en el corazon de Cárlos la costumbre, ese hilo invisible que sujeta con el tiempo lo mismo el corazon de los príncipes, que los de los otros hombres.

Temia, sobre todo, la virtud de María; porque la virtud podia ser muy bien, á los ojos del Rey, educado en medio de todas aquellas damas, cuya historia ha dejado Brantome, el atractivo más irresistible, por lo mismo que era la cualidad más rara.

Sentia ademas que no alcanzaria ningun poder sobre aquella alma desinteresada, ajena de ambicion quizá, y que no empeñaba la lucha con su genio superior, pero con la que tampoco podría nunca contar, y Catalina queria ante todo que se le perteneciese en cuerpo y alma.

Aprovechándose de la ausencia de María, emprendió la tarea de borrar su memoria del corazon del Rey; con este fin le dió por sí propia muchas otras amantes de aquellas jóvenes damas de la córte modeladas por ella, y educadas en el oficio de galantería política, que habia llevado á Francia desde su país de Italia, el más pérfido de todos los países. Las cartas de María quedaron sin respuesta; volvió de su viaje, avisó al Rey, y no fué á verla; los placeres, las fiestas embargaban todas sus horas, y María cayó en el más profundo, en el más absoluto olvido.

El padre de María se habia apercibido de sus amores ya demasiado tarde; airado al principio, la

amenazó con un eterno encierro; pero al verla llorar y sufrir, su corazon se ablandó, y ántes que dejarla partir sola cuando salió de Francia para dar á luz á su hijo, la acompañó, la consoló y volvió con ella cuando estuvo restablecida.

III.

El primer cuidado de María fue avisar al Rey de su llegada á París. Le decia que su hijo se habia quedado en Saboya, y que aunque ella le hubiera traido, pues habia sentido una pena mortal al separarse de él, no se habia atrevido á tenerle á su lado por no comprometer su vida.

Esta carta quedó sin contestacion.

Otras várias tuvieron la misma suerte.

Entónces Maese Tochuet aconsejó á su hija que se presentase en palacio, y ésta rehusó hacerlo.

—No, dijo; si ya no me ama será en vano todo, y ¡ay de mí! ¡Si me amára aún, hubiera acudido á mi voz!

—Irémos á un sitio por donde él haya de pasar, hija mia, dijo el padre; si te ve, no sabrá resistir á sus recuerdos y al cariño que todavía—estoy seguro—alberga por tí su corazon.

—¡Ay, padre mio! exclamó la jóven: ¡quién sabe! Un Rey está rodeado de tantas, de tan grandes seducciones! ¿Qué puedo yo, oscura plebeya, sola contra tantos enemigos? No, no intentaré reanimar su recuerdo en mi corazon; el desaire que me diera — y me lo daria — me rebajaria á mis ojos, sin enaltecerme á los suyos! ¡La Reina madre triunfa! ¡Hágase la voluntad de Dios!

Desde aquel dia, el nombre de Cárlos no salió ya de los labios de María: á no ser por la palidez de sus facciones y por la tristeza de sus ojos, nadie hubiera dicho que el huracan de las pasiones habia pasado por su vida: su carácter siempre dulce é igual, su constante cuidado en alegrar la vida de su padre, su asiduidad en los quehaceres domésticos, eran los mismos; pero un dolor secreto la consumia, y todo su consuelo consistia en ir de vez en cuando á ver á su hijo.

Maese Touchet decidió por fin traer al niño á su casa. María estaba del todo olvidada por el Rey, que segun de público se sabía, pasaba todas sus horas en fiestas, placeres y excesos de todas clases: el niño no estaba reconocido, y por tanto no corria peligro alguno su vida.

María agradeció profundamente á su padre esta

determinacion: con la vista de su hijo, parecia que su corazon recobraba alguna calma, y el cuidado del niño la distraia y le hacía más cortas las horas.

Pero el niño cayó enfermo y murió: quedó de nuevo sola con su pena la pobre madre.

Entónces creyó que debia escribir de nuevo al Rey, dándole cuenta de lo que pasaba, y así lo hizo: aquella carta, escrita con lágrimas del corazon, tampoco obtuvo respuesta.

María no insistió y volvió á quedar silenciosa: nada habia recibido del Rey, pues á tener algo suyo, aunque sólo hubieran sido algunas alhajas, se las hubiera devuelto.

¿Qué pasaba en el corazon de Cárlos IX? Mucho más de lo que su madre habia esperado.

Era tal la pasion con que se habia aficionado á los placeres y al desórden, que apénas tomaba descanso alguno, y su salud se deterioró de tal suerte, que sus mismos hermanos se alarmaron.

Catalina de Médicis fué á buscarle un dia á su cámara, y le explicó lo asustada que le tenía el estado de su salud.

—Hijo mio, le dijo, es preciso que os caseis.

—No pènseis en eso, madre mia, respondió el Rey; no tengo ninguna vocacion al matrimonio.

—A vuestra edad debiais estar casado ya, por

razon de Estado. La esposa que os he elegido es encantadora.

—¿Y quién es?

—Isabel de Austria: la nieta del Emperador de Alemania y Rey de España, Cárlos V.

—¡No podiais haber elegido una esposa que más me disgustase, que una princesa austriaca! repuso el Rey con una entereza que su madre no esperaba: permitidme que rehuse.

—Es una bella y amable jóven.

El Rey guardó silencio durante un instante, y luégo repitió:

—Perdonadme si no os complazco.

Y alejándose de su madre, se sentó en un sillon y se puso á hojear un *Tratado de Cetrería.*

La cólera vistió de púrpura las mejillas de Catalina: hasta entónces su hijo habia sido en sus manos el dócil instrumento de sus voluntades; pero la virtud conserva en el alma una suave y dulce bondad, y el vicio siembra en ella gérmenes de amargura y de rebelion. Catalina habia lanzado á su hijo en todos los desórdenes para dominarle mejor, y su hijo se le rebelaba, engañando por completo sus deseos y sus esperanzas.

En la mirada que la altiva princesa dirigió al Rey, iba envuelta una amenaza de muerte; saludó-

le y se retiró para reflexionar qué es lo que debia hacer.

Cuando hubo desaparecido, Cárlos arrojó el libro y se puso á pasear por la estancia con ademan de descontento y de fatiga: la idea de su casamiento le irritaba, como le enojaba todo desde hacía algun tiempo. Su alma estaba amargada, y su cuerpo estaba débil y quebrantado: sufria y le faltaba alguna cosa que él no sabía explicar y que era el contento del alma; era el encanto del amor verdadero: habia llamado *sus amadas* á todas las encantadoras jóvenes del *Escuadron volante de la Reina*, pero no habia amado á ninguna de ellas, sino durante algunas horas. Eran amoríos y no era amor lo que el Rey encontraba por todas partes; era *licencia* lo que respiraba; era cansancio del alma, la fatiga y el hastío que sentia.

—¡No! se decia paseándose por su estancia despues que su madre hubo salido. No me uniré á una mujer con lazos eternos cuando no puedo resistir á ninguna durante algunos dias: yo he perdido ya la facultad de amar, y soy bastante honrado para atar á mi destino á una jóven infeliz, á la que sin cesar engañaria!

Entre las nieblas del cerebro del Rey de Francia, debilitado por la vida mortífera que llevaba,

la dulce figura de María Touchet se habia desvanecido: era una de tantas olvidadas, porque el corazon del Rey adolescente se habia adormecido ántes de despertar del todo.

Cárlos IX iba ya siendo malo, por la ausencia de todo sentimiento tierno.

Pasados algunos dias, su hermana Margarita, á la que amaba con ternura, volvió á hablarle de su casamiento; pero Cárlos IX se dejó llevar de un acceso de cólera tan grande, que la Princesa se asustó y salió corriendo de la cámara.

—¡Ay madre! exclamó estrechándose contra Catalina, que la esperaba. ¡Cárlos no es ya el que era! ¡Jamas le hubiera creido capaz de semejante acceso de furia!

—De modo que hay que renunciar á que cumpla mis compromisos con Isabel de Austria? exclamó iracunda Catalina.

—Por ahora sí, madre mia.

—¡Por ahora..... repitió sombríamente la Reina, pero despues..... verémos!

IV.

Si el lector ha llegado á comprender el estado moral del Rey de Francia, un año despues de ha-

ber separado de él á María Touchet, puede suponer cómo seria este estado dos años despues de otros pasados en la misma aciaga vida.

Proverbiales han quedado en Francia las terribles cóleras de Cárlos IX; cóleras durante las cuales cargaba su arcabuz, y hacía fuego sobre todos los que se le ponian delante.

Las bebidas fuertes y el abuso de una vida completamente entregada á la licencia, habian debilitado su juicio y estaba ya muy cerca de perderlo, como el Rey Cárlos VI, su desgraciado antecesor.

Durante aquellos aciagos dias, la desgracia habia azotado tambien la débil existencia de María Touchet; no sólo habia perdido á su hijo: su padre tambien, su bueno é indulgente padre, su único amigo en la tierra, habia pasado á otra vida. María estaba sola y triste, y aunque la modesta fortuna de su padre la daba bienestar y sosiego materiales, su corazon solitario lloraba sin cesar por todos los que habia amado, arrebatados ya por el huracan del dolor.

No bien los rigores del invierno dejaban sitio al soplo embalsamado de la primavera, María dejaba á París, y se iba á su casita de las cercanías de Blois, donde habia conocido á Cárlos; y allí

lloraba por sus muertos, pues muerto para ella consideraba á su amante.

Muchos habian querido casarse con María, no sólo de su clase, sino de otras mucho más elevadas; pero ella no quiso escuchar ningun amor, y se consideraba viuda é inútil para volver á querer.

Tres años despues de haber conocido al Rey, y en una mañana de estío, tuvo María que ir á su casa de París, para recoger algun dinero que le era necesario; como muchas veces le sucedia, pasó por delante del Louvre.

Cárlos IX estaba sentado al lado de una ventana que pertenecia á una de las galerías: jamas habia sentido tal laxitud y tan amargo cansancio de la vida: sus cejas estaban contraidas; sus labios formaban dos pliegues á los lados, donde se podia leer un profundo hastío de todo; ajado, marchito, lívido, con los ojos hundidos, pálido y demacrado, Cárlos IX espantaba á todos y á sí mismo.

Miraba maquinalmente á la plaza, cuando sus ojos se fijaron en una jóven vestida de color oscuro y seguida de una mujer anciana: la jóven alzó los ojos á la morada de los Reyes de Francia: dos grandes y dulces ojos que se llenaron de lágrimas. El Rey la conoció, le pareció mil veces más bella en su dolor y en su resignacion, y volviéndose á

uno de sus oficiales, le dijo algunas palabras en voz baja.

El oficial salió al instante, y volvió pasado un rato.

—He seguido á esa jóven, señor, dijo: vive cerca de aquí, en una de las calles que hay detras de Palacio.

—Dentro de dos horas, contestó el Rey, al cerrar la noche, me acompañarás á su casa: ten preparadas para los dos capas oscuras.

El oficial era uno de los servidores de confianza de Cárlos IX: creyó que se trataba de una de tantas aventuras como todos los dias tenía el Rey, y no le extrañó nada en las órdenes que le daban.

Éste parecia transfigurado: las nieblas del hastío huian de su alma; la mirada de María le habia purificado: todos sus recuerdos dulces inundaban su mente como una lluvia de flores, y perfumaban la aspereza amarga de sus pensamientos: el amor, que se habia escapado furtivamente de su alma, entraba de nuevo en ella como soberano y señor.

Ver de nuevo á María, verla lo ántes posible: tal fué el pensamiento irresistible que se apoderó del Príncipe; y como al contrario de lo que hacía su madre, seguia siempre su primer movimiento, no habia terminado aquel dia feliz, cuando se ha-

llaba á los piés de su amada, implorando un perdon que ya se le habia concedido.

Al salir de este largo y delicioso éxtasis del amor correspondido, Cárlos se sintió transformado: la pobre casita de María le parecia un paraíso comparada con su palacio, donde habia pasado tantas horas de infernales dolores: el aposento en que se hallaban tenía cortinas de lana, muebles muy modestos, y sobre una mesa se veian útiles de labores de mujer, que hablaban de una vida humilde y laboriosa; pero habia flores en abundancia, y un hermoso retrato de Cárlos presidia y brillaba como el único objeto rico que allí habia.

Cárlos se sintió regenerado; no era ya el niño tímido, sustrayendo por la fuga á los siniestros celos de su madre el objeto de su ternura; era un hombre que queria hacer respetar á la elegida de su corazon, y que sabria conservar sus derechos á ser feliz.

—Os amo como ántes, más que ántes, María, dijo sencillamente: en cuanto llegue á Palacio informaré á mi madre de mis intenciones respecto á vos; no tengais ninguna inquietud; yo sabré hacerla consentir en que seamos libres para amarnos. ¡Que reine enhorabuena, porque la corona es bien pesada para mi frente de veinte años!

—Señor, respondió María Touchet, suceda lo que Dios quiera; en él y en vos tengo puesta mi confianza; haced, pues, vuestra régia voluntad.

El Rey abrazó con ternura á María, la besó en la frente y salió presuroso.

Algunos instantes despues estaba en el Louvre é iba á buscar á su madre.

Hallábase ésta en una espaciosa sala tapizada de cuero oscuro con arabescos dorados, la única que subsiste aún de las habitaciones de Enrique II. En esta sala era donde Catalina se instalaba despues de la cena, y allí recibia los homenajes de los cortesanos, instalada en un gran sillon de cuero que se colocaba al lado de la chimenea.

Catalina, rodeada de su córte, mucho más numerosa y brillante que la del Rey, estaba vestida de terciopelo negro, porque en toda su vida dejó el luto de su esposo: un gorro de terciopelo negro, que formaba punta hácia la frente, rodeaba su rostro, bello y casi perfecto, pero frio é imperioso como el de una de aquellas abadesas que eran soberanas en sus conventos y que por el feudalismo tenian vasallos y derechos de vida y muerte sobre todos ellos.

Precisamente un instante ántes de entrar el Rey, Catalina habia despedido á sus consejeros íntimos, Nostradamus y los hermanos Rugieri. Es

bien sabida la fe sin límites que la hija de los Médicis tenía en las ciencias ocultas; los astrólogos de su padre habian compuesto su horóscopo, desde que era muy niña, y habia visto cumplirse todos sus vaticinios con una precision extraordinaria.

Indudablemente se habia tratado de Cárlos y de sus amores en el conciliábulo que acababa de tener lugar, porque á las primeras palabras del Rey acerca de María Touchet y de su pasion por ella, Catalina le interrumpió.

—Todo lo sé, hijo mio, le dijo: no os canseis en darme explicaciones.

—De esa suerte, madre mia, exclamó impetuosamente Cárlos, sabréis tambien que María es una jóven sin ambicion, llena de respeto y de amor hácia vos, que nunca ha pensado siquiera en aparecer en la córte, y que prefiere á todo una dicha modesta é ignorada.

—Conozco sus sentimientos, repuso lentamente la Reina, y los apruebo.

—¡Oh, gracias, gracias, madre mia, por esas palabras! ¿De modo que permitiréis que María viva cerca de mí? ¿De modo que no os enojará mi amor por ella?

—No turbaré vuestra felicidad, hijo mio, si os

conformais con una sola condicion, dijo Catalina levantándose majestuosa y solemne.

—Decidla, madre mia, repuso el Rey dócilmente.

—Esta condicion es que no sacrificaréis á un capricho de vuestro corazon los intereses de vuestra corona; que os casaréis con la princesa Isabel.

—¡Me casaré cuando querais!, exclamó el Rey, cuya frente, que se habia cubierto de sombras, se iluminó de nuevo; ¿pero qué dicha puedo yo ofrecer á esa pobre jóven?

—Su belleza, sus gracias, su dulce carácter, os apartarán de María Touchet; así lo espero.

—Es una esperanza que no ha de realizarse, madre mia, os lo prevengo, dijo el Rey: ninguna mujer del mundo aventaja á María en gracias y perfecciones.

—Os casaréis dentro de tres meses, dijo Catalina sonriendo con expresion fiera y helada: ¡y despues..... verémos!

—¿Sabe ya la princesa Isabel cómo soy yo? preguntó el Rey. ¿Le agrado para esposo suyo?

—Sí, hijo mio, le agradais; os encuentra lo que sois, gallardo y gentil como vuestro padre, al que os pareceis en todo. Cárlos, si deseo que os caseis con Isabel, es porque quiero llevar á fin se-

guro la ruina de su casa, eterna enemiga de Francia y de Italia! Quiero que ésta última quede reunida y entera bajo el cetro de los Médicis. Dia vendrá, hijo mio, continuó Catalina con el aire inspirado que tan bien sentaba á sus hermosos ojos y gallarda cabeza, dia vendrá en que no habrá Alpes ni Pirineos, en que esos tres pueblos, Francia, Italia y España, unidos por la religion y la sangre, no formen más que uno; ved aquí, hijo mio, por qué combato el calvinismo. La Francia debe permanecer católica, ó desaparecer del mapa de Europa.

Y Catalina despidió á su hijo con una señal y entró en su dormitorio.

Cárlos pensó poco en esta política trascendental; su pensamiento no se hallaba encerrado dentro de los muros del Louvre.

V.

Algunos dias despues el Rey habia instalado á María Touchet en el ángulo que une la calle de Austria y la de Saint-Honoré, á dos pasos del palacio que él mismo habitaba, del sombrío Louvre; era una casita preciosa, construida por la Duquesa

de Alenzon en 1520 con todos los refinamientos del lujo; un patio la separaba de la calle.

Formaba sobre el jardin del antiguo hotel de Alenzon un pabellon de un solo piso; las ventanas estaban guarnecidas de guirnaldas de piedra blanca; el interior, por su sencillez y buen gusto, correspondia á la encantadora apariencia de las habitaciones; un pequeño jardin la aislaba de las casas vecinas.

En este nido misterioso es donde Cárlos IX abrigaba sus amores, cuando no llevaba á su amada al *Chateau de Madrid*, residencia campestre edificada por su abuelo Francisco I en memoria de su cautiverio en la córte de España.

María Touchet no tardó en ser madre por segunda vez; esta vez dió á luz á su hijo en el castillo de Fayet, en el Delfinado, el 18 de Abril de 1512. Catalina de Médicis, que decididamente le habia concedido su proteccion, hizo reconocer este niño por el Parlamento; se le bautizó con el nombre de Cárlos de Valois, y se le dió el título de Conde de de Auvernia.

¡Pobre nieta de Cárlos V! ¡Pobre Isabel! ¡Suntuosos desposorios la habian unido al Rey de Francia! Se casó apasionada y esperando un mundo de ventura, porque ya queda dicho que los amores de

Cárlos IX y de María Touchet tenian muy poca publicidad.

Bien pronto las ilusiones de la pobre princesa se desvanecieron como nubes llevadas por el viento; la jóven Reina supo la verdad; pero demasiado altiva para quejarse, se resignó con su desgracia.

La estrella de esta pobre princesa palidecia ante la de María Touchet; un año despues de su casamiento dió á luz una hija, á la que el Rey recibió con indiferencia, pues ya tenía un hermoso hijo. María no hacía á la pobre Reina ni siquiera el honor de estar celosa de ella.

Un dia, ántes de las bodas reales, vió un retrato de la princesa Isabel, y despues de mirarle tranquilamente, dijo sonriendo:

—La alemana no me causa miedo.

Cuantos la oyeron calcularon que sabía hasta dónde llegaba su poder, y que estaba cierta de que el Rey no podria pasar sin ella.

No era por cierto una víctima resignada como Isabel la que podia contrarestar en el alma del Rey la influencia de María. Isabel, que segun el mismo mordaz Brantome, era una de las reinas más bonitas y más amables que se han conocido, y que jamas causó una pena á nadie, ofrecia á Dios sus lágrimas y pasaba las noches en leer en su libro de

horas al verse completamente olvidada de su esposo.

El hijo de María Touchet era el verdadero retrato de Cárlos IX, y desde niño tenía sus facciones, sus gestos y su sonrisa; el Rey pasaba largas horas en el nido que abrigaba sus amores, haciendo saltar al niño sobre sus rodillas.

¡Deliciosas horas, que debian ser muy breves! La Reina madre, convencida de que Cárlos tenía una voluntad, discurria de qué manera se desharia de él; en el corazon de aquella mujer la ambicion más desenfrenada habia ahogado hasta los más sagrados sentimientos de la naturaleza, y todo le parecia necesario para asegurar su poder y su ambicion de mando.

Nadie mejor que Catalina de Médicis conocia las brillantes prendas de Isabel de Austria, la esposa de su hijo; habia heredado esta princesa la dulzura y la conformidad de su madre María, y la belleza de su abuela, la emperatriz Isabel, esposa de Cárlos V, cuyo nombre llevaba. Catalina, siguiendo su sistema, separaba cada dia más de la pobre jóven el corazon de su esposo, protegiendo sus amores con María Touchet, y presentándole ademas otras favoritas oscuras, en cuyas redes el Rey caia alguna vez, pasados algunos meses de su reconciliacion con María.

Y sin embargo, en el corazon de Cárlos IX habia disposiciones para haber amado á su mujer, complacíase en su trato, y muchas veces decia á sus cortesanos:

—Mi jóven esposa es la mujer más bonita, la más sábia y la más amable de Europa.

Catalina, temiendo al talento de la jóven Reina, la tenía tan apartada de los negocios, que segun dicen los historiadores franceses, jamas se habia visto otra soberana que ignorase tan completamente hasta lo que sucedia en la córte.

A pesar del empeño con que separaba todos los obstáculos, la Reina madre sentia vacilar su poder; los príncipes hugonotes habian crecido tanto en valimiento y fuerza, que tenian los primeros puestos de la córte y del reino, y salian siempre al encuentro de Catalina en todos sus manejos y maquinaciones.

Los señores hugonotes no sólo aborrecian á Catalina, sobrina del papa Clemente VII y fanática católica, si no que amaban al Rey y áun más á la Reina, cuya triste suerte y abandono compadecian.

Catalina, con el pretexto de que asistiesen á las bodas de su hija Margarita con Enrique de Navarra, príncipe de Bearn, atrajo á Paris á todos los jefes del partido calvinista.

—Cárlos, dijo á su hijo entrando en su cuarto : ha llegado la hora de poner término á las demasías de los herejes ; de ellos es el poder ; ellos tienen minado el reino, arruinada la nacion y usurpado el poder Real. Mueran pues!

—¡Mueran! repitieron los Duques de Anjou; Guisa, Nevers, Biraques y Tavannes.

—¡ Qué decís ! exclamó Cárlos IX atónito: ¿una matanza dentro de París? ¡Esos hombres están desarmados é indefensos! ¡Que vuelvan á la lucha los católicos, al campo de batalla!

—¿Y acaso hallaréis soldados? exclamó impetuosamente Catalina. ¡Ellos los tienen comprados! ¡ Señor, no vacileis! ¡Esos hombres conspiran para arrojaros del trono! Aprovechemos la ocasion de estar los principales jefes en París. ¡Mirad que es piedad ser cruel, y crueldad ser clemente!

—¡Dejadme, dejadme! exclamó el Rey sofocado. ¿ Cómo he de dar órden para una matanza indigna?

Pero se halló con la mirada fria é imperiosa de su madre, y aquella mirada fija pareció romper todos sus nervios, y doblegarle como á las fieras el cazador que las conduce enjauladas.

—Si no firmais esta órden, hijo mio, salgo al instante de Francia y me vuelvo á Italia, dijo Catalina con voz breve y dura.

Ante la perspectiva de quedar solo al frente de todos los asuntos de Estado, el Rey quedó aterrado: ¿qué entendia él de todo aquello? Él, ocupado en hacer y leer versos, en amar á María y en jugar con sus hijos, que sabía del difícil y amargo arte de gobernar?

Catalina habia extendido sobre la mesa un pergamino. Cárlos tomó con mano trémula una pluma que se le ofrecia, y sin leer, puso su firma al pié de la órden.

Eran entónces las ocho de una calurosa noche del mes de Agosto. La Reina, sentada en su cámara, mecia á su hija, la princesa María Isabel, que contaba sólo tres ó cuatro meses, y la adormecia con una canturía dulce y melancólica.

Algun tiempo despues entró el Rey, y se arrojó lleno de pavor en los brazos de su esposa.

Estaba pálido y desencajado, é Isabel le miró asustada.

—Señora, amiga mia, exclamó Cárlos con voz ahogada; perdonadme todos mis errores y consoladme..... mi espíritu está turbado..... mi razon se extravía.... mi madre....

—¡Calmaos, Cárlos!, exclamó Isabel; decidme lo que quiere vuestra madre.

—¡Una infamia! ¡Una cosa horrible!, exclamó

el Rey sin ver la triste sonrisa que pasó por los labios de su esposa y que queria decir :

—¡Todo lo creo de ella!

—Mi madre quiere la matanza de todos los hugonotes aquí, dentro de París....

—¡Qué escucho!, exclamó Isabel; ¡eso sería echar sobre vuestra frente y la de vuestra hija una mancha de sangre, horrible, indeleble! ¡miradla, señor; respetad su inocencia, y negaos á lo que pide vuestra madre!

Isabel se detuvo; en el umbral de la puerta estaba la severa figura de Catalina que la miraba con acerba sonrisa.

—¿Quereis que mi hijo pierda el trono de su padre, señora?, le preguntó; sois una niña, Isabel, que no entiende nada de los asuntos del Estado, ni debe mezclarse en cosas de tanta trascendencia.

Y tomando la mano del Rey le hizo levantar; se apoyó en su brazo y salió lentamente de la cámara, llevándoselo consigo.

A la una y media de aquella noche la campana del Louvre hizo una señal convenida de antemano, y esta señal se repitió en todas las iglesias de París. En un instante aparecieron iluminadas todas las ventanas; las calles se llenaron de solda-

dos; por todas partes se veian correr hombres armados, llevando cruces blancas en las caperuzas, y un lazo blanco tambien en el brazo izquierdo: eran los católicos.

Coligni fué la primera víctima; el Duque de Guisa, queriendo vengar á su padre, le mató en su propia casa, y arrojaron por la ventana su cuerpo, atravesado de muchas puñaladas.

El bastardo de Angulema, uno de los jefes católicos, se acercó; aseguróse de que habia espirado, y gritó á sus soldados:

—Continuemos nuestra obra; ¡el Rey lo manda!

A estas palabras, pronunciadas con voz fuerte en la plaza del Louvre, respondió un grito lastimero; la Reina las habia oido; ignorando aún en la forma que debia tener lugar la persecucion de los hugonotes, y asustada por los gritos y el resplandor de las hachas, se habia levantado del lecho, y acercándose á la ventana de su cámara, bien pronto la terrible verdad apareció á sus ojos; al oir las palabras del Duque de Angulema, un grito penetrante se escapó de sus labios y se dejó caer de rodillas, pidiendo á Dios con lágrimas el perdon de aquel gran crímen que cometia el Rey.

¡Horrible fué la noche del dia de San Bartolomé, 24 de Agosto de 1572!; los jefes católicos,

conducian de casa en casa á sus soldados, y los hugonotes, entregados al sueño, fueron bárbaramente asesinados en sus propios lechos; los que avisados por el tumulto saltaban por las ventanas, eran alcanzados por las balas de los arcabuces, y hallaban la muerte en medio de las calles; sus cadáveres, arrastrados por el populacho, eran despues arrojados al Sena.

Fuerza es decirlo: el Rey Cárlos IX se embriagó con el espectáculo de la sangre y de la matanza; su débil cabeza se desvaneció, y á las primeras luces del alba del dia siguiente, se le vió haciendo fuego con su arcabuz en la ventana de su cámara á los últimos desdichados que huian de la matanza desnudos y despavoridos; durante algunas horas el Rey estuvo loco.

Cuando el sol apareció en el horizonte alumbrando lagos de sangre, Cárlos IX dió órden para que cesára el degüello, pero fué imposible conseguirlo; durante tres dias siguió la matanza sin descanso, á pesar de las órdenes del Rey, de sus ruegos y de su desesperacion.

La degollacion de los hugonotes no tuvo lugar sólo en París. En toda Francia corrió la sangre á torrentes.

VI.

La ventura de María Touchet se habia ahogado en la sangre de los hugonotes.

Apénas cesó la matanza, el Rey salió á la calle y fué á casa de su amada; desde Palacio á la morada de María habia tropezado con veinte cadáveres. Cárlos llegó pálido, con la mirada extraviada y la frente bañada de un helado sudor. Por la primera vez rechazó las caricias de la jóven, y no se inclinó sobre la cuna de su hijo.

—¡No te acerques, dijo á María; ¡estoy lleno de sangre! ¡yo la he mandado verter! ¡yo he dado la órden de esa terrible matanza!; de hoy en adelante seré un objeto de horror para todos.

—¡No para mí, mi querido señor!, exclamó dulcemente María; ¿no dicen que era menester limpiar el reino de la herejía? ¿Por qué os pesa ahora de las órdenes que habeis dado?

—¡Yo mismo soy un asesino!, exclamó el Rey con voz doliente: ¡yo he degradado la majestad Real hasta el extremo de hacer fuego sobre hombres desnudos é indefensos! ¡Véte, aléjate de mí; estoy cubierto de sangre!

Y al ver que María en vez de alejarse le tomamaba las manos con ademan suplicante, se desasió violentamente y salió de la casa como si no pudiese soportar la vista de nadie.

Desde aquella noche terrible en que la imperiosa Catalina habia violentado su régia voluntad, el infortunado Príncipe no tuvo ya un instante de reposo; para arrojar de su lado á los sangrientos fantasmas que le perseguian, se arrojó en todos los excesos del libertinaje más furioso y se empleaba en los ejercicios más violentos; de vez en cuando aparecia en casa de María Touchet, y le decia:

—Amada mia, estoy condenado y moriré muy pronto.

Abrazaba al decir esto á su hijo y añadia:

—¡Dichoso tú, que no serás rey!

María habia recibido no sólo del Rey, sino de la misma Reina madre, ricas alhajas y cuantiosas rentas, anexas éstas últimas al señorío de Belleville, en cuya posesion se la habia puesto: al castillo de este nombre hubo de retirarse María cerca de un año despues de la matanza de San Bartolomé, porque apénas veia al Rey, más enfermo y más trastornado cada dia; sus propias rentas, y las de su hijo, el pequeño Cárlos de Valois, con-

de de Auvernia, le bastaban para vivir en la opulencia, atendida la gran modestia de sus gustos.

Cárlos IX sufria mucho, pero su madre sufria tanto como él; desde la noche fatal en que le habia convertido en asesino, el hijo habia concebido por la madre una aversion profunda, huyendo hasta de verla.

Si Catalina le hablaba de algun asunto importante, jamas admitia discusion, sino que le decia:

—Enviádmelo para enterarme yo y decidir, señora.

—Antes, observó un dia Catalina con amargura, os fiabais de mí y me dejabais la decision de todo.

—¡Y ahora, señora....., hay sangre entre nosotros dos!, contestó el Rey con voz que temblaba de cólera y de espanto. ¿Cómo quereis que me fie para nada de vuestro terrible criterio?

De esta suerte la déspota Catalina fué viendo escaparse de sus manos, y uno á uno, todos los asuntos del Estado, y las decisiones del Rey, ayudado por sus consejeros, castigaban á los partidarios de su madre, arrojándolos de los primeros puestos del Estado que estaban ocupando por las buenas gracias de Catalina.

Ésta rugia como una leona encadenada; la am-

bicion de reinar era para ella como un cáncer que la devoraba; el poder se le escapaba cada dia un poco más, y su papel iba á ser tan pasivo, que el Rey queria obligarla por este medio á abandonar la córte, y á que se retirase á sus Estados de Toscana.

En vano probó á dominar de nuevo al Rey con los encantos de su *Escuadron volante;* Cárlos IX enfermo, iracundo, con el cerebro exaltado por los remordimientos, no queria más que dos paliativos: ó lo más terrible y abyecto de los apetitos brutales, ó la compañía de María Touchet y de su hijo; el amor no tenía ya entrada en el corazon del Rey; la galantería le fatigaba como un trabajo penoso, y Catalina de Médicis halló bien pronto que todos sus esfuerzos eran completamente inútiles.

Cárlos IX tenía por María Touchet un tierno respeto y una profunda estimacion; en cuanto á la jóven, á pesar de verse casi abandonada por su amante, jamas pensó en que pudiera ella amar á otro hombre, ni vió en él más que un enfermo moral, al que era preciso cuidar y consolar.

El Marqués de Entragues, gobernador de Orleans, la vió en su castillo de Belleville, y quedó prendado de su dulce y graciosa belleza: supo al instante que era *la amiga* del Rey, y entónces re-

cordó que poco ántes de haberla conocido Cárlos IX la habia visto él en la tienda de su padre, maese Touchet, y le habia parecido encantadora.

Cuando fué notorio que el Rey apénas veia á María una vez por mes, Cárlos de Balzac, marqués de Entragues, fué á ver á la jóven y le ofreció su amor y su mano; pero ella rehusó modesta y noblemente:

—Vos no seriais dichoso conmigo, señor Marqués, porque no me estimariais, le dijo; sería una vileza abandonar al Rey, enfermo y triste, cuando él no me abandona.

—¿Pues áun os parece que se olvida poco de vos, señora?, exclamó impetuosamente el Marqués. ¡Sé con seguridad que apénas le veis!

—¡No importa! El lazo que nos ha unido subsiste todavía.

—¿Y por qué no le rompeis vos?

—¡Porque no debo hacerlo, ni podria! Si pensárais que yo puedo arrancar un amor de mi corazon y sustituirle en el mismo dia con otro nuevo, no querriais este corazon.

—¿Amais al Rey?

—Sí, señor; le amo, aunque él se olvide de mí; es desgraciado, y le perdono lo que quizá no haria si fuese dichoso.

—Sois un ángel, señora, dijo el Marqués; prometedme que si el Rey muere seréis mia; entónces os miraria como á una viuda que ha sido la más ejemplar, la más sufrida de las esposas, y que ofrece para el porvenir garantías sérias de felicidad.

—¿El Rey está, pues, amenazado de muerte? preguntó la jóven asustada.

—¡Quizás sí! respondió el Marqués.

—¿Y por quién?

—¡Por su eterna enemiga! ¡Por su madre! Decidle que varíe de conducta..... ó está perdido.

María tardó muchos dias en ver al Rey; fué ocultamente á París y se informó de lo que ocurria; al parecer, todo estaba tranquilo; pero era el lago cristalino en la superficie y lleno de negro cieno y de espantosos reptiles en el fondo. Cárlos IX estaba irrevocablemente sentenciado á muerte.

VII.

Amanecia apénas una lóbrega mañana de invierno; tan tenue era la primera luz del alba, que en el cuarto del Rey ardia una lámpara de plata

y bronce, colocada sobre una mesa; Cárlos IX se hallaba acostado, y las cortinas de brocado de su lecho se hallaban á medias descorridas.

Una rica camisola de batista y encajes mezclaba sus flexibles pliegues á las sábanas ondulosas del lecho; la colcha y las cortinas eran de raso carmesí, bordado de pequeñas lises de oro, combinacion riquísima y usada por los reyes de Francia, siempre amantes del lujo y de la esplendidez. Cárlos dormia con un sueño agitado, y cerca de su lecho, recostados en dos anchos sillones, dormian tambien, envueltos en sus capas, dos gentileshombres de servicio.

A la puerta de la cámara habia una fuerte guardia.

Pero ¿qué valian todas estas seguridades vulgares y rutinarias, ante la astucia y la firme voluntad de una hija de los Médicis?

Separóse un tapiz; abrióse una puerta, cuya existencia nadie sospechaba y que era tan pequeña que sólo podia dar paso á un niño, y encorvándose en dos, sigilosa como la pantera que se encoge para saltar sobre su presa, Catalina entró en la cámara de su hijo con tanto silencio como si fuera una sombra; una vez dentro, enderezó su alta estatura.

Traia en la mano un libro grande, y estaba tan pálida como un cadáver; sobre la punta de los piés llegó á una mesa donde habia papeles y pergaminos, y dejó sobre ella el libro, cuyo título, que se podia leer en la cubierta, decia:

Tratado de la caza de cetrería.

Catalina, despues de dejar el libro sobre la mesa, se acercó al lecho y miró á su hijo; á su pesar sin duda, su corazon empezó á palpitar aceleradamente; la lividez de sus mejillas dejó lugar á un leve sonrosado, y las lágrimas humedecieron sus ojos.

Pero enjugándolas con el dorso de la mano, como hijas de una indigna cobardía, salió de la cámara como habia entrado, y desapareció por la puerta secreta.

Ya era hora: uno de los gentiles-hombres despertó casi en el mismo instante, se acercó al lecho y tocó al Rey en el hombro.

Cárlos se incorporó al instante.

—¿Ha dormido V. M. bien? preguntó el que le habia despertado.

—Ménos mal que otras veces, Conde, repuso el Rey.

Y saltando al suelo se vistió al instante, con la

ayuda de sus camareros, que acudieron al oir su voz desde los piés del lecho, donde esperaban.

Entre tanto, un ayuda de cámara apagó la lámpara, abrió las maderas de las ventanas y descorrió las cortinas.

No bien vestido Cárlos, se acercó á la mesa, donde habia visto un libro nuevo; le examinó, se sentó y empezó á hojearlo.

—¡Calla! ¡Es un Tratado de caza, dijo, y el mejor y más completo de cuantos he visto! ¿Quién lo habrá traido? De fijo ha sido anoche mi hermano el Rey de Navarra, y al acostarme no reparé en que estaba aquí!

El Rey se detuvo: las hojas del libro estaban pegadas una con otra; se humedeció los dedos y las separó.

Esta operacion se repitió muchas veces; las hojas estaban pegadas todas.

—Señor, ¿no almuerza V. M.? —preguntó uno de los gentiles-hombres que habia relevado á los que habian hecho el servicio de la noche.

—No tengo gana, contestó el Rey; desde que me he levantado se me parte la cabeza de dolor.

—Quizá el tomar algun alimento aliviará á V. M.

—¡Almorzaré, pues! Avisad á la Reina mi

esposa, y decidle que, hallándome algo mejor, le pido el favor de desayunarme en su compañía.

El Duque de Tavannes salió á desempeñar esta comision; el Rey volvió al libro, á despegar las hojas con el auxilio de sus dedos mojados, y á leer sus páginas acerca de la caza.

Su Majestad la Reina espera en el comedor, señor, dijo el Duque de Tavannes.

—Que nos sirvan aquí... ¡Siento frio! dijo el Rey, que se iba poniendo lívido; rogad á S. M. que venga... yo no puedo salir...

Cubrióse la mesa como por encanto, y pasado un momento, entró Isabel presurosa.

—¡Cuánto os agradezco, señor, el que me inviteis á vuestro almuerzo! exclamó gozosa; pero el acento espiró en sus labios; tomó asustada las manos del Rey y exclamó:

—¿Qué teneis, señor? ¡Vuestra palidez me espanta! ¿Qué teneis?

Cárlos puso su mano sobre la rubia cabeza de la Reina, arrodillada á su lado, y murmuró:

—¡No sé qué tengo! ¡Pero creo que voy á morir!

En el mismo instante el semblante y las manos del Rey se cubrieron de puntos rojos muy pequeños, que fueron creciendo progresivamente hasta

convertirse en gotas líquidas; agobiado por un fuerte dolor, el desventurado Monarca llevó una mano á la frente, y la retiró llena de sangre. Al verla, dió un grito tan espantoso que todos los presentes temblaron.

—¡Es sangre! exclamó; ¡es la sangre de los hugonotes! ¡Estoy bañado en sangre, y esta sangre me ahogará!...

Una terrible convulsion le cortó la palabra; Cárlos IX estaba atacado de la terrible enfermedad llamada *sudor de sangre*, y producida siempre por un veneno activo y mortal.

Era entónces el primer caso que se veia; las hojas del Tratado de caza habian sido pegadas unas á otras con gran cuidado por medio de una composicion química, preparada por los hermanos Rugieri, y en la que entraba uno de los más terribles venenos de los Médicis.

Los mismos Rugieri envenenaron con unos guantes perfumados á Juana de Albret, Reina de Navarra; con una rosa, á la señorita de Clermont, y con un dulce, á Mme. de la Tremouille.

Los criados del Rey fueron á avisar á toda la familia Real; la Reina madre acudió la primera; estaba lívida y convulsa; al ver á su hijo tendido en el lecho y bañado en sangre se apoyó en una de

las columnas del lecho y fijó en él una mirada profunda y llena de desolacion.

Pero bien pronto el atroz disimulo de su carácter, que se habia modelado por el sistema de Maquiavelo, dominó la situacion, inclinóse sobre el Rey y le preguntó:

—¿Cómo es sentís, hijo mio?

—Muy mal, madre, respondió Cárlos; ¡vedme bañado en sangre y devorado por la fiebre! Me muero.

—Cobrad ánimo; esto pasará, dijo Catalina: y añadió al ver entrar á Margarita y al Duque de Anjou:

—Aquí están vuestros hermanos que vienen á veros y á haceros compañía.

Pero la Reina de Navarra y el Duque hicieron un violento ademan de terror al ver al pobre Cárlos, y se apartaron algunos pasos.

—¿Qué haceis? exclamó severamente Catalina dirigiéndose á los aterrados príncipes: ¿no veis que le dais la muerte? ¡Disimulad y acercaos al Rey!

Obedientes á la voz de su madre, se aproximaron al lecho; la jóven Reina, inclinada sobre su marido y disimulando su dolor, le enjugaba sin cesar la frente y las mejillas con pañuelos de batista, que se empapaban al instante.

Los médicos del Rey llegaron á toda prisa ; á la vista del pobre jóven cubierto de sangre, y de aquel lecho ensangrentado tambien, se miraron atónitos y pasmados de pavor ; examinado el enfermo, oida la relacion de sus padecimientos empezaron á sospechar la verdad; se miró todo lo que habia tocado y usado el Rey los últimos dias. Catalina les ayudaba en sus investigaciones, interrogando á todos y buscando todos los objetos.

—Esta mañana al levantarse halló aquí Su Majestad ese libro que no conocia, dijo uno de los gentiles-hombres de servicio, y le estuvo examinando. Por cierto que se impacientaba, porque estando pegadas las hojas, tenía que verlo muy lentamente.

Uno de los médicos se apoderó del libro, y señalando una copa de plata para quemar perfumes, ordenó que la llenasen de fuego, lo que se ejecutó al instante.

Arrancó el doctor una de las hojas pegadas y la aproximó á las ascuas : inmediatamente tomó un color verdoso, y luégo negro.

—¿Quién ha traido aquí ese libro? preguntó el doctor.

Todos callaron.

—Que se prenda al instante á todas las gentes que han hecho esta noche el servicio, dijo el médico

saliendo al fondo de la cámara; ese libro está envenenado; el Rey, al humedecer los dedos para volver y despegar las hojas, ha tragado el tósigo; no vivirá dos dias.

Los desdichados gentiles-hombres que dormian en los sillones, cuando Catalina llevó el fatal tratado de cetrería, salieron entre soldados. Catalina los vió alejar impávida.

Al amanecer del dia siguiente Cárlos IX exhaló el último suspiro, nadando aún en un terrible y y copioso sudor de sangre.

VIII.

María Touchet creyó quedarse sola en el mundo al saber la muerte del Rey; le habia amado sencilla y fielmente, y su pérdida dejó en el corazon de la pobre jóven un hondo vacío.

Entónces fué cuando recogió el premio de su prudencia; no habiéndose mezclado para nada en los negocios ni en la política, no habiendo tomado parte en ninguna intriga, nadie la inquietó, y quedó en pacífica posesion de sus bienes y de los de su hijo.

Pasados algunos meses, el Marqués de Entragues se presentó en su casa.

—Ya sois viuda, le dijo; consentid ahora en ser mi esposa.

—Más tarde os contestaré, repuso María; no quiero daros un corazon triste, é indiferente para vos; la cruel herida que ha recibido necesita tiempo para cicatrizarse.

Muerto Cárlos IX, su esposa se volvió á Viena tan pronto como Enrique III, Rey de Polonia, dejó aquellos Estados para venir á ocupar el trono vacante por la muerte de su hermano Cárlos IX. Isabel no queria vivir al lado de la cruel Catalina, ni áun verla; porque aunque jamas se supo quién habia puesto sobre la mesa del Rey el Tratado de caza, el corazon de Isabel de Austria le decia que la ambiciosa hija de los Médicis, perdido su ascendiente en el corazon de su hijo, habia querido deshacerse de él.

La princesa María Isabel, hija de Cárlos IX, que siguió á su madre á Viena, murió al cumplir los seis años de edad. Y su madre, inconsolable, se retiró al monasterio de Santa Clara de Viena, donde, aunque sólo tenía veinte y un años, pasó diez y seis, falleciendo á los treinta y siete.

En cuanto á Catalina, se halló en su hijo Enrique III (el más tímido y apocado de todos sus hijos) con una voluntad de hierro: noticioso de la

espantosa muerte de su hermano, al que amaba de todas véras, é informado tambien de los rumores de la córte, se dijo que Cárlos era una víctima de la terrible Catalina; y apénas sentado en el trono de Francia, su primer decreto fué para desterrar á su madre al fondo del Lauragüais y para enviar á Italia á los consejeros privados de Catalina, con una fuerte guardia de vista, que *por equivocacion* les dió muerte en el camino, y en medio de la noche.

Catalina de Médicis se entregó de tal modo á la desesperacion, que declarándosele una fiebre cerebral, murió de sus resultas en 5 de Enero de 1589, despues de predecir á Enrique que le habian de suceder grandes desgracias. Enrique III ni manifestó sentimiento por aquel suceso, ni cuidó siquiera de los funerales de su madre.

El cadáver de la hija de los Médicis fué puesto en una arquilla y depositado en un sepulcro ménos que modesto, y Francia pareció aliviada de un peso terrible.

María Touchet casó al fin con Cárlos de Balzac, marqués de Entragues y gobernador de Orleans.

Cárlos de Valois, el hijo que habia tenido de

Cárlos IX, quedó bajo su tutela, y en la posesion de los ducados de Lauragüais y de Auvernia, que constituian parte de la viudedad de su abuela Catalina de Médicis, y que ésta le habia legado.

Más tarde, Margarita, primera esposa de Enrique IV hizo anular esta donacion por el Parlamento: mas Luis XIII indemnizó al conde Cárlos de Valois, dándole el ducado de Angulema.

María tuvo dos hijas de su enlace; la mayor fué la célebre Marquesa de Verneuil, despues querida de Enrique IV.

La segunda, María de Balzac, tuvo la desgracia de amar á un fatuo, al mariscal de Basompierre, que pagó el amor de su esposa, ultrajando y calumniando á la madre de ésta, María Touchet.

Sin embargo, la memoria de esta dama es digna de respeto. Amó á Cárlos IX de todo corazon, y sólo por amor fué su favorita á los ojos del mundo entero.

Jamas pidió nada á su regio amante; jamas se mezcló en intrigas políticas; jamas habló mal de nadie; jamas quiso ruido ni esplendores, nada en fin de lo que habian ansiado y obtenido las otras favoritas, sus predecesoras: tierna y sencilla, le bastaba una dicha apacible é ignorada de todos.

Despues de casada María Touchet, fué mode-

lo de esposas y de madres. Su esposo la amó muy de véras; y si alguna vez se distrajo en desórdenes culpables, la estimacion que tenía á su esposa no disminuyó jamas.

María Touchet, murió á la edad de 89 años, y fué enterrada en la iglesia de los mínimos de la plaza Real: su epitafio decia así:

« Aquí yace la alta y podorosa señora María Touchet de Belleville, viuda del muy alto y poderoso señor Cárlos de Balzac, señor de Entragues. Murió el 28 de Marzo de 1638, á la edad de 89 años. »

GABRIELA DE ESTRÉES,

DUQUESA DE BEAUFORT.

I.

Uno de los nombres que la tradicion ha rodeado de más poética aureola, es ciertamente el de Gabriela de Estrées.

Esta bella querida del rey de Francia Enrique IV, estaba sin embargo muy léjos de la popularidad cuando vivia. Su lujo, sus títulos y su esplendor la hicieron muchos y poderosos enemigos.

Gabriela fué Marquesa, más tarde Duquesa y todos temian verla sentarse en el trono: casado el Rey con la bella Margarita de Valois, sólo pensaba en divorciarse de ella para casarse con Gabriela, y el pueblo contaba á ésta como otros tantos crímenes su belleza y su talento.

Francia estaba cansada de favoritas, y las odia-

ba: la misma María Touchet, tan modesta y tan inofensiva, le habia sido aborrecible, y decian que por ella la Reina Isabel, que habia sido tan generosa para los pobres, habia sido tan desventurada, y habia tomado tal horror á la Francia, volviéndose á Viena.

Al dia siguiente de llegar un genoves á París, fué detenido á las puertas del Louvre por la litera de la bella favorita.

—¿Quién es, preguntó, esa bella dama tan ricamente vestida, y á la que rodea tan numeroso cortejo de caballeros y de señoritas?

—No hagais caso de *eso*, respondió el buen plebeyo á quien se habia dirigido, y poneos el sombrero: es la querida del Rey, y no vale la pena de que os resfrieis.

Las joyas de Gabriela de Estrées, sus ricos trajes y sus diamantes causaban envidia á todas las mujeres. A cada ceremonia pública, hallaban nueva y abundante materia para la crítica y para odiarla más.

—¡Aun otro traje nuevo! exclamaban: ¿cuánto valdrá?

El pueblo se obstinaba en ver en ella la causa de todas sus desgracias; de buena gana la hubiera acusado del mal tiempo y de las malas cosechas;

el Rey Enrique IV era tan económico que rayaba en mezquino, y al ver su esplendidez decian que Gabriela le arruinaba y le impedia hacer ningun bien.

El tiempo ha hecho más por Gabriela de Estrées que los panegíricos de sus poetas y de sus historiadores: cada año ha añadido algunos rasgos encantadores á la leyenda de sus amores, leyenda romántica é interesante. La popularidad de esta mujer seductora ha crecido á la sombra de la popularidad del Bearnés, y el nombre de la bella Gabriela se ha hecho inseparable del de Enririque IV.

Gabriela era hija de Antonio de Estrées, vizconde de Soissons: ella era la mayor de seis hijas, y ademas tenía un hermano, el mariscal de Estrées. Llamábanse á estos siete hijos del vizconde Antonio, *los siete pecados mortales:* y siendo sus padres muy pobres, cuéntase que Gabriela fué vendida por ellos á Enrique IV, mediante la suma de seis mil escudos.

Hallábase Gabriela con su familia en el pobre castillejo de Coeuvres, cuando el Rey, que pasaba á caballo, la vió al lado de una ventana: llamóle la atencion su belleza, y preguntó á sus cortesanos quién era aquella linda jóven.

—Señor, le contestó uno, es hija de un noble

arruinado por el juego; del Vizconde de Soissons; su hermosura le ha dado muchos amantes; dícese que el difunto rey Enrique III, vuestro hermano político, no era insensible á sus encantos.

El Rey guardó por entónces silencio acerca de este asunto; pero tampoco habló acerca de ningun otro, preocupado con la imágen de Gabriela.

El objeto de esta preocupacion la merecia; era tan hermosa, que sólo se la conocia por el apodo de *La bella Gabriela;* su estatura alta era esbelta y elegante; era blanca como el nácar, y su copiosa cabellera rubia, de una belleza y abundancia incomparables; tenía los ojos grandes y del más hermoso azul, y su boca era la más perfecta y adorable de sus facciones.

Unicamente la nariz de Gabriela pecaba un poco de larga y aguileña; pero la curvatura que en ella se advertia daba á su semblante una expresion encantadora de gracia y distincion.—Tambien podia tachársela de falta de carnes, y tanto, que el rey Enrique III, segun dicen los historiadores, la encontraba «demasiado blanca y demasiado delicada», y cansado muy pronto de sus amores con ella, dijo á uno de sus cortesanos:

—Para blanca y flaca, tengo bastante con la Reina mi esposa.

De los informes que Enrique IV tomó secretamente, resultó que Gabriela habia tenido por amantes, ademas del rey Enrique III, al rico Zamet (en cuya casa murió) y á algunos otros; pero habiéndola visto el cardenal de Guisa, se enamoró de ella tan violentamente, que atropelló por todos los obstáculos.

Durante un año se amaron; pero la señorita de Estrées se dejó conmover con los suspiros del Duque de Longueville, y el Cardenal, celoso, rompió bruscamente con ella.

Siguió, pues, con el Duque, al que sucedió el Conde de Stanay, y éste tardó poco en dejar su sitio al Duque de Bellegarde, que era el amante de Gabriela cuando el Rey la vió y quedó fuertemente impresionado de su hermosura.

Amante feliz de la inconstante Gabriela, embriagado con la rara fortuna de ser amado de una mujer tan encantadora, el Duque de Bellegarde no sabía á quién contar su dicha, á quién ponderar los encantos de su amada, cuando tuvo la desdichada idea de elegir á Enrique IV, aunque sabía cuán inflamable era el corazon del Monarca.

El Rey habia olvidado ya á Gabriela, pues hacía algunos dias que la habia visto, y estaba muy ocupado entónces en sus amores con María de

Beauvilliers. Pero fueron tantas las ponderaciones del Duque, tal la pasion con que le pintaba sus gracias, su belleza, su talento, que oyendo exaltar incesantemente los encantos de aquella mujer, Enrique IV se enamoró perdidamente de ella, y rogó al Duque le dejase admirarla, acompañándole á casa de Gabriela.

La primera entrevista del Rey con la jóven tuvo lugar en el pequeño castillo de la Picardía, donde el Rey la habia visto ya asomada á una ventana; á los dos dias, el Duque de Bellegarde recibió órden de no ver más á su bella amiga, ni pensar en ella.

II.

Gabriela de Estrées no se parecia á sus antecesoras las favoritas de los otros reyes; habia tenido muchos amantes, y por consiguiente, era muy hábil en galantería.

El Duque de Bellegarde prometió todo lo que se le exigió, pero advirtió en secreto á Gabriela de las exigencias del Rey; y la jóven, sea que amase verdaderamente al Duque, sea que buscase el modo de irritar al Rey con una resistencia calculada,

recibió al principio muy mal á Enrique, y le declaró claramente que preferia al Duque de Bellegarde, con el que debia casarse.

El Rey se sintió amargamente contrariado; habitaba en Nantes, á seis leguas del castillo de Gabriela; un dia se disfrazó de aldeano, se puso en la cabeza un saco de harina y entró así en el castillo de su bella enojada. Gabriela le recibió peor que la vez primera, y le dijo que le hallaba espantosamente feo con aquel disfraz, y que no podia resolverse á mirarle.

El mal éxito de tan ridícula empresa no desanimó al Rey; se hallaba herido su amor propio, y no perdonó medio para que Gabriela depusiera sus rigores, lo que alcanzó al cabo de algun tiempo. Llamó á Nantes al Marqués de Estrées bajo el pretexto de que entrase en su Consejo, y le invitó á que llevase á su hija mayor.—Monsieur de Estrées llevó consigo tambien á su hermana Mme. de Sourdis, que servia de guardadora á Gabriela, y que salvaba todas las apariencias.

Pero ademas de su padre, habia seguido á Gabriela su hermano el Marqués de Coeuvres, que estaba dotado de un tacto fino, y que era uno de los más grandes intrigantes de la córte. Éste parecia enteramente ocupado de vigilar la conducta

de su hermana, y hacía que su padre se ocupase de lo mismo.—Sin embargo, habian dejado al Rey bastante tiempo y libertad para vencer la calculada, y bastante prolongada resistencia de Gabriela.

Los obstáculos se multiplicaban al derredor de los amantes; y cansado el Rey, se dijo que para emancipar á la jóven de su importuna familia, no habia otro remedio que casarla.

—¿Qué decís, querida mia? preguntó á Gabriela al proponerle este expediente.

—Digo, señor, contestó ésta, que no amo á ningun hombre lo bastante para ser su esposa.

—Lo seréis sólo en el nombre.

—Tampoco me agrada eso.

—¿Pensabais, pues, que yo consentiria otra cosa? exclamó el Rey impetuosamente.

—Si me caso, ha de ser con quien yo quiera, y tendréis que dejarme ser esposa de véras.

—¿Y hay ya alguno en quien hayais puesto los ojos para marido? balbuceó Enrique, á quien la cólera y los celos no dejaban hablar.

—¡Sólo me casaria con aquel que habeis desterrado tan injustamente de mi lado!

—¿Con Bellegarde?

—Justamente.

—Pues ya sabe que la menor tentativa de acercarse á vos, la pagará con la vida.

—Si no es con él, no me casaré con nadie.

—Mirad, Gabriela, dijo el Rey procurando calmarse y tomando la blanca mano de la jóven; ese fatuo no os ha amado jamas, ni ha pensado nunca en casarse con vos.

—¿Quién os ha dicho semejante cosa? exclamó encolerizada Gabriela.

—Él mismo.

—¿Entónces mentia cuando me decia que nada ansiaba en el mundo como ser mi esposo?

—Mentia: así, pues, mi querida Gabriela, seguid siendo la amada de mi corazon; nadie os ha querido, nadie os querrá con la pasion que yo, porque una mujer, sola una vez en su vida es amada de véras.

—¿Y es acaso una prueba de amor el casarme?

—Sí, porque de esa suerte vuestra familia nos dejará en paz y cederá en su eterna y ridícula vigilancia.

—Buscad, pues, ese marido que nos hace falta, dijo Gabriela con coquetería; pero ¡por Dios, que no me pida lo que no puedo darle!

—¿Y qué es?

—Mi corazon, que es vuestro.

—¿No es ya de Bellegarde?

—No: desde que por vos he sabido que me engañaba, se lo he quitado para dárselo á mi Rey y señor.

Gabriela dijo estas palabras con graciosa coquetería, y el Rey, cada vez más enamorado de ella, se separó bien determinado á hallar un marido sin pérdida de tiempo.

Ocho dias despues se unió Gabriela con los lazos del matrimonio á Nicolas de Armeral, señor de Liancourt, gentil-hombre picardo, y al que se le hizo aceptar este matrimonio á fuerza de oro y de mercedes Reales.

Se convino en que el dia de la boda, y á la hora de retirarse los esposos á la cámara nupcial, el Rey ocuparia el lugar del complaciente marido.

Pero el Rey faltó á su palabra, porque era gascon y pocas veces cumplia lo que prometia; Liancourt no reclamó ninguno de sus derechos y pasó la noche solo en su cuarto; su mujer le causaba un hastío mezclado de repugnancia, y temia ademas las iras del Rey.

Algunos meses más tarde, este esposo de encargo puso un gran empeño en romper su matrimonio; pero no pudo alcanzar el divorcio por más que hizo.

Algunos meses despues, Gabriela se hallaba encinta, y la alegría del Rey hubiera sido inmensa á no tener algunas dudas acerca de lo auténtico de su paternidad.

Gabriela, que verdaderamente amaba á Bellegarde, no habia renunciado á él, y poco faltó para que una noche el Rey los sorprendiese en una cita.

El Rey, obligado á un viaje de tres ó cuatro leguas, se habia alejado de Gabriela; pero no hallando lo que buscaba, se volvió y estuvo á pique de encontrar lo que no buscaba en su rival Bellegarde, que habia fingido tambien que partia, y se habia quedado al lado de Gabriela.

Á la llegada imprevista del Rey, se hallaban juntos; pero una camarista de toda confianza de Gabriela hizo pasar al Duque á un gabinete donde ella dormia, contiguo á la alcoba de su señora.

Todo se hallaba tranquilo cuando el Rey entró: y éste departia con su bella amiga, cuando dijo de repente:

—Querida mia, haced que nos sirvan algunas confituras.

—¡Ay Dios mio! exclamó Gabriela: ¡las tiene guardadas las mejores en su cuarto mi doncella Luisa, y ahora no está!

—Y eso, ¿qué importa? dijo el Rey; que nos las sirva otra de las doncellas.

—¡Luisa ha cerrado con llave y se la ha llevado, señor!

—Pues se hace saltar la cerradura.

—¡Oh, no mandeis semejante cosa! dijo Gabriela con aire lánguido; ¡me duele terriblemente la cabeza!

Enrique la miró sombríamente; violentas sospechas nacian en su alma: esta resistencia á sus deseos no le parecia natural; por lo mismo, cada vez más obstinado se empeñó en hacer saltar la cerradura, y dió á la puerta algunos golpes violentos con el pié.

Bellegarde estaba perdido si no hubiera saltado por una ventana que daba al jardin: dichosamente no se hirió, aunque estaba bastante alta. Luisa, que estaba en acecho, apareció al instante, escusándose por haberse llevado la llave, abrió la puerta y sirvió al Rey las confituras que deseaba.

Esta aventura no perjudicó nada á Gabriela en el ánimo del Rey, y muy pronto la influencia de esta mujer fué inmensa.

Pero esta influencia no tenía nada de extraño ó admirable; se habia hecho apreciar verdaderamente del Rey, cuyo talento era muy grande, y que

habia buscado siempre en sus queridas, una amiga verdadera y una confidente segura. El talento de Gabriela acabó lo que habia empezado su belleza.

Sully describe á Gabriela de Estrées, cuando la aventura de Bellegarde, en estos términos:

« Era una rubia con los ojos azules y límpidos; sus cabellos, ligeramente ondeados, parecian de oro fino; su nariz era recta y delicada, aunque con una ligera curvatura; su boca pequeña, purpurina y sonriente, hacía pensar en una granada llena de perlas; su tez era de una blancura y de una trasparencia admirables; tenía una encarnacion inglesa, con más tono y más calor. »

En cuanto á su talento, era de los más penetrantes y más flexibles: detenido el rey Enrique IV á las puertas de París por sus enemigos, hacía Gabriela el papel de soberana, y aconsejaba al Monarca mejor y más desinteresadamente que sus Ministros; Enrique le confiaba los avisos y los informes de sus servidores, y ella desenredaba los pormenores, buscaba las consecuencias, y formaba siempre una opinion acertadísima. Enrique le descubria las heridas de su corazon, y Gabriela apaciguaba al instante su dolor: de forma que la gran influencia de que disfrutaba no perjudicaba á nadie, y hacía bien al Rey y á muchos otros.»

III.

Algunos años más tarde se acusó á Gabriela de ambiciosa, pero la ambicion era en ella una necesidad política; se trató hasta de colocarla en el trono, cuando el Rey anuló su casamiento con su primera esposa Margarita de Valois. Gabriela era el alma del partido hugonote, y este partido veia en sus hijos protectores poderosos.

Enrique IV triunfó al fin de sus contrarios y entró en París, y de esta época datan los más gloriosos triunfos de la bella Gabriela, que entró á la cabeza del cortejo y al lado del Rey, recostada en una soberbia carroza cubierta de oro: brillantes de embriaguez y de orgullo, los ojos de su regio amante no se separaban de ella; las calles de París eran entónces demasiado estrechas para contener la muchedumbre que alegre y ruidosa se estrechaba al derredor del Rey. El cuadro de Gerard da una idea bastante aproximada de esta gran escena histórica.

Toda la poblacion parisiense, tan amante del ruido y de las diversiones, y áun no repuesta de los sufrimientos y de los dolores de un asedio de-

sastroso, aclamaba en Enrique IV al hombre que iba á darle la paz y á devolverle el país. Así jamas un soberano hizo una entrada más triunfal en una capital conquistada. Gabriela era mujer, y ese dia á lo ménos debió amar al Rey con toda el alma.

Su amante le dedicaba la victoria: á cada instante obligaba á su caballo á que caracolease á la puerta de la litera de Gabriela, donde ésta iba como soberana.

El Rey mostraba su rostro alegre y satisfecho á toda aquella multitud que le aclamaba; casi siempre tenía el sombrero en la mano, sobre todo para saludar á las damas que le veian desde las ventanas.

El escritor Estoile da acerca de esta fiesta los detalles más precisos, pues hendiendo la multitud penetraba por todas partes: no olvidó tampoco el traje de Gabriela, que describe de este modo:

«Llevaba un traje de raso negro todo adornado de encajes blancos, y más constelado de diamantes y perlas que de estrellas el manto de la noche.»

Todos los cronistas de la época se preocupan mucho del lujo excesivo de Gabriela de Estrées: sus diamantes, sus encajes, sus vestidos daban la norma para todas las damas de la córte. Usaba mucho el traje verde de raso, que sentaba admi-

rablemente á su belleza suave y delicada; así se la ve en los retratos al lado de Enrique IV, que vestia casi siempre de color gris.

Gabriela asistia á los bailes y á los convites de la córte; separado ya el Rey de Margarita, habiendo en el matrimonio disidencias profundas é incurables, todos los cortesanos veian posible el advenimiento al trono de la favorita, y el partido de la Reforma lo deseaba como su mayor dicha.

Tres meses despues de su entrada en París, Gabriela dió á luz á su hijo, al que puso por nombre César, como para exaltar el amor á la gloria que con frecuencia llenaba el cerebro de su augusto padre. El nacimiento de este niño causó gran alegría al Bearnés, y le miraba como acontecimiento que estaba á la altura en importancia, con su entrada en la capital de su reino: se le otorgó el título de duque de Vendome, y para que la madre tuviese tambien un título, se dió á Gabriela el de marquesa de Monceau, con grandes rentas.

Ordenó ademas el Rey que en adelante se la tributasen mayores consideraciones: no teniendo hijos de Margarita de Valois, su esposa, el niño recien nacido era el único heredero de la corona.

En esta época empieza el papel político de Gabriela de Estrées; pero esta parte de su historia

podria ser algo molesta y pesada á nuestros lectores, y la tocarémos ligeramente.

Su favor habia crecido rápidamente, y empleó su crédito en proteger á Sully, al que dió un elevado sitio en Hacienda, y que sirvió á su Rey como gran hombre de Estado, gracias al favor de Gabriela.

Sully, en su obra titulada *Economías*, se ocupa mucho de la querida del Rey, pero no la trata con el respeto debido en un hombre que le fué deudor de todo. Sin embargo, era demasiado recto, y ademas Gabriela con sus gastos y su ambicion le causaba compromisos terribles, de los que no sabía cómo salir.

En una ocasion Sully acompañaba á Gabriela en un viaje que hacía para reunirse al Rey; Sully iba á caballo al lado de la litera de la Marquesa, cuando esta litera volcó. Oyóse un gran grito en el fondo, y despues sucedió un profundo silencio. Sully temió una desgracia, y pensó al instante en el dolor del Rey.

—Y sin embargo, murmuró, esta muerte sería un gran embarazo de ménos.

Gabriela fué uno de los autores principales de la abjuracion del Rey, y despues contribuyó poderosamente á vencer escrúpulos que Enrique IV no

tenía, pero que fingió toda su vida; no hay razon para reprocharle su gran apego á la religion reformada: si alguna vez tarareaba los salmos, era porque los habia aprendido en su infancia; era porque aquellas melodías piadosas cantaban en su corazon como un eco de sus años juveniles, tan tiernamente acariciados por su madre.

Gabriela, llegada ya á la cima del poder, emprendió una empresa colosal y que era el objeto de sus más ardientes votos; empezó á negociar en Roma la ruptura del matrimonio del Rey con Margarita de Navarra.

Esta princesa expiaba entónces todas sus locuras; abandonada de su marido en Auvernia, vivia en el castillo de Usson, en tan grande indigencia, que la viuda de su hermano Cárlos IX, Isabel de Austria, que se hallaba en Viena, le envió una gruesa suma, y repetia con frecuencia la dádiva; sin lo cual la que habia sido reina de Francia, hubiera muerto al fin de hambre.

La bella reina de Navarra escribia versos, en los que se quejaba de ser una esposa sin marido, y escribia sus *Memorias*, en las que culpa de todas sus desgracias á la favorita.

Margarita tenía razon para quejarse.

Ninguna nube oscurecia entónces el horizonte

de la Marquesa de Monceau. Su posicion en la córte habia llegado á ser oficial, y todos le rendian los homenajes debidos á una soberana.

Constantemente acompañaba al Rey en bailes, banquetes y hasta en el Consejo. Cuando el Rey recibia embajadores, la hacía ocultar detras de un tapiz, para que oyese todo lo que se hablaba y le diese su parecer.

El primer presidente del Parlamento de Normandía, Gronlard, da en sus curiosas *Memorias* una idea del poder de Gabriela.

Habiendo ido el Rey á Rouen á presidir la Asamblea de los Notables, pronunció aquella arenga memorable, en la que dijo que aunque no era esto costumbre en los reyes victoriosos, él venía á ponerse bajo su tutela.

Terminado el Consejo, el Rey pidió á Gabriela su parecer respecto del discurso.

—He quedado muy asombrada, señor, respondió la favorita, de que V. M. haya hablado de ponerse en tutela.

—¡Pardiez! con mi espada al costado, se entiende, contestó el Rey.

En esta circunstancia Gabriela fué presentada oficialmente al Parlamento, y los consejeros, tomando prudentemente su partido, fueron al dia si-

guiente á visitarla al hotel en que se hospedaba.

Cuando acompañaba al Rey en la caza, habia adoptado el traje masculino, con el cual parecia su belleza más atractiva: entónces caminaban solos por los grandes bosques, llevando los caballos tan unidos, que de cuando en cuando los dos amantes podian estrecharse la mano.

IV.

Margarita de Valois, gentil figura que hemos vislumbrado alguna vez en la leyenda anterior, debe aparecer claramente en la ocasion presente á la vista de nuestros lectores.

Advirtióse en esta princesa desde su primera juventud, hasta que murió en una edad avanzada, un compuesto extraño de virtudes y vicios, de talentos y defectos.

Cultivó las letras con tanta brillantez, que fué asombro de su siglo y de los venideros; honró á los poetas y á los sabios, á los que protegia dándoles la mayor parte de sus rentas; llevaba á cabo las más bellas, las más generosas acciones; tenía una alma ardiente y leal, y perdonaba las injurias de sus enemigos con tanta nobleza como generosidad.

Pero jamas una conducta más libre y más escandalosa ha manchado un nombre Real; sus amantes no podian contarse; tal era su número; desde la edad de doce años vivió constantemente entregada al libertinaje; en el número de sus relaciones amorosas se cuentan las que tuvo con el Duque de Guisa, y con su propio hermano Enrique de Anjou, despues Enrique III, y uno de los hombres que la amaron con pasion más fuerte.

Se la veia alternativamente entregada á la devocion y á los más vergonzosos placeres. Dotada con todos los atractivos del ingenio y de la hermosnra, fué, en una palabra, una princesa que retrataba la corrompida córte en que se habia educado, y que, sin tener el carácter sanguinario de su madre, tenía todos sus vicios.

Ya contaba veinte años cuando casó con el Rey de Navarra; pues aunque su matrimonio se habia negociado diferentes veces, su mala reputacion retraia á todas las familias reinantes de admitirla en su seno.

Aun las negociaciones de este enlace tardaron bastante tiempo á concluirse, pues la virtuosa madre del Rey de Navarra, Juana de Albret, se oponia á él con obstinacion. Pero muerta aquella excelente madre, Catalina de Médicis, que ansiaba atraer-

se por entónces los principales jefes del partido protestante, arregló el matrimonio de su hija con Enrique de Navarra.

La que más se resistia á este enlace era la misma Margarita. Una noche que la habia llamado su madre á su cámara la habló severamente, y le declaró que no admitia más dilaciones. Margarita que era muy tímida delante de su madre, permanecia de pié en actitud respetuosa y no contestaba nada.

Catalina, sentada en un gran sillon, hablaba airada con su hija.

—Sentaos, la dijo, y explicadme por qué habiendo dado vuestro corazon á tantos hombres, no quereis casaros con el que os propongo.

Margarita obedeció; sentóse en un escaño enfrente de su terrible madre, y respondió sin alzar los ojos:

—Señora, es el hombre que me agrada ménos de todos los que conozco.

—¿Podréis decirme por qué?

—Yo misma lo ignoro; pero su figura, su semblante y su carácter me son igualmente antipáticos.

—Todos le tienen por gallardo.

—Yo no, madre mia.

—Su carácter es afable, alegre.

—Demasiado alegre.

—Es generoso y espléndido.

—En la apariencia; ya me han dicho á lo que se reducen sus esplendideces.

—Margarita, repuso la Reina madre, vos estais fuertemente impresionada por otro hombre, lo sé; pero sé tambien que esas impresiones duran poco en vos, y que variais de amor fácilmente; ¿quién sabe si amaréis á vuestro prometido cuando le conozcais mejor?

—¡Jamas, madre mia!

—¿Quién sabe? Él os ama, y vos sois agradecida y buena en el fondo.

—Él me ama tan poco como yo á él; ama á Madame de Sauves, vuestra dama de honor; ¡permitidme, señora, que os diga debeis saberlo mejor que yo!

Catalina se mordió los labios y dijo tras un momento de silencio:

—Os casaréis con Enrique de Navarra, y el amor vendrá más tarde; sed para él tan amable, tan dulce como Carlota de Sauves, y ocuparéis su lugar en el corazon de vuestro esposo:

Inclinóse la princesa en silencio é iba á retirarse; pero su madre se levantó y le tomó la mano.

—No quiero veros desgraciada, hija mia, le dijo; no quiero que me obedezcais á la fuerza; convenceos de que seréis dichosa con ese casamiento, si quereis poner algo de vuestra parte.

—No puedo adquirir ese convencimiento, madre mia. El Rey de Navarra no me ama.

—¡Os amará!

—¡Jamas, como yo á él!

—¡Retiraos! dijo friamente Catalina, y no hablemos más de eso; el dia prefijado iréis al altar, y seréis todo lo desdichada que querais.

En efecto, Margarita casó con el Rey de Navarra, que tampoco la amaba á pesar de su hermosura, y que gustaba más que de su esposa, de todas las otras damas de la córte.

Despues de la sangrienta jornada de la noche de San Bartolomé, en que fueron muertos tantos protestantes, el Rey de Navarra se fué á Pau, y Margarita le siguió á pesar de la prohibicion de su familia; su marido le agradeció aquella prueba de deferencia, y para recompensarla, le permitió el ejercicio del culto católico dentro del palacio que ambos habitaban, edificando una capilla para Margarita.

Cinco años pasaron, si no en las dulzuras del amor, á lo ménos en una gran tranquilidad para

los dos esposos; no estaban en gran disidencia. Margarita, aunque altiva, tenía el carácter dulce, y cedia casi siempre á los deseos del Rey; éste tampoco la contrariaba, porque era naturalmente galante y complaciente, y cada uno cerraba los ojos acerca de los defectos del otro, para alcanzar la misma indulgencia para sí.

La intolerancia del protestante Dupin, secretario del Rey, rompió aquella union; mandó prender y multar á algunos católicos que se habian introducido en la capilla para oir misa con la Reina, y ésta se indignó de semejante falta de respeto; quejóse al Rey; pero no habiendo recibido satisfaccion cumplida de este ultraje, porque el Rey no despidió á Dupin de su cargo, se separó Mragarita de su esposo y volvió á París, donde se entregó por completo á la galantería, llegando á tanto el escándalo, que el Rey su hermano la amonestó severamente y dió parte al esposo de Margarita de la conducta de ésta.

Entónces la Reina de Navarra, rebelándose contra los dos Reyes, el de Navarra su esposo, y el de Francia su hermano, se marchó á Agen, llevándose á lo más florido de la nobleza que tenía á su devocion, con el prestigio de su ingenio y de sus gracias.

Por entónces fué cuando Enrique IV subió al trono de Francia y empezó sus amores con Gabriela de Estrées, declarando abiertamente que jamas volveria á unirse con Margarita; que él podria acaso cerrar los ojos y desear ignorar lo que habia hecho ántes de su casamiento, pero que desde el instante en que era su esposa no queria ver lo que no debia ni queria soportar.

El Rey de Navarra (y ya de Francia) empezó á practicar en seguida las más vivas gestiones para anular su matrimonio; pero Margarita se opuso tenazmente y se retiró á su castillo de la Auvernia; el principal motivo de rehusar la separacion era su ódio á Gabriela de Estrées, con quien Enrique deseaba casarse, pues ya tenía de ella dos hijos, y Margarita, por desgracia suya, no le habia dado ninguno.

V.

La encantadora existencia que el Rey llevaba con Gabriela desde su entrada en París no era posible que durase.

El Rey y la favorita pasaban la vida en fiestas y diversiones, en la caza ó viviendo juntos, leyendo y escribiendo versos el Rey.

El reino no estaba aún tan pacificado que Enrique pudiese abandonarle y seguir con los tranquilos amores de los reyes ociosos: la necesidad, armada de botas y de espuelas, llegó más de una vez durante la noche á levantar las cortinas de seda de su alcoba.

Gabriela se levantaba tambien, acompañaba á su amante hasta la puerta y le decia:

—Dios os guarde, señor, y hasta la vista.

El Rey montaba á caballo, no sin haber tomado ántes desde el estribo el último beso.

Las expresiones más elocuentes pintaban la más acendrada pasion, y no hay nada que iguale á la gracia de los lacónicos billetes que cada noche, ántes de dormirse en su tienda de campaña, escribia Enrique IV á su amada.

«Mi bello amor, decia en una de estas misivas: dos horas despues del portador de estas líneas, llegará á vuestra presencia un caballero que os ama mucho y que se llama Rey de Francia y de Navarra, título muy honroso, pero muy pesado de llevar; el de vasallo vuestro es mucho más delicioso.»

Hé aquí algunos pensamientos elegidos al azar en esta correspondencia; más numerosos y recogidos con cuidado, añadirian un capítulo á la his-

toria del Bearnes, que podria titularse: *Talento de Enrique IV.*

⁂

« Esta letra es larga para que traiga el sueño á vuestros ojos y os durmais pensando en mí.»

⁂

« Pasar el mes de Abril ausente de su amada, no es vivir cuando todo revive.»

⁂

« Entre las mujeres no hay ninguna parecida á vos; entre los hombres, nadie me iguala en saber amar.»

⁂

«¡Que no pueda yo partir á la grupa del mensajero que os envío! ¡Así á lo ménos podria besar un millon de veces vuestras bellas manos!»

⁂

Se conserva otra carta célebre que pinta en breves palabras todo el amor de Enrique IV por Gabriela de Estrées, y que es como sigue:

« Os escribo, amor mio, delante de vuestro re-

trato, que amo, no porque se os parezca, sino porque se ha pintado mirándoos. Yo puedo ser en esto juez competente, pues os tengo pintada con toda perfeccion en mi alma, en mi corazon y en mis ojos. »

¡Qué lástima que todas estas expresiones se repitan en todas las cartas de Enrique IV! El Rey galan sólo cambia los nombres, y el mismo ritornelo de amor sirve de overtura á todas las melodías de su pasion.

La estrella de la hermosa favorita llegaba á su cenit; la seductora amada del Rey apoyaba ya el pié en la primera grada del trono; pocos dias faltaban para que la corona Real ciñera su frente.

Despues de cuatro años de una union que habia salido triunfante de tantas contrariedades, Gabriela habia recibido del Rey el título de Duquesa de Beaufort; era madre de otros dos hijos, Catalina Enriqueta y Alejandro de Vendome; en el bautismo de este último niño se le hicieron ya todos los honores debidos á un príncipe Real.

Este bautismo fué la primera causa de las desavenencias de Gabriela con Sully, su protegido; aconsejada por sus amigos, intentó derribarle del sitio en que le habia colocado ella misma, pero perdió tiempo y trabajo.

El Rey no queria hablar de semejante cosa, y era en lo único que Gabriela le hallaba inflexible.

—¡Yo no sé cómo preferís un lacayo á una amiga, señor!, le dijo un dia Garbiela llena de cólera.

—¿Quereis saberlo?

—¡Vos mismo no os podréis dar cuenta de semejante capricho!

—¿Pues no me la he de dar?, y os la daré á vos tambien. Antes hallaria veinte queridas como vos, que un ministro como él.

El despecho de Gabriela fué sin límites al oir esta respuesta.

—Yo soy, sin embargo, quien le ha dado el sitio que tiene, exclamó.

—Y yo os lo agradezco y le conservaré en él.

Sabiendo el Ministro que Gabriela se habia declarado su contraria, decidió oponerse á su casamiento con el Rey.

—¡Oh!, decia á uno de sus amigos; no consentiré yo en traer al enemigo á casa! ¡Esa pobre mujer no sabe lo que hace al perseguirme! ¡Yo traeré al tal amo Real una princesa toda adicta á mí!

La cuestion del casamiento del Rey con Gabrie-

la empezó á aparecer cargada de tempestades; en la córte no se hablaba de otra cosa; los protegidos de la favorita tenian grandes esperanzas, pero el Rey no acababa de decidirse.

A Sully fué al primero á quien sondeó ántes de decidirse, y la conversacion fué muy curiosa.

—Yo desearia, dijo el Rey, una mujer á mi gusto, con la que me casára, no por política, pues sería vivir en una separacion. La quiero bonita, buena é indulgente; y quiero, sobre todo, que me dé cada año un robusto príncipe. ¿No conoceis vos, Sully, alguna con estas condiciones?

Sully afectaba quedarse pensativo.

—Veamos, continuó el Rey, las princesas que se pueden casar en Europa.

Sully sabía muy bien á dónde el Rey iba á parar; sin embargo, iba nombrando á todas las jóvenes princesas.

A cada nuevo nombre Enrique mecía la cabeza negativamente.

—Yo no veo más que un medio, señor, dijo el Ministro: citad en el Louvre á todas las jóvenes bonitas de Francia que cuenten de quince á veinticinco años.

—¡Nada de eso!, exclamó el Rey impacientado con la mala voluntad de su ministro: ¿para qué

hemos de buscar, teniendo aquí á la Duquesa de Beaufort?

Sully se manifestó lleno de pena, y representó la conducta dudosa de Gabriela, añadiendo que le costaba mucho hablar así, porque habia sido su bienhechora; pero que el amor á su Rey y á su patria no le permitian callar.

El Rey le dejó decir, y ordenó que se empezasen las primeras diligencias para obtener de Margarita de Valois y de Roma la disolucion de su matrimonio.

La Reina se negó al divorcio y declaró que no se prestaria jamas á él, añadiendo que no sería por la antigua querida del Duque de Bellegarde, por la esposa deshonrada de Liancourt, por quien consintiera en romper su union con Enrique IV.

La córte de Roma puso muchos inconvenientes para el divorcio, pero las negociaciones se prosiguieron con actividad.

VI.

Sully era malo para enemigo, como lo son casi todos los hombres que han salido de la nada.

No hay ingratitud más profunda y más negra

que la del protegido para su protector, cuando éste se cansa ó deja de protegerle.

Las disidencias de la favorita y del ministro—hechura suya—habian empezado, quejándose éste de los excesivos gastos de aquélla. Gabriela, ofendida, en vez de contenerse, habia gastado más cada dia y exigido al Erario sumas mayores para su lujo particular.

Sully se quejó al Rey.

Gabriela decidió la caida del Ministro.

Pero Enrique IV, por una de esas alucinaciones tan comunes en los hombres débiles que quieren hacer alarde de fuertes, se negó á privarse de su Ministro sólo por el capricho de su amiga, á la que por otra parte complacia en todo.

Una mañana se hallaba Gabriela en el Louvre y en la cámara del Rey.

La bella favorita tenía el semblante alterado por la cólera y el dolor, y rechazaba los halagos de su regio amante.

Sentada en un sillon de alto respaldo, apoyaba el codo en el brazo del asiento y la mejilla en la palma de la mano.

—¡Dejadme! le dijo al Rey. ¡Jamas me habeis amado, y ahora veo que me aborreceis!

—¿Por qué decís eso? preguntó el Rey algun

tanto colérico tambien. ¿Os he negado algo jamas, á no ser el que me prive de los servicios de Sully? ¿No es amigo vuestro? ¿Por qué no lo es ya? ¿Y han de estar los asuntos del Estado á merced de vuestras veleidades?

—¿Sabeis lo que haceis con no desterrar á Sully? exclamó Gabriela levantando la cabeza. ¡Pues me condenais á muerte! Por eso digo que me aborreceis.

El Rey se echó á reir de aquella manera ruidosa que era en él habitual.

—¡Sí, me condenais á muerte dejando á ese hombre en posesion del poder! ¡Sabe que le ódio, que soy su enemiga cerca de vos, y que él ó yo debemos dejar el sitio!

—Callad, callad, mi querida visionaria, dijo Enrique; vuestra imaginacion os lleva demasiado léjos; si Sully quiere haceros algun daño, no es el de quitaros la vida.

—¡Cómo! ¿Intenta ya algo contra mí?

—Bien poca cosa.

—Pero ¿qué es?

—Lo que él cree un gran daño, no lo será para vos: quiere casarme.

—Ya lo sé; pero vos no quereis.

El Rey, en vez de afirmar, calló.

La Duquesa de Beaufort, que era muy perspi-

caz, se lanzó á él, le tomó ambas manos y le dijo con acento angustiado:

—¡Ah! ¡Decidme, decidme como otras veces! aseguradme que no quereis casaros!

—Ya sabeis que no quiero, y que mi mujer no quiere divorciarse.

—¿Y áun así insiste en que os caseis Sully?

—Ya os lo he dicho, mi querida Duquesa, que mi casamiento será muy pequeño mal para vos; ¡para vos, que sois la soberana de mi corazon y lo seréis siempre!

Gabriela se desprendió de los brazos del Rey y retrocedió pálida de espanto y de dolor.

¡El Rey pensaba en casarse!

¡Qué terrible, qué cruel desengaño!

Enrique fué el primero que volvió á tomar la palabra; no queriendo perder aquella ocasion de hablar á Gabriela de un asunto que no sabía de qué modo abordar, continuó diciendo:

—Mis bodas se están tratando con una jóven princesa italiana, inofensiva, y tan jóven, que no cuenta más que catorce años; ya veis la influencia que podrá tener en los negocios.

—Pero ¿y en vuestro corazon? ¡Oh, mis pobres hijos! gimió Gabriela, que cediendo á la fuerza de su dolor, cayó desmayada.

No se volvió á hablar de este particular, pero la favorita llevaba clavado en el pecho el dardo mortal.

El Rey se casaba, no podia caberle ninguna duda. ¡Triunfaba Sully! Pero ¿de qué medios se habia valido para lograrlo?

Gabriela tuvo poco que meditar para adivinar cuál era ese medio. Enrique IV llegaba ya á la edad madura, y la Princesa salia apénas de la infancia. ¿Qué mayor incentivo para un hombre de las condiciones de Enrique?

Decíase que María de Médicis distaba mucho de ser bonita, pero que tenía un atractivo indecible, y así era la verdad. La celosa Gabriela pudo procurarse un retrato de la hija de Juana de Austria y de Francisco II, gran duque de Toscana, y se reconoció perdida.

No era María de Médicis una belleza, pero tenía todas las gracias de la adolescencia, y era, sobre todo, tan opuesta á Gabriela, que en esto fué donde vió la Duquesa de Beaufort el mayor peligro para ella.

Nada puede dar una idea más aproximada de María, que un hermoso fruto que empieza á colorearse bajo el sol de la primavera; era morena, y sus aterciopeladas mejillas estaban cubiertas de un

color de rosa y de un vello aterciopelado; sus altivos ojos negros estaban tan llenos de luz, que la juventud reia en ellos con indecible encanto; sus cabellos negros y lustrosos, reunidos en gruesas trenzas, bajaban por la espalda de la jóven Princesa y le daban un aspecto seductor.

Mucho más perfecta era la hermosura de Gabriela, mucho más puras sus facciones; pero ¡ay! bien le decia á la pobre Duquesa un instinto secreto que estaba vencida, porque la tierna juventud es omnipotente, es irresistible encanto para la edad madura!

Cerca de seis años hacía que duraban los amores del Rey y de Gabriela de Estrées, y por mucha que fuese la fuerza de la costumbre, valia más para el Rey la fuerza de la novedad.

Gabriela cayó enferma de tristeza; se hallaba en los principios de un cuarto embarazo, y su constitucion jamas habia sido fuerte.

El Rey, asustado, mandó suspender todas las negociaciones. Cuando fué á verla la llenó de caricias y le suplicó con las lágrimas en los ojos le dijese lo que tenía.

— Señor, repuso Gabriela, ante el temor de perderos, lo solo que tengo es un gran deseo de morir.

—No; vivid para mí, dijo el Rey. ¿Qué haré yo en el mundo si vos me faltais?

—Os casaréis con esa princesa que mi enemigo os propone para causar mi muerte.

—No hableis así, querida mia; me casaré, sí, pero será con vos; vivid para mí y para vuestro hijo, y nada temais.

Gabriela se tranquilizó, pero no conocia el corazon del hombre; en tanto que estaba al lado suyo, el Rey sufria de verla sufrir; pero léjos ya de Gabriela, y bajo la presion de Sully, la pobre favorita perdia mucho de su prestigio, y aunque el Rey no pensase ni por un momento en abandonarla, la risueña y florida imágen de María de Médicis aparecia en el fondo de su alma.

Pocos dias despues dejó el lecho, y el Rey le aseguró que habia desistido por completo de su casamiento, al que tampoco queria acceder Margarita por no avenirse al divorcio.

No era esto cierto.—Margarita se negaba al divorcio porque no queria que el Rey se casára con la favorita, por la que habia sido abandonada de su esposo; pero se avenia á la boda del Monarca con María de Médicis, prima suya, y cuyo carácter conocia como el más propio para hacer la desdicha del Rey, y para vengarla de las infidelidades de éste.

Cuando supo que se trataba de las bodas se fué

á vivir á París. Enrique IV mandó á que la cumplimentasen en su nombre, y ordenó que fuese tratada conforme á su alto rango.

Los parisienses, que en el fondo habian amado siempre á los Valois, cuyos defectos, lo mismo que sus buenas cualidades, estaban en perfecta armonía con el carácter frances, no tenian necesidad de exhortaciones para acoger bien á una Reina generosa hasta la prodigalidad, y cuya vida entera se pasaba en fiestas y elegantes placeres.

Margarita hizo construir un palacio en la calle del Sena, y aquella residencia, digna por completo de la heredera de los Valois, que habian auxiliado con tanta eficacia al genio eminentemente artístico del Renacimiento, fué al instante el punto de reunion de los más ingeniosos, así como de los más galantes señores de la Francia.

En aquella córte, lo mismo que en otro tiempo en la de Francisco I, los versos y el amor constituian el principal objeto.

Enrique IV se mostró muy indulgente con ciertas faltas de su esposa, que la licencia de su propia conducta no le daba el derecho de condenar; pero naturalmente económico, y gastando más de lo que queria con la Duquesa de Beaufort, las prodigalidades de Margarita le incomodaban, y fué

á verla para rogarle que suprimiese sus gastos.

—¡Ah, mi querido amigo! repuso Margarita; ya sabeis que la prodigalidad es vicio de familia en nosotros!

Tan hermosa estaba aún entónces Margarita, que su belleza superaba á la de la misma Gabriela, y el Rey no tuvo fuerza para reconvenirla. Por la primera vez de su vida miraba encantado su hermosura, y se decia que quizá hubiera hecho mejor dedicándose á conquistar el amor de aquella mujer, á la que todos adoraban, que era la suya, y que bien pronto acaso iba á dejar de serlo, por falta de reflexion en los dos.

VII.

Cuando llegó la Semana Santa del año de 1599, Gabriela de Estrées, Duquesa de Beaufort, se hallaba encinta de cuatro meses.

Enrique IV, que al parecer habia olvidado por completo el asunto de su enlace con la princesa italiana, rogó á su amada, por consejo de su confesor, que se fuese á pasar quince dias fuera de París.

—Hacedme ese favor, querida mia, le dijo; es bueno evitar el escándalo, y no quieren veros cer-

ca de mí en estos dias de contricion y penitencia públicas.

—¡Ah, señor, vuestro amor ha decrecido mucho! exclamó tristemente la favorita; es el primer año que reparais en esas cosas.

—Es que me voy haciendo viejo, querida mia, y tengo más escrúpulos que ántes; pero no os quejeis de ellos.

—¿No he de quejarme si me separan de vuestro lado?

—Quizá servirán tambien para fijaros cerca de mí para siempre.

—No, dijo Gabriela; ¡vos no pensais ya en eso! ¿Qué soy yo para vos desde que os habeis empeñado en casaros?

—Sois y seréis siempre lo que más amo en el mundo; aunque me hubiera casado, no hubiera podido vivir sin vos.

—Vale más, sin embargo, para mí que no os caseis, señor, dijo Gabriela con una dulce sonrisa, porque al lado de esa niña me olvidariais muy pronto.

—Sois mucho más bella vos.

—No importa; ella es mucho más jóven, y temo tanto á esa ventaja que no quisiera alejarme de V. M.

—¿Por qué?

—Porque volveréis á pensar al instante en María de Médicis.

—Os aseguro, amada mia, que nada teneis que que temer; esa union está ya olvidada.

—¿Por vos solo?

—No me cuido de los demas.

—Pues yo sí.

—Haceis muy mal; ¿se ha de casar otro que yo acaso?

—No; pero vos me amais y los demas me aborrecen.

—¿Quién os aborrece? ¿Y por qué pensais tan tristemente, mi querida Gabriela?

—¡Ay, señor! ¡Está mi alma tan llena de presentimientos tristes! exclamó la Duquesa: ¡parece que adivino alguna desgracia!

—Ninguna puede llegaros estando protegida por mi amor; vamos, separémonos por pocos dias, y luégo será mayor el placer de vernos.

—Elegid el lugar de mi retiro, dijo Gabriela con un profundo suspiro

—El más cerca de París, para durante los dias de vuestra ausencia ir yo á veros una ó dos veces:

—¿Y el confesor?

—Nada sabrá; nos separamos no por él, sino para dar buen ejemplo en estos dias.

—¿Y á dónde quereis que vaya?

—¿Os parece bien la quinta de Zamet?

Estremecióse Gabriela y exclamó á media voz:

—¡Es un italiano!

—Y uno de vuestros mejores amigos.

—¡Oh, señor! desde que intentan casaros con una princesa italiana, todos sus compatriotas me son sospechosos.

—Gabriela, sois una niña, dijo el Rey; id á la quinta de Zamet; ya sabeis que es completamente nuestro y que me debe muchos favores.

—Y á mí tambien.

—En su casa estaréis segura; posee un hermoso castillo con extensos jardines, y allí iré á veros con frecuencia.

Aquella misma noche partió Gabriela, con efecto, á la quinta ó casa de campo de Zamet, cumpliendo los deseos del Rey, al que no debia volver á ver más en este mundo.

En los primeros tiempos de los amores del Rey con Gabriela, habia llegado á París un italiano de Luca, tan rico, que casó á su hija con uno de los más nobles caballeros de la córte; al firmar el contrato matrimonial, al ver que el padre del novio se daba el título de *Señor de varios pueblos*, escribió:

Zamet, señor de un millon y setecientos mil escudos de oro.

Nadie sabía por qué este opulento italiano habia dejado su patria y habia tomado carta de naturaleza en Francia; algunos atribuian esta determinacion á un gran crímen; otros le creian agente de las casas reinantes de Italia, para dar al Rey de Francia esposa de aquel país.

Lo cierto del caso era que Zamet vivia con gran esplendidez; que el Rey tenía en su casa aquellos festines galantes á los que era tan aficionado, y que áun siguieron durante la primera época de sus amores con Gabriela, y que más adelante era tambien en casa de Zamet donde veia á la misma Gabriela, donde ambos amantes pasaban juntos muchas noches.

Para recompensar su complacencia, el Rey le habia dado el título de baron de Murat, y seguia usando para sus partidas de placer el magnífico hotel que se habia hecho construir en París.

Al parecer, Zamet no habia intervenido para nada en el matrimonio del Rey con María de Médicis; pero en realidad, él era el agente más seguro y verdadero de esta alianza, concluida ya, y pronta á llevarse á cabo por Zamet unido á Sully, que

odiaba á la pobre Duquesa de Beaufort, tanto por lo ménos como ésta le aborrecia.

Cuando llegó Gabriela, acompañada sólo de dos fieles servidores, al castillo campestre de Zamet, éste escribió dos líneas á Sully, y se las envió al instante.

Gabriela conocia bien aquella deliciosa morada, pues habia pasado en ella algunas temporadas en distintas épocas; instalóse en la habitacion que otras veces habia ocupado; y desnudándose de su traje de camino, se vistió otro tan suntuoso como todos los suyos, y se sentó á descansar.

Zamet, que la habia recibido con las más grandes pruebas de afecto y de respeto, entró á verla, y la Duquesa de Beaufort le habló, ante todo, de lo que le preocupaba, aunque empleando el disimulo.

—¿En qué está el matrimonio de S. M., señor Zamet? preguntó, como si se hallase muy enterada de que era cosa terminada.

Por la frente del italiano pasó como una nube; pero reponiéndose al instante, respondió:

—Segun creo, señora Duquesa, está del todo deshecho.

—Yo he oido lo contrario, dijo Gabriela, y me

han dicho que no se pasarán muchos dias sin que se anuncie oficialmente.

—Mi humilde posicion, señora, no me permite estar muy al corriente de esas cosas; pero creo que es cosa por ahora abandonada.

Zamet quiso cambiar diestramente de conversacion, pero Gabriela no se lo permitió y le dijo:

—Prometedme una cosa, señor Zamet.

—Cuanto querais, señora Duquesa.

—Dadme palabra de avisarme lo que sepais de nuevo acerca de ese asunto.

—Lo haré así, señora; pero os repito que es, á mi parecer, un asunto abandonado; vos habeis podido más en el corazon de nuestro bien amado soberano, que todas las negociaciones juntas.

Era el domingo de Ramos. Gabriela pasó tranquilamente la noche, y del mismo modo los tres dias siguientes.

La hospitalidad que Zamet le daba era tan suntuosa como siempre, ó más quizá; todos los primores del lujo más espléndido, todos los refinamientos del gusto más delicado los disfrutaba Gabriela. El italiano, su hija y el esposo de ésta la acompañaban casi de contínuo; el Rey le habia escrito que el sábado de Gloria iria á verla. Nun-

ca Gabriela de Estrées habia sido tan dichosa.

El juéves Santo, despues de un banquete magnífico, Gabriela tuvo la idea de ir á oir las tinieblas á la iglesia de San Antonio en París.

Habíanla acompañado aquel dia á la mesa mademoiselle de Guisa y la Duquesa de Retz, las que aplaudieron la idea y la acompañaron en su mismo coche.

Al tiempo de salir llegó un mensajero del Rey con un pliego; sentada ya en el coche, le abrió; le decia en él Enrique IV que las negociaciones para el matrimonio de entrambos iban bien de nuevo, y terminaba así la epístola:

«Desde que estais léjos de mí, conozco que no puedo vivir sin vos; pero bien pronto, amada mia, seréis Reina de Francia, pues para terminar el asunto de nuestras bodas, tan importante para mí, acabo de enviar á Roma al señor de Fresne.»

Gabriela partió muy contenta, acompañada de sus amigas, despues de dar al correo del Rey una gruesa cadena de oro que llevaba al cuello, como albricias de las buenas nuevas que le traia.

La quinta distaba poco de París; llegaron á la iglesia, y no bien la Duquesa se arrodilló en su reclinatorio, cuando se vió acometida de un violento dolor en las entrañas.

—Volvamos á casa, dijo á Mlle. de Guisa; mi vista se turba..... sufro dolores atroces, y voy á caer desmayada..... vamos ántes de que se aperciba la gente de que estamos aquí.

Salieron de la iglesia poco á poco, y entraron de nuevo en la carroza; pero los dolores seguian con mayor violencia, y el cochero, al oir los gemidos de Gabriela, propuso, en vez de llevarlas á la quinta, conducirlas á la soberbia morada que Zamet tenía en París.

Gabriela accedió á ello, y al bajar del coche parecia calmada y tranquila.

—Ya se pasó mi mal, dijo alegremente; si sigo así, dentro de un rato volverémos al campo; deseo aire libre y me voy al jardin.

Al pasar por el comedor vió una copa de Sevres llena de naranjas; tomó una, y al llegar al jardin se sentó en un banco, la mondó y la comió tranquilamente y con notable placer.

Hacía algunos instantes que se hallaba reposando, cuando vió llegar á Zamet.

—¡Qué! ¡Sabiais que estaba aquí? exclamó la Duquesa.

—No, señora, contestó el italiano; iba á buscaros por todas partes.

—¿Ocurre algo de nuevo? exclamó Gabriela palideciendo.

—Ocurre mucho; el matrimonio del Rey está decidido.

—¿Con quién? preguntó sonriéndose la Duquesa, y segura de la respuesta de Zamet, puesto que el Rey le escribia poco ántes que ella iba á ser Reina de Francia.

—Con María de Médicis, respondió el italiano.

Gabriela cayó desplomada al suelo.

VIII.

La desdichada favorita llegaba á los umbrales que separan la vida de la muerte; las convulsiones volvieron con tal fuerza, que estuvo dos horas sin recobrar el sentido.

Cuando volvió en sí era de noche; tendió una mirada al derredor suyo, y vió á sus dos amigas que lloraban al lado de su lecho, é inmediatos á la ventana del aposento, à Zamet y á Sully, que hablaban en voz baja.

El terror se pintó en las facciones de la Duquesa, que exclamó con voz ahogada:

—¡Sacadme, por Dios, de aquí, amigas mias! ¡Me han envenenado!.....

Mademoiselle de Guisa y la Duquesa de Retz quisieron levantarla; pero eran tan violentos los dolores que sufria, que no podia hacer movimiento alguno.

—Señora Duquesa, dijo Zamet acercándose respetuosamente, os ruego que permanezcais aquí á lo ménos durante la noche; vuestros sufrimientos podrian agravarse, porque hay bastante distancia hasta la quinta.

—¡No..... no quiero volver á vuestra quinta! exclamó Gabriela con terror. ¡Quiero que me lleven á casa de mi tia Mme. de Sourdis, y al instante mismo!

—Poneis vuestra vida en grave peligro, señora, dijo á su vez Sully.

—¿Y qué me importa la muerte, si al cabo habeis logrado llevar adelante las bodas del Rey con la princesa italiana? ¿Qué me importa la vida, si habeis destruido mi porvenir?

Gabriela derramó un torrente de lágrimas, y este desahogo pareció calmar sus sufrimientos; para no contrariarla, la sacaron del lecho donde la habian acostado vestida, y la llevaron en una litera llena de almohadones y muy despacio á casa de su tia, como ella deseaba.

Durante el trayecto se aumentaron sus dolores de una manera indecible; no bien bajó de la litera, las primeras palabras que pudo pronunciar fué para encargar que se avisára al Rey; pero aunque al parecer salieron mensajeros á este objeto, ninguno llegó.

Los médicos que acudieron declararon que, hallándose encinta de cuatro meses, no se atrevian á darle remedios fuertes; las convulsiones volvieron y se desencajaron todas aquellas facciones, poco ántes modelo de perfeccion; la boca se torció horriblemente, y se puso tan desfigurada, que no se la podia mirar sin espanto.

En una agonía terrible se pasó todo el viérnes; la noche fué espantosa, y á las siete de la mañana del sábado Santo, 10 de Abril, Gabriela de Estrées, duquesa de Beaufort, lanzó el último suspiro.

Áun estaba caliente el cadáver cuando llegó el Rey; abrióse al instante el cuerpo, y se halló que la criatura habia muerto desde hacía ya dos dias.

La desesperacion del Rey fué tan grande, que sólo halló término en su propio exceso, y decia á voces que en adelante estaba solo en el mundo.

La palabra *veneno* empezó á murmurarse, pues sin saber cómo se hizo pública la terrible acusacion

que Gabriela habia lanzado el dia ántes de su muerte al italiano Zamet y al Ministro, su enemigo declarado. Zamet tenía una fama muy equívoca, y ademas es notorio que desde hacía siete años, el Gran Duque de Toscana negociaba la boda de su sobrina María, con algun soberano poderoso. Gabriela se sintió herida de muerte en casa de un italiano, y no seria éste el primer crímen de esta clase atribuido al gran duque Fernando de Toscana, que, á no dudar, quitó con Gabriela el único obstáculo que se oponia á la elevacion de su sobrina al trono de Francia.

Ya hemos dicho que Gabriela dejó tres hijos, á los que Enrique IV llamaba tambien *suyos*, aunque la duquesa de Beaufort no le fué nunca muy fiel: César, Alejandro de Vendome y Catalina Enriqueta, que casó despues con el duque de Elbeuf.

Esta favorita fué la que más amó Enrique IV, y la que lloró durante más largo tiempo. Apénas habian pasado algunos dias desde la muerte de la Duquesa, fué Margarita á ver á su marido, y á decirle cuánto sentia sus penas.

Los restos de Gabriela de Estrées fueron conducidos con gran pompa al monasterio de Mauboisson, donde era abadesa una de sus hermanas. Pero el pueblo frances que habia odiado á Gabrie-

la de Estrées más que á ninguna de las favoritas de los reyes de Francia, no respetó sus cenizas, y al instante empezaron á correr, respecto de la pobre mujer que ya dormia en los brazos de la muerte, los ruidos más injuriosos.

Más que nunca se llamaba á sus hermanas y hermano *los siete pecados mortales*, y se sacaron á la arena todos los *crímenes de amor* de la familia de Estrées, cuya lista era muy numerosa.

Como un mes despues de las exequias de la favorita, Margarita envió al Rey por escrito su consentimiento para el divorcio.

« Os lo habia rehusado, le decia, para que no os casárais con la difunta; pero os dejo libre para que os unais á una princesa que, quizá os hará más dichoso de lo que yo he sabido haceros. »

Enrique IV, léjos de sentirse dichoso al ver roto el lazo que le unia á Margarita, se halló profundamente desdichado. Muerta Gabriela, hubiera vuelto de buen grado á vivir con su esposa, que era aún muy bella, y que estaba dotada de mil atractivos.

Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos, y el mismo dia fué á ver á su esposa.

—Volvamos á vivir unidos, le dijo: yo os amo mucho más que á esa niña que no conozco.

—No puede ser, amigo mio, respondió Margarita: yo he vivido como he querido, y vos tambien; nuestra union, léjos de ser un acto digno y meritorio, nos atraeria la reprobacion de todo el reino. Casaos con esa jóven Princesa.

—¡Ah! exclamó el Rey: ¡yo no sé por qué, tengo los más tristes presentimientos!

—Desechadlos: María de Médicis está educada en la escuela de la desgracia, y su reputacion es intachable: ademas es muy jóven.

—No tengo yo firmeza de carácter para formar el suyo.

—Adquiridla, amigo mio; sois un gran Rey; sed tambien un buen esposo.

—Mas ¿por qué rehusais mi compañía?

—Ya os lo he dicho, Enrique, y ademas, Francia no necesita una Reina estéril, y yo no tengo hijos.

—Adoptad los mios.

—¡Eso jamas!

—¿Por qué causa?

—Porque despreciaba á su madre: creedme, señor, no los adopteis vos tampoco, y tratad de tenerlos legítimos con la princesa María: así serán de buena y limpia raza, y dignos por todos estilos de reinar.

Un largo silencio siguió á estas palabras; el Rey estaba abatido y triste: al fin se levantó para marcharse.

—Decidme ántes de que os deje, qué puedo hacer por vos, Margarita, dijo tomando la mano de su esposa, que le miraba con ternura.

—Una sola cosa, señor, contestó Margarita.

—Decidla.

—¡Es algo grave!

—No importa.

—¿Lo haréis?

—Sí.

—¿Vuestra palabra?

—Mi palabra Real.

—Pues bien, pagad mis deudas, que son muy crecidas.

—Mañana lo estarán.

—¡Gracias, Enrique!

—Y ahora quedad con Dios, Margarita, y quiera el cielo que no os pese nunca el haber arrancado de vuestra frente la corona de Francia!

—El obrar bien, y segun el honor lo ordena, no pesa nunca, señor. ¡Por respeto y amor á vos la he rehusado! Creed que os amo y os estimo altamente, cuando tengo el valor de hacer lo que hago.

Enrique IV abrazó tiernamente á su mujer: la emocion no le permitió decirle una palabra, y salió enjugándose los ojos.

Pocos meses despues María de Médicis vino á sentarse en el trono, que Margarita de Valois dejaba libre.

Era más jóven, más viva, más graciosa que sus retratos; al ver al Rey, cuya barba empezaba á ser gris, y cuya nariz se habia encorvado, hizo un gesto de repulsion, y el Rey al verla sintió frio en el corazon, porque comprendió bien pronto que jamas sería amado.

Con efecto, apénas se ha conocido una union más desdichada. María, altanera, dominante, ambiciosa, era la antítesis de aquella Gabriela tan dulce, tan afable, tan tierna (en la apariencia á lo ménos) con Enrique, aunque no habia cumplido quince años, y la aversion y el tedio que le inspiraba su marido, eran invencibles. En cuanto al esposo de Margarita, jamas probó al lado de su nueva esposa un instante de ventura, y hubo de buscar en nuevos amores algun alivio á los sinsabores domésticos que acibararon su vida, hasta que cortó el hilo de su existencia el puñal de Ravaillac.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Introduccion	1
Inés Sorél	21
Francisca de Foix	85
Ana de Pisseleu	156
Diana de Poitiers	211
María Touchet	265
Gabriela de Estrées	321

OBRAS DE LA AUTORA.

Un libro para las Damas.—Estudios morales acerca de la educacion de la mujer.—2.ª edicion.—Un tomo 8.° mayor, 4 pesetas.

La Vida íntima.—En la culpa va el castigo.—Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

Un libro para las Madres.—Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

Hija, Esposa y Madre.—Cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad.—Dos tomos en 8.° mayor, 8 pesetas.

Palmas y Flores.—Leyendas del hogar.—Un tomo en 8.° mayor, 4 pesetas.

Combates de la vida.—Dos novelas tituladas Una hija del siglo y Mecerse en las nubes.—Un tomo en 8.° mayor, 10 reales.

Reinas Mártires.—1.ª y 2.ª série.—Dos tomos 8.° mayor, 8 pesetas.—Cada uno por separado, pues son independientes, 4 pesetas.

OBRAS DE TEXTO.

La Ley de Dios.—Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo.—6.ª edicion, ilustrada con láminas.—Precio, 6 reales.

A la lúz de una lámpara.—Coleccion de cuentos morales.—4.ª edicion, corregida por la autora. —Precio, 1 peseta.

Estos dos libros, que tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas, se venden, como las demas obras de la Sra. Sinués, en todas las librerías de Madrid y de provincias.

CUENTOS DE COLOR DE CIELO.

Interesante volúmen de episodios novelescos, sencillos y morales, muy á propósito para la lectura de las familias.

Un tomo en 8.º. . . . . 12 rs.

EL ANGEL DEL HOGAR,

ESTUDIOS MORALES ACERCA DE LA MUJER.

Obra preciosa para la instruccion y recreo de las jóvenes, por el grande interés que inspira su lectura y su buena moral; 3.ª edicion, corregida.

Dos tomos en 8.º. . . . . 24 rs.

LA CONDESA DE MONTECRISTO.

Novela interesantísima, escrita por J. Du Bois, que ha merecido aceptacion universal por sus cuadros notables y descripciones. — La primera edicion fué agotada en pocos dias.

2.ª edicion; dos tomos en 8.º. . . . . 12 rs.

EL CONDESTABLE DE CASTILLA.

Novela histórica é instructiva, por D. M. Torrijos. Describe la época, orígen y triste fin que condujo al cadalso á D. Alvaro de Luna.

Un tomo en 4.º. . . . . 12 rs.

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

CANCELLED

265 7665